



Antología Selección 2

Isaac Asimov

Títulos originales de los cuentos:

- Navidad en Ganímedes (**Christmas on Ganymede**; 1942)
- Mestizos en Venus (**Half-Breeds on Venus**; 1940)
- Herencia (**Heredity**; 1941)
- Historia (**History**; 1941)
- Homo Sol (**Homo sol**; 1940)
- Ritos legales (**Legal Rites**; 1950.- con James MacCreigh)
- No definitivo! (**Not Final!**; 1941)
- Super-Neutron (**Super-neutron**; 1941)
- La novatada (**The Hazing**; 1942)
- El número imaginario (**The Imaginary**; 1942)
- El hombrecillo del metro (**The Little Man on the Subway**; 1950.- con James MacCreigh)

Asimov y los años cuarenta

Los once relatos incluidos en este segundo volumen de los tres que constituyen nuestra antología asimoviana, fueron escritos a principios de los 40, en un momento en que el autor ya empieza a sentirse seguro de sí mismo como profesional de la pluma. Si en el primer tomo asistíamos a los inseguros y fogosos escarceos iniciales de un principiante, aquí le vemos avanzar con paso firme hacia la profesionalidad. De hecho, puede que el aficionado a la SF empiece a reconocer algunos relatos (como *Homo Sol*, con que se inicia la selección, del que existen anteriores versiones en castellano), escapados al anonimato de esta primitiva etapa literaria.

El ingenuo y convencional humorismo de los primeros relatos del joven Asimov empieza a dar paso a la peculiar ironía del científico en que se estaba convirtiendo, consciente de las contradicciones y prejuicios de los medios intelectuales. Así, el tradicional desprecio del «científico puro», a menudo víctima de un fatuo dogmatismo, hacia el injustamente subvalorado «técnico», da lugar a la narración más inquietante del tomo (dejemos al lector la tarea de adivinar el título... tras leer los relatos, naturalmente).

Esta regocijante ironía del científico que logra «distanciar» su condición de tal y desmitifica la ciencia oficial minando su aureola de vana dignidad, será en lo sucesivo una de las características más peculiares y atractivas de Asimov.

En esta selección vemos también cómo Asimov inicia dos experiencias características de la narrativa de SF: la colaboración y la serie.

La colaboración entre autores es tal vez más frecuente en la SF que en otras formas de narrativa, en función de esa tradicional y artificiosa dicotomía entre «cien-

5cias» y «letras», que hace que a menudo un autor con la mente bien entrenada a nivel especulativo no esté muy dotado para la fabulación literaria, o viceversa. Por eso es muy típica en la SF la colaboración en que uno de los autores suministra la idea-base y el otro la desarrolla en forma de narración. Precisamente Fred Pohl, el partner de Asimov en los dos relatos en colaboración aquí incluidos, formaría luego, con C. Kornbluth, el más fecundo dúo de la SF anglosajona, dando lugar a obras tan importantes como la famosa *Mercaderes del espacio*. Asimov, sin embargo, no se muestra muy partidario de las colaboraciones, por lo que estos relatos compartidos constituyen una excepción en su bibliografía. Es una lástima que la colaboración Pohl-Asimov no cuajara, ya que de unirse los profundos conocimientos y la fina intuición de Asimov en el campo científico con el muy superior sentido crítico y la penetración sociológica de Pohl, los resultados hubieran sido sin duda interesantes. En cuanto a las series o ciclos de relatos, también son muy característicos de la SF, por razones fáciles de comprender: para ambientar un relato, normalmente el autor ha de describir con más o menos detalle un determinado futuro hipotético, un «escenario cósmico», que, si resulta atractivo, puede servir de telón de fondo a otras narraciones. Así, una vez descritas en *Homo Sol* las características y finalidades de una hipotética Federación Galáctica de humanoides, nada le impide a Asimov escribir un par más de relatos (*El número imaginario* y *La novatada*) en los que se parte de los mismos presupuestos, aunque varíen la trama y los personajes.

Precisamente una serie comenzada a principios de los 40, la trilogía de las *Fundaciones*, también conocida como «ciclo de Trántor», se convertiría en una de las obras clave del género y, sin duda, en la más famosa de Asimov.

Pero eso ya es otra antología...

Carlo Frabetti

En memoria de John Wood Campbell, Jr. (1910-71), por razones que esta obra revelará ampliamente.

En diciembre, ya me había dedicado a los estudios con la profundidad suficiente para estar seguro de que cumpliría todos los requisitos del curso. La única incertidumbre que me quedaba era la cuestión financiera. Tenía que volver a escribir.

*El 21 de diciembre empecé *Homo Sol*, concluyéndolo el 1 de enero de 1940, la víspera de mi vigésimo cumpleaños. Lo presenté a Campbell el 4 de enero, y ese día, en el despacho de éste, conocí a Theodore Sturgeon y L. Ron Hubbard, dos miembros reconocidos del grupo de escritores de Campbell. (Hubbard se ha hecho mundialmente famoso desde entonces, en cierto modo, como el iniciador del círculo de Dianética y Cienciología.)*

*En mi diario no hay trazas de desánimo, pero tras un año y medio de asiduos esfuerzos, sólo había logrado vender a Campbell un relato de los dieciocho que llevaba escritos. Rechazó ocho historias antes de comprar *Opinión pública*, y siete más desde entonces. (Dos relatos, que vendí en otra parte, no los vio y no tuvo la oportunidad de rechazarlos. Pero, de haberlos visto, no hay duda de que los hubiera rechazado.)*

Un factor que contribuyó a que no me desanimara fue su persistente interés. Mientras no se cansara de leer mis relatos y aconsejarme amablemente sobre ellos, ¿cómo iba yo a cansarme de escribirlos? Pero, además, mis ocasionales ventas a otras publicaciones (hasta el momento habían sido seis) y, especialmente, la aparición de un nuevo y simpático mercado constituido por las revistas de Pohl, me ayudaron a no desalentarme.

*En cuanto a *Homo Sol*, mi decimonoveno relato, no hubo un rechazo completo. Campbell volvió a solicitar una revisión. Tuve que corregirlo dos veces, pero no iba a convertirse en otro *Frailé negro de la llama*. La segunda revisión fue satisfactoria, y el 17 de abril de 1940, recibí el segundo cheque de Campbell (y, hasta ese momento, mi séptimo cheque, en total). Lo que es más era de setenta y dos dólares, ya que la historia constaba de siete mil doscientas palabras, y fue el cheque más elevado que recibí hasta aquel día por un relato.*

Cosa extraña, lo que mejor recuerdo acerca de ese

9cheque es el incidente que' tuvo lugar aquella tarde en la pastelería de mi padre, donde yo seguía trabajando diariamente y donde iba a permanecer durante dos años más. Un cliente se ofendió cuando me olvidé de decir «Gracias» después de su compra... un crimen que cometía con -frecuencia porque, muy a menudo, trabajaba sin prestar una atención consciente, ya que estaba profundamente concentrado en los cambios de la trama, que sonaban en la profundidad de mi cerebro.

El cliente decidió reprenderme por mi evidente desatención y aparente falta de laboriosidad. «Mi hijo —dijo— ganó cincuenta dólares por su trabajo la semana pasada. ¿Qué haces tú para ganarte la vida?»

«Escribo —respondí—, y hoy he ganado esto por un relato», y le enseñé el cheque.

Fue un momento de gran satisfacción.

Homo sol

La sesión siete mil cincuenta y cuatro del Congreso Galáctico estaba reunida en solemne cónclave en la vasta sala de conferencias semicircular de Erón, segundo planeta de Arturo.

Lentamente, el presidente delegado se puso en pie. Su marcado semblante de arturiano enrojeció con excitación, al contemplar a los delegados que le rodeaban. Su sentido dramático le impulsó a realizar una breve pausa antes de hacer el anuncio oficial... pues, al fin y a! cabo, la entrada de un nuevo sistema planetario en la gran familia galáctica no es algo que pueda ocurrir dos veces en la vida de un hombre.

Allí se encontraban seres de todos los tipos y formas humanas. Algunos eran altos y esbeltos, otros grandes y corpulentos y otros bajos y gordos. Había los de cabello largo y resistente, los que tenían un escaso vello gris que les cubría la cabeza y la cara, otros con grandes rizos rubios, y otros completamente calvos. Había un delegado de piel verde, uno con una nariz de veinte centímetros y otro con una cola atrofiada. Internamente, la variación casi era infinita.

Pero todos se asemejaban en dos cosas: eran humanoides y poseían inteligencia.

Entonces, retumbó la voz del presidente delegado:

—iDelegados! El sistema de Sol ha descubierto el secreto de los viajes interestelares y debido a ello es elegible para entrar en la Federación Galáctica.

Un tumulto de gritos de aprobación recorrió la asamblea.

—Tengo aquí —continuó— el informe oficial de Alfa II Centauro, en cuyo quinto planeta han aterrizado los humanoides de Sol. El informe es totalmente satisfactorio y, por lo tanto, la prohibición de entrar y comunicarse con el sistema solar queda levantada. Sol es libre, y está abierto a las naves de la Federación. En estos momentos, se prepara una expedición a Sol, bajo el mando de Joselin Arn, de Alfa Centauro, para ofrecer a ese sistema la invitación de entrar en la Federación.

Hizo una pausa, y de doscientas ochenta y ocho gargantas salió el estentóreo grito de:

—iSalve, Homo Sol! iSalve, Homo Sol! *iSalve!*

Era la bienvenida tradicional de la Federación a todos los mundos nuevos.

Tan Porus se levantó hasta alcanzar su altura total de un metro cincuenta y siete —era alto para un rigeliano— y sus ojos verdes parpadearon con fastidio.

—Ahí está, Lo-fan. Desde hace seis meses que ese extraño calamar de Beta Draconis IV me confunde.

Lo-fan se golpeó suavemente la frente con un largo dedo y una de sus peludas orejas se contrajo varias veces. Había viajado ochenta y cinco años-luz para reunirse en Arturo II con el mejor psicólogo de la Federación... y, más específicamente, para ver aquel extraño molusco cuyas reacciones habían confundido al gran rigeliano.

Ahora lo veía: una masa de carne blanda, hinchada y de un mortecino color púrpura, que retorció su figura tentacular con plácida indiferencia dentro del enorme tanque de agua que lo albergaba.

—Parece muy normal —dijo Lo-fan.

—¡Ah! —exclamó Tan Porus—. Observe esto.

Corrió la cortina y la habitación quedó sumida en la oscuridad. Sólo brillaba una débil luz azul encima del tanque, y en la escasa claridad el calamar draconiano apenas podía distinguirse.

—Ahí va el estímulo —gruñó Porus. La pantalla que tenía sobre la cabeza irradió una suave luz verde, enfocada directamente encima del tanque. Duró un momento y dio paso a un rojo apagado y, casi en seguida, a un amarillo brillante. Centelleó irregularmente a través del espectro y después, con un destello final de blanco vivo, sonó un timbre parecido a una campana.

Y mientras se desvanecían los ecos de la nota, un estremecimiento recorrió el cuerpo del calamar. Este se relajó y descendió lentamente hasta el fondo del tanque.

Porus apartó la cortina.

—Está *profundamente* dormido —gruñó—. Todavía no ha fallado una sola vez. Todos los ejemplares que hemos tenido caen como fulminados en el momento en que suena la nota.

—Dormido, ¿eh? ¿Tiene el gráfico del estímulo?

—Desde luego. Está aquí mismo. Refleja la longitud exacta de las ondas de luz requeridas, la longitud de duración de cada unidad de luz, así como el declive exacto de la profunda nota del final.

El otro examinó dudosamente las cifras. Frunció el ceño y levantó las orejas con sorpresa. De un bolsillo interior, extrajo una regla de cálculo.

—¿Qué tipo de sistema nervioso tiene el animal?

—Dos-B. Un sencillo, simple y ordinario dos-B. He tenido a los anatomistas, fisiólogos y ecólogos comprobándolo hasta que se pusieron lívidos. Dos-B es lo único que descubrieron. ¡Malditos estúpidos!

Lo-fan no dijo nada, sino que empujó cuidadosamente la barra central de la regla hacia delante y hacia atrás. Se detuvo, entornó los ojos, se encogió de hombros y tomó uno de los grandes volúmenes que había en el estante de encima de su *cabeza*. Ojeó el libro y anotó unos números extraídos de la apretada escritura. Manejó la regla de cálculo de nuevo.

Finalmente se detuvo.

—No tiene sentido —dijo débilmente.

—¡Ya lo se! He tratado de explicar esta reacción seis veces en seis formas distintas... y he fracasado siempre. Aunque construya un sistema que demuestre por qué se duerme, no puedo hacer que explique el carácter específico del estímulo.

—¿Es altamente específico? —preguntó Lo-fan, con una voz que alcanzó sus registros más altos.

—Eso es lo peor de todo —gritó Tan Porus. Se inclinó hacia delante y golpeó al otro en la rodilla—. Si cambia la longitud de onda de alguna de las unidades luminosas en cincuenta ángstroms, *cualquiera* de ellas, no se duerme. Cambie la longitud de duración de una unidad luminosa en dos segundos... No se duerme. Cambie el declive del tono del final un octavo de octava... No se duerme. *Pero* si hace la combinación correcta, se sume inmediatamente en el letargo.

—¡Galaxia! —murmuró Lo-fan—. ¿Cómo logró tropezar con la combinación?

—No lo hice yo. Ocurrió en Beta Draconis. Un colegio de tercera sometía a sus estudiantes de primer año a un período de laboratorio, para que experimentaran las reacciones de luz y sonido sobre los moluscos... Hace años que

lo hacen. Un estudiante prueba sus combinaciones de luz y sonido y su maldito ejemplar se duerme. Naturalmente, se asusta hasta perder los estribos y lo explica al profesor. El profesor vuelve a intentarlo con otro calamar... Se duerme. Cambian la combinación... No ocurre nada. Vuelven a la original... Se duerme. Tras convencerse de que no sacarán nada en claro, lo envían a Arturo y me lo someten. Hace seis meses que no puedo dormir por las noches.

Se oyó una nota musical y Porus se volvió con impaciencia.

—¿Qué pasa?

—Un mensajero del presidente delegado del Congreso, señor —dijo una voz metálica a través del transmisor que había sobre su mesa.

—Que entre.

El mensajero no se quedó más que el tiempo necesario para entregar a Porus un sobre impresionantemente sellado y para decir en un tono cordial:

—Una gran noticia, señor. El sistema de Sol ha sido calificado para entrar.

—¿Y qué? —dijo Porus en voz baja cuando el otro se fue—. Todos sabíamos que ocurriría.

Rasgó el envoltorio exterior de celofán del sobre y extrajo el fajo de papeles que había dentro.

—*iOh, Rigel!*

—¿Qué sucede? —preguntó Lo-fan.

—Estos políticos siguen molestándome con las cosas más inconsecuentes. Parece como si no hubiera más psicólogos en Erón. ¡Mire! Ya hace siglos que esperamos que el sistema solar resuelva el principio del hiper-átomo. Finalmente lo han hecho y una expedición suya aterriza en Alfa Centauro. Inmediatamente, ¡hay una fiesta política! Hemos de enviar una expedición nuestra para pedirles que se unan a la Federación. Y, claro está, debemos llevar a un psicólogo que formule la solicitud de modo correcto para asegurarnos de que reaccionarán bien, porque, en honor a la verdad, no hay ni un solo hombre en todo el ejército que haya recibido la apropiada formación en psicología. Lo-fan asintió con seriedad.

—Lo sé, lo sé. Nosotros tenemos el mismo problema. No necesitan la psicología hasta que tienen dificultades y entonces acuden corriendo.

—Bien, está decidido. Yo no iré a Sol. Este calamar durmiente es algo demasiado importante como para abandonarlo.

—¿A quién enviará?

—No lo sé. Tengo varios jóvenes a mis órdenes que harían este tipo de cosas con los ojos cerrados. Enviaré a uno de ellos. Y, mientras tanto, le veré mañana en la reunión del cuerpo docente, ¿verdad?

—Me verá... y me oirá, también. Daré una conferencia sobre el estímulo producido por el contacto de un dedo.

Una vez solo, Porus se volvió una vez más hacia el informe oficial sobre el sistema solar que el mensajero le había entregado. Lo hojeó distraídamente, sin particular interés, y acabó por dejarlo con un suspiro.

—Lor Haridin podría hacerlo —murmuró para sí—. Es un buen muchacho... Se merece una oportunidad.

Levantó su pequeño cuerpo de la silla y, con el informe debajo del brazo, salió del despacho y recorrió el pasillo que había fuera. Al detenerse frente a una puerta del extremo, se encendió una luz intermitente automática y, desde dentro, una voz le invitó a entrar.

El rigeliano abrió la puerta e introdujo la cabeza.

—¿Ocupado, Haridin?

Lor Haridin levantó la vista y se puso en pie.

—¡Gran espacio, jefe, -no! No he tenido nada que hacer desde que terminé el trabajo de las reacciones coléricas. ¿Quizá tiene algo para mí?

—Así es..., si crees que serás capaz de hacerlo. Has oído hablar del sistema solar, ¿verdad?

—¡Claro! Los visores no hablan de otra cosa. Han hecho posibles los viajes interestelares, ¿verdad?

—Exacto. Dentro de un mes, parte una expedición de Alfa Centauro hacia Sol. Necesitan un psicólogo que realice el trabajo, y he pensado en enviarte a ti.

El joven científico enrojció de placer hasta la misma coronilla de su pelada cabeza.

—¿Lo dice en serio, jefe?

—¿Por qué no? Es decir, si crees que puedes hacerlo.

—Claro que puedo —Haridin se enderezó con dignidad ofendida—. ¡Reacción de tipo A! No puedo equivocarme.

—Ya sabes que tendrás que aprender su idioma y administrar el estímulo en lengua solar. No siempre es un trabajo fácil.

Haridin se encogió de hombros.

—Aun así no puedo equivocarme. En un caso como éste, la traducción sólo tiene que ser el setenta y cinco por ciento efectiva, para conseguir el noventa y nueve con seis por ciento del resultado deseado. Este fue uno de los problemas que tuve que resolver en el examen de calificación. No puede cogerme en falta en este punto.

Porus se echó a reír.

—Muy bien, Haridin, sé que puedes hacerlo. Arregla todo lo que tengas pendiente aquí en la Universidad y firma el impreso por ausencia indefinida. Y si puedes, Haridin, escribe algún tratado sobre esos solares. Si es bueno, podrías conseguir el nivel superior.

El joven psicólogo frunció el ceño.

—Pero, jefe, esto es agua pasada. Las reacciones humanoides son tan conocidas como..., como... *No* se puede escribir nada sobre ellas.

—Siempre hay algo si se busca lo suficiente, Haridin. No hay nada conocido; recuérdalo. Si miras la página 25 del informe, verás un párrafo que habla del cuidado con que los solares se arman al dejar sus naves.

El otro buscó la página mencionada.

—Es razonable —dijo—. Una reacción completamente normal.

—Desde luego. Pero insistieron en conservar sus armas durante toda su estancia, aunque fueron recibidos y agasajados por humanoides amigos. Esto es una desviación de la normalidad bastante perceptible. Investígalo... podría ser interesante.

—Como usted diga, jefe. Muchísimas gracias por esa oportunidad. Y dígame, ¿cómo sigue el calamar?

Porus arrugó la nariz.

—Mi sexto intento concluyó y murió ayer. Es muy desagradable. —Y con estas palabras, se fue.

Tan Porus de Rigel temblaba de rabia al doblar el montón de papeles que tenía en las manos y romperlos por la mitad. Conectó el transmisor.

—Póngame inmediatamente con Santins, del departamento de cálculo —ordenó.

Sus ojos verdes despidieron llamas al ver la plácida figura que apareció casi en seguida en el visor. Blandió el puño ante la imagen.

—¿Para qué demonios es el análisis que acaba usted de enviarme, gusano de Betelgeuse?

Las cejas de la imagen se levantaron con apacible sorpresa.

—No me culpe a mí, Porus. Eran sus ecuaciones, no mías. ¿Dónde las consiguió?

—Eso no le importa. Es asunto del departamento de psicología.

—¡De acuerdo! Y resolverlas es asunto del departamento de cálculo. Es la séptima serie de las ecuaciones más increíblemente absurdas que he visto en mi vida. Pero ésta ha sido la peor. Por lo menos ha formulado usted diecisiete premisas que no tenía derecho a formular. Nos ha costado dos semanas arreglárselas, y finalmente las hemos reducido...

Porus saltó como si le hubieran pinchado.

—Sé a qué las han reducido. Acabo de romper las hojas. Tiene usted dieciocho variables independientes en veinte ecuaciones, el equivalente a dos meses de trabajo, y las resuelve al final de la última página con esta joya de la sabiduría dogmática: a es igual a a . Todo este trabajo... y lo único que consigo es una identidad.

—No es culpa mía, Porus. Usted razona en círculos, y en matemáticas eso significa una identidad, y no hay nada que podamos hacer para remediarlo. Además, ¿de qué se queja?, a es igual a a , ¿verdad?

—¡Cállese! —el transmisor fue desconectado, y el psicólogo reprimió su excitación.

La señal luminosa del transmisor volvió a encenderse.

—¿Qué quiere ahora?

—Un mensaje del gobierno, señor.

—¡Maldito gobierno! Dígale que me he muerto.

—Es importante, señor. Lor Haridin ha regresado de Sol y quiere verle.

Porus frunció el ceño.

—¿Sol? ¿Qué Sol? Oh, ya me acuerdo. Dígale que suba, pero que se dé prisa.

—Adelante, Haridin —dijo un poco después, con la voz más apaciguada, cuando entró el joven arturiano, algo más delgado y cansado que seis meses atrás, cuando dejó el sistema de Arturo.

—¿Y bien, joven? ¿Has escrito el tratado?

—¡No, señor!

—¿Por qué no? —Los ojos verdes de Porus observaron al otro con minuciosidad—. No me digas que has tenido dificultades.

—Algunas, jefe —pronunció estas palabras con esfuerzo—. El propio Consejo de Psicología le manda llamar tras oír mi informe. La cuestión es que el sistema solar ha..., ha rehusado unirse a la Federación.

—¿Quéeee?

Haridin asintió miserablemente y se aclaró la garganta.

—¡Por la gran nebulosa oscura —juró el rigeliano, enloquecido— que hoy ha sido un día maravilloso! Primero, me dicen que *a* es igual a *a*, y después vienes tú y me dices que has fallado una reacción de tipo A... *fallado completamente!*

El joven psicólogo se encolerizó.

—No fallé. Hay algo extraño en los solares. No son normales. Cuando aterrizamos, se volvieron locos con nosotros. Hubo una celebración fantástica... completamente desenfrenada. No había nada demasiado bueno para nosotros. Formulé la invitación ante su parlamento en su propio idioma..., uno muy sencillo que llaman esperanto. Apostaría la vida a que mi traducción fue el noventa y nueve por ciento efectiva.

—¿Bien? ¿Y después?

—No entiendo el resto? jefe. Primero, hubo una reacción neutral y yo me sorprendí un poco, y después —se estremeció al recordarlo—, a los siete días, sólo siete días, jefe, todo el planeta había cambiado por completo.

»Y eso no es más que el principio. Fue muchos años-luz peor que eso. Por toda la galaxia, investigué hasta el fin las reacciones de tipo G, tratando de explicármelas, y no pude. Al final, *tuvimos* que irnos. Estábamos en verdadero peligro *físico* frente a esos..., esos terrícolas, como se denominan a sí mismos.

—¡Muy interesante! ¿Has traído el informe?

—No. Lo tiene el Consejo de Psicología. Han pasado todo el día estudiándolo con microscopio.

—¿Y qué dicen?

—No lo dicen abiertamente, pero dan la inequívoca impresión de creer que el informe es erróneo.

—Bueno, ya decidiré si es cierto después de haberlo leído. Mientras tanto, acompáñame a la Cámara parlamentaria y por el camino me contestarás a unas cuantas preguntas.

Joselin Arn, de Alfa Centauro, se frotaba el mentón cubierto de pelo con su enorme mano de seis dedos y escudriñaba, por debajo de sus prominentes cejas, el semicírculo de diferentes rostros que le contemplaban.

—Hemos sido informados —empezó Frían Obel, presidente del Consejo y nativo de Vega, patria de los hombres de piel verde— de que las secciones del informe que versan sobre el estamento militar son trabajo *suyo*.

Joselin Arn inclinó la cabeza.

—¿Y está usted dispuesto a confirmar lo que ha declarado aquí, a pesar de su inherente improbabilidad? Ya sabe que no es usted psicólogo.

—¡No! ¡Pero soy soldado! —el centauriano adelantó las mandíbulas con obstinación, mientras su voz resonaba en toda la cámara—. No entiendo de ecuaciones, ni de gráficas..., pero *sí* que entiendo de naves espaciales. He visto las suyas y las nuestras, y las suyas son mejores. He visto su primera nave interestelar. Concédanles cien años y tendrán mejores motores hiperatómicos que los nuestros. He visto sus armas. Poseen casi todas las que nosotros tenemos, en una etapa de su historia que corresponde a la nuestra de hace milenios. Lo que aún no tienen... lo tendrán, y pronto. Lo que ya tienen, lo mejorarán.

»He visto sus plantas de municiones. Las nuestras son más avanzadas, pero las suyas son más eficientes. He visto a sus soldados... y preferiría luchar con ellos que contra ellos.

—¿Y el resto de su ciencia: medicina, química, física? ¿Qué hay de ello?

—No soy el más indicado para juzgarlas. Sin embargo, usted posee el informe de los entendidos, y a mi entender tienen *razón*.

—¿De modo que esos solares son verdaderos humanoides?

—¡Por los mundos de Centauro, sí!

El anciano científico se recostó en su asiento con un gesto de mal humor y paseó una rápida y ceñuda mirada por toda la mesa.

—Colegas —dijo—, no adelantamos nada repitiendo toda esta serie de imposibilidades. Tenemos una raza de humanoides de características superlativamente tecnológicas, que al mismo tiempo posee una creencia intrínsecamente científica en las fuerzas sobrenaturales, una predilección absurda e infantil por el individualismo, singularmente y en grupos, y, lo peor de todo, desprovista de la visión suficiente como para abrazar una cultura de signo galáctico.

Miró al centauriano, que se hallaba frente a él.

—Debe existir una raza así, si prestamos crédito al informe... y los axiomas fundamentales de psicología deben desmoronarse. Pero yo, por lo menos, no creo en tal, para decirlo en términos vulgares, cometa de gas.

La monótona voz del científico fue ahogada repentinamente por el golpe de un puño de hierro sobre la mesa. Joselin Arn, con el cuerpo contorsionado por la ira, perdió la paciencia y desató su cólera.

—Por los retorcidos engendros de Templis, por los gusanos que se arrastran y los mosquitos que vuelan, por todos los lugares inmundos y las epidemias, y por la misma muerte encapuchada, *no voy a permitirlo*. ¿Piensa hacer gala de sus teorías y su inacabable sabiduría y negar lo que yo he visto con mis propios ojos?

Un golpecito en su cinturón le hizo volverse, con una mirada fija y los puños cerrados. Por un momento, miró a su alrededor en vano. Después, al bajar la vista, se encontró frente a los enigmáticos ojos verdes de un pigmeo, cuya penetrante mirada pareció echar un jarro de agua fría sobre su cólera.

—Le conozco, Joselin Arn —dijo Tan Porus, escogiendo las palabras cuidadosamente—. Es usted un hombre valeroso y un buen soldado, pero no le gustan los psicólogos, por lo que veo. En esto se equivoca, pues sobre la psicología descansa el éxito político de la Federación. Ha hecho el juramento de defender al sistema contra todos sus enemigos, Joselin Arn..., y usted mismo acaba de convertirse en el mayor de ellos. Golpea sus cimientos, cava en sus raíces, lo envenena en su origen. Usted es un difamador, una deshonra, un traidor.

El soldado centauriano sacudió la cabeza con impotencia. Mientras Porus hablaba, profundos y amargos remordimientos le embargaron. El recuerdo de sus

recientes palabras pesaba fuertemente sobre su conciencia. Cuando el psicólogo concluyó, Arn inclinó la cabeza y se echó a llorar.

Porus volvió a hablar, y esta vez su voz retumbó como un trueno:

—Basta de gemidos plañideros, cobarde. El peligro es inminente. *¡A las armas!*

Joselin Arn se recobró instantáneamente.

La habitación estalló en carcajadas y el soldado comprendió la situación. Había sido la forma de castigarle de Porus. Con su completo conocimiento de los tortuosos resortes de la mente humanoide, sólo tenía que apretar el botón apropiado, y...

El centauriano se mordió los labios de vergüenza, pero no dijo nada.

Pero Tan Porus no se rió. Embromar al soldado era una cosa; humillarle, otra muy distinta. De un salto, estuvo sobre una silla y apoyó su pequeña mano en el macizo hombro del otro.

—No se ofenda, amigo mío..., ha sido una pequeña lección, eso es todo. Luche contra los subhumanoides y los alrededores hostiles de cincuenta mundos. Atrévase a viajar en una nave agrietada y destartalada. Desafíe todos los peligros que quiera. Pero nunca, *nunca*, ofenda a un psicólogo. La próxima vez puede enfadarse *en serio*.

—Seguiré su consejo, psicólogo. Desintégreme, si no creo que tiene usted razón. —Salió a grandes zancadas de la estancia.

Porus saltó de la silla y se volvió para enfrentarse al consejo.

—Hemos tropezado con una interesante raza de humanoides, colegas.

—Ah —dijo Obel, secamente—, parece ser que el gran Porus va a asumir la defensa de su alumno. Es evidente que su digestión ha mejorado, puesto que se cree capaz de tragar el informe de Haridin.

Porus frunció el ceño, pero su voz conservó su tono tranquilo.

—Así es, y el informe,, debidamente analizado, dará lugar a una revolución de la ciencia. Es una mina de oro psicológica; y Homo Sol, el hallazgo de un período mejor.

—Especifique, Tan Porus —gruñó alguien—. Sus trucos están muy bien para un centauriano zopenco, pero nosotros seguimos sin impresionarnos.

—Especificaré más, Inar Tubal, peludo microbio espacial —la prudencia y la ira sostenían una visible batalla en su interior—. Un humanoide es más de lo que creen... mucho más de lo que unos retrasados mentales como ustedes pueden entender. Sólo para mostrarles lo que no saben, grupo de fósiles disecados, me comprometo a enseñarles un poco de psicotecnología que les dejará pasmados. ¡Pánico, imbéciles, pánico! *¡Pánico mundial!*

—¿Ha dicho pánico mundial? —tartamudeó Friar Obel, mientras su piel verde se volvía gris—. ¿Pánico?

—Sí, papagayo. Denme seis meses y cincuenta ayudantes y les mostraré un mundo de humanoides dominado por el pánico.

Obel trató inútilmente de contestar. Su boca realizó un heroico intento por conservar la seriedad... y fracasó. Como a una señal, todo el Consejo abandonó su dignidad y se retrepó en un acceso de risa general.

—Me acuerdo —balbuceó Inar Tubal, de Sirio, con su cara redonda surcada por lágrimas de puro júbilo— de un estudiante mío que, en cierta ocasión, pretendió haber descubierto un estímulo que induciría al pánico mundial. Cuando

repasé los resultados, me encontré con un exponente que tenía el punto decimal desplazado. Sólo estaba diez órdenes de magnitud equivocado. ¿Cuántos puntos decimales ha desplazado usted, colega Porus?

—¿Qué hay de la ley de Kraut, Porus, que dice que no se puede inducir al pánico a más de cinco humanoides a la vez? ¿Hemos de abolirla? ¿Y quizá también la teoría atómica, ahora que estamos en ello? —y Semper Gor, de Cabra, cloqueó alegremente.

Porus trepó a la mesa y agarró el mazo de Obel.

—El próximo que se ría notará esto sobre la cabeza.

«Escogeré cincuenta ayudantes —gritó el rigeliano de ojos verdes— y Joselin Arn me llevará a Sol. Quiero que cinco de ustedes me acompañen —Inar Tubal, Semper Gor y otros tres cualquiera— para ver sus caras de estúpidos cuando haga lo que he dicho que haría —levantó el mazo, amenazadoramente—. ¿Bien?

Frian Obel miró plácidamente al techo.

—De acuerdo, Porus. Tubal, Gor, Helvin, Prat y Winson pueden ir con usted. Al término del tiempo especificado, atestiguaremos el pánico mundial, algo muy satisfactorio... o presenciaremos cómo se come sus palabras, cosa que sería mucho más satisfactoria.

Tan Porus miraba pensativamente por la ventana. Terrápolis, la capital de la Tierra, se extendía frente a él hasta el mismo límite del horizonte.

El bramido de la ciudad contenía voces, y las voces expresaban su temor.

El rigeliano se alejó de la ventana con repugnancia,

—Oye, Haridin —rugió.

—¿Me llamaba, jefe?

—¿Qué crees que hago? ¿Hablar solo? ¿Cuáles son las últimas noticias de Asia?

—No hay nada nuevo. Los estímulos no son bastante fuertes. Los hombres amarillos parecen ser más insensibles que los dominantes blancos de América y Europa. Sin embargo, he ordenado que no aumenten los estímulos.

—No, no podemos hacerlo —convino Porus—. No debemos arriesgarnos a provocar un pánico *activo* —reflexionó en silencio—. Escucha, casi lo hemos conseguido. Diles que ataquen algunas ciudades grandes —son más susceptibles— y se vayan.

Volvió otra vez junto a la ventana.

—Espacio, ¡qué mundo..., qué mundo! Se ha descubierto una nueva rama de la psicología... con la que nunca habíamos soñado. Psicología de masas, Haridin, psicología de masas —sacudió la cabeza con solemnidad.

—No obstante, hay mucho sufrimiento, jefe —musitó el joven—. Este pánico pasivo ha paralizado completamente la industria y el comercio. Toda la vida de negocios del planeta se ha estancado. El pobre gobierno es impotente..., no sabe lo que ocurre.

—Lo averiguarán... cuando yo quiera. Y, en cuanto al sufrimiento... bueno, a mí tampoco me gusta, pero es un medio de llegar al fin, un fin muy importante.

Siguió un corto silencio, y después los labios de Porus se contrajeron en una desagradable sonrisa.

—Aquellos cinco papanatas regresaron ayer de Europa, ¿verdad?

Haridin también sonrió y asintió enérgicamente.

—¡Y muy disgustados! Sus predicciones corresponden al quinto lugar decimal. Están fuera de sí.

—¡Perfecto! Sólo lamento no poder ver la cara de Obel en este momento, después del último mensaje que le he enviado. Y, por cierto —su voz bajó de tono—, ¿qué hay de ellos?

Haridin alzó dos dedos.

—¡Dos semanas, y estarán aquí!

Los cinco científicos del consejo levantaron la vista de sus notas y cayeron en un embarazoso silencio cuando Porus entró.

Este sonrió pícaramente.

—¿Notas satisfactorias, caballeros? Sin duda habrán encontrado unos cincuenta o sesenta errores en mis suposiciones fundamentales, ¿verdad?

Hybron Prat, de Alfa Cefeo, se mesó la pelusa gris que él llamaba cabello.

—No confío en los tremendos trucos que juega esta alocada anotación matemática suya.

—Pues invente otra mejor. Hasta ahora, ha hecho un buen trabajo con las reacciones, ¿no creen?

Se oyó un discordante coro de gargantas que se aclaraban, pero no una respuesta determinada.

—¿No creen? —tronó Porus.

—Bueno, ¿y qué? —contestó Kim Winson, desesperadamente—. ¿Dónde está su pánico? Todo esto está muy bien. Estos humanoides son unos fenómenos cósmicos, pero ¿dónde está la demostración que iba a hacernos?

—Están vencidos, caballeros, están vencidos —se jactó el pequeño y experto psicólogo—. He demostrado mi punto de vista. Este pánico pasivo es tan imposible según la psicología clásica como la forma activa. Ahora tratan de negar los hechos y salvar la cara, insistiendo en un tecnicismo. Vuelvan a casa; vuelvan a casa, caballeros, y escóndanse debajo de la cama.

Inar Tubal le miró con ira. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Pánico activo o nada, Tan Porus. Es lo que nos prometió, y es lo que tendremos. Queremos que lo cumpla al pie de la letra o, por el espacio y el tiempo, insistiremos en cualquier tecnicismo. ¡Pánico activo o reportaremos el fracaso!

Porus se encolerizó y, con un tremendo esfuerzo, habló serenamente.

—Sean razonables, caballeros. No disponemos del equipo necesario para controlar el pánico activo. Nunca nos hemos encontrado con la superforma que podría adoptar en la Tierra. ¿Y si escapa a nuestro control?

—Aíslelo, entonces —exclamó Semper Gor—. Enciéndalo y sofóquelo. Disponga todos los preparativos que quiera, pero ¡hágalo!

—Si puede —gruñó Hybron Prat. Pero Tan Porus tenía *su* punto débil. Su irritable carácter se desató.

—¡Se saldrán con la suya, cabezas de chorlito! Se saldrán con la suya, pero váyanse al espacio exterior —la pasión le embargaba—. Lo provocaremos aquí mismo, en Terrápolis, en cuanto los hombres vuelvan a casa. ¡Pero será mejor que todos ustedes se pongan a salvo!

Tan Porus corrió las cortinas con un movimiento de su mano, y los cinco psicólogos que le observaban desviaron la mirada. Las calles de la capital de la Tierra estaban desiertas de población civil. El ordenado ruido de los militares que patrullaban en las autopistas de la ciudad sonaba como un canto fúnebre.

—Ha sido muy peligroso, colegas —la voz de Porus expresaba cansancio—. Si hubiera sobrepasado los límites de la ciudad, nunca habiésemos podido detenerlo.

—¡Horrible, horrible! —murmuró Hybron Prat—. Ha sido una escena que cualquier psicólogo hubiera dado su brazo derecho por presenciar... y su vida por olvidar.

—¡Y esto son humanoides! —gimió Kim Winson. Semper Gor se levantó con súbita decisión.

—¿Comprende la importancia de esto, Porus? Estos terrícolas son incontrollable atomita. No se pueden controlar. Con su psicología de masas, su pánico de masas, su superemocionalismo, no encajan en la imagen de los humanoides.

Porus enarcó las cejas.

—¡Cometa de gas! Individualmente, somos tan emotivos como ellos. Ellos lo llevan a la acción de masas y nosotros no; ésa es la única diferencia.

—¡Y es suficiente! —exclamó Tubal—. Hemos adoptado una decisión, Porus. Lo hicimos anoche, en el punto culminante de... de... de esto. No debemos ocuparnos del sistema solar. Es un lugar apestado y no queremos nada parecido. En cuanto concierne a la galaxia, Homo Sol será puesto en una estricta cuarentena. ¡Esto es terminante!

El rigeliano se echó a reír.

—Para la galaxia, puede ser terminante. Pero ¿y para Homo Sol?

Tubal se encogió de hombros.

—Eso no nos concierne. Porus volvió a reírse.

—Dígame, Tubal. Entre nosotros, ¿ha intentado hacer una integración temporal de la ecuación 128 seguida por expansión con tensores carolinós?

—No-o. No lo he hecho.

—Bueno, pues eche una ojeada a estos cálculos y diviértase.

Naru Helvin rompió las hojas con un movimiento espasmódico.

—Es mentira —gritó.

—Actualmente, les llevamos mil años de adelanto, y para ese tiempo les llevaremos otros doscientos años —exclamó Tubal—. No podrán hacer nada contra la masa de la gente de la galaxia.

Tan Porus se rió con una monotonía sumamente desagradable.

—Siguen sin creer en las matemáticas. Esto forma parte de su línea de conducta, claro. Muy bien, veamos si los expertos pueden convencerles... como debería ser, a menos que el contacto con estos humanoides fuera de lo normal les haya afectado. ¡Joselin... Joselin Arn., venga!

El comandante centauriano entró, saludó automáticamente, y permaneció a la expectativa.

—¿Podría una de sus naves derrotar una de las naves de Sol en batalla, si fuera necesario? Arn sonrió amargamente.

—Imposible, señor. Estos humanoides rompen la ley de Kraut en pánico... y también luchando. Tenemos una dotación de expertos a cargo de nuestras naves. Esta gente tiene una única tripulación que funciona como una unidad, sin individualismo. Manifiestan una forma de lucha..., pánico, creo que es la palabra mejor. Cada individuo de las naves se convierte en un órgano de las mismas. Con nosotros, ya lo saben, eso es imposible.

«Además, este mundo es una masa de genios locos. Sé que tomaron no menos de veintidós interesantes pero inútiles aparatos que vieron en el Museo de Thalsoon cuando nos visitaron; los desmontaron y produjeron a partir de ellos los inventos militares más desagradables que he visto. ¿Recuerdan el tiralíneas gravitacional de Julmun Thill, empleado —con muy poca efectividad— para localizar depósitos minerales antes de que se inventara el método moderno de potencial eléctrico? Lo han convertido —no sé cómo— en uno de los directores de fuego automático más mortífero que he tenido la desgracia de ver.

—Nosotros —dijo Tan Porus con alborozo— tenemos una flota mucho mayor que la suya. Podríamos arrollarlos, ¿verdad?

Joselin Arn movió la cabeza.

—Derrotarlos ahora... probablemente. Pero no los arrollaríamos, y no me atrevería a apostar por ello. Yo no votaría por atacarlos. El problema reside, en el plano militar, en que esta colección de maníacos de los aparatos inventa cosas con una velocidad terrible.

—¿Qué será —preguntó Porus con amabilidad— de nuestra posición militar si nos limitamos a ignorarlos completamente durante doscientos años?

Joselin Arn soltó una explosiva carcajada.

—Si podemos, que significa *si* nos dejan. Responderé sin pensar y con seguridad. Es lo único que me preocupa en este momento. Doscientos años para explorar los nuevos caminos sugeridos por su breve contacto con nosotros y harán cosas que no puedo imaginar. Esperen doscientos años y no habrá una batalla; habrá una anexión. Tan Porus se inclinó ceremoniosamente.

—Gracias, Joselin Arn. Este era el resultado de mis cálculos matemáticos.

Joselin Arn saludó y abandonó la estancia.

Volviéndose a los cinco científicos, completamente paralizados, Porus prosiguió:

—Y espero que estos sabios caballeros reaccionen de forma vagamente humanoide. ¿Se convencen de que no nos toca a nosotros decidir si terminar o no todo intercambio con esta raza? Podemos..., ¡pero ellos no!

«Estúpidos —pareció que escupiera la palabra—, ¿creen que voy a perder el tiempo discutiendo con ustedes? Yo dicto la ley, ¿comprenden? Homo Sol *entrará* en la Federación. Se les madurará en doscientos años. No se lo pregunto; *¡se lo digo!* —el rigeliano les contempló agresivamente.

«¡Vengan conmigo! —gruñó con brusquedad.

Le siguieron con mansa sumisión y entraron en el dormitorio de Tan Porus. El pequeño psicólogo corrió una cortina y dejó al descubierto una pintura de tamaño natural.

—¿Cómo interpretan esto?

Era el retrato de un terrícola, pero de un terrícola como ninguno de los psicólogos había visto aún. Digno y severamente hermoso, con una mano que acariciaba una barba regia, y la otra que sostenía el único vestido suelto que le cubría, parecía personificar la majestad.

—Es Zeus —dijo Porus—. Los terrícolas primitivos le crearon como la personificación de la tormenta y el relámpago. —Se encaró con los aturdidos científicos—. ¿Les recuerda a alguien?

—¿Homo Canopus? —aventuró Helvin. Durante un instante, el rostro de Porus se relajó con momentánea satisfacción y después volvió a endurecerse.

—Naturalmente —exclamó—. ¿Por qué vacilan? Este es Canopus en persona, hasta la barba amarilla. Después continuó:

—Aquí hay algo más —corrió otra cortina. Esta vez, el retrato era de una mujer. Tenía el pecho voluminoso y las caderas anchas. Una inefable sonrisa adornaba su rostro y sus manos parecían acariciar el grano que reposaba a sus pies.

—¡Deméter! —dijo Porus—. La personificación de la fertilidad y la agricultura. La madre ideal. ¿A quién les recuerda esto?

Esta vez no hubo vacilaciones. Cinco voces dijeron al unísono:

—¡Homo Betelgeuse!

Tan Porus sonrió con placer.

—Exactamente. ¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —inquirió Tubal.

—¿No lo comprenden? —su sonrisa se desvaneció—. ¿No está claro? ¡Papanatas! Si un centenar de Zeus y un centenar de Deméter aterrizaran en la Tierra como parte de una «misión comercial», y se convirtieran en expertos psicólogos... ¿Lo comprenden *ahora*?

Semper Gor se echó súbitamente a reír.

—Espacio, tiempo, y pequeños meteoros. ¡Claro que sí! Los terrícolas serían arcilla en manos de sus propias personificaciones de la tormenta y la maternidad vivientes. Dentro de doscientos años..., dentro de doscientos años, no podremos hacer nada.

—Pero esta denominada misión comercial suya, Porus —intervino Prat—, ¿cómo se las arreglará para que Homo Sol la acepte?

Porus enderezó la cabeza hacia un lado.

—Querido colega Prat —murmuró—, ¿cree que he creado el pánico activo únicamente para hacer una demostración... o para satisfacer a cinco estúpidos? Este pánico pasivo ha paralizado la industria, y el Gobierno terrestre se enfrenta a una revolución... otra forma de acción masiva que podría investigarse. Ofrézcale comercio galáctico y prosperidad eterna y ¿cree que lo rechazará? ¿Qué importa la masa?

El rigeliano cortó de raíz el incipiente murmullo con un gesto de impaciencia.

—Si no tienen nada más que preguntar, caballeros, empecemos a prepararnos para partir francamente, estoy cansado de la Tierra, y más que esto, deseo volver junto a mi calamar.

Abrió la puerta y, por el pasillo, gritó:

—¡Haridin! Dile a Arn que tenga la nave dispuesta para dentro de seis horas. Nos vamos.

—Pero..., pero —el coro de aturcidas objeciones se cristalizó en súbito movimiento, cuando Semper Gor corrió hacia Porus y le detuvo cuando éste se marchaba. El pequeño rigeliano luchó en vano por desasirse.

—¡Suélteme!

—Ya hemos soportado bastante, Porus —dijo Gor—, y ahora va a calmarse y conducirse como un humanoide. Diga lo que diga, no nos iremos hasta haber acabado. Tenemos que tratar con el Gobierno terrestre de la misión comercial. Hemos de asegurar la aprobación del Consejo. Tenemos que escoger a nuestros psicólogos.

En este punto, Porus, con un salto rápido, se desasió.

—¿Han supuesto por un momento que esperaba a que su precioso Consejo se dispusiera a considerar si se hace algo acerca de la situación dentro de dos o tres décadas?

»La Tierra aceptó incondicionalmente mis términos hace un mes. La escuadra de canopanos y betelgeusianos partió hace cinco meses, y aterrizaron anteayer. Gracias a su ayuda logramos detener el pánico reciente... aunque ustedes no lo hubieran sospechado. Probablemente creyeron que lo hicieron ustedes solos. Hoy, caballeros, ellos controlan por completo la situación y nuestros servicios ya no son necesarios. Nos vamos a casa.

Homo Sol tiene una trama que atrajo particularmente a Campbell. Aunque los seres humanos del relato están muy atrasados con respecto a las demás inteligencias de la galaxia, es evidente que poseen una insólita capacidad para avanzar con mucha rapidez, que hay algo especial en ellos y que todos los demás hacen bien en precaverse.

A Campbell le gustaban los relatos en que los seres humanos se proclamaban superiores a otras inteligencias, aunque estas otras se encontraran más avanzadas tecnológicamente. Le gustó que mis seres humanos poseyeran un sentido de la intrepidez único, o un sentido del humor, o una cruel facultad de matar en caso necesario, que siempre les aportaba la victoria sobre otras inteligencias, incluso contra una fuerza superior.

Sin embargo, a veces me asaltaba la desagradable idea de que esta actitud reflejaba los sentimientos de Campbell sobre la escala, más pequeña, de la Tierra. Me dio la impresión de que aceptaba la superioridad natural de los norteamericanos sobre el resto de la humanidad, y parecía presumir de que los americanos procedían del noroeste de Europa.

No puedo decir que Campbell fuera racista en ningún mal sentido de la palabra. No recuerdo ni una sola ocasión en que actuara desagradablemente, y desde luego, nunca, ni una sola vez, me hizo sentir incómodo por el hecho de que yo fuera judío. No obstante, daba por hecho que el estereotipo de blanco nórdico era el verdadero representante del Hombre Explorador, del Hombre Intrépido o del Hombre Victorioso.

Discutí tenazmente con él sobre este tema, o al me-nos, con tanta violencia como me atrevía, y en los años siguientes nuestras relaciones llegarían a alcanzar el máximo grado de tirantez posible (considerando nuestro mutuo afecto, y todo lo que le debía) sobre el problema de los derechos civiles. Yo defendía el aspecto liberal de la cuestión, él el conservador, y nuestras ideas nunca coincidieron sobre este tema.

Todo esto tuvo una repercusión muy importante en mi trabajo de ciencia-ficción. No me gustó la actitud de Campbell respecto a la humanidad frente a otras inteligencias, y fueron necesarias dos revisiones de Homo Sol para que Campbell

consiguiera algo parecido a lo que quería. Aun así, insertó diversos párrafos, aquí y allí, sin consultarme, en la versión final.

Traté de evitar una situación similar en el futuro. Una manera de hacerlo era apartarse de las tradiciones de aquellos escritores que urdían tramas a la gigantesca escala de galaxias enteras llenas de inteligencias... notablemente las de E. E. Smith y las de Campbell en persona. En lugar de eso, empecé a idear relatos en los que la galaxia sólo estuviera poblada por inteligencias humanas. Esto dio sus frutos, bastante pronto, en la serie *Fundación*. Indudablemente, el punto de vista Smith-Campbell tiene mucho más sentido. Es casi seguro que entre los cientos de billones de mundos de una gran galaxia, debe haber cientos o incluso miles de especies inteligentes distintas. Que hubiera sólo una, la nuestra, tal como yo postulaba, era menos probable.

Algunos críticos de ciencia-ficción (notablemente Sam Moskowitz) me alabaron por inventar una galaxia únicamente humana, como si fuera una especie de adelanto literario. Otros debieron pensar en privado (nunca lo he oído decir abiertamente) que en mi galaxia sólo había inteligencias humanas porque yo carecía de imaginación para inventar extraterrestres.

Pero lo cierto es que yo sólo trataba de evitar una colisión con los puntos de vista de Campbell. No quería crear una situación en la que me vería forzado a enfrentarme con la alternativa de adoptar el punto de vista de Campbell, que encontraba repugnante, o dejar de vender un relato (cosa que también encontraba repugnante.)

El 25 de marzo de 1940, el día que presenté *Homo Sol* por última vez, fui a ver a Pohl a su oficina. Me dijo que la reacción provocada por *Mestizo* había sido tal que creía justificado pedirme que escribiera una continuación. Era la primera vez que me solicitaban un relato específico con una aceptación virtualmente garantizada por adelantado.

Pasé los meses de abril y mayo trabajando en la continuación, *Mestizos en Venus*, y lo presenté a Pohl el 3, de junio. El 14 de este mismo mes lo aceptó. La historia tenía diez mil palabras, la más extensa que había venido hasta aquel momento. Lo que es más, las revistas de Pohl tenían tanto éxito que su presupuesto se había incrementado y pudo pagarme cinco octavos de centavo por palabra: 62,50 dólares.

Apareció en el número de *Astonishing* que llegó a los quioscos el 24 de octubre de 1940, casi dos años después de mi primera venta. Además, este día fue memorable para mí, pues fue la primera vez que el dibujo que había en la portada de *Ha* revista se tomó de uno de mis relatos. Yo había hecho la portada.

El título del relato y mi nombre aparecieron en primera plana en letras mayúsculas. Era una halagadora señal de que mi nombre contribuía a vender revistas ya en aquella época.

Mestizos en Venus

La húmeda y soñolienta atmósfera vibró violentamente y se partió en dos. La desnuda altiplanicie se estremeció tres veces, cuando los pesados proyectiles en forma de huevo descendieron del espacio exterior. El sonido del aterrizaje retumbó desde las montañas de un lado hasta el frondoso bosque del otro, y después todo volvió a ser silencio.

Una a una, se abrieron tres puertas, y unas figuras humanas salieron en vacilante fila india.

Un millar de ojos contemplaban el paisaje y un millar de bocas charlaban con excitación.

¡Los híbridos habían aterrizado en Venus!

Max Scanlon suspiró con fatiga.

—¡Aquí estamos!

Se apartó de la portilla y se dejó caer en su propio sillón especial.

—Son tan felices como niños... y no les culpo. Tenemos un mundo nuevo para nosotros solos y esto es una gran cosa. Pero, sin embargo, nos esperan días muy difíciles. ¡Casi estoy asustado! ¡Es un proyecto tan poco aventurado, pero tan difícil de completar!

Un tierno brazo se posó en su hombro y él lo asió firmemente, sonriendo a los dulces ojos azules que se encontraron con los suyos.

—Pero *tú* no estás asustada, ¿verdad, Madeline?

—¡Claro que no! —y su expresión se hizo más triste—. Si nuestro padre hubiera venido con nosotros...

Después de estas palabras hubo un largo silencio, mientras ambos se sumían en sus pensamientos. Max suspiró.

—Me acuerdo de él en aquel día de hace cuarenta años; traje viejo, pipa, todo. Me adoptó. *¡A mí!*, un despreciado mestizo! Y..., ¡y te encontró para mí, Madeline!

—Lo sé —había lágrimas en sus ojos—. Pero aún sigue con nosotros, Max, y siempre lo estará...

—¡Eh, papá, cógela, cógela!

Max se dio la vuelta al oír la voz de su hijo mayor, justo a tiempo para coger el revoltijo de brazos y piernas que se le echó encima.

La sostuvo gravemente frente a sí.

—¿He de entregarte a tu papá, Elsie? Te reclama. La pequeña agitó las piernas con embeleso.

—No, no. Yo te quiero *a tí*, abuelito. Quiero que me lleves sobre los hombros y salgas con abuelita a ver lo bonito que es todo esto.

Max se volvió hacia su hijo y le hizo serias señas de que se fuera.

—Vete, padre desdeñado, y da una oportunidad al viejo abuelito.

Arthur se echó a reír y se enjugó el rostro.

—Quédatela, por todos los cielos. Nos ha hecho correr de lo lindo a mi mujer y a mí ahí fuera. Hemos tenido que arrastrarla por el vestido para evitar que se metiera en el bosque. ¿Verdad, Elsie?

Elsie pareció recordar súbitamente un pasado agravio.

—Abuelito, dile que me deje ver esos árboles tan bonitos. No quiere hacerlo —se desasíó del abrazo de Max y corrió a la portilla—. Míralos, abuelito, míralos. Ya no está oscuro. No me gustaba nada que estuviera oscuro, ¿y a ti?

—Tampoco, Elsie; no me gustaba nada que estuviera oscuro. Pero ya no lo está, y no volverá a estarlo nunca más. Ahora vete corriendo con abuelita. Hará un pastel especial para ti. ¡Vamos, corre!

Siguió con la mirada la partida de su esposa y su nieta con ojos sonrientes, y después, al volverse hacia su hijo, recobró su seriedad.

—¿Y bien, Arthur?

—Bien, papá, ¿qué hacemos ahora?

—No hay tiempo que perder, hijo. Tenemos que empezar a construir inmediatamente... ¡bajo tierra! Arthur adoptó una actitud atenta.

—¡Bajo tierra! —frunció el ceño con consternación.

—Lo sé, lo sé. No había dicho nada antes, pero hay que hacerlo. Hemos de desaparecer de la faz del sistema a cualquier precio. Hay terrícolas en Venus, pura sangres. No hay muchos, es verdad, pero sí algunos. No deben encontrarnos..., por lo menos, hasta que estemos preparados para lo que pueda ocurrir.

—Pero, padre, *¡bajo tierra!* Vivir como topos, privados de la luz y el aire. No me gusta nada.

—Oh, tonterías. No dramatices más de la cuenta. *Viviremos* en la superficie, pero la ciudad, las centrales eléctricas, las reservas de comida y agua, los laboratorios, todo esto ha de estar debajo y ser inexpugnable.

El anciano híbrido intentó desviar el tema.

—Pero olvidémoslo. Quiero hablarte de otra cosa, algo que ya hemos discutido.

Los ojos de Arthur se endurecieron y desvió su mirada hacia el techo. Max se levantó y colocó las manos sobre los fuertes hombros de su hijo.

—Tengo más de sesenta años, Arthur. No sé cuánto tiempo viviré. En cualquier caso, lo mejor de mí pertenece al pasado y es preferible que ceda el liderazgo a una persona más joven y vigorosa.

—Papá, esto son necedades sentimentales y tú lo sabes. Ninguno de nosotros te llega a la suela de los zapatos y nadie prestará atención más de un segundo a un plan para designar tu sucesor.

—No les pediré que me escuchen. Está decidido... y tú eres el nuevo jefe.

El joven movió la cabeza firmemente.

—No puedes obligarme en contra de mi voluntad. Max sonrió de un modo raro.

—Me temo que estás evadiendo tu responsabilidad, hijo. Dejas a tu pobre anciano padre a merced de las fatigas y esfuerzos de un trabajo que sobrepasa el vigor de sus años. ,

—¡Papá! —fue la ofendida réplica—. No es así. Tú sabes que no lo es. Tú...

—Pues demuéstralo. Míralo de esta manera. Nuestra raza necesita una jefatura *activa* y yo no puedo proporcionársela. Siempre estaré aquí —mientras viva— para aconsejarte y ayudarte lo mejor que pueda, pero de ahora en adelante, *tú* debes tomar la iniciativa.

Arthur frunció el ceño y pronunció de mala gana estas palabras:

—De acuerdo. Aceptaré el puesto de comandante de campo. Pero recuerda, *tú* eres comandante en jefe.

—¡Perfecto! Y ahora celebremos el acontecimiento —Max abrió un armario y extrajo una caja, de la que sacó un par de cigarros. Suspiró—. La reserva de tabaco está a punto de agotarse y no tendremos más hasta« que cultivemos er nuestro propio, pero... fumaremos a la salud del nuevo jefe.

Anillos de humo azul se elevaron hacia el techo y Max frunció el ceño mirando a su hijo.

—¿Dónde está Henry? Arthur sonrió.

—¡Dunita! No lo he visto desde que hemos aterrizado. No obstante, puedo decirte con quién está. Max gruñó:

—Yo también lo sé.

—El muchacho aprovecha la ocasión. Ya no faltan muchos años, papá, para que mimes a una segunda serie de nietos.

Y padre e hijo se sonrieron afectuosamente y escucharon en silencio el ahogado sonido de felices risas de los cientos de híbridos que había fuera.

Henry Scanlon ladeó la cabeza y levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Oyes un ruido de agua, Irene? La chica que había junto a él asintió.

—En aquella dirección.

—Pues vayamos hacia allí. Antes de que aterrizáramos he visto un río por aquí y quizá sea éste.

—Muy bien, si tú lo deseas, pero creo que deberíamos regresar a las naves.

—¿Para qué? —Henry se detuvo y la miró fijamente—. Pensaba que te alegrarías de estirar las piernas después de pasar semanas en una nave abarrotada.

—Bueno, puede ser peligroso.

—No aquí en las tierras altas, Irene. Las tierras altas venusianas. son prácticamente una segunda Tierra. Verás que esto es un bosque y no una jungla.

Irene reprimió una rápida sonrisa y lanzó una picara mirada a su vanidoso compañero.

—Me doy perfecta cuenta. *Este* es el peligro.

El pecho de Henry se desinfló con un audible jadeo.

—*Muy* gracioso... y más ahora que me porto tan bien—. Se alejó un poco, reflexionó malhumoradamente un rato, y después se dirigió a los árboles con frialdad—: Esto me recuerda que mañana es el cumpleaños de Daphne. He prometido hacerle un regalo.

—Regálale un cinturón adelgazante —fue la rápida contestación—, ¡La muy gorda!

—¿Quién está gorda? ¿Daphne? No me lo parece.

—Está *gorda*.

Henry apresuró el paso y la alcanzó.

—Claro que prefiero a las chicas delgadas. Irene giró sobre los talones y cerró los puños.

—Yo no estoy delgada y tú eres un mono increíblemente estúpido.

—Pero, Irene, ¿quién ha dicho que hablaba en serio?

La joven enrojeció hasta las orejas y se alejó, con el labio inferior temblando. La sonrisa desapareció de los ojos de Henry y fue sustituida por una mirada de inquietud. Alargó vacilantemente el brazo y lo deslizó alrededor de los hombros de ella.

—¿Enfadada, Irene?

—No —dijo.

Sus ojos se encontraron y, durante un momento, Henry vaciló... y averiguó que quien vacila pierde; pues con un súbito movimiento y una suave carcajada, Irene se encontró de nuevo libre.

Señalando hacia una entrada entre los árboles, gritó?

—¡Mira, un lago! —y se alejó corriendo.

Henry frunció el ceño, murmuró algo en voz baja, Y corrió tras ella.

Los dos híbridos —muchacho y muchacha— permanecieron en la orilla con las manos cogidas y absortos en la belleza del paisaje.

Entonces se oyó un ahogado chapoteo, no lejos de allí, e Irene se echó en brazos de su compañero.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me parece que se ha movido algo en el agua.

—Oh, imaginaciones tuyas, Irene. 37—No. De verdad, he visto algo. Surgió y... oh, Henry, no me abrasces tan fuerte...

Casi perdió el equilibrio cuando Henry la soltó de pronto y asió rápidamente su pistola de tonita.

Justo delante de ellos, una mojada cabeza verde salió del agua y les contempló con un par de grandes ojos saltones. Su ancha boca carente de labios se abrió y cerró con rapidez, pero no emitió ningún sonido.

Max Scanlon contempló pensativamente las abruptas colinas que se alzaban enfrente y se llevó las manos a la espalda.

—Lo crees así, ¿verdad?

—Desde luego, papá —insistió Arthur con entusiasmo—. Si nos escondemos bajo estos montones de granito, nadie podría encontrarnos. No tardaremos ni dos meses en formar toda la caverna, con nuestra ilimitada energía.

—¡Hum! ¡Requerirá mucho cuidado!

—¡Lo tendremos!

—En las regiones montañosas suele haber terremotos.

—Podemos erigir bastantes rayos estáticos como para sostener todo Venus, haya terremotos o no.

—Los rayos estáticos consumen mucha energía, y cualquier avería que nos dejara sin energía significaría el fin.

—Podemos acoplar cinco centrales eléctricas independientes. No fallarán las cinco a la vez. El anciano híbrido sonrió.

—Muy bien, hijo. Veo que lo has planeado cuidadosamente. ¡Adelante! Empieza en cuanto quieras...

—¡Perfecto! Regresemos a las naves. —Escogieron cautelosamente su camino de bajada por la rocosa pendiente.

—¿Sabes, Arthur? —dijo Max, deteniéndose de pronto—. He estado pensando en esos rayos estáticos.

—¿Sí? —Arthur le ofreció el brazo, y los dos reanudaron el descenso.

—Se me ha ocurrido que si pudiéramos hacerlos en un campo bidimensional y en forma de curva, tendríamos una defensa perfecta, mientras durara nuestra energía... un campo estático.

—Para eso se necesita radiación de-cuatro dimensiones, papá... es una bonita idea, pero no puede realizarse.

—Oh, ¿de verdad? Bueno, escucha esto...

Sin embargo, lo que Arthur debía escuchar permaneció secreto, por lo menos aquel día. Un penetrante grito a poca distancia de ellos les hizo aguzar la vista. Hacia ellos se dirigía la decidida figura de Henry Scanlon, y siguiéndole, a mucha distancia y con un paso mucho más lento, iba Irene.

—Dime, papá, hace muchísimo rato que te busco.

¿Dónde estabas?

—Aquí mismo, hijo. ¿Y tú?

—Oh, por los alrededores. Escucha, papá. Te acuerdas de que los exploradores nos hablaron de unos anfibios que habitaban en los lagos altos de Venus, ¿verdad? Bueno, los hemos localizado. ¿No es cierto, Irene?

La muchacha hizo una pausa para recobrar el aliento y asintió con la cabeza.

—Son de lo más atractivo, señor Scanlon. Todos verdes. —Arrugó la nariz, riéndose.

Arthur y su padre intercambiaron una mirada de duda. El primero se encogió de hombros.

—¿Estáis seguros de no haberlo imaginado? Recuerdo una ocasión, Henry, en que viste un meteoro en el espacio, casi nos morimos del susto, y después resultó ser tu propio reflejo en el cristal de la portilla.

Henry, penosamente consciente de la disimulada risa de Irene, sacó hacia delante un labio inferior lleno de beligerancia.

—Vamos, Art, me parece que te estás buscando una paliza. Y soy lo bastante mayor para dártela.

—¡Vamos, calmaos! —exclamó el anciano Scanlon con voz perentoria—, y tú, Arthur, aprende a respetar la dignidad de tu hermano pequeño. En cuanto a ti, Henry, todo lo que Arthur quería decir es que esos anfibios son tan tímidos como conejos. Nadie ha conseguido nunca verlos más de un segundo.

—Pues nosotros sí, papá. A muchos de ellos. Supongo que se sintieron atraídos por Irene. Nadie se le resiste.

—Ya sé que *tú* no puedes —y Arthur se rió fuertemente.

Henry volvió a ponerse rígido, pero su padre se interpuso entre los dos.

—Estaos quietos los dos. Vayamos a ver a esos anfibios.

—*Es sorprendente* —exclamó Max Scanlon—. Son tan amigables como niños. No puedo entenderlo. Arthur movió la cabeza.

—Yo tampoco, papá. A lo largo de cincuenta años, ningún explorador ha logrado observar bien a uno, y aquí están... han acudido como moscas.

Henry echaba guijarros al lago.

—Mirad eso, todos vosotros.

Ahora los anfibios se amontonaban en número cada vez mayor, acercándose al mismo borde del lago, donde asían las gruesas cañas de la orilla y contemplaban con ojos saltones a los híbridos. Sus palmeadas y musculosas patas podían verse por "debajo de la superficie del agua, moviéndose hacia delante y hacia atrás con perezosa gracia. Su boca sin labios se abría y cerraba sin cesar con ritmo extraño y desigual.

—Me parece que están hablando, señor Scanlon —dijo Irene, dé pronto.

—Es muy posible —convino pensativamente el anciano híbrido—. Tienen la caja craneal bastante grande, y es posible que posean una inteligencia considerable. Si los órganos de su voz y oído están sintonizados para emitir ondas de mayor o menor frecuencia que las nuestras, no podemos oírlos... y eso podría explicar muy bien la falta de sonido.

—Probablemente, están hablando de nosotros con la misma preocupación que nosotros de ellos —dijo Arthur.

—Sí, y preguntándose qué clase de monstruos somos —añadió Irene.

Henry no dijo nada. Se aproximaba al borde del lago con pasos cautelosos. El suelo que pisaba se hizo cada vez más fangoso, y las cañas más gruesas. El grupo de anfibios más cercano volvió hacia él unos ojos ansiosos, y uno o dos se alejaron silenciosamente.

Pero el más próximo se mantuvo quieto. Tenía la amplia boca firmemente cerrada; los ojos expresaban cautela... pero no se movió.

Henry se detuvo, vaciló, y después alargó la mano.

—¡Hola, fib!

El «fib» contempló la mano alargada. Con mucho cuidado, extendió su propio antebrazo palmeado y tocó los dedos del híbrido. Con un salto, lo retiró de nuevo, y su boca se movió con silenciosa excitación.

—Ten cuidado —dijo la voz de Max desde detrás—. Así les asustarás. Tienen la piel terriblemente sensible y los objetos secos pueden irritarla. Mete la mano en el agua.

Lentamente, Henry obedeció. Los músculos del fib se pusieron en tensión para escaparse al más ligero movimiento, pero éste no llegó. La mano del híbrido volvió a alargarse, esta vez completamente mojada.

Durante un largo minuto no ocurrió nada, mientras el fib parecía reflexionar en su interior sobre su futura línea de conducta. Y después, tras dos falsos intentos y apresuradas retiradas, los dedos volvieron a tocarse.

—Hola, fib —dijo Henry, y estrechó la mano verde.

Siguió un único salto de asombro y después una nueva y vigorosa presión que entumeció los dedos del híbrido. Evidentemente animados por el ejemplo del primer fib, sus compañeros se aproximaron, ofreciendo multitud de manos.

Los otros tres híbridos avanzaron hasta el lodo y ofrecieron también sus manos mojadas.

—Es gracioso —dijo Irene—. Cada vez que estrecho una mano, pienso en el cabello.

—¿En el cabello?

—Sí, el nuestro. Tengo la imagen de un cabello blanco y largo, que se mantiene levantado y reluce bajo el sol.

—¡Cierto! —interrumpió de repente Henry—. Yo también tengo esta impresión, ahora que lo mencionas. Pero sólo cuando estrecho una mano.

—¿Y tú, Arthur? —preguntó Max.

Arthur asintió a su vez, mientras enarcaba las cejas.

Max sonrió y golpeó la palma de su mano con el puño.

—Es una especie de telepatía primitiva, demasiado débil para que ocurra sin contacto físico e incluso entonces sólo capaz de producir unas sencillas ideas.

—Pero ¿qué cabello, papá? —preguntó Arthur.

—Quizá fuera nuestro cabello lo que les atrajera en primer lugar. Nunca han visto algo parecido... y... bueno; ¿quién puede explicar su psicología?

De pronto, se puso de rodillas y remojó su alta cresta de cabello. Hubo un batir de agua y aparecieron nuevos cuerpos verdes que se acercaban. Una mano verde pasó suavemente por encima de la rígida cresta blanca, provocando un parloteo excitado, aunque silencioso. Luchando entre ellos por conseguir una posición ventajosa, compitieron por el privilegio de tocar el cabello hasta que Max, agotado, tuvo que volver a levantarse.

—Es probable que, a partir de ahora, sean amigos nuestros durante toda la vida —dijo—. Una extraña especie de animales.

En aquel momento, Irene se fijó en un grupo de fibs a cien metros de la orilla.

—¿Por qué no se acercan? —preguntó.

Se volvió hacia uno de los fibs más cercanos y señaló a los otros haciendo frenéticos gestos de dudoso significado. No recibió más que solemnes miradas como respuesta.

—Así no, Irene —reprendió Max amablemente. Extendió la mano, asió la de un complaciente fib y permaneció inmóvil durante un momento. Cuando la soltó, el fib se sumergió en el agua y desapareció. Al cabo de un instante, sus perezosos compañeros se acercaban lentamente por la costa.

—¿Cómo lo ha hecho? —inquirió Irene.

—¡Telepatía! Le he estrechado la mano fuertemente y he representado la imagen de un aislado grupo de fibs y una larga mano que se extendía sobre el agua para estrechar las suyas. —Sonrió con amabilidad—. Son muy inteligentes, o no me hubieran entendido con tanta rapidez.

—¡Pero *si* son hembras! —gritó Arthur, con súbita y estupefacta incredulidad—. Por todo lo sagrado, ¡están amamantando a sus hijos!

—Ohh —exclamó Irene con repentino placer—. ¡Mirad esto!

Se hallaba arrodillada sobre el barro, con los brazos extendidos hacia la hembra más cercana. Los otros tres contemplaron con hipnotizado silencio cómo las nerviosas hembras fib estrechaban sus diminutas crías contra el pecho.

Pero los brazos de Irene hicieron ligeros gestos de invitación.

—Por favor, por favor. Es tan mono. No le haré daño. Es muy dudoso que la madre fib la entendiera, pero con un súbito movimiento, alargó un pequeño fardo verde que se movía sin cesar y lo depositó en los brazos que lo esperaban.

Irene se levantó, gritando de satisfacción. Los pequeños pies palmeados daban patadas en el aire y, a su alrededor, ojos asustados la contemplaban fijamente. Los otros tres se aproximaron y lo observaron con curiosidad.

—Realmente es de lo más *encantador*. Mirad qué bo-quita tan graciosa. ¿Quieres cogerlo, Henry?

Henry retrocedió de un salto como si le hubieran pinchado.

—¡De ninguna manera! Probablemente se me caería

—¿Tienes alguna imagen en el pensamiento, Irene? —preguntó Max, pensativamente.

Irene reflexionó y frunció el ceño al concentrarse.

—Nno. Es demasiado pequeño, quizá..., ¡oh, sí! Es... es... —Se interrumpió y trató de reírse—. ¡Tiene *hambre*!

Devolvió el diminuto bebé fib a su madre, cuya boca se movía en transportes de alegría y cuyos musculosos brazos estrechaban contra sí a la pequeña criatura.

—Seres amigables —dijo Max—, e inteligentes. Que se queden con sus lagos y ríos. Nosotros nos quedaremos con la tierra y no interferiremos con ellos.

Un híbrido solitario se hallaba en la Montaña Scanlon y sus gemelos de campaña estaban enfocados hacia el monte Rocosó, a unos quince kilómetros sobre las colinas. Durante cinco minutos, los gemelos no se movieron y el híbrido permaneció como una estatua vigilante hecha de la misma roca de la que estaban formadas todas las montañas de alrededor.

Y entonces los gemelos de campaña descendieron, y el rostro del híbrido reflejó una profunda tristeza. Se apresuró a descender la colina hasta la guardada y oculta entrada de Ciudad Venus.

Pasó junto a los guardas sin pronunciar una sola palabra y descendió a los pisos inferiores, donde la sólida roca seguía siendo reducida a la nada y moldeada a voluntad por controlados chorros de superenergía.

Arthur Scanlon levantó la vista, y con una súbita premonición de desastre hizo señas a los desintegradores para que se detuvieran.

—¿Qué sucede, Sorrell?

El híbrido se inclinó hacia delante y susurró una sola palabra al oído de Arthur.

—¿Dónde? —La voz de Arthur era ronca.

—Al otro lado de la montaña. Ahora vienen a través del monte Rocosó en dirección hacia nosotros. Divisé el destello del sol sobre metal y...

—¡Dios mío! —Arthur se pasó distraídamente la mano por la frente y después se volvió hacia los ansiosos híbridos que les observaban, desde los mandos del desintegrador—. ¡Continuad tal como estaba planeado! ¡No hay cambios!

Se apresuró a subir las plantas hasta la entrada, y dio las pertinentes órdenes:

—Triplicad inmediatamente la guardia. Nadie más que yo o los que vengan conmigo podrán salir. Enviad en seguida algunos hombres por cualquiera de los rezagados y ordenadles que busquen refugio y no hagan ruidos innecesarios.

Después, volvió a la avenida central para dirigirse a la morada de su padre.

Max Scanlon levantó la vista de sus cálculos y su grave frente se suavizó.

—Hola, hijo. ¿Sucede algo? ¿Otro estrato resistente?

—No, nada parecido. —Arthur cerró la puerta con cuidado y bajó la voz—. ¡Terrícolas!

—¿Colonizadores?

—Así parece. Sorrell ha dicho que entre ellos había mujeres y niños. Son varios centenares en total, equipados para quedarse... y caminando en esta dirección.

Llegaban a través del monte Rocosó en una larga y oscilante hilera. Aguerridos pioneros con sus valerosas mujeres consumidas por el trabajo y sus descuidados y medio salvajes niños, criados con tosquedad. Los anchos y bajos «Camiones Venus» traqueteaban con torpeza por los caminos vírgenes, cargados con amorfas masas de artículos caseros de primera necesidad.

Los jefes contemplaron el paisaje y uno habló en sílabas recortadas y espasmódicas:

—Casi hemos llegado, Jera. Ahora estamos al pie de las montañas.

Y el otro comentó lentamente:

—Y hay buena tierra de cultivo. Podemos construir nuestras granjas y establecernos —suspiró—. Este último mes ha sido muy pesado. ¡Me alegro de haber llegado!

Y desde una montaña vecina —la última montaña antes del valle— los Scanlon, padre e hijo, unos puntos invisibles en la distancia, contemplaban a los recién llegados con pesar.

—La única cosa para la que no podíamos prepararnos... y ha ocurrido.

Arthur habló lentamente y de mala gana:

—Son pocos y no van armados. Podemos echarles de aquí en una hora —dijo con súbita fiereza—. ¡Venus es *nuestro*!

—Sí, podemos echarles en una hora, en diez minutos. Pero regresarían, a miles, y armados. No estamos preparados para luchar contra toda la Tierra, Arthur.

El joven se mordió el labio y murmuró unas palabras con algo de timidez:

—Por el bien de la raza, padre..., podríamos matarles a todos.

—¡Nunca! —exclamó Max, con los ojos echando chispas—. No seremos los primeros en atacar. Si matamos, no podemos esperar misericordia de la Tierra.

—Pero, padre, ¿qué otra alternativa tenemos? No podemos esperar misericordia de la Tierra de ninguna manera. Si nos localizan, si llegan a sospechar nuestra existencia, toda nuestra hégira habrá carecido de sentido y seremos derrotados desde el principio.

—Lo sé, lo sé.

—Ahora no podemos cambiar —continuó Arthur, apasionadamente—. Hemos pasado meses preparando Ciudad Venus. ¿Cómo podríamos abandonarla?

—No podemos —convino Max, sin entonación.

—Vivir como topos después de todo. ¡Fugitivos! ¡Refugiados asustados! ¿No es así?

—Dilo de la manera que quieras... pero hemos de escondernos, Arthur, y enterrarnos.

—¿Hasta...?

—Hasta que yo, o nosotros, perfeccionemos la curva bidimensional de los rayos estáticos. Rodeados por una defensa impenetrable, podremos salir al espacio exterior. Puede llevarnos años; puede llevarnos una semana. No lo sé.

Todo estaba en silencio en Ciudad Venus, y los ojos se volvían hacia la planea superior y las salidas ocultas. Fuera había aire, sol, espacio... y terrícolas.

Se habían establecido varios kilómetros más *arriba*, junto al cauce del río. Levantaban sus rústicas casas; despejaban la tierra de alrededor; construían granjas.

Y en las entrañas de Venus, mil cien híbridos formaban su hogar y aguardaban a que un anciano localizara las escurridizas ecuaciones que permitirían que los rayos estáticos se extendieran en dos dimensiones y describieran una curva.

Irene reflexionaba sombríamente mientras, sentada sobre un saliente rocoso, miraba hacia donde una mortecina luz gris indicaba la existencia de una salida al aire libre.

—¿Sabes, Henry?

—¿Qué?'

—Apuesto a que los fibs podrían ayudarnos.

—¿Ayudarnos a hacer qué, Irene?

—Ayudarnos a desembarazarnos de los terrícolas.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, son muy inteligentes, mucho más de lo que pensamos. Sin embargo, sus mentes son diferentes por completo y quizá pudieran solucionarlo. Además... acabo de tener una corazonada. —De pronto retiró su mano—. No tienes por qué sujetármela, Henry.

Henry tragó saliva.

—Es que tu asiento no es seguro..., podrías caerte, ¿sabes?

—¡Oh! —Irene observó el espacio que había bajo sus pies—. Tienes parte de razón. Hay mucha altura desde aquí.

Henry decidió que estaba en presencia de una oportunidad, y actuó en consecuencia. Hubo un momento de silencio mientras consideraba seriamente si ella tendría frío..., pero antes de que hubiera llegado a la conclusión de que quizá fuera así, ella habló de nuevo.

—Lo que iba a decirte, Henry, es lo siguiente. ¿Por qué no salimos para ver a los fibs?

—Papá me mataría si tratara de hacer algo así.

—Sería muy divertido.

—Sí, claro, pero es peligroso. No podemos arriesgarnos a que alguien nos vea.

Irene se encogió de hombros con resignación.

—Bueno, si tienes miedo, no hablemos más de ello. Henry se sobresaltó y enrojeció.

—¿Quién tiene miedo? ¿Cuándo quieres que vayamos?

—Ahora mismo, Henry. En este mismo momento.

—Muy bien. Vayamos. —Se puso en marcha a grandes pasos, arrastrándola tras de sí. Y entonces se le ocurrió una idea y se detuvo en seco.

Se volvió hacia ella con fiereza.

—Yo te enseñaré si tengo miedo. —Sus brazos la rodearon súbitamente y su pequeño grito de sorpresa fue ahogado con efectividad.

—Vaya —dijo Irene, cuando volvió a estar en posición de hablar—. ¡Qué bruto eres!

—Desde luego. Soy un famoso bruto —balbuceó Henry, mientras descruzaba los ojos y se desembarazaba de la sensación de vértigo que había sentido—. Ahora vayamos a ver a esos fibs; y recuérdame, cuando sea presidente, que levante un monumento al camarada que inventó el beso.

Recorrieron el pasillo de paredes rocosas, pasaron por detrás de unos centinelas que miraban hacia el exterior, atravesaron la abertura cuidadosamente camuflada, y se encontraron en la superficie.

Ninguno de los dos hubiera podido decir si los fibs, por alguna extraña facultad suya, presentían la presencia de amigos, pero apenas habían llegado a la orilla cuando unas manchas de color verde que se acercaban por debajo del agua, les anunciaron la llegada de las criaturas.

Una gran cabeza verde de ojos saltones surgió del agua, y, al cabo de un segundo, el lago estuvo lleno de cabezas que se sacudían.

Henry se mojó la mano y asió el miembro delantero amigo que se le ofrecía.

—Hola, fib.

—Pregúntales sobre los terrícolas, Henry —apremió Irene. Henry le hizo señas de impaciencia.

—Espera un poco. Lleva tiempo. Lo hago lo mejor que puedo.

Irene se quedó mirándolos un momento, desconcertada.

—¿Qué ha pasado?

Henry se encogió de hombros.

—No lo sé. He representado a los terrícolas y él parecía entender lo que yo decía. Después he representado a los terrícolas luchando contra nosotros y matándonos... y él ha representado a muchos de nosotros y sólo a unos cuantos de ellos y otro combate en el que nosotros les matábamos. Pero después le he dicho que nosotros les matábamos y entonces venían muchos más de *ellos*, hordas y hordas, y nos mataban y entonces...

Pero la muchacha se tapó los torturados oídos con las manos.

—Oh, Dios mío. No me extraña que la pobre criatura no haya comprendido nada. Me maravilla que no se haya vuelto loco.

—Bueno, lo he hecho lo mejor que he podido —fue la sombría contestación—. De cualquier forma, esta idea de locos ha sido tuya.

Irene no pudo replicarle ya qué, cuando estaba abriendo la boca, el lago se llenó nuevamente de fibs.

—Han vuelto —dijo.

Un fib se adelantó y asió la mano de Henry mientras los demás se amontonaban alrededor con gran excitación. Hubo varios momentos de silencio e Irene se impacientó.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—Cállate, por favor. No lo entiendo. Algo sobre grandes animales, o monstruos, o... —Su voz se desvaneció y el surco que tenía entre los ojos se hizo más profundo con su dolorosa concentración.

Asintió, primero abstraídamente, y después con fuerza.

Se levantó y agarró las manos de Irene.

—Lo he entendido, y es la solución perfecta. Nosotros dos solos salvaremos a Ciudad Venus, Irene, con la ayuda de los fibs, si quieres venir conmigo a las tierras bajas mañana. Podemos llevarnos un par de pistolas de tonita y reservas de comida, y si seguimos el río, no tardaremos más de dos o tres días y otro tanto para regresar. ¿Qué dices, Irene?

La juventud no se caracteriza por la prudencia. La vacilación de Irene no fue más que para causar efecto.

—Bueno, quizá no deberíamos ir nosotros dos, pero, pero yo iré contigo.

Hacía calor en las tierras bajas, y el fuego hacía que aumentase, pero Henry se acurrucó junto a él y miró con ansiedad a Irene, que dormía al otro lado.

Ya hacía tres días que habían abandonado las altiplanicies. El riachuelo se había convertido en un tranquilo río de aguas templadas, cuyas orillas estaban cubiertas por la telilla verde de las algas. Los agradables bosques habían dado lugar a junglas de enmarañado espesor y numerosos recovecos. Los diversos ruidos de vida habían aumentado de volumen, convirtiéndose en un ruidoso crescendo. El aire se hizo más cálido y húmedo; el terreno, pantanoso; los alrededores, más fantásticamente desconocidos.

Y, sin embargo, no existía verdadero peligro. Henry . estaba convencido de ello. La vida venenosa era desconocida en Venus, y respecto a los monstruos de piel áspera que poblaban las junglas, el fuego por la noche y los fibs durante el día los mantenían alejados.

Por dos veces el penetrante chillido de un centosaurio había sonado en la distancia y por dos veces el sonido de unos árboles que crujían había impulsado a los dos híbridos a abrazarse con temor. En ambas ocasiones, los monstruos habían vuelto a alejarse.

Aquella era la tercera noche que pasaban fuera, y Henry se movía con intranquilidad. Los fibs confiaban en que a la mañana siguiente podrían iniciar el regreso, y el recuerdo de Ciudad Venus era muy atractivo.

Se tendió sobre el estómago y contempló melancólicamente el fuego, pensando en sus veinte años de edad..., casi veinte años.

«Bueno, ¡qué diablos! —Arrancó unas briznas de hierba que tenía debajo—. Ya es hora de que empiece a pensar en *casarme*». —Y su mirada se posó involuntariamente en la durmiente figura que había al otro lado del fuego.

Como respuesta, hubo un parpadeo y una mirada vaga en los ojos de un azul profundo. Irene se incorporó y se despezó.

—No puedo dormir —se quejó, pasándose la mano por el cabello—. Hace demasiado calor. El buen humor de Henry persistió.

—Has dormido durante horas... y roncado como un trombón.

Los ojos de Irene se abrieron por completo.

—¡No es verdad! —Después, con voz vibrante de tragedia—: ¿Lo dices en serio?

—¡No, claro que no! —Henry prorrumpió en carcajadas y sólo se detuvo cuando los dedos del pie de Irene entraron en súbito y agudo contacto con la boca de su estómago—. ¡Ay! —exclamó.

—¡No vuelvas a dirigirme la palabra, *señor* Scanlon! —fue la fría observación de la muchacha.

Ahora le tocó el turno a Henry de ponerse trágico. Se levantó con aterrorizada consternación y dio un solo paso hacia la joven. Y entonces se inmovilizó al oír el penetrante grito de un centosaurio. Cuando recobró la serenidad, se encontró a Irene entre los brazos.

Enrojeciendo, se apartó, y entonces volvió a sonar el chillido del centosaurio, pero desde otra dirección... y la muchacha volvió a refugiarse en sus brazos, casi inmediatamente.

—Creo que los fibs han cazado a los centosaurios. Ven conmigo y se lo preguntaremos.

Los fibs eran manchas borrosas en el gris amanecer que rompía. Hileras e hileras de individuos fatigados y abstraídos era todo lo que se veía. Sólo uno parecía encontrarse desocupado, y cuando Henry se soltó del apretón de manos, dijo:

—Han capturado a tres centosaurios y éstos son todos los que pueden dominar. Nos pondremos inmediatamente en camino hacia las altiplanicies.

La salida del sol sorprendió al grupo a tres kilómetros río arriba. Los híbridos, bordeando la costa, *lanzaban* temerosas miradas hacia la jungla limítrofe. A través de los claros ocasionales veían unos grandes cuerpos grises. El ruido de los gritos que emitían los reptiles era casi continuo.

—Lamento haberte traído, Irene —dijo Henry—. Ahora no estoy tan seguro de que los fibs puedan cuidarse de los monstruos.

Irene movió la cabeza.

—No te preocupes, Henry. Yo *quise* venir. Sólo que... ojalá se nos hubiera ocurrido que los fibs trajeran a las bestias por sí solos. No nos necesitan.

—¡Sí que nos necesitan! Si un centosaurio pierde el control irá directamente hacia los híbridos y no podrán escapar. Nosotros tenemos las pistolas de tonita para matar a los saurios, en caso de que ocurra lo peor...

La primera noche ninguno de los híbridos pudo conciliar el sueño. En algún lugar, invisibles en la oscuridad del río, los fibs establecieron turnos, y su control telepático sobre los minúsculos cerebros de los gigantescos centosaurios de veinte patas mantuvo su tenue dominio. En la jungla, monstruos de trescientas toneladas

aullaban impacientemente contra la fuerza que les conducía río arriba contra su voluntad y se enfurecían con impotencia ante la invisible barrera que les impedía acercarse al riachuelo.

El avance era lento. Cuando los fibs se cansaban, los centosaurios eran un gran obstáculo. Pero gradualmente, el aire se hizo más fresco. El espesor de la jungla disminuyó y la distancia que les separaba de Ciudad Venus se acortó.

Henry saludó los primeros signos de los conocidos bosques de la zona templada con un trémulo suspiro de alivio. Tan sólo la presencia de Irene evitó que abandonara su papel de héroe.

Se sentía lastimosamente ansioso de que su viaje terminara, pero sólo dijo:

—Ya casi ha concluido todo, menos el griterío. Y puedes apostar a que habrá griterío, Irene. Seremos unos héroes, tú y yo.

El entusiasmo de Irene era débil.

—Estoy cansada, Henry. Déjame dormir. —Se dejó caer lentamente al suelo, y Henry, tras comunicarse con los fibs, se reunió con ella.

—¿Cuánto falta, Henry?

—Un día más, Irene. Mañana, a esta hora, habremos llegado. —No parecía feliz—. Tú crees que no hubiéramos tenido que hacerlo nosotros solos, ¿verdad?

—Bueno, en aquel momento parecía una buena idea.

—Sí, lo sé —dijo Henry—. Me he dado cuenta de que siempre se me ocurren ideas que parecen buenas de momento, pero que luego se vuelven malas.

—Lo único que sé —dijo Irene— es que no me importará no volver a dar un paso en el resto de mi vida. Ahora no me levantaré...

Su voz se desvaneció, mientras sus bonitos ojos azules escudriñaban hacia la derecha. Uno de los centosaurios se cayó en las aguas de un pequeño afluente del riachuelo que estaban siguiendo. Revolcándose en el agua, su enorme cuerpo de serpentina, sostenido por diez pares de robustas patas, relucía horriblemente. Su repugnante cabeza se alzaba hacia el cielo y su terrorífico grito traspasó el aire. Otro se le reunió.

Irene se había puesto en pie.

—¿Qué esperas, Henry? ¡Vámonos! ¡Aprisa!

Henry asió firmemente su pistola de tonita y la siguió.

Arthur Scanlon ingirió violentamente su quinta taza de café y, haciendo un esfuerzo, ajustó la lente óptica del audiómetro. Sus ojos, pensó, estaban convirtiéndose en un obstáculo demasiado grande. Se los frotó hasta irritarlos por completo y lanzó una mirada sobre su hombro hacia la cansada figura que dormía en el diván.

Se arrastró hasta ella y le arregló el cubrecama.

—Pobre mamá —murmuró, y se inclinó a besar los pálidos labios. Se volvió hacia el audiómetro y alzó un puño amenazador—. Espera a que te eche las manos encima, maldito aparato.

Madeline se movió.

—¿Ya es de noche?

—No —mintió Arthur con débil alegría—. Llegaré antes que anochezca, mamá. Tú, duermes y deja que yo me ocupe de todo. Papá está arriba trabajando

en ese campo estático y dice que ha hecho progresos. Dentro . de unos cuantos días todo estará solucionado.

Se sentó silenciosamente junto a ella y cogió su mano con fuerza. Los fatigados ojos de Madeline volvieron a cerrarse.

La luz de señales empezó a centellear y, con una última mirada a su madre, salió al pasillo.

—¿Qué hay?

El híbrido que esperaba saludó vigorosamente.

—John Barno quiere notificarle que se acerca una tormenta. —Le alargó un informe oficial. Arthur le dio una malhumorada ojeada.

—¿Y qué? Ya hemos tenido muchas, ¿no? ¿Qué esperan de Venus?

—Según todos los indicios, ésta será particularmente mala. El barómetro ha descendido de forma sin precedentes. La concentración iónica de la atmósfera superior está en un máximo nunca igualado hasta ahora. El río Beulah se ha desbordado y aumenta rápidamente de nivel.

El otro frunció el ceño.

—No hay ni una sola entrada a Ciudad Venus que no esté a más de cincuenta metros sobre el nivel del río. En cuanto a la lluvia, podemos confiar en nuestro sistema de drenaje. —De pronto hizo una mueca—. Vaya a decirle a Barno que, por mí, puede llover durante cuarenta días y cuarenta noches. Quizá eso ahuyente a los terrícolas.

Se volvió para marcharse, pero el híbrido se mantuvo firme.

—Le pido perdón, señor, pero esto no es lo peor. Hoy mismo, una partida de reconocimiento...

—¿Una partida de reconocimiento? ¿Quién ordenó que saliera?

—Su padre, señor. Debían ponerse en contacto con los fibs, no sé por qué.

—Bueno, prosiga.

—Señor, los fibs no han sido localizados.

—¿Se habían ido? El híbrido asintió.

—Se cree que han buscado refugio de la próxima tormenta. Esta es la razón de que Barno tema lo peor.

—Dicen que las ratas abandonan el barco que naufraga —murmuró Arthur. Enterró la cabeza en sus manos temblorosas—. ¡Dios mío! ¡Todo a la vez!

Irene se estremeció.

—Ha empezado a hacer mucho viento y frío, ¿verdad?

—Es el aire frío de las montañas. Me parece que se acerca una tormenta — declaró Henry distraídamente—. Creo que el río ha crecido.

Un corto silencio y, después, con súbita vivacidad:

—Pero mira, Irene, sólo faltan unos cuantos kilómetros para llegar al lago, y allí ya estaremos prácticamente en el pueblo terrícola. Casi lo hemos logrado.

Irene asintió.

—Me alegro por nosotros... y también por los fibs. Tenía razón en sus últimas palabras. Los fibs nadaban ahora con mucha lentitud. El día antes había

llegado un destacamento adicional desde la parte alta del río, pero incluso con estos refuerzos, el avance se había reducido a un paseo. Un desacostumbrado frío! atacaba a los reptiles de múltiples patas y cedían cada vez con mayor dificultad a una fuerza mental superior.

Las primeras gotas cayeron cuando acababan de atravesar el lago. La oscuridad era completa, y a la luz azul de los rayos, los árboles que les rodeaban parecían fantasmales espectros que *alzaran* sus dedos hacia el cielo. Un súbito destello, a lo lejos, encendió la pira funeraria de un árbol fulminado por un rayo.

Henry palideció.,

—Vayamos hacia el claro de allí enfrente. En un tiempo como éste, los árboles son peligrosos.

El claro del que hablaba formaba las afueras del pueblo terrícola. Las casas, burdamente construidas, toscas y pequeñas frente a la furia de los elementos, estaban iluminadas con luces que hablaban de la ocupación humana. Y cuando el primer centosaurio apareció por entre los árboles astillados, la tormenta estalló súbitamente con toda su furia.

Los dos híbridos se acercaron más el uno al otro.

—Todo depende de los fibs —gritó Henry, tratando de hacerse oír por encima del viento y la lluvia—. Espero que lo logren.

Los tres monstruos se dirigieron hacia las casas. Se movían con más rapidez, al emplear los fibs hasta la última gota de su poder mental.

Irene sepultó su cabeza mojada en los hombros igualmente empapados de Henry.

—¡No puedo mirar! Estas casas no resistirán. ¡Oh, pobre gente!

—No, Irene, no. ¡Se han detenido! Los centosaurios pateaban con fuerza y sus chillidos sonaban con estridencia y claridad sobre el ruido de la tormenta. Sorprendidos terrícolas salían apresuradamente de sus cabañas.

Cogidos por sorpresa —la mayoría estaba durmiendo— y enfrentados con una tormenta venusiana y unos monstruos venusianos de pesadilla, era imposible una acción organizada. Tal como iban, sin llevar nada más que su ropa, echaron a correr.

Y cuando parecía que todos habían huido, los gigantes reptiles volvieron a avanzar, y donde antes había habido casas, sólo quedaron astillas machacadas.

—No volverán nunca, Irene, no volverán nunca —Henry se hallaba sin aliento ante el éxito de su plan—. Ahora somos héroes y... —Su voz aumentó de intensidad hasta convertirse en un alarido—. ¡Irene, retrocede! ¡Corre hacia los árboles!

Los aullidos de los centosaurios habían adquirido una nota más profunda. El más cercano se levantó sobre las patas posteriores y su enorme cabeza, a sesenta metros del suelo, se recortó de un modo horrible contra los relámpagos. Con un ruido sordo, volvió a caer sobre todas sus patas y se dirigió hacia el río, que bajo la gran tormenta se había convertido en un incontenible torrente.

¡Los fibs habían perdido el control!

La pistola de tonita de Henry despidió un destello al entrar rápidamente en acción, mientras apartaba a Irene de allí. Ella, sin embargo, retrocedió con lentitud y sacó su propia pistola.

La bola de luz púrpura que indicaba la eficacia de un tiro centelleó y el centosaurio más cercano dio un grito de agonía mientras su enorme cola golpeaba contra los árboles circundantes. A ciegas, con un agujero donde antes había habido una pata chorreando sangre, cargó hacia ellos.

Un segundo destello púrpura y se cayó con un golpe sordo que provocó un temblor de tierra, mientras su postrer alarido alcanzaba un crescendo de terrorífica intensidad.

Pero los otros dos monstruos corrían hacia ellos. Avanzaban ciegamente hacia la fuente del poder que les había mantenido en cautividad durante casi una semana; cargaban con violencia y toda la fuerza de su insensato odio al río.

Entonces, súbitamente, el estampido de unas pistolas de tonita sonó a lo lejos. Destellos de color púrpura, una violenta agitación, alaridos espasmódicos y luego el silencio en el cual el viento, como intimidado por los recientes acontecimientos, respetó momentáneamente la paz.

Henry gritó con alegría y realizó una improvisada danza guerrera.

—Han venido de Ciudad Venus, Irene —gritó—. ¡Han abatido a los centosaurios y ya todo ha terminado! , ¡Hemos salvado a los híbridos!

Sucedió en una exhalación. Irene había dejado caer su pistola y sollozaba con alivio. Corría hacia Henry cuando tropezó... y se cayó al río.

—¡Henry! —El viento ahogó el sonido.

Durante un espantoso momento, Henry se vio incapaz de moverse. Sólo fue capaz de contemplar, estúpida e incrédulamente, el lugar donde Irene había estado, y después se encontró en el agua.

—¡Irene! —contuvo el aliento con dificultad. La corriente lo llevaba hacia delante—. ¡Irene!

Ningún sonido excepto el viento. Sus esfuerzos por nadar eran inútiles, Ni siquiera podía salir a la superficie más que un segundo de vez en cuando; sus pulmones estallaban.

—¡Irene! —No hubo contestación.

Y entonces algo le tocó. Lo atacó instintivamente, pero la presión aumentó. Se sintió levantado hasta la superficie. Sus torturados pulmones recibieron el aire a borbotones. La sonriente cara de un fib le contempló y después de esto no hubo más que confusas impresiones de frío y oscura humedad.

Se fue dando cuenta de lo que le rodeaba por etapas. Primero, de que estaba sentado sobre una manta debajo de los árboles, con otras mantas alrededor de su cuerpo. Después, sintió sobre sí la cálida radiación de lámparas térmicas y la iluminación de focos atómicos. La gente se amontonaba frente a él y vio que ya no llovía.

Miró vagamente a su alrededor y entonces murmuró: 56

—¡Irene!

Estaba a su lado, igual de arropada que él, y sonreía débilmente.

—Estoy bien, Henry. Los fibs me salvaron. Madeline estaba inclinada sobre él y tragó el café caliente que ella acercó a sus labios.

—Los fibs nos han contado lo que vosotros dos les habéis ayudado a hacer. Todos estamos orgullosos de vosotros, hijo..., de ti y de Irene.

La sonrisa de Max transfiguró su rostro en la personificación del orgullo paternal.

—La psicología que habéis empleado ha sido perfecta. Venus es demasiado grande y tiene demasiadas áreas acogedoras para que los terrícolas vuelvan a un lugar que creen infestado de centosaurios..., por lo menos durante un buen tiempo. Y cuando vengan, tendremos nuestro campo estático.

Arthur Scanlon se apresuró a romper su mutismo.

—Tu tutor y yo —le dijo— estamos preparando una fiesta para pasado mañana, así que mejórate y descansa. Será la cosa más bonita que has visto nunca.

Henry intervino:

—Una celebración, ¿eh? Bueno, te diré lo que puedes hacer. Cuando se haya acabado, podrás anunciar un compromiso.

—¿Un compromiso? —Madeline se enderezó y pareció interesada—. ¿A qué te refieres?

—A un compromiso... para casarme —fue la impaciente respuesta—. Supongo que ya soy bastante mayor. ¡El día de hoy lo demuestra!

Los ojos de Irene se hallaban fijos en la hierba con furiosa concentración.

—¿Con quién, Henry?

—¿Eh? *Contigo*, naturalmente. ¡Santo Dios! ¿Con quién otra iba a ser?

—Pero no me lo has pedido... —pronunció estas palabras lentamente y con una gran firmeza.

Por un momento Henry se ruborizó, y después encajó las mandíbulas.

—Pues no voy a hacerlo. ¡Te lo estoy diciendo! ¿Qué decides?

Se acercó más a ella y Max Scanlon emitió una risita e hizo señas a los demás para que se fueran. De puntillas, se alejaron.

Una velada sombra apareció frente a ellos y los dos híbridos se separaron con confusión. Se habían olvidado de los demás.

Pero no era otro híbrido.

—¡Pero..., pero si es un fib! —gritó Irene.

Atravesó la distancia que les separaba cojeando con torpeza, con la inexperta ayuda de sus musculosos brazos. Entonces, se desplomó pesadamente sobre el estómago y extendió sus miembros anteriores.

Su propósito era claro. Irene y Henry le asieron una mano cada uno. Reinó el silencio durante uno o dos minutos y los ojos del fib brillaron solemnemente a la luz de las lámparas atómicas. Después se oyó un súbito grito de vergüenza por parte de Irene y una tímida risa por parte de Henry. El contacto fue roto.

—¿Has entendido lo mismo que yo? —preguntó Henry. Irene estaba roja.

—Sí, era una larga hilera de minúsculos bebés fibs, quizá quince...

—O veinte —dijo Henry.

—...¡Con *largo cabello blanco!*

El relato, no es nada sorprendente; refleja mi situación personal en aquella época. Habla ido a una escuela superior de muchachos y a un colegio universitario

de muchachos. Sin embargo, ahora que estaba en una escuela universitaria de graduados, el ambiente era, por vez primera, coeducacional.

A finales de 1939, descubrí que una preciosa joven rubia tenía el pupitre vecino al mío en el laboratorio de mi curso sobre química orgánica sintética. Naturalmente, me sentí atraído.

La convencí para que saliera conmigo a lo largo de ingenuas citas, La primera de las cuales coincidió con mi vigésimo cumpleaños, en que la llevé al Radio City Music Hall. Durante cinco meses, la perseguí con ineficaz romanticismo.

No obstante, al término del curso ella consiguió su diploma de licenciada en arte y, habiendo resuelto no proseguir sus estudios para obtener el doctorado, dejó la escuela y aceptó un empleo en Wilmington, Delaware, abandonándome, abatido y desconsolado.

Me repuse, naturalmente, pero mientras ella estaba aún en la escuela, escribí *Mestizos en Venus*. De todas las historias que he escrito, ésta es la que más trata sobre las relaciones entre dos jóvenes de distinto sexo. El nombre de la heroína era Irene, el mismo que el de mi atractiva vecina rubia del laboratorio.

Sin embargo, unas cuantas citas a nivel de cogerse la mano no obraron la magia requerida para que yo dominara literariamente la temática amorosa, y, en mis relatos posteriores, continué haciendo escaso uso de las chicas... y creo que eso fue una buena cosa.

El éxito de *Mestizos en Venus* hizo que la idea de escribir continuaciones me pareciera una buena ocurrencia. Al fin y al cabo, la continuación de un relato que ha tenido éxito constituye una venta segura. Sugerí a Campbell que podría escribir una continuación de *Homo Sol*.

El entusiasmo de Campbell fue moderado, pero estuvo dispuesto a leer tal continuación si llegaba a escribirla. Lo hice en cuanto *Mestizos en Venus* estuvo terminado, y la llamé *El número imaginario*. Aunque aparecía uno de los principales personajes de *Homo Sol*, no trataba de la confrontación entre humanos y no humanos, lo cual no ayudó nada en lo concerniente a Campbell. Se la presenté el 11 de junio, y volví a recibirla —un rechazo, fuera continuación o no— el 19 del mismo mes.

Pohl también la rechazó. Tremaine la leyó con más simpatía y me dijeron que pensaba incluirla en un número de *Comet*, pero la revista dejó de publicarse y el relato volvió a estar en venta. Lo retiré, pero dos años más tarde acabé vendiéndote a la revista de Pohl... en una época en que Pohl ya no era su director.

Pero aunque tuve mis dificultades y no siempre tuve éxito, e incluso algunos fracasos, logré ganar 272 dólares durante mi primer año como estudiante graduado, y eso significó una ayuda enorme.

El numero imaginario

El transmisor emitía su señal intermitente, mientras Tan Porus permanecía sentado junto a él con satisfacción. Sus penetrantes ojos verdes brillaban triunfales, y su pequeño cuerpo vibraba de excitación. Nada mejor que su extraordinaria posición hubiera podido indicar, la importancia de aquella circunstancia... ¡Tan Porus tenía los pies encima de la mesa!

El transmisor cobró vida y un marcado semblante arturiano contempló con malhumorado ceño al psicólogo rigeliano.

—¿Era necesario sacarme de la cama, Porus? ¡Es medianoche!

—En esta parte del mundo es pleno día, Final. Pero j lo que tengo que decirle le hará olvidar todo lo referente al sueño.

Gar Final, director de la *RPG —Revista, de Psicología Galáctica—* no pudo evitar que una mirada de interés cruzara su rostro.

Era evidente que Porus gozaba de la situación.

—Final —dijo—, el próximo artículo que enviaré a su periodichucho será lo más importante que ha publicado en toda su vida.

Final estaba impresionado.

—¿Lo dice en serio? —preguntó estúpidamente.

—¿Qué clase de pregunta idiota es ésa? Claro que lo digo en serio. Escuche... —siguió un silencio drama- | tico, durante el cual la tensión del rostro de Final alcanzó proporciones dolorosas. Después, en un ronco susurro, Porus dijo—: ¡He resuelto el problema del calamar!

Naturalmente, la reacción fue la que Porus había esperado. Hubo un estallido al otro extremo, y durante treinta interesantes segundos el rigeliano experimentó la sorpresa de averiguar que el serio y respetable Final poseía un vocabulario de lo más ofensivo.

El calamar de Porus era objeto de habladurías en toda la galaxia. Hacía dos años que estudiaba sin cesar un oscuro animal draconiano que insistía en dormirse cuando no debía hacerlo. Había hecho y destruido ecuaciones con una regularidad que llegó a convertirse en una permanente broma entre todos los psicólogos de la federación... y ninguno había explicado la insólita reacción. Ahora, Final era sacado de la cama para enterarse de que la solución había sido averiguada... y eso era todo.

Final pronunció una última frase capaz de poner fuera" de combate a cualquier cosa menos al transmisor.

Porus aguardó a que la tormenta pasara y entonces dijo tranquilamente:

—Pero ¿sabe cómo lo he resuelto?

La contestación del otro fue un gruñido indistinto.

El rigeliano empezó a hablar con rapidez. Cualquier traza de diversión había desaparecido de su rostro y, tras unas cuantas frases, Final abandonó su actitud colérica.

La expresión del arturiano era de un atónito interés.

—¡No! —balbuceó.

—¡Sí!

Cuando Porus hubo terminado, Final corrió locamente a llamar a los impresores para que retrasaran la publicación del próximo número de la RPG durante dos semanas.

Furo Santin, director del departamento de matemáticas de la Universidad de Arturo, dirigió una larga y penetrante mirada a su colega de Sirio.

—¡No, no, está usted equivocado! Sus ecuaciones eran válidas. Yo mismo las comprobé.

—Matemáticamente, sí —replicó el sirio de cara redonda—. Pero psicológicamente no tienen sentido. Santin se dio una palmada en la ancha frente.

—¡Sentido! ¡Mira cómo habla un matemático! Gran espacio, hombre, ¿qué tienen que ver las matemáticas con el sentido? Las matemáticas son una herramienta, y mientras pueda manipularse para que dé respuestas convenientes y haga predicciones correctas, no se requiere un sentido real. Lo digo por Porus... la mayoría de los psicólogos no saben bastantes matemáticas como para manejar eficientemente una regla de cálculo, pero él sabe lo que se trae entre manos. El otro asintió dubitativamente.

—Supongo que sí. Supongo que sí. Pero esto de usar cantidades imaginarias en ecuaciones psicológicas amplía muy poco mi fe en la ciencia.

Se estremeció...

El salón de recreo de los graduados superiores del edificio de psicología estaba abarrotado y hervía de actividad. El rumor de la solución de Porus al ahora ya clásico problema del calamar se había extendido con rapidez, y las conversaciones no trataban de otra cosa.

En el centro del grupo más numeroso se encontraba Lor Haridin. Era joven y acababa de adquirir el rango superior. Pero como ayudante de Porus era, dadas las circunstancias, el dueño de la situación.

—Mirad, muchachos, de qué se trata exactamente, no lo sé. Este es el secreto del viejo. Todo lo que puedo deciros es que tengo una idea general de cómo lo ha resuelto.

Los otros se acercaron aún más.

—Me han dicho que tuvo que hacer una anotación matemática nueva para el calamar —dijo uno—, como aquella vez en que tuvimos problemas con los humanoides de Sol.

Lor Haridin movió la cabeza.

—¡Peor! No me imagino cómo se le ocurrió. Fue una idea genial o una pesadilla, pero en cualquier caso introdujo cantidades imaginarias... la raíz cuadrada de menos uno.

Hubo un espantoso silencio y después alguien dijo:

—¡No me lo creo!

—¡Es verdad! —fue la complaciente respuesta.

—Pero no tiene sentido. ¿Qué puede representar la raíz cuadrada de menos uno, psicológicamente hablando? Pues significaría... —hizo unos rápidos cálculos mentales, igual que la mayoría de los demás— ¡que las sinapsis nerviosas estaban unidas en nada menos que cuatro dimensiones!

—Claro —intervino otro—. Supongo que si hoy estimulas al calamar, reaccionaría ayer. Esto es lo que significaría un número imaginario. ¡Cometa de gas! Esto es lo que creo.

—Por eso no eres un hombre como Porus —dijo Haridin—. ¿Crees que le importa cuántos números imaginarios hay en los pasos intermedios si todos cuadran en la solución final? Lo único que le interesa es que le dan el signo deseado en la respuesta, una respuesta que explicará este asunto del sueño. En cuanto a su significado físico, ¿qué importancia tiene? Al fin y al cabo, las matemáticas no son más que una herramienta.

Los otros reflexionaron en silencio y se maravillaron.

Tan Porus se hallaba en su camarote a bordo de la nave interestelar más nueva y lujosa, y contemplaba con felicidad al joven que tenía delante. Estaba de un sorprendente buen humor y, quizá por primera vez en su vida, no le importaba ser entrevistado por los sagaces y eficaces empleados de la Éter Press.

El periodista de la Éter que estaba a su lado reflexionaba en silencio sobre la afabilidad del científico. Por amarga experiencia, sabía que los científicos, en general, detestaban a los periodistas... y que los psicólogos, en particular, consideraban divertido practicar psicología aplicada con ellos e inducir reacciones mortalmente divertidas... para otros.

Se acordaba de la vez en que aquel anciano de Canopo le había convencido de que la vida arbórea era la mejor que existía. Habían sido necesarios veinte hombres para hacerle bajar de las copas de los árboles y un experto psicólogo para restituirle a la normalidad.

Pero aquí estaba el mayor de todos ellos, Tan Porus, contestando preguntas como un ser humano normal.

—Lo que ahora me gustaría saber, profesor —dijo el periodista— es de qué se trata esta cantidad imaginaria. Es decir —añadió apresuradamente—, no la explicación matemática, sobre esto confiamos en su palabra, sino una idea general que los humanoides normales puedan comprender. Por ejemplo, he oído decir que el calamar tiene una mente de cuatro dimensiones.

Porus gruñó:

—¡Oh, Rigel! ¡Disparates de cuatro dimensiones! Si quiere que le diga la verdad, ese número imaginario que he usado, y parece haber gustado tanto al público, probablemente no indica nada más que una anormalidad en el sistema nervioso del calamar; pero cuál, no lo sé. Es verdad que los métodos generales de ecología y microfisiología no han encontrado nada anormal. Sin duda, la solución descansa en la física atómica del cerebro de la criatura, pero aquí no tengo esperanzas. —Hubo una sombra de desprecio en su voz—. Los físicos atómicos! están mucho más atrasados que los psicólogos para esperar que se pongan al día a estas alturas.

El periodista usaba furiosamente su bolígrafo. El titular del día siguiente se le aparecía con claridad: *¡Notable psicólogo ataca a los físicos atómicos!*

Y también el titular del segundo día: *¡Indignados físicos denuncian a notable psicólogo!*

El periodista levantó la vista con vivacidad.

—Dígame, profesor, ya sabe que los humanoides de la galaxia se interesan mucho por la vida privada de los científicos. Espero que no le importará que le haga unas cuantas preguntas sobre su viaje de regreso a Rigel IV.

—Adelante —dijo Porus con afabilidad—. Dígales que es la primera vez que voy a casa en dos años. Ya tengo ganas de llegar. Arturo es demasiado amarillo para mis ojos y los muebles que tienen aquí son excesivamente grandes.

—¿No es verdad que tiene una esposa en casa? Porus tosió.

—Humm, sí. La mujercita más dulce de toda la galaxia. Tengo ganas de verla. Escríbalo, El periodista lo apuntó.

—¿Cómo es que no la trajo con usted a Arturo?

El rostro del rigeliano perdió algo de su afabilidad.'

—Me gusta estar solo cuando trabajo. Las mujeres están muy bien... en su lugar. Además, mi idea de unas vacaciones es estar completamente solo. No lo escriba.

El periodista no lo apuntó. Contempló el pequeño cuerpo del otro con abierta admiración.

—Dígame, profesor, ¿cómo se las arregló para que se quedara en casa? Me gustaría que me confiara el secreto. ¡Podría emplearlo!

Porus se echó a reír.

—Se lo diré, hijo. ¡Cuando se es un buen psicólogo, se es el dueño de su propio hogar!

Con un gesto, dio la entrevista por terminada y entonces asió repentinamente al otro por el brazo. Sus ojos verdes le penetraron con agudeza.

—Y escuche, hijo, esta última observación no es para que se publique, ya lo sabe.

El periodista palideció y retrocedió unos pasos.

—¡No, señor; no, señor! En nuestra profesión existe un proverbio que dice: «Nunca juegues con un psicólogo, o te dejará en ridículo.»

—¡Muy bien! Ya sabe que puedo cumplirlo al pie de la letra, en caso necesario.

A quince billones de kilómetros de distancia, Porus se imaginaba la pura órbita blanca de Rigel, y algo se contrajo en su corazón.

Reacción de tipo B... nostalgia; reflejo condicionado por la asociación de Rigel con felices recuerdos de juventud...

Palabras, frases, ecuaciones, se sucedieron en su inteligente cerebro, pero se sintió feliz a pesar de ellas. Y en un momento, el hombre triunfó sobre el psicólogo y Porus abandonó el análisis por la superior alegría de la felicidad indiscriminada.

Se levantó en pleno período de sueño, dos noches antes de aterrizar, para echar una ojeada a Hanlon, cuarto planeta de Rigel, su mundo de origen. En algún lugar de aquel mundo, en las costas de un mar tranquilo, había una pequeña casa de dos pisos. Una pequeña casa, no aquellas estructuras gigantescas que sólo convenían a los arturianos y otros grandes humanoides.

Era verano y la casa estaría bañada por la nacarada luz de Rigel, y tras el chillón resplandor amarillo-rojizo de Arturo, eso sería un gran descanso.

Y —casi gritó de alegría— la primera noche insistiría en atiborrarse de *tryptex* asado. Hacía dos años que no lo tomaba, y su esposa era la mejor cocinera de *tryptex* de todo el sistema.

Se sobresaltó un poco al pensar en su esposa. *Había* sido un truco sucio obligarla a permanecer en casa durante los últimos dos años, pero había sido necesario. Había pasado todo un día calculando sus reacciones cuando le viera tras dos años de ausencia, y no eran nada agradables.

Nina Porus era una mujer de emociones sin domar, y él tendría que actuar con rapidez y eficiencia.

La localizó rápidamente entre la multitud. Sonrió. Era agradable verla, a pesar de que sus ecuaciones predijeran una larga y seria tormenta. Volvió a repasar su discurso inicial y realizó un cambio en el último minuto.

Y entonces ella le vio. Le hizo frenéticas señas con la mano y salió de entre el gentío. Se encontró sobre Porus antes de que éste pudiera darse cuenta y, mientras se abrazaban cariñosamente, le heló la sorpresa.

¡Aquella no era la reacción prevista! ¡Había algún error!

Ella le conducía con pericia a través de la nube de periodistas hacia el estratocoche, hablando rápidamente durante el camino.

—Tan Porus, creía que no viviría lo bastante para volver a verte. Es fantástico volver a tenerte conmigo; no tienes ni idea de lo estupendo que es. Aquí todo sigue igual, claro, pero no es lo mismo sin ti.

Los ojos de Porus se nublaron. Este discurso no era nada característico de Nina. Para los sensibles oídos de un psicólogo, sonaba como el desvarío de un maníaco. Ni siquiera tuvo la suficiente presencia de espíritu como para gruñir en los intervalos adecuados.

Nina Porus charlaba alegremente y el único aspecto normal de su conversación era su facultad para mantener un diálogo con suave eficiencia.

—Y, naturalmente, querido, he preparado un *tryptex* entero, bien asado y acompañado de *sarnees*. Y, ah, sí, respecto a aquel asunto del año pasado con el nuevo planeta... la Tierra, ¿verdad que se llama así? Me sentí muy orgullosa de ti cuando me enteré. Dije...

Y prosiguió, hasta que su voz degeneró en una insensata aglomeración de sonidos.

¿Dónde estaban sus lágrimas? ¿Dónde habían quedado los reproches, las amenazas, la apasionada compasión de sí misma?

Tan Porus se animó con un gran esfuerzo a la hora de cenar. Contempló fijamente el gran plato de humeante *tryptex* que tenía delante con una extraña falta de apetito y dijo:

—Esto me recuerda una ocasión en que cené con el presidente delegado en Arturo...

Entró en detalles, extendiéndose sobre la alegría y el desenfreno del acontecimiento. Se puso lírico recordando la diversión que le proporcionó; hizo hincapié, sin ninguna sutileza, en el hecho de que no había echado a faltar a su esposa; y, finalmente, en un estallido de desesperación, mencionó la presencia de un sorprendente número de mujeres rigelianas en el sistema arturiano.

Y mientras tanto, su mujer siguió sonriendo.

—Estupendo, querido —había dicho—. Me alegro mucho de que te hayas divertido. Tómate el *tryptex*.

Pero Porus no se tomó el *tryptex*. Tan sólo pensar en comer le daba náuseas. Con una prolongada mirada de consternación a su esposa, se levantó con toda la dignidad que pudo y se encaminó hacia la intimidad de su habitación.

Rompió las ecuaciones con furia y se desplomó en un sillón. Ardía de ira, pues evidentemente algo le había sucedido a Nina. ¡Algo horrible! Ni siquiera su

interés por otro hombre —y por un momento se le ocurrió esta idea como una posible explicación— hubiera causado tal revolución en su carácter.

Se mesó el cabello. Existía otro factor oculto más sorprendente que aquél, pero no tenía ni idea de cuál podía ser. En aquel momento Tan Porus hubiera dado la suma total de sus posesiones terrenales por que su mujer entrara e intentara — aunque sólo fuera una vez— arrancarle el cuero cabelludo, como antes.

Y abajo, en el comedor, Nina Porus no pudo evitar que un destello de astucia brillara en sus ojos.

Lor Haridin dejó la pluma y dijo:

—¡Adelante!

La puerta se abrió, y su amigo, Eblo Ranin, entró, limpió una esquina de la mesa y se sentó.

—Haridin, tengo una idea. —Su voz era un insólito susurro de culpabilidad.

Haridin le contempló sospechosamente.

—¿Como aquella vez —dijo— que preparaste una es-' tupida trampa para el viejo Obel?

Ranin se estremeció. Había pasado dos días escondido en el pozo de ventilación tras aquel brillante trabajo.

—No, ésta es buena. Escucha. Porus te dejó a cargo del calamar, ¿verdad?

—Oh, ya veo adonde quieres ir a parar. Pero no te servirá de nada. Yo puedo alimentar al calamar, pero nada más. Si tan sólo le pusiera las manos encima para inducir un tropismo de cambio de color, el jefe cogería una pataleta.

—¡Al espacio con él! De cualquier forma, está a muchos parsecs de aquí. — Ranin extrajo un viejo ejemplar de la *RPG* de dos meses atrás y pasó la hoja de la portada—. ¿Has seguido los experimentos de Livell en Procyon U? Ya sabes... campos- magnéticos aplicados con y sin radiación ultravioleta.

—No entra en mi especialidad —gruñó Haridin—. He oído hablar de ello, pero nada más. ¿Qué pasa con eso?

—Bueno, es una reacción de tipo E la que produce, lo creas o no, un fuerte efecto fimbrial en prácticamente todos los casos, en especial en los invertebrados superiores.

—¡Humm!

—Si pudiéramos experimentarlo en ese calamar, podríamos...

—¡No, no, no, no! —Haridin sacudió la cabeza con violencia—. Porus me mataría.

—Escucha, tonto... Porus no puede decirte lo que hay que hacer con el calamar. Es Frían Obel el que tiene la última palabra. El es el director del consejo de psicología, no Porus. Todo lo que has de hacer es solicitar su aprobación, y la tendrás. Entre nosotros, desde aquel asunto sobre Homo Sol el año pasado, no puede ver a Porus.

Haridin cedió.

—Solicítala tú. Ranin tosió.

—No. En realidad, creo preferible no hacerlo. Tiene la sospecha de que fui yo quien preparó esa trampa, y prefiero no cruzarme en su camino.

—Humm. Bueno..., ¡de acuerdo!

Lor Haridin tenía el aspecto de no haber dormido bien durante una semana, lo que demuestra que a veces las apariencias no engañan. Eblo Ranin le contempló con paciente amabilidad y suspiró.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? Santin dijo que hoy tendría los resultados finales, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé, pero es humillante. He pasado siete años estudiando matemáticas superiores. ¡Y ahora cometo una estúpida equivocación y ni siquiera puedo encontrarla!

—Quizá no la encuentras porque no existe.

—No seas tonto. El resultado es imposible. Tiene que ser imposible. Tiene que serlo. —Arrugó la amplia frente—. Oh, ya no sé qué pensar.

Siguió concentrándose en el intento de gastar el pelillo de la alfombra y meditó amargamente. De pronto se enderezó.

—Son esas integrales de tiempo. No se puede trabajar con ellas, te lo digo. Las contemplas sobre una mesa, te pasas media hora para encontrar la entrada apropiada, y te dan diecisiete resultados posibles. Tienes que escoger el que tiene sentido, y, ¡Arturo me ayude!, ¡o lo tienen todos, o ninguno! Tropiezas con ocho de ellos, tal como nos ha ocurrido en este problema, y tenemos bastantes permutaciones para el resto de nuestra vida.

Se encendió la luz de señales intermitentes, y Haridin corrió hacia la puerta.

Arrancó el paquete de manos del mensajero y abrió la envoltura con impaciente frenesí.

Buscó la última página y leyó la nota final de Santin:

«Sus cálculos son correctos. Felicidades... ¡y que esto no haga perder la cabeza a Porus! Es mejor que se ponga en contacto con él inmediatamente.»

Ranin lo leyó por encima del hombro de su amigo y durante un largo minuto los dos se miraron fijamente.

—Tenía razón —murmuró Haridin, con los ojos hinchados—. Hemos encontrado algo en lo que el número imaginario no cuadra. ¡Hemos conseguido una reacción predicha que incluye una cantidad imaginaria!

El otro tragó saliva y se repuso de su asombro con un gran esfuerzo.

—¿Cómo lo interpretas?

—¡Gran espacio! ¿Cómo puedo saberlo? Tenemos que avisar a Porus, eso es todo.

Ranin chasqueó los dedos y *agarró* al otro por los hombros. ;

—Oh, no, no lo haremos. Esta es nuestra gran oportunidad. Si llegamos a resolverlo, conseguiremos el éxito de nuestra vida. —La excitación le hizo tartamudear—. ¡Arturo! Cualquier psicólogo vendería dos veces su vida por tener la oportunidad que se nos ha presentado.

El calamar draconiano nadaba plácidamente, sin asustarse por los enormes solenoides que rodeaban su tanque. La masa de cables enredados, los conductores de corriente, las lámparas de vapor de mercurio que había encima no significaban nada para él. Mordisqueaba tranquilamente las hojas del helecho marino que le rodeaba y estaba en paz con el mundo.

No así los dos jóvenes psicólogos. Eblo Ranin revisaba los complicados aparatos en un esfuerzo de último minuto por comprobarlo todo. Lor Haridin le ayudaba a intervalos mientras se mordía las uñas.

—Todo dispuesto —dijo Ranin, y se enjugó la húmeda frente con cansancio—. ¡Conectémosla!

La lámpara de vapor de mercurio se puso en marcha y Haridin cerró las cortinas de la ventana. En la fría luz infrarroja, dos rostros de tinte verdusco contemplaban minuciosamente a] calamar. Este se movía con inquietud, mientras su cálido rosa se transformaba en un negro opaco bajo la luz de mercurio.

—Conecta la electricidad —dijo Haridin con voz ronca. Se oyó un clic, y eso fue todo.

—¿No hay reacción? —inquirió Ranin, medio para sí. Y después sostuvo el aliento mientras el otro se acercaba más.

—Algo le ocurre al calamar. Da la impresión de que brilla un poco..., ¿o son mis ojos?

El brillo se hizo perceptible y después pareció desprenderse del cuerpo del animal y adoptar una forma esférica. Transcurrieron largos minutos.

—Está emitiendo una especie de radiación, campo, fuerza, como quieras llamarlo, y parece existir una expansión con tiempo.

No hubo respuesta, y tampoco la esperaba. Volvieron a aguardar y observar.

Y entonces Ranin emitió un sonido ahogado y agarró fuertemente a Haridin por el codo.

—¡Cometas crujientes! ¿Qué hace?

La brillante esfera globular o lo que fuera había sacado un seudópodo. Una pequeña proyección brillante tocó la oscilante rama del helecho marino, iy en aquel lugar las hojas se volvieron marrones y se marchitaron!

—¡Corta la corriente!

La corriente fue desconectada; la lámpara de vapor de mercurio fue apagada; las sombras se desvanecieron y los dos se miraron con nerviosismo.

—¿Qué ha sido? Haridin movió la cabeza.

—No lo sé. Era algo definitivamente de locos. Nunca he visto nada parecido.

—Nunca habías visto un número imaginario en una ecuación reactiva, ¿verdad? En realidad, no creo que ese campo expansivo fuera alguna forma de energía conocida...

Se quedó sin respiración tras exhalar un largo silbido y se apartó lentamente del tanque que contenía el calamar. El molusco estaba inmóvil, pero a su alrededor la mitad del helecho colgaba seco y marchito.

Haridin se sobresaltó. Corrió las cortinas y, en las tinieblas, el globo de brillante neblina aumentó de tamaño hasta ocupar medio tanque. Pequeños tentáculos curvados de luz se deslizaron hasta el helecho restante y un filamento atravesó el cristal y se arrastró por la mesa.

El miedo que Ranin sentía hizo que su voz pareciera un sonido apenas inteligible.

—Es una reacción retardada. ¿No lo analizaste por el teorema de Wilbon?

—¿Cómo podía hacerlo? —El corazón del otro latía locamente y sus labios reseco luchaban por formar las palabras—. El teorema de Wilbon no tenía sentido con un número imaginario en la ecuación. Lo dejé.

Ranin se puso en acción con febril energía. Salió de la habitación y volvió al cabo de un momento con un diminuto animal parecido a una ardilla que no dejaba de chillar, procedente de su propio laboratorio. Lo dejó caer en el camino del filamento luminoso que avanzaba por la mesa, y lo aguantó allí con una regla métrica.

El brillante filamento osciló, pareció que sentía la presencia de vida de alguna horrible manera, y arremetió contra él. El pequeño roedor dio un solo chillido, un penetrante alarido de infinita tortura, y se relajó. Al cabo de dos segundos era una caricatura arrugada y marchita de su forma anterior.

Ranin blasfemó y soltó la regla con un repentino grito, pues el filamento luminoso —algo más brillante y algo más grueso— había empezado a trepar por la madera en dirección a él.

—Vamos —dijo Haridin—, ¡acabemos con esto! —Abrió un cajón y extrajo la pistola de tonita con un baño de cromo que había dentro. Su delgado y agudo rayo de luz púrpura se dirigió hacia el calamar y explotó con brillante y silenciosa furia contra el borde de la esfera de fuerza. El psicólogo disparó una y otra vez, y después comprimió el gatillo para formar un chorro púrpura continuo que sólo cesó cuando la energía falló.

Y la brillante esfera permaneció intacta. Rodeó todo el tanque. Los helechos eran pardas masas de muerte.

—Recurramos al consejo —gritó Ranin—. ¡Escapa completamente a nuestro control!

No hubo ninguna confusión —los humanoides en general no están sujetos al pánico, aparte de los medio genios y medio humanoides habitantes de los planetas de Sol—, y la evacuación de los terrenos de la Universidad se llevó a cabo con serenidad.

—Un loco —dijo el anciano Mir Deana, el mejor físico de Arturo U— puede formular más preguntas de las que mil sabios son capaces de contestar.

—¿Qué quiere decir con eso? —interrogó vivamente Frían Obel. Su piel verde, propia de los habitantes de Vega, se oscureció de cólera.

—Sólo esto. Análogamente, un psicólogo loco puede provocar un desastre tan grande que ni un millar de físicos son capaces de aclararlo.

Obel contuvo peligrosamente el aliento. Tenía su propia opinión sobre Haridin y Ranin, pero ningún físico de pocas luces podría...

La rolliza figura de Qual Wynn, el presidente de la Universidad, se les reunió corriendo. Llegó sin aliento y habló entrecortadamente.

—Me he puesto en comunicación con el Congreso Galáctico y están disponiéndolo todo para evacuar Erón, en caso necesario —su voz adquirió una nota suplicante—. ¿Se puede hacer alguna cosa?

Mir Deana suspiró.

—¡Nada... todavía! Todo lo que sabemos es esto: el calamar está emitiendo una especie de campo radiactivo pseudoviviente, que no es de carácter electromagnético. Su avance no puede ser detenido por nada de lo que hemos intentado. Ninguna de nuestras armas lo afecta, pues, dentro del campo, los ordinarios atributos de espacio-tiempo aparentemente no son válidos.

El presidente movió la cabeza con preocupación.

—¡Malo, malo! Sin embargo, ¿ha llamado a Porus? —Parecía como si se agarrara a un clavo ardiendo.

—Sí —gruñó Frían Obel—. El es el único que realmente conoce al calamar. Si él no puede ayudarnos, nadie podrá hacerlo. —Desvió la mirada hacia el brillante blanco de los edificios universitarios, donde la hierba de medio campus no era más que rastros de color pardo, y los árboles, ruinas marchitas.

—¿Cree usted —preguntó el presidente, volviéndose de nuevo a Deana—que el campo puede extenderse hasta el espacio interplanetario?

—iNova ardiente, no sé qué creer! —explotó Deana, y se alejó displicentemente.

Tan Porus estaba sumido en una profunda apatía. No se percataba de los brillantes destellos de color que tenía encima. No oía el sonido de las melodiosas notas que llenaban el auditorio.

Sólo sabía una cosa: había sido persuadido a asistir al concierto. Odiaba los conciertos por encima de todo, y a lo largo de veinte años de vida matrimonial los había evitado con una habilidad y desenvoltura propios del mejor de todos los psicólogos. Y ahora...

Fue arrancado de su estupor por unos repentinos sonidos discordantes que provenían de la parte posterior.

Los acomodadores se apresuraron a acudir a la salida donde tenía lugar el desorden, hubo una protesta general por parte de los hombres uniformados y después una voz estridente gritó:

—Vengo directamente del Congreso Galáctico de Erón, Arturo, para un asunto urgente. ¿Está Tan Porus entre los espectadores?

Tan Porus saltó del asiento.

Arrancó la comunicación de manos del mensajero y devoró su contenido. A la segunda frase, su alegría le abandonó. Cuando hubo terminado, alzó una cara en la que sólo sus penetrantes ojos parecían tener vida.

—¿Cuándo podemos salir?

—La nave ya nos está esperando.

—Vamos, pues.

Dio un paso hacia adelante y se detuvo. Había una mano en su codo.

—¿Dónde vas? —preguntó Nina Porus. Su voz escondía una gran resolución.

Tan Porus se sofocó. Preveía lo que iba a ocurrir.

—Cariño, debo ir inmediatamente a Erón. El destino de un mundo, quizá de toda la galaxia, está en juego. No sabes lo importante que es. Te diré...

—iMuy bien, ve! Y yo iré contigo.

El consejo de psicología vaciló como un solo hombre y después contempló dubitativamente el gráfico a gran escala que tenían delante.

—Con franqueza, caballeros —dijo Tan Porus—. Yo no estoy muy seguro de ello, pero... bueno, todos han visto mis resultados y también los han comprobado. Y es el único estímulo que producirá una reacción destructora.

Frían Obel se pasó los dedos sobre la barbilla con nerviosismo.

—Sí, las matemáticas son claras. Incrementar la actividad del hidrógeno-ión más allá del pH₃ establecería una integral de Demane y eso... Pero escuche, Porus,

no estamos tratando con espacio-tiempo. Es posible que los cálculos no den resultado..., quizá nada dé resultado.

—Es nuestra única posibilidad. Si tratáramos con espacio-tiempo normal, podríamos limitarnos a echar dentro bastante ácido para matar al maldito calamar o freírlo con una tonita. En este caso, no tenemos otra elección que arriesgarnos con...

Airadas voces le interrumpieron:

—¡Déjeme entrar, digo! ¡No me importa que se estén celebrando diez conferencias a la vez!

La puerta se abrió de par en par y la corpulenta figura de Qual Wynn hizo su entrada. Avistó a Porus y se dirigió hacia él.

—Porus, le aseguro que me estoy volviendo loco. El Parlamento sostiene que yo, como presidente de la Universidad, soy responsable de todo esto, y ahora Deana dice que... —tartamudeó hasta callarse y Mir Deana, que se encontraba, muy sereno, detrás de él, prosiguió la explicación.

—En este momento, el campo cubre más de mil quinientos kilómetros cuadrados y su velocidad aumenta continuamente. Ya no parece existir ninguna duda de que se extenderá hasta el espacio interplanetario si así lo desea, y también al interestelar, si tiene tiempo.

—¿Lo oyen? ¿Lo oyen? —Wynn casi bailaba de ansiedad—. ¿Pueden hacer algo? ¡Les digo que la galaxia está perdida, perdida!

—Oh, no se quite la túnica —gruñó Porus— y deje que *nosotros* nos ocupemos de esto —se volvió a Deana—. ¿No realizaron sus compañeros físicos algunas torpes investigaciones sobre la velocidad de penetración del campo a través de diversas sustancias?

Deana asintió rígidamente.

—En general, la penetración varía en sentido inverso a la densidad. El osmio, el iridio y el platino son los que mejor lo detienen. El plomo y el oro son bastante buenos.

—¡Perfecto! ¡Eso lo detendrá! Así pues, lo que necesitaré es un traje chapado de osmio con un casco de plomo y vidrio. Y que tanto el traje como el casco sean buenos y gruesos.

Qual Wynn parecía horrorizado.

—¡Un chapado de osmio! ¡Osmio! Por la gran nebulosa, piense en el gasto.

—En eso estoy pensando —dijo Porus con frialdad.

—Pero lo cargarán a la Universidad; lo... —se recobró con dificultad cuando las sombrías miradas de los psicólogos reunidos se posaron sobre él—. ¿Cuándo lo necesita? —murmuró débilmente.

—¿Es cierto que piensa ir usted mismo?

—¿Por qué no? —preguntó Porus, desembarazándose del traje.

Mir Deana dijo:

—El casco de plomo y vidrio no resistirá el campo más de una hora, y probablemente tendrá penetraciones parciales en mucho menos tiempo. No sé si podrá usted hacerlo.

—Yo me preocuparé de eso. —Hizo una pausa y después prosiguió inciertamente—: Estaré listo en pocos minutos. Primero me gustaría hablar con mi esposa... a solas.

La entrevista fue muy corta. Fue una de las pocas ocasiones en que Tan Porus olvidó que era psicólogo, y habló con el corazón, sin detenerse a considerar la natural reacción de su interlocutora.

Sólo sabía una cosa —por instinto más que por psicología— y era que su mujer no se desesperaría ni se pondría sentimental delante de él; y en eso tuvo razón. Sólo en los pocos segundos finales bajó los ojos y le tembló la voz. Sacó un pañuelo de su ancha manga y corrió hacia la puerta.

El psicólogo contempló su marcha y después se detuvo a recoger el librito que se había caído cuando ella sacó el pañuelo. Sin mirarlo, lo metió en el bolsillo interior de su túnica.

Sonrió torcidamente.

—¡Un talismán! —dijo.

La reluciente nave individual de Tan Porus penetraba en el «campo mortífero». El húmedo aspecto de desolación le impresionó en seguida.

Se encogió de hombros. «¡Imaginaciones! Ahora no debo ponerme nervioso.»

Había un resplandor de lo más vago —un destello que se sentía más que se veía— en el aire de su alrededor. Y después invadió la misma nave. Levantando los ojos, el rigeliano vio que los cinco pájaros eronianos que había llevado consigo yacían muertos en el suelo de su jaula, convertidos en una confusa masa de plumas sucias.

«El "campo mortífero" ha entrado», murmuró. Había pasado a través del casco de acero de la nave.

El crucero aterrizó con torpeza sobre el amplio campo de atletismo de la Universidad, y Tan Porus, con el extraño aspecto que le confería el voluminoso traje de osmio, descendió de él. Examinó los deprimentes alrededores. Desde los pardos rastros debajo de sus pies hasta la velada neblina que ocultaba el azul normal del cielo, todo parecía... muerto. Entró en el edificio de psicología. Su laboratorio estaba a oscuras; las cortinas seguían cerradas. Las separó y estudió el tanque del calamar. La bomba del agua seguía funcionando, pues el tanque estaba lleno. Sin embargo, esto era lo único normal. De lo que una vez había sido un helecho marino, sólo quedaban unos cuantos filamentos rotos en estado de putrefacción. El mismo calamar yacía inerte sobre el suelo del tanque.

Tan Porus suspiró. Se sentía cansado y aturdido. Tenía la mente oscura e imprecisa. Durante largos minutos, contempló lo que le rodeaba sin verlo.

Después, con un esfuerzo, alzó la botella que llevaba y miró la etiqueta: «Ácido clorhídrico. Sol. 12 molar.»

Gruñó vagamente para sí: «Doscientos ce. Sólo echarlo dentro. Eso disminuirá el pH..., si la actividad de hidrógeno-ion significa algo en este caso.»

Estaba manipulando el tapón de la botella, y —súbitamente— empezó a reír. Se sintió igual que la única vez que había estado borracho en su vida.

Sacudió las telarañas que se juntaban en su cerebro. «Sólo dispongo de pocos minutos para hacer..., ¿para hacer qué? No lo sé. Pero algo. Echar esto dentro. Echarlo dentro. ¡Echarlo! ¡Echarlo! ¡Echarlo de golpe!» Murmuraba para sí

una insípida canción popular mientras el ácido caía a borbotones en el tanque abierto.

Tan Porus se sintió satisfecho de sí mismo y se echó a reír. Removió el agua con fuerza y volvió a reírse. Seguía cantando aquella canción.

Y entonces se percató de un sutil cambio en lo que le rodeaba. Lo buscó torpemente y cesó de cantar. ,Y de pronto se dio cuenta de ello con la sensación repentina de una ducha de agua fría. *¡El resplandor de la atmósfera había desaparecido!*

Con un rápido movimiento, se desató el casco y lo lanzó lejos. Aspiró profundas bocanadas de aire, un poco mohoso, pero inofensivo.

Había acidificado el agua del tanque, destruyendo el campo en su punto de origen. *¡Las matemáticas puras de la psicología se apuntaban otra victoria!*

Se desembarazó de su traje de osmio y se desperezó. La presión que tenía sobre el pecho le recordó algo. Extrayendo el librito que se le había caído a su esposa, dijo: «¡El talismán ha tenido éxito!», y sonrió indulgentemente ante su propia extravagancia.

Se le heló la sonrisa en los labios al ver por vez primera el título del libro.

El título era *Curso medio de psicología aplicada. Volumen 5.*

Fue como si algo grande y pesado se hubiera caído súbitamente sobre la cabeza de Porus y le hubiera ayudado a comprenderlo. *Nina había estudiado psicología aplicada a lo largo de dos años enteros.*

Este era el factor que faltaba. Podía tenerlo en cuenta. Tendría que usar integrales de tiempo triples, pero... Accionó el interruptor del comunicador y esperó a que se estableciera contacto.

—¡Hola! ¡Aquí Porus! ¡Vengan, todos ustedes! ¡El campo mortífero ha desaparecido! He vencido al calamar —cortó la comunicación y añadió triunfalmente —: ...¡Y a mi esposa!

Cosa extraña —o quizá no tan extraña—, era la última hazaña la que le causaba más satisfacción.

Para mí, el mayor interés de El número imaginario reside en el hecho de que presagia la «psicohistoria», que iba a tener un papel tan importante en la serie Fundación. Fue en este relato y en su predecesor, Homo Sol, donde por primera vez traté la psicología como una ciencia matemáticamente refinada.

Ya era hora de que realizara otra tentativa con Unknown, y así lo hice con un relato titulado El roble, que, si no recuerdo mal, era algo acerca de un roble que servía de oráculo y pronunciaba ambiguas profecías. Lo sometí a Campbell el 16 de julio de 1940 y fue rápidamente rechazado.

Uno de los inconvenientes de escribir para Unknown era que la revista era única en su género. Si Unknown rechazaba un relato, no había ningún otro sitio donde presentarlo. Era posible tratar de hacerlo en Weird Tales, una revista más antigua que cualquiera de ciencia-ficción, pero se caracterizaba por sus decrépitos cuentos de horror pasados de moda y además pagaba muy poco. No estaba realmente interesado en entrar a formar parte de ella. (Y, además, rechazaron tanto Vivo antes de nacer como El roble cuando se los presenté.)

Con todo, el 29 de julio de 1940 fue un momento crucial de mi carrera, aunque, naturalmente, no pude decirlo. Hasta entonces había escrito veintidós relatos en veinticinco meses. De ellos había vendido (o iba a vender) trece, mientras que los nueve restantes no pudieron venderse de ninguna manera y ya no

existen. El récord no era deprimente, pero tampoco magnífico... digamos que era mediocre.

No obstante, aparte de dos relatos muy cortos que constituyeron casos especiales, nunca volví a escribir un relato de ciencia-ficción que no pudiera vender. Había encontrado la línea.

Pero no la línea de Campbell. En agosto escribí Herencia y la presenté a Campbell el 15 de ese mismo mes, siendo rechazada dos semanas más tarde. Afortunadamente, Pohl me la arrancó en seguida de las manos.

Herencia

El doctor Stefansson acarició el grueso fajo de hojas mecanografiadas que tenía delante.

—Todo está aquí, Harry..., veinticinco años de trabajo.

El apacible profesor Harvey chupó su pipa con indolencia.

—Bien, tu parte está terminada y la de Markey también, en Ganímedes. Ahora les toca el turno a los gemelos.

Se produjo un corto y meditabundo silencio, y después el doctor Stefansson se agitó intranquilo.

—¿Comunicarás pronto la noticia a Alien? El otro asintió con tranquilidad.

—Tenemos que hacerlo antes de llegar a Marte, y cuanto antes mejor. — Hizo una pausa, y después añadió con voz forzada—: Me pregunto lo que se siente al averiguar que se tiene un hermano gemelo, al cabo de veinticinco años. Debe de ser un golpe tremendo.

—¿Cómo lo tomó George?

—Al principio no se lo creía, y no me extraña. Markey tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para convencerle de que no era una broma. Supongo que a mí me pasará lo mismo con Alien. —Apretó el tabaco de su pipa y movió la cabeza.

—Me siento tentado de ir a Marte para ver su primer encuentro —comentó el doctor Stefansson anhelante.

—No harás tal cosa, Stef. Este experimento ha llevado demasiado tiempo y significa demasiado para que lo destroces con una decisión tan tonta.

—¡Lo sé, lo sé! ¡La herencia contra el medio ambiente! Quizá acabe siendo la respuesta definitiva. —Hablaba para sí mismo, como si repitiera una vieja fórmula muy conocida—. Dos gemelos idénticos, separados al nacer; uno educado en la vieja y civilizada Tierra, el otro en el pionero Ganímedes. Después, el día de su vigésimo quinto cumpleaños, se les reúne por primera vez en Marte... ¡Dios mío! Me hubiera gustado que Cárter viviera para ver el final de todo esto. Son *sus* hijos.

—¡Lástima! Pero ellos viven, y nosotros también. Llevar el experimento hasta el final será el tributo que nosotros le haremos.

Cuando se ve por vez primera la sucursal marciana de Productos Medicinales, S. A., es imposible adivinar que esté rodeada por algo que no sea desierto. No se distinguen las cuevas subterráneas donde se crían artificialmente los hongos naturales de Marte en enormes y florecientes campos. El intrincado sistema de transporte que conecta todos los puntos de los innumerables kilómetros cuadrados de campos al edificio central es invisible. El sistema de irrigación, los purificadores de aire, las cañerías de drenaje, todo está oculto.

Y lo único que uno ve es el gran edificio achatado de ladrillos rojos y el desierto marciano, rojizo y seco, a todo su alrededor.

Eso era todo lo que George Cárter había visto tras su llegada a bordo de un cohete-taxi. Pero a él, por lo menos, las apariencias no le habían decepcionado. Hubiera sido extraño que ocurriera lo contrario, pues su vida en Ganímedes había estado orientada en todas sus fases hacia una eventual dirección general de aquel complejo. Conocía cada centímetro cuadrado de las cavernas subterráneas como si hubiera nacido y crecido en ellas.

Y ahora se encontraba en el reducido despacho del profesor Lemuel Harvey, sin poder evitar que una ligera nube de intranquilidad cruzara por su impasible semblante. Sus fríos ojos de color azul buscaron los del profesor Harvey.

—Ese..., ese hermano gemelo mío. ¿Vendrá pronto? El profesor Harvey asintió.

—Ya está en camino.

George Cárter descruzó las rodillas. Su expresión era casi melancólica.

—Se parece muchísimo a mí, ¿eh?

—Muchísimo. Ya sabes que sois gemelos idénticos.

—¡Humm! ¡Así lo creo! Me gustaría haberle conocido desde siempre, ¡en Gánimedes! —Fruunció el ceño—. Ha' vivido toda su vida en la Tierra, ¿eh?

Una expresión de interés apareció en el rostro del profesor Harvey. Preguntó vivamente:

—¿No te gustan los terrícolas?

—No, no exactamente—fue la inmediata respuesta—. Es sólo que los terrícolas son ingenuos. Todos los que yo conozco lo son.

Harvey esbozó -una sonrisa y la conversación languideció.

La señal de la puerta sacó a Harvey de su ensoñación y a George Cárter de su asiento al mismo tiempo. El profesor apretó un botón de su mesa y la puerta se abrió.

La figura que apareció en el umbral atravesó la habitación y después se detuvo. Los hermanos gemelos estaban frente a frente.

Los dos estaban rígidamente erguidos, a tres metros de distancia el uno del otro, y sin hacer ni un solo movimiento por reducir la separación. Mostraban un curioso contraste, un contraste que resultaba más marcado por la gran similitud que había entre ambos.

Unos fríos ojos azules se clavaron en otros fríos ojos azules. Cada uno de ellos vio una nariz larga y recta y unos labios rojos firmemente cerrados. Los altos pómulos eran tan prominentes en uno como en el otro, la saliente y angulosa mandíbula, igual de cuadrada. Incluso tenían la misma y extraña curva en una ceja, en expresiones idénticas de interés absorto y algo irónico.

Pero con el rostro, todo parecido acababa. La ropa de Allen Cárter llevaba el sello de Nueva York en cada centímetro cuadrado. Desde la blusa suelta, pasando por los pantalones de color púrpura oscuro que no bajaban de las rodillas, las medias asalmonadas de celulosa, hasta las relucientes sandalias de sus pies, era la personificación de la última moda terrícola.

Durante un momento *fugaz*, George Cárter experimentó un cierto sentimiento de torpeza, enfundado como iba en una camisa de mangas ajustadas y cuello cerrado de hilo de Gánimedes. El chaleco sin botones y los voluminosos pantalones con los extremos metidos en unas botas de cordones y resistentes suelas eran chabacanos y provincianos. Incluso *él* se dio cuenta... sólo durante un momento.

Allen sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la manga —fue el primer movimiento que hizo uno de los dos hermanos—, lo abrió y extrajo un delgado cilindro de tabaco cubierto con papel que se encendió espontáneamente a la primera chupada.

George vaciló una fracción de segundo y su acción subsiguiente fue casi de desafío. Introdujo la mano en el bolsillo interior del chaleco y extrajo la verde y

reseca silueta de un cigarro hecho con hoja de Ganímedes. Encendió una cerilla con la uña y durante un largo momento lo equiparó, chupada a chupada, con el cigarrillo de su hermano.

Y entonces Allen se echó a reír... con una risa extraña y estridente.

—Me parece que tú tienes los ojos un poco más juntos.

—Es posible que así sea. Tú llevas el cabello de forma diferente. —Había una débil nota de desaprobación en su voz. Allen se llevó la mano a su largo cabello castaño, cuidadosamente rizado en las puntas, mientras sus ojos se posaban sobre la cola descuidadamente anudada que recogía el cabello, igualmente largo, del otro.

—Supongo que tendremos que acostumbrarnos el uno al otro. Yo estoy deseando intentarlo. —El gemelo de la Tierra avanzaba ahora, con la mano extendida.

George sonrió.

—Supongo que sí.

Se estrecharon las manos.

—Te llamas Alien, ¿eh? —dijo George.

—Y tú, George, ¿verdad? —contestó Alien.

Y después no dijeron nada más durante largo rato. Se limitaron a mirarse... y a sonreírse como si lucharan por llenar el vacío de veinticinco años que les separaban.

La mirada impersonal de George Cáster se posó sobre la alfombra de capullos púrpura que se extendía en cuadriláteros bordeados de tierra hasta la brumosa distancia de las cavernas. Los periódicos y escritores podían hablar del «hongo de oro» de Marte, de los extractos purificados, en cosechas de hectáreas de flores, que se habían hecho indispensables para la profesión médica del sistema. Calmantes, vitaminas depuradas, un nuevo específico vegetal contra la neumonía; las flores casi valían su peso en oro.

Pero para George Cáster no eran más que flores, flores que debían alcanzar su máximo desarrollo, ser recogidas, embaladas y enviadas a los laboratorios de Aresópolis, a cientos de miles de kilómetros de distancia.

Redujo la velocidad de su coche terrestre y sacó furiosamente la cabeza por la ventanilla.

—¡Eh, tú, rata de alcantarilla! El de la cara sucia. Mira lo que estás haciendo..., que la maldita agua no se salga del canal.

Metió la cabeza y el coche avanzó de nuevo. El joven de Ganímedes murmuró con mal humor:

—Todos esos hombres son unos inútiles. Con tantas máquinas para hacer su trabajo, yo diría que tienen el cerebro de vacaciones permanentes.

El coche terrestre se detuvo y él descendió. Atravesando las parcelas de hongos, se acercó al grupo de hombres que había junto a la máquina en forma de estrella que aparecía en el camino.

—Bien, aquí estoy. ¿Qué es, Alien? Allen sacó la cabeza de detrás de la máquina. Hizo señas a los hombres que le rodeaban.

—¡Deténganse un segundo! —y corrió hacia su hermano gemelo.

—George, funciona. Es lenta y está mal hecha, pero funciona. Ahora que tenemos los fundamentos, podemos mejorarla. Y dentro de muy poco tiempo, seremos capaces de...

—Espera un momento, Alien. En Ganímedes se va despacio. He vivido así mucho tiempo. ¿Qué es eso?

Allen hizo una pausa y se enjugó la frente. Su rostro brillaba de grasa, sudor y excitación.

—He estado trabajando en esto desde que dejé la Universidad. Es una modificación de algo que tenemos en la Tierra, pero que está muy mejorado. Es un recolector de flores mecánico.

Había extraído un cuadrado de papel resistente, muy 84

doblado, del bolsillo y hablaba sin cesar mientras lo extendía sobre el suelo:

—Hasta el momento, la recogida de las flores ha sido la dificultad de la producción, para no hablar del 15 al 20 por ciento de pérdidas por recoger flores poco o demasiado maduras. Al fin y al cabo, los ojos humanos son sólo ojos humanos, y las flores... Aquí, imira!

El papel estaba extendido sobre el suelo, y Alien, de cuclillas frente a él. George se inclinó sobre su hombro, con ceñuda vigilancia.

—Mira, es una combinación de fluoroscopio y célula fotoeléctrica. La madurez de la flor puede determinarse por el estado de las esporas que tiene dentro. Esta máquina está ajustada de modo que el circuito característico reaccione ante el impacto que produce esta combinación de luz y oscuridad formada por las esporas maduras del interior de la flor. Por otro lado, este segundo circuito..., pero mira, será más sencillo que te lo enseñe.

Pesadamente, la máquina se volvió hacia las flores y su «ojo» se desplazó hacia los lados a quince centímetros del suelo. Al pasar junto a cada flor de hongo, se disparaba un largo y delgado brazo, cercenándola limpiamente a dos centímetros del suelo y depositándola con destreza en el tobogán que había debajo. Un montón de flores se formó detrás de la máquina.

—Más adelante, también podemos incorporar una atadora. ¿Te has fijado en aquellas flores que no ha tocado? No están maduras. Espera a que encuentre una demasiado madura y verás lo que hace.

Gritó de triunfo un momento después cuando una flor fue rota y dejada caer en el mismo lugar.

Paró la máquina.

—¿Ves? Es posible que dentro de un mes podamos empezar a hacerla trabajar en los campos.

George Cárter contempló agriamente a su hermano.

—Yo diría que mucho más de un mes. Es más probable que toda la vida.

—¿Qué quieres decir con eso de «toda la vida»? Sólo hay que apresurarse...

—No me importa que lo único que falte sea pintarla de púrpura. Eso no aparecerá en *mis* campos.

—¿*Tus* campos?

—Sí, *míos* —fue la fría respuesta—. Aquí tengo poder

85de veto, lo mismo que tú. No puedes hacer nada sin mi autorización, y para esto no la conseguirás. Es más, quiero que te lleves ese trasto lejos de aquí. No sirve de nada.

Allen descendió del colector y se encaró con su hermano.

—Conviniste en dejarme esta parcela para que experimentara en ella, libre de vetos, y espero que mantengas tu palabra.

—Muy bien. Pero que esa maldita máquina no se acerque al resto de los campos.

El terrícola se acercó al otro con lentitud. Había una peligrosa mirada en sus ojos.

—Mira, George, no me gusta tu actitud... y no me gusta cómo empleas tu poder de veto. No sé lo que estás acostumbrado a dirigir en Ganímedes, pero ahora es tu gran oportunidad, y hay muchísimas ideas provincianas que tendrás que sacarte de la cabeza.

—No, si yo no quiero. Y si quieres sacármelas tú mismo, será mejor que vayamos a tu despacho. Discutir delante de los hombres minaría la disciplina.

El viaje de regreso a la central se hizo en un ominoso silencio. George silbaba suavemente para sí y Allen se cruzó de brazos y contempló con ostentosa indiferencia el estrecho y serpenteante camino que tenía delante. El silencio persistía cuando entraron en el despacho del terrícola.

—Hay muchísimas cosas de esta situación, George, que suponen un misterio para mí. No sé por qué a ti te criaron en Ganímedes y a mí en la Tierra, y no sé por qué nunca permitieron que conociéramos la existencia del otro, o por qué ahora nos han hecho codirectores con el poder de veto mutuo..., pero lo que sí sé es que la situación se está haciendo rápidamente intolerable.

»Esta sociedad necesita una modernización, y tú lo sabes. Sin embargo, has ejercido ese poder de veto sobre los adelantos más pequeños que yo he tratado de adoptar. No sé cuál es tu punto de vista, pero tengo la impresión de que crees que sigues viviendo en Ganímedes. Si tienes ideas atrasadas, te lo advierto, ponte rápidamente al día. Yo soy de la Tierra, y esta sociedad será llevada con eficiencia terrestre y organización terrestre. ¿Lo entiendes?

George echó una bocanada de oloroso tabaco hacia el techo antes de contestar, pero cuando lo hizo, sus ojos eran penetrantes, y su voz tenía un acento mordaz.

—De la Tierra, ¿verdad? ¿Nada menos que con eficiencia terrestre? Bien, Alien, me gustas. No puedo evitarlo. Eres tan igual a mí, que si no me gustaras sería como si no me gustara a mí mismo. Odio decirlo, pero tu educación es fatal.

Su voz se hizo severamente acusadora:

—Eres un terrícola. Bueno, mírate a ti mismo. Un terrícola no es, en el mejor de los casos, más que medio hombre, y, como es natural, os apoyáis en máquinas. Pero ¿supones que quiero que la sociedad sea dirigida por máquinas..., *sólo máquinas?* ¿Qué harán los *hombres?*

—Los hombres dirigen las máquinas —fue la rápida y malhumorada contestación.

—Las máquinas dirigen a los hombres, y lo sé muy bien. Primero, las usas; después dependes de ellas; y finalmente eres su esclavo. En tu preciosa Tierra sólo hay máquinas, máquinas, máquinas... y como resultado, ¿qué *eres tú?* Te lo diré. ¡Medio hombre!

Se incorporó.

—Me sigues gustando. Me gustas lo bastante para que siga deseando que hubieras vivido en Ganímedes conmigo. Por Júpiter que allí hubieran hecho de ti un hombre.

—¿Has terminado? —preguntó Alien.

—¡Yo diría que sí!

—Entonces te diré una cosa. A ti no te pasa nada que una vida en un planeta decente no hubiera podido solucionar. Sin embargo, se da el caso de que eres de Ganímedes. Te aconsejo que regreses allí.

George habló en voz muy baja.

—No estarás pensando en darme una paliza, ¿verdad?

—No. No podría luchar con mi propia imagen, pero si tuvieras la cara un poco diferente, disfrutaría aplastándotela un poco.

—¿Crees que podrías hacerlo... un terrícola como tú? Vamos, sentémonos. Yo diría que nos estamos excitando demasiado. No arreglaremos nada de esta manera.

Volvió a sentarse, chupó inútilmente su cigarro apagado y lo lanzó al incinerador con repugnancia.

—¿Dónde está el agua? —gruñó.

Allen sonrió con repentina satisfacción.

—¿Tienes inconveniente en que sea una máquina la que nos la proporcione?

—¿Una máquina? ¿Qué quieres decir? —el joven de Ganímedes miró a su alrededor, sospechosamente.

—¡Fíjate! Hace una semana que me la he hecho instalar.

Pulsó un botón de la mesa y se oyó un chasquido en la parte inferior. Hubo el sonido del agua que caía durante uno o dos segundos y después un disco circular de metal, que había junto a la mano derecha del terrícola, se deslizó hacia un lado y un vaso de agua se elevó desde abajo.

—Cógelo —dijo Alien.

George lo levantó cuidadosamente y lo vació de un trago. Lanzó el vaso vacío al incinerador, y después contempló larga y pensativamente a su hermano.

—¿Puedo ver esa máquina de agua tuya?

—Claro. Está debajo de la mesa. Aquí, te haré sitio para que la veas.

El de Ganímedes se arrastró por el suelo, mientras Allen le observaba con incertidumbre. De repente apareció una mano morena y una voz ahogada dijo:

—Dame un destornillador.

—¡Toma! ¿Qué pretendes hacer?

—Nada. Nada en absoluto. Sólo quiero investigar este artefacto.

Cogió el destornillador y, durante unos minutos, no se oyó otra cosa que un ocasional chirrido de metal contra metal. Finalmente, George asomó un rostro congestionado y se ajustó el arrugado cuello con satisfacción.

—¿Qué botón he de apretar para el agua?

Allen hizo un gesto y el botón fue apretado. Se oyó el gorgoteo del agua. El terrícola miraba con estupefacción a su hermano, a la mesa, y de nuevo a su hermano. Y entonces se dio cuenta de que notaba humedad en los pies.

Dio un salto, miró hacia el suelo y exclamó con consternación:

—Pero, maldito seas, ¿qué has hecho? —Un serpenteante chorro de agua salía ciegamente de debajo de la mesa y el sonido de agua aún continuaba.

George se dirigió con tranquilidad hacia la puerta.

—Nada más que un cortocircuito. Aquí tienes tu destornillador; vuelve a arreglarlo —y justo antes de dar un portazo añadió—: Vaya con tus preciosas máquinas. Se estropean en el momento más inoportuno.

El receptor acústico zumbaba con insistencia y Allen Cáster abrió malhumoradamente un ojo. Aún era de noche. Con un suspiro, levantó un brazo hasta la cabecera de la cama y puso el audiómetro en marcha.

La aguda voz de Amos Wells, del turno de noche, le chilló con excitación. Allen abrió los ojos de golpe y se incorporó.

—¡Está usted loco! —exclamó; pero se ponía los pantalones a medida que hablaba. Al cabo de diez segundos, subía las escaleras de tres en tres. Irrumpió en la oficina principal justo detrás de la corpulenta figura de su hermano gemelo.

El lugar estaba lleno; sus ocupantes, muy nerviosos.

Allen se apartó el largo cabello de los ojos.

—¡Enciendan el reflector de la torre!

—Ya está encendido —dijo alguien débilmente.

El terrícola corrió a la ventana y miró al exterior. El haz de luz amarilla apenas iluminaba unos cuantos metros y terminaba en una sombría oscuridad. Tiró de la persiana y la levantó unos cuantos centímetros. Se oyó el silbido del viento y un tornado de toses dentro de la habitación. Allen volvió a cerrarla de golpe y se llevó inmediatamente las manos a sus ojos llorosos.

George habló entre dos estornudos:

—No estamos en la zona de las tormentas de arena. Así que no se trata de una de ellas.

—Lo es —aseveró Wells, chillando—. Es la peor que he visto en mi vida. En un momento ha pasado de un vientecito a un verdadero vendaval. Me ha cogido desprevenido. Cuando logré cerrar todas las salidas que comunican con el exterior, era demasiado tarde.

—¡Demasiado tarde! —Allen desvió su atención de sus ojos llenos de arena para fijarla en esas palabras—. Demasiado tarde, ¿para qué?

—Demasiado tarde para nuestro material móvil. Los cohetes son los que han recibido la peor parte. No hay ni uno que no tenga los propulsores atascados por la arena. Y lo mismo ocurre con las bombas de riego y el sistema de ventilación. Los generadores de abajo están intactos, pero todo lo demás tendremos que desmontarlo y volverlo a montar. Estaremos parados, por lo menos, una semana. Quizá más.

Reinó un corto y significativo silencio, y después Allen dijo:

—Ocupese de ello, Wells. Doble el turno de los hombres y empiecen con las bombas de riego. Tienen que estar a punto dentro de veinticuatro horas, o la mitad de la cosecha se malogrará. Espere, iré con usted.

Se dispuso a marcharse, pero cuando iba a dar el primer paso vio al encargado de las comunicaciones, Michael Anders, que subía corriendo las escaleras.

—¿Qué pasa?

Anders habló entrecortadamente:

—Todo el maldito planeta se ha vuelto loco. Ha habido el terremoto mayor de la historia, con el centro a menos de quince kilómetros de Aresópolis.

Hubo un coro de «¿Qué?» y una discordante continuación de imprecaciones. Los hombres se arremolinaron ansiosamente; muchos tenían parientes y esposas en la metrópoli marciana.

Anders prosiguió sin aliento:

—Sobrevino de repente. Aresópolis está en ruinas y han empezado los incendios. No tenemos detalles, pero el transmisor de nuestros laboratorios de Aresópolis ha dejado de emitir hace cinco minutos.

Se produjo una algarabía de comentarios. La noticia se extendió hasta el último rincón de la central, y la excitación alcanzó peligrosas proporciones de pánico. Allen alzó la voz.

—Quietos, todos. No hay nada que podamos hacer respecto a Aresópolis. Tenemos nuestros propios problemas. Esta extraña tormenta está relacionada de algún modo con el terremoto... y eso es de lo que *nosotros* debemos ocuparnos. Ahora, que todo el mundo vuelva a su puesto... y a trabajar de prisa. En Aresópolis nos necesitarán muy pronto. —Se volvió a Anders—: ¡Usted! Vuelva a su receptor y no se aparte de él hasta que haya conseguido ponerse en contacto con Aresópolis. ¿Vienes conmigo, George?

—No, yo diría que no —fue la contestación—. Tú ocúpate de tus máquinas. Yo iré abajo con Anders.

Estaba amaneciendo, un amanecer oscuro y sombrío, cuando Allen Cáster volvió a la central. Estaba cansado física y mentalmente, y se le notaba. Entró en la habitación de la radio.

—Esto es un desastre. Si...

Hubo un «Shhh» y George le hizo frenéticas señas. Allen se calló. Anders se inclinaba sobre el receptor, girando minúsculos diales con dedos nerviosos.

Anders levantó la vista.

—Es inútil, señor Cáster. No puedo comunicarme con ellos.

—De acuerdo. Quédese aquí y tenga los oídos bien atentos. Si pasa algo, hágamelo saber.

Se dirigió hacia la salida, pasando un *brazo* por debajo del de su hermano y llevándose afuera.

—¿Cuándo podremos mandar el próximo embarque, Alien?

—Como muy pronto, dentro de una semana. Pasarán días hasta que tengamos algo que ruede o vuele, y aún pasarán más antes de que podamos empezar a recolectar de nuevo.

—¿Tenemos algunas reservas a mano?

—Unas cuantas toneladas de flores surtidas, especialmente rojas-púrpura. El cargamento con destino a la Tierra del pasado martes se lo llevó casi todo.

George se quedó pensativo.

Su hermano esperó un momento y dijo vivamente:

—Bueno, ¿qué piensas? ¿Qué noticias hay de Aresópolis?

—¡Muy malas! El terremoto ha arrasado tres cuartas partes de la ciudad y yo diría que el resto está casi destrozado por el fuego. Cincuenta mil personas tendrán que pasar la noche en tiendas de campaña. Esto no es nada divertido durante el otoño marciano, cuando el sistema de gravedad terrestre está desbaratado.

Allen dio un silbido.

—¡Neumonía!

—Y resfriados comunes, y gripe, y media docena de otras enfermedades, para no decir nada de la gente con quemaduras... El viejo Vincent está armando un escándalo.

—¿Quiere flores?

—Sólo tiene una reserva para dos días. *Debe tener más.*

Hubo una pausa y después George volvió a hablar:

—¿Qué es lo mejor que podemos hacer?

—Nada, hasta dentro de una semana... y eso si nos matamos trabajando. Si pudieran mandarnos una nave en cuanto la tormenta se calme, podríamos enviarles lo que tenemos como una provisión temporal, hasta que dispongamos del resto.

—Es tonto pensarlo siquiera. El aeropuerto de Aresópolis está en ruinas. No tienen ni una sola nave.

Un nuevo silencio. Entonces Allen habló con voz baja y tensa:

—¿Qué esperas? ¿Por qué me miras así?

—Estoy esperando que admitas que tus malditas máquinas han fallado en la mayor emergencia que hemos tenido.

—Admitido —exclamó el terrícola.

—¡Bien! Y ahora me toca a mí enseñarte lo que puede hacer el ingenio humano. —Alargó una hoja de papel a su hermano—. Es una copia del mensaje que he mandado a Vincent.

Allen dirigió una larga mirada a su hermano y leyó lentamente unos garabatos escritos a lápiz.

«Le entregaremos todo lo que tenemos dentro de treinta y seis horas. Confío en que le durará unos cuantos días, hasta que podamos enviarle un verdadero embarque. Las cosas están un poco difíciles por aquí.»

—¿Cómo piensas hacerlo? —inquirió Allen al terminar de leer.

—Estoy tratando de enseñártelo —contestó George, y Allen se dio cuenta entonces de que habían dejado la central y se hallaban en las cavernas.

George abrió la marcha durante cinco minutos y se detuvo frente a un objeto muy voluminoso que apenas se veía en la oscuridad. Encendió la luz de la sección y dijo:

—¡Un camión de arena!

El camión de arena no era un objeto que impresionara. Con el coche propulsor delante y los tres descubiertos vagones de carga detrás, brindaba una imagen de absoluta decrepitud. Quince años atrás había sido relegado al desuso por los trineos de arena y los cohetes de carga.

El de Ganímedes decía:

—Yo mismo lo he repasado hace una hora y sigue en buen estado. Tiene escudos, unidad de aire acondicionado para el coche propulsor y un motor de combustión interna.

El otro levantó la vista con viveza. Había una desagradable expresión en su rostro.

—Quieres decir que quema combustible químico.

—¡Sí! Gasolina. Por eso me gusta. Me recuerda a Ganímedes. Allí tenía un coche con un motor que...

—Pero espera un momento. No tenemos nada de gasolina.

—No, yo diría que no. Pero por aquí tenemos mucho hidrocarburo líquido. ¿Qué hay del solvente D? Es octano en su mayor parte. Tenemos tanques llenos de él.

Allen dijo:

—Está bien...; pero el camión sólo tiene dos plazas.

—Ya lo sé. Una es para mí.

—Y la otra para mí. George gruñó:

—Hubiera apostado a que dirías eso..., pero no será cuestión de apretar un botón. ¿Dirías que serás capaz..., terrícola?

—Diría que lo soy, ganimediano.

Hacía dos horas que había salido el sol, antes de que el motor del camión de arena se pusiera en marcha, pero en el exterior la oscuridad se había hecho aún más profunda.

Accionaron la palanca hacia abajo y la puerta doble se separó con dificultad, a causa de la arena que la obstruía. A través de un remolino de polvo, el camión salió, y detrás de él unas figuras cubiertas de arena se sacudieron los cascos y volvieron a cerrar las puertas.

George Cárter, habituado por su larga experiencia en Ganímedes, hizo frente al súbito cambio de gravedad que encontraron al dejar el campo gravitatorio protector de las cavernas con una prolongada aspiración. Mantuvo las manos firmemente agarradas al volante. Sin embargo, su hermano terrícola se encontró en una situación muy distinta. El apretado y nauseabundo nudo que contrajo su estómago se aflojó con gran lentitud y pasó mucho rato antes de que su irregular y estertórea respiración volviera a recobrar algo de normalidad.

Y, no obstante, el terrícola se dio cuenta de la larga mirada de reojo del otro y de la sonrisa que distendió sus labios.

Los kilómetros pasaban lentamente, pero la impresión de inmovilidad era casi tan completa como en el espacio. Los alrededores aparecían grises... uniformes, monótonos e invariables. El ruido del motor era un zumbido ronco, y el chasquido del purificador de aire que había detrás, un tictac soñoliento. De vez en cuando, llegaba una racha de viento especialmente fuerte, y un golpeteo de arena sonaba contra la ventanilla con un millón de minúsculos ruidos distintos.

George no apartaba la vista de la brújula que tenía delante. El silencio era casi opresivo.

Y entonces el de Ganímedes volvió la cabeza, y gruñó:

—¿Qué le pasa al maldito ventilador? Allen se enderezó lo más que pudo, hasta que tocó el techo con la cabeza, y entonces palideció.

—Se ha detenido.

—Pasarán horas antes de que termine la tormenta. Hasta entonces necesitamos aire. Métete ahí detrás y vuelve a ponerlo en marcha. —Su voz era categórica y terminante.

—Aquí —dijo, mientras el otro se introducía, por encima de su hombro, en la parte posterior del coche—. Aquí está la caja de herramientas. Tienes unos veinte minutos antes de que el aire esté demasiado viciado como para respirar. Ya lo está bastante.

Hubo un ruido de lucha detrás de él y después se oyó la voz de Alien:

—Maldita cuerda. ¿Qué hace aquí? —Hubo un martillazo y después una maldición de repugnancia.

—Esto está lleno de herrumbre.

—¿Alguna otra cosa estropeada? —preguntó el ganimediano.

—No lo sé. Espera a que limpie esto.

Más martillazos y el áspero sonido casi continuo de rascar.

Allen se recostó de nuevo en su asiento. Tenía el rostro bañado de sudor y herrumbre, y al pasarse la palma de una mano igualmente húmeda y recubierta de orín, no hizo más que empeorar las cosas.

—Esta bomba se sale como una olla agujereada, ahora que he quitado la herrumbre que la envolvía. La he puesto a su velocidad máxima, pero lo único que hay entre ella y una avería definitiva es una oración.

—Empieza a rezar —dijo bruscamente George—. Ruega por tener un botón que apretar.

El terrícola frunció el ceño, y miró frente a sí con adusto silencio.

A las cuatro de la tarde, el ganimediano observó:

—El aire empieza a ser menos denso, o así lo parece.

Allen se puso alerta. Dentro, el aire estaba viciado y húmedo. El ventilador posterior crujía sibilantemente entre un chasquido y otro y éstos se espaciaban cada vez más. Ahora ya no duraría mucho tiempo.

—¿Cuánto terreno hemos cubierto?

—Cerca de una tercera parte de la distancia —fue la contestación—. ¿Cómo te las arreglas? . —Bastante bien —respondió Alien. Se retiró otra vez al interior de su concha.

Llegó la noche y las primeras brillantes estrellas del firmamento marciano se dejaron ver cuando, con un último, inútil y prolongado swi-i-i-s-s-sh, el ventilador se detuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó George—. No puedo seguir respirando esta sopa por más tiempo. Abre las ventanillas.

El frío aire marciano penetró en el interior y con él los últimos indicios de arena. George tosió, mientras se ponía la gorra de lana sobre las orejas y conectaba la calefacción.

95—Sigo masticando granos de arena.

Allen contemplaba melancólicamente el cielo.

—Allí está la Tierra... con la Luna siguiéndola de cerca.

—¿La Tierra? —repitió George con mordaz desprecio. Señaló con el dedo hacia el horizonte—. Ahí está el viejo y querido Júpiter.

Y echando la cabeza hacia atrás, cantó con profunda voz de barítono:

*Quando la dorada órbita de Jove
reluce en el cielo,
mi alma desea ir
a esa tierra feliz que conozco,
de nuevo al viejo y querido Ganímedes-e-e-e-e-edes.*

La última nota vibró y se quebró, y su sonido se repitió una y otra vez a un ritmo cada vez más fuerte, hasta que su vibrante aullido alcanzó una intensidad capaz de volver sordo a cualquiera.

Allen contemplaba a su hermano con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo has hecho? George sonrió.

—Es el trino de Ganímedes. ¿No lo habías oído antes? El terrícola movió la cabeza.

—Había oído hablar *de él*, pero nada más.

El otro hizo gala de un poco más de cordialidad.

—Bueno, naturalmente, sólo puedes hacerlo en una atmósfera poco densa. Tendrías que oírme en Ganímedes. Cuando me sale bien, soy capaz de sacar a cualquiera de su silla. Espera a que beba un poco de café, y te cantaré el verso veinticuatro de la *Balada de Ganímedes*.

Respiró profundamente:

*Hay una doncella de cabellos rubios a la que amo
bajo la luz de Jove
y está allí esperándome a mí-i-i-i-i.*

Entonces...

Allen le agarró por el brazo y le sacudió. El ganimediano se interrumpió.

—¿Qué pasa? —inquirió vivamente.

—Acaba de oírse un ruido en el techo. Hay algo ahí arriba.

George alzó la mirada.

—Coge el volante. Subiré hasta allí. Allen movió la cabeza.

—Iré yo mismo. No me veo capaz de llevar este primitivo artefacto.

Al cabo de un segundo se encontraba en el estribo.

—No te pares —gritó, y subió un pie al techo.

Se quedó inmóvil en esta posición al distinguir dos ojos amarillos que le contemplaban con fijeza. No tardó más de un segundo en comprender que estaba cara a cara con un kaezel, una situación tan desagradable como encontrarse a una serpiente cascabel en la cama.

Sin embargo, no había tiempo para comparaciones mentales entre su posición y los apuros de la Tierra, puesto que el kaezel se abalanzó sobre él, con sus colmillos venenosos brillando a la luz de las estrellas.

Allen lo esquivó desesperadamente y perdió el equilibrio. Cayó sobre la arena con un golpe sordo y el cuerpo, frío y cubierto de escamas, del reptil marciano se abalanzó sobre él.

La reacción del terrícola fue casi instintiva. Alzó la mano y la dejó caer con fuerza sobre el pequeño hocico de la criatura.

En aquella posición, la bestia y el hombre se inmovilizaron como estatuas exánimes. El hombre temblaba y, en su interior, el corazón le latía a una gran velocidad. Apenas se atrevía a moverse. En la insólita gravedad marciana, vio que no podía controlar el movimiento de sus extremidades. Los músculos se contraían casi por decisión propia y las piernas se movían cuando no debían hacerlo.

Trató de mantenerse inmóvil... y pensar.

El kaezel se retorció, y de sus labios, fuertemente cerrados por los músculos terrestres, se escapó un trémulo gemido. La mano de Allen se tornó resbaladiza por el sudor y sintió que el hocico de la bestia giraba un poco dentro de su palma. Lo apretó más, dominado por el pánico. Físicamente, el kaezel no podía competir con un terrícola, aunque éste estuviera cansado, asustado y no acostumbrado a la gravedad... pero un mordisco, en cualquier parte era todo lo que necesitaba.

El kaezel dio un repentino tirón; dobló la espalda y sacudió las patas. Allen lo sostuvo con ambas manos, pues no *podía* dejarlo escapar. No tenía pistola ni cuchillo. En el llano desierto de arena no había ninguna roca con la que pudiera aplastarle el cráneo. El camión de arena hacía rato que había desaparecido en la noche marciana, y estaba solo..., solo con el kaezel.

Desesperado, lo retorció. La cabeza del kaezel se inclinó. Oía su respiración entrecortada... y de nuevo dejó escapar aquel débil gemido.

Allen se colocó sobre él y apretó las rodillas contra su abdomen, frío y cubierto de escamas. Torció la cabeza más y más. El kaezel luchaba desesperadamente, pero los bíceps de Allen mantuvieron la presión. Casi podía sentir la agonía de la bestia en sus últimas etapas, cuando reunió toda su fuerza... y algo se rompió con un crujido.

El animal se inmovilizó.

Allen se puso en pie, a punto de sollozar. El viento de la noche marciana le cortaba la cara y el sudor se le heló en el cuerpo. Se hallaba solo en el desierto.

Se produjo la reacción. Sintió un intenso zumbido en los oídos. Le fue difícil soportarlo. El viento era cortante, pero ya no lo notaba.

El zumbido se tradujo en una voz..., una voz que llamaba fantasmagóricamente a través del viento marciano :

—Allen, ¿dónde estás? Maldito seas, ingenuo, ¿dónde estás? ¡Allen! ¡Allen!

Una nueva vida inundó al terrícola. Se echó el cadáver del kaezel sobre los hombros y se dirigió tambaleándose hacia la voz.

—Aquí estoy, ganimediano. Aquí mismo. Tropezó ciegamente y fue a caer en brazos de su hermano.

George empezó con voz ronca:

—Maldito terrícola, ¿ni siquiera puedes mantenerte de pie sobre un camión de arena que se mueve a quince kilómetros por hora? Yo hubiera...

Su voz se desvaneció en una especie de gorjeo.

Allen dijo con cansancio:

—Había un kaezel en el techo. Me hizo caer. Toma, ponlo en alguna parte. Hay una recompensa de cien dólares por cada piel de kaezel que se lleve a Aresópolis.

Durante la media hora siguiente no se dio cuenta de nada. Cuando su mente se aclaró, volvía a encontrarse en el camión con el sabor de café caliente en la boca.

George se hallaba sentado junto a él en silencio, con los ojos fijos en el desierto que tenían delante. Pero al cabo de un rato, se aclaró la garganta y lanzó una penetrante mirada a su hermano. Había una extraña expresión en sus ojos.

Allen dijo:

—Escucha, ahora ya estoy despierto, y tú pareces medio muerto, así que, ¿qué te parecería enseñarme ese «trino de Ganímedes» tuyo? Es capaz de despertar a un muerto.

El ganimediano le miró con mayor fijeza y después dijo ásperamente:

—Claro que sí, mírame la nuez mientras lo hago de nuevo.

El sol se hallaba a medio camino de su cénit cuando llegaron al canal.

—Mira, el canal está ahí enfrente.

El canal —un pequeño afluente del gran Canal Jefferson— no contenía más que unas gotas de agua en aquella estación del año. Era tan sólo una sucia y serpenteante línea de humedad. Rodeándolo por ambos lados, aparecían las áreas pantanosas de barro negro que iban a llenarse hasta convertirse en una rápida corriente fría como el hielo en el plazo de un año terrestre.

El camión descendió por el barro cayó torpemente en los charcos. Avanzó dando tumbos sobre las rocas; los cubos de las ruedas se llenaron de barro en su camino a través del oscuro canal y después se dispuso a iniciar el ascenso.

Y entonces, con una rapidez que lanzó a los dos ocupantes fuera de sus asientos, el camión derrapó, hizo un esfuerzo inútil por seguir adelante, y se negó a continuar.

Los hermanos se apresuraron a bajar y examinaron la situación. George juró rabiosamente, con la voz más ronca que nunca.

Allen echó la cabeza hacia atrás con cansancio.

—Bueno, no te quedes ahí mirándolo. Todavía nos faltan ciento cincuenta kilómetros o más para llegar a Aresópolis. Tenemos que salir de aquí.

—Claro, pero ¿cómo? —Sus imprecaciones se transformaron en una respiración sibilante, mientras se introducía en el camión para coger la cuerda de la parte posterior. La contempló dubitativamente.

—Métete ahí, Alien, y cuando yo tire, aprieta a fondo este pedal con el pie.

Ató la cuerda al eje frontal mientras hablaba. La arrastró tras de sí al tiempo que andaba pesadamente con el barro hasta los tobillos, y la atirantó.

—Muy bien, ahora, ¡aprieta! —gritó. Su rostro se tornó púrpura con el esfuerzo y los músculos de su espalda se contrajeron.

Alien, dentro del coche, apretó hasta el fondo el pedal indicado. El motor rugió y las ruedas posteriores zumbaron al dar vueltas. El camión se levantó un poco, y después volvió a hundirse.

—Es inútil —exclamó George—. Pierdo pie. Si el suelo estuviera seco, podría hacerlo.

—Si el suelo estuviera seco no nos hubiéramos atascado —replicó Alien—. Vamos, dame esa cuerda.

—¿Crees que tú podrás hacerlo, si yo no he podido? —gritó rabiosamente George, pero el otro ya había salido del coche.

Allen se había fijado en una gran roca, firmemente hundida, no lejos del camión, y con gran alivio descubrió que se hallaba dentro del alcance de la cuerda. La puso tirante y colocó el extremo libre alrededor de la piedra. Una vez fuertemente atada, la atirantó y aguantó.

Su hermano se asomó por la ventanilla del coche, mientras él regresaba, agitando un puño al aire.

—Bueno, papanatas, ¿qué estás haciendo? ¿Esperas que esa enorme roca nos saque de aquí?

—Cállate —contestó Alien— y dale al gas cuando yo tire.

Se detuvo a medio camino entre la piedra y el camión y cogió la cuerda.

—*iAprieta!* —gritó a su vez, y con una repentina sacudida, tiró de la cuerda hacia sí con ambas manos.

El camión se movió; sus ruedas se agarraron al suelo con firmeza. Durante un momento, dudó con el motor a muchas revoluciones y las manos de George temblando sobre el volante. Y entonces salió del lodo. Y casi simultáneamente, la roca al extremo de la tirante cuerda salió del barro con un chasquido líquido y se volcó de costado.

Allen deshizo el nudo y corrió hacia el camión.

—No lo pares —gritó, y saltó al estribo, con la cuerda arrastrando.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó George, con los ojos llenos de admiración.

—Ahora no tengo energías para explicártelo. Cuando lleguemos a Aresópolis y hayamos dormido bien, te dibujaré el triángulo de fuerzas y te demostraré lo que ha sucedido. No ha sido cuestión de músculos. No me mires como si fuera Hércules.

George apartó la vista de su hermano con un esfuerzo.

—Un triángulo de fuerzas, ¿verdad? Nunca lo había oído, pero si eso es lo que puede hacer, la educación es una gran cosa.

—¡Cometa de gas! ¿Queda algo de café? —Cogió el último termo, lo agitó junto a su oreja tristemente, y dijo—: Oh, vamos a practicar el trino. Es casi igual de bueno y se puede decir que ya lo tengo perfeccionado.

El rojizo sol se ponía lentamente detrás de la Cordillera del Sur. Esta es una de las dos cadenas montañosas que quedan en Marte. Es una región de colinas; colinas antiguas, desgastadas por el tiempo y erosionadas, detrás de las cuales se levanta Aresópolis.

Constituye el único paisaje digno de mención de todo Marte y también el dorado atributo de ser capaz de absorber, por las corrientes ascendentes de sus costados, una lluvia ocasional de la desecada atmósfera marciana.

Quizá, una pareja de la Tierra y Ganímedes se hubiera extasiado ante esta pintoresca área, pero desde luego éste no era el caso de los gemelos Cáster.

Sus ojos, hinchados por la falta de sueño, resplandecieron una vez más al divisar unas colmas en el horizonte. Sus cuerpos, casi agotados por el cansancio más absoluto, volvieron a ponerse en tensión cuando iniciaron el ascenso hacia el cielo.

Y el camión avanzó dando tumbos, pues justo detrás de las colinas se encontraba Aresópolis. El camino que seguían ya no era una línea recta, marcada por la brújula, con el suelo liso y llano. Era un sendero estrecho y zigzagueante sobre terreno rocoso.

Ya habían llegado a las Cimas Gemelas cuando, súbitamente, el motor chisporroteó, tosió como si fuera a detenerse, y después se calló.

Allen se enderezó y dijo con voz cansada y suprema consternación:

—¿Qué le ocurre ahora a este maldito coche? Su hermano se encogió de hombros.

—Nada que no me imaginara desde hace una hora. Se nos ha terminado la gasolina. No importa nada. Estamos en 'Cimas Gemelas...', sólo a quince kilómetros de la ciudad. Podemos estar allí dentro de una hora, y ellos ya enviarán a buscar las flores.

—¡Quince kilómetros en una hora! —protestó Alien—. Tú estás loco. —De pronto su cara se contrajo con una angustiada idea—. ¡Dios mío! No tardaremos menos de tres horas y ya es casi de noche. Nadie puede durar tanto en una noche marciana. George, estamos...

George le arrastraba fuera del coche por la fuerza.

—Por Júpiter, Alien, no te dejes dominar *ahora* por tu ingenuidad. Podemos hacerlo en una hora, te lo digo yo. ¿Nunca has corrido bajo una gravedad inferior a la normal? Es como volar. Mírame.

Se puso en marcha, rozando ligeramente el suelo, y avanzando a grandes saltos que, al cabo de un momento, le habían conducido a la cima de una montaña.

Le hizo señas con la mano, y su voz llegó débilmente:

—¡Ven!

Allen obedeció... y se cayó cuan largo era a la tercera zancada, agitando los brazos y con las piernas separadas. La risa del ganimediano llegó hasta él.

Allen se levantó furiosamente y se sacudió el polvo. A un paso normal, inició la subida.

—No te enfades, Allen —dijo George—. Es cuestión de cogerle el truco, y yo he practicado en Ganímedes. Imagínate que saltas sobre una cama de plumas. Corre rítmicamente —con un ritmo muy lento— y muy cerca del suelo; no des grandes saltos. Así. ¡Mírame!

El terrícola lo intentó, con los ojos fijos en su hermano. Sus primeras zancadas inseguras se volvieron más firmes y más largas. Extendía las piernas y balanceaba los brazos, imitando a su hermano, paso a paso.

George le animó con sus gritos y aceleró el paso.

—No te separes tanto del suelo, Alien. No saltes antes de tocar con los pies en tierra.

Los ojos de Allen brillaban y, durante un momento, se olvidó del cansancio.

—¡Esto es estupendo! ¡Es como volar... o como llevar muelles en los zapatos.

Los minutos pasaban sin que Allen se diera cuenta. Estaba demasiado absorto en la maravillosa sensación nueva de correr en una subgravedad, para hacer otra cosa que seguir a su hermano. Ni siquiera el frío, que aumentaba continuamente, le volvió a la realidad.

Así pues, fue en el semblante de George donde la inquietud se convirtió en una expresión de verdadero pánico.

—¡Hey, Alien, detente! —gritó. Inclinandose hacia atrás, se paró dando un último salto lleno de gracia y naturalidad. Allen trató de hacer lo mismo, rompió el ritmo, y se cayó de cara. Se levantó haciéndose furiosos reproches.

El ganimediano no dio muestras de haberle oído. En la oscuridad, su mirada era sombría.

—¿Sabes dónde estamos, Alien?

Allen sintió que se le obstruía la tráquea al mirar rápidamente a su alrededor. Las cosas parecían diferentes en la semioscuridad, pero ahora eran mucho más distintas de lo normal. Era imposible que las cosas fueran *tan* diferentes.

—Ya tendríamos que divisar el Viejo Calvo, ¿verdad? —dijo trémulamente.

—Ya hace rato que tendríamos que haberlo visto —fue la desagradable respuesta—. Es este maldito terremoto. El corrimiento de tierras debe de haber cambiado los caminos. Las mismas cimas se deben de haber desplazado... —Su voz era débil—. Alien, sería inútil tratar de engañarnos. Nos hemos perdido.

Guardaron silencio durante un momento... dominados por la incertidumbre. El cielo era púrpura y las colinas se recortaban contra él. Allen se mojó los labios amoratados por el frío con una lengua seca.

—No podemos estar a muchos kilómetros de distancia. Si miramos bien, es posible que veamos la ciudad.

—Considera la situación, terrícola —fue la contestación que el otro gritó—. Es de noche, una noche marciana. La temperatura es inferior a cero y desciende verticalmente a cada minuto. Si no hemos llegado dentro de media hora, ya no llegaremos.

—¡Hemos de encender una hoguera! —La sugerencia, formulada en un confuso murmullo, fue seguida por la inmediata réplica del otro:

—¿Con qué? —George se hallaba a su lado, dominado por la más completa desilusión y frustración—. Hemos llegado hasta aquí, y ahora probablemente nos moriremos de frío a un kilómetro de la ciudad. Vamos, sigamos corriendo. Es una posibilidad entre cien.

Pero Allen le detuvo. Los ojos del terrícola brillaban febrilmente.

—¡Hogueras! —exclamó—. Es una posibilidad. ¿Quieres correr un riesgo que puede dar resultado?

—No tenemos otra cosa que hacer —gruñó el otro—. Pero date prisa. A cada minuto que pasa me...

—Pues corre en la dirección del viento... y no te piales.

—¿Por qué?

—No te preocupes del porqué. Haz lo que te he dicho; ¡corre con el viento!

No había falso optimismo en Allen mientras saltaba en la oscuridad, tropezando con piedras sueltas, deslizándose por los declives..., siempre con el viento a su espalda. George corrió a su lado, formando una mancha vaga y confusa en la noche.

El frío se hizo más agudo, pero no tanto como la punzada de aprensión que corroía los órganos vitales del terrícola.

¡La muerte no es agradable!

Y entonces llegaron a la cima de la colina, y de la garganta de George se escapó un «¡Por Júpiter!» de triunfo.

El terreno que se extendía ante ellos, tan lejos como la vista alcanzaba, estaba lleno de hogueras; La aniquilada Aresópolis se encontraba frente a ellos, iluminada por las hogueras que sus supervivientes habían encendido para protegerse del frío.

Y en la empinada montaña, dos figuras cansadas se daban palmadas en la espalda, reían fuertemente, y se abrazaban para expresar su alegría.

¡Por fin habían llegado!

El laboratorio de Aresópolis, en el mismo límite de la ciudad, era uno de los pocos edificios que aún permanecía en pie. En su interior, con luces provisionales, demacrados científicos destilaban las últimas gotas de extracto. Fuera, las fuerzas policíacas de la ciudad se esforzaban desesperadamente en hacer llegar los preciosos frascos y botellas a los diversos centros médicos de emergencia establecidos en diferentes lugares de las ruinas que una vez fueron la metrópoli marciana.

El anciano Hal Vincent supervisaba el proceso, y sus cansados ojos no dejaban de escrutar ansiosamente las colinas que tenía delante, con la dudosa esperanza de ver aparecer el prometido cargamento de flores.

Y entonces surgieron dos figuras de la oscuridad y se detuvieron frente a él.

Una estremecedora ansiedad se apoderó de él.

—¡Las flores! ¿Dónde están? ¿Las han traído?

—Están en Cimas Gemelas —jadeó Alien—. Hay una tonelada o más en un camión de arena. Mande a buscarlas.

Un grupo de coches terrestres de la policía partió antes de que Allen concluyera, y Vincent exclamó, perplejo:

—¿Un camión de arena? ¿Por qué no las han mandado en una nave? Pero ¿qué les ha sucedido allí? El terremoto...

No recibió una contestación directa. George se había acercado a la hoguera más cercana con una beatífica expresión en su fatigado rostro.

—¡Ahhh, qué calorcito! —Lentamente, se desplomó y cayó dormido antes de tocar el suelo. Allen tosió entrecortadamente.

—¡Huh! ¡El pequeño ganimediano! ¡No ha podido resistirlo!

Y el suelo se levantó y se golpeó la cara contra él.

Allen se levantó con el sol vespertino en los ojos y el olor de tocino frito en la nariz. George le acercó la sartén y dijo entre dos gigantes bocados:

—Sírrete.

Señaló hacia el camión de arena vacío frente al laboratorio.

—Ya han conseguido su material. Allen se echó sobre la comida, silenciosamente. George se limpió los labios con la palma de la mano y dijo:

—Dime, Alien, ¿cómo encontraste la ciudad? He estado tratando de averiguarlo.

—Por las hogueras —murmuró el otro—. Era la única manera que tenían de calentarse, y el fuego sobre kilómetros cuadrados de tierra crea una sección de aire caliente, que se eleva, atrayendo el aire frío de las colinas circundantes. —Acompañó sus palabras de los gestos apropiados—. El viento de las colinas soplaba hacia la ciudad para remplazar al aire caliente y nosotros seguimos al viento. Una especie de brújula natural, que señalaba hacia donde queríamos ir.

George guardó silencio, pisoteando con desconcertado vigor las cenizas de la hoguera de la noche anterior.

—Escucha, Alien, te había juzgado mal. Para mí fuiste un ingenuo terrícola hasta que... —Hizo una pausa, respiró profundamente y explotó—: Bueno, por Júpiter, eres mi hermano gemelo y estoy orgulloso de ello. Ni siquiera la Tierra entera ha podido aniquilar la sangre Cárter que hay en ti.

El terrícola abrió la boca para contestarle, pero su hermano se la cerró tapándose la boca con una mano.

—Tú te callas hasta que yo haya acabado. Cuando volvamos, puedes instalar ese colector mecánico o lo que quieras. Retiro mi veto. Si la Tierra y las máquinas son capaces de producir la clase de hombre que tú eres, son una gran cosa. Pero, a pesar de todo —había cierta nostalgia en su voz—, tienes que admitir que siempre que las máquinas se han estropeado, desde los camiones de riego y los cohetes hasta los ventiladores y los camiones de arena, han sido los hombres los que se han espabilado a pesar de todo lo que Marte podía hacer.

Allen liberó su rostro de la mano que lo tenía sujeto.

—Las máquinas hacen lo que pueden —dijo, pero sin demasiada vehemencia.

—Desde luego, pero eso es todo lo que *pueden* hacer. Cuando llega la emergencia, un hombre ha de hacer mucho más de lo que puede o está perdido.

Allen hizo una pausa, asintió, y asió la mano de su hermano con súbita fiereza.

—Oh, no somos tan diferentes. La Tierra y Ganímedes nos cubren con una delgada capa por fuera, pero por dentro...

Se contuvo.

—Vamos, sigamos con ese trino de Ganímedes.

Y de las dos fraternales gargantas surgió un alarido tan penetrante como el claro y frío aire marciano no había llevado nunca.

Con Herencia, volvieron a dedicarme la portada. En relación con esta historia, me acuerdo muy bien de un comentario que recibí de un muchacho llamado Scott Feldman (que entonces aún era un adolescente, pero que más tarde, como Scott Meredith, se convertiría en uno de los agentes literarios más importantes de la especialidad). Desaprobó el relato porque introduje dos personajes al principio que desaparecen de la historia y no vuelve a saberse nada más de ellos.

Una vez me hubieron llamado la atención sobre ello, me pareció que era un verdadero defecto, y me extrañó que ni Campbell ni Pohl me lo hubiesen mencionado específicamente. Sin embargo, no tuve el valor de preguntarlo.

Pero ello me impulsó a examinar mis relatos con mayor minuciosidad a partir de entonces, y me di cuenta de que escribir no es todo inspiración y fluidez. Tenías que formularte curiosas preguntas técnicas, como, «¿Qué hago con este personaje ahora que me he tomado la molestia de emplearlo?»

Cuando Campbell rechazaba y Pohl aceptaba Herencia, yo estaba escribiendo Historia. Sucedió lo mismo. El 13 de septiembre lo sometí a Campbell. Fue rechazado, y, eventualmente, Pohl lo aceptó.

Historia

El delgado brazo de Ullen empujaba el estilete cuidadosa y esmeradamente a través del papel; sus ojos miopes parpadeaban detrás de unos gruesos cristales. La luz de señales centelleó dos veces antes de que contestara.

Volvió una página y gritó:

—¿Eres tú, Johnnie? Entra, por favor. Sonrió amablemente, con su delgado rostro marciano encendido de placer.

—Siéntate, Johnnie, pero primero baja la persiana. El fulgor del sol de la Tierra es muy molesto. Ah, así está mejor, y ahora siéntate y no hagas nada. Quiero silencio durante un rato, pues estoy ocupado.

John Brewster cambió de lugar un montón de papeles mal ordenados y se sentó. Quitó el polvo de los bordes de un libro que estaba abierto sobre la silla más cercana y miró con reproche al historiador marciano.

—¿Sigues figoneando en esas viejas cosas llenas de moho? ¿No te cansas?

—Por favor, Johnnie —Ullen no levantó la mirada—, perderás la página. Ese libro es *La era de Hitler*, de William Stewart, y es muy difícil de leer. Usa muchas palabras que no explica.

Su mirada, al detenerse sobre Johnnie, era de petulancia ceñuda.

—*Nunca* explican sus términos —prosiguió—. Es algo muy poco científico. En Marte, antes de empezar siquiera, decimos: «Esta es una lista de todas las definiciones de los términos que se emplearán.» Si no, ¿cómo se puede hablar sensatamente? ¡Hum! Los terrícolas estáis *locos*.

—Oh, vamos, Ullen..., olvídale. ¿Por qué no me *miras*? ¿Ni siquiera te has dado cuenta de nada?

El marciano suspiró, se quitó los lentes, los limpió concienzudamente, y volvió a ponérselos con cuidado. Contempló a Johnnie con aire distraído.

—Bueno, me parece que llevas un traje nuevo. ¿Verdad?

—¡Un traje nuevo! ¿Eso es todo lo que vas a decir, Ullen? Esto es un *uniforme*. Soy miembro de la Defensa de la Patria. —Se puso en pie, como la personificación de la exuberancia juvenil.

—¿Qué es eso de la Defensa de la Patria? —preguntó lánguidamente Ullen.

Johnnie tragó saliva y volvió a sentarse con impotencia.

—Verás, en realidad creo que no has oído hablar de que la semana pasada hubo guerra entre la Tierra y Venus. Apuesto algo a que no lo sabías.

—He estado ocupado —frunció el ceño y los delgados labios sin sangre—. En Marte no hay guerra... por lo menos, ya no la hay. Hubo un tiempo en que solíamos luchar, pero de eso hace mucho tiempo. Hubo una época en que también éramos científicos, pero de eso hace mucho tiempo. Ahora, somos muy pocos... y no luchamos.

—Pareció estremecerse y habló con más energía—: Dime, Johnnie, ¿sabes dónde puedo averiguar lo que significa «honor nacional»? Me he atascado. No puedo seguir adelante a menos que lo comprenda.

Johnnie se levantó hasta alcanzar toda su altura y lucir el uniforme verde sin mácula del Servicio Terrestre. Se rió con amable indulgencia.

—No tienes remedio, Ullen..., viejo tonto. ¿No vas a desearme suerte? Mañana saldré al espacio.

—Oh, ¿hay peligro?

Hubo una carcajada de protesta.

—¿Peligro? ¿Qué crees tú?

—Bueno, pues ir en busca del peligro es una tontería ¿Por qué lo haces?

—No lo entenderías, Ullen. Sólo deséame suerte y dime que confías en que vuelva sano y salvo.

—¡Natu-ral-men-te! No quiero que se muera *nadie*.

—Deslizó la mano en la otra que se le ofrecía—. Cuídate,

Johnnie... y espera, antes de irte, tráeme el libro de Stewart. Todo pesa tanto aquí en la Tierra... Pesa, pesa... y las palabras no tienen definiciones.

Suspiró, y volvió a concentrarse en sus libros mientras Johnnie se escabullía silenciosamente de la habitación.

—Estos bárbaros —murmuró, medio dormido—. ¡La guerra! Llamen a eso matarse... —Su voz se desvaneció, convirtiéndose en un murmullo indistinto, mientras sus ojos seguían un dedo que recorría la página.

«Desde el mismo momento de la unión del mundo anglosajón en una sola entidad gubernamental, hacia la primavera de 1941, era evidente que el destino de...»

—¡Esos terrícolas locos!

Ullen se apoyaba fuertemente sobre sus muletas en las escaleras que conducían a la biblioteca de la Universidad y una de sus delgadas manos protegía sus ojos lacrimosos del terrible sol de la Tierra.

El cielo estaba azul, sin nubes; inalterado. Pero en algún lugar de las alturas, al otro lado del etéreo manto del planeta, unas naves de acero brillaban en encarnizado combate. Y sobre la ciudad caían las minúsculas «gotas de la muerte», las muy divulgadas bombas radiactivas que silenciosa e inexorablemente formaban un cráter de cinco metros de profundidad dondequiera que cayeran.

La población de la ciudad corría hacia los refugios y se enterraba en las sólidas celdas de plomo. Con la mirada alzada, silenciosos, ansiosos, pasaban junto a Ullen. Unos guardias de uniforme ponían un poco de orden en la gigantesca huida, dirigiendo a los rezagados y animando a los calmosos.

Llenaban el aire con sus órdenes.

—Vaya hacia el refugio. No se detenga. Ya sabe que no puede quedarse aquí.

Ullen se volvió hacia el guardia que le había hablado y, lentamente, desechó sus pensamientos para hacerse cargo de la situación.

—Lo siento, terrícola, pero no puedo moverme más de prisa en vuestro enorme planeta. —Golpeó una muleta sobre el suelo de mármol—. Las cosas pesan mucho. Si estuviera entre los demás, me aplastarían.

Sonrió amablemente, y el guardia se frotó la barbilla.

—Muy bien, yo lo arreglaré. Para ustedes, los marcianos, todo esto es muy duro. Vamos, aparte esas muletas. Haciendo un esfuerzo, levantó al marciano.

—Pegue las piernas a mi cuerpo, porque vamos a ir muy de prisa.

Su voluminosa figura se mezcló entre la masa de terrícolas. Ullen cerró los ojos al moverse rápidamente bajo una gravedad superior a lo normal y sentir cómo se le contraía el estómago. Volvió a abrirlos en las oscuras profundidades del refugio.

El guardia le depositó cuidadosamente en el suelo y colocó las muletas debajo de los brazos de Ullen.

— Muy bien. Cuídese.

Ullen inspeccionó los alrededores y cojeó hacia uno de los bancos que había en el extremo del refugio. A su espalda se oyó el tétrico sonido metálico de la gruesa puerta de plomo.

El historiador marciano extrajo una gastada libreta de su bolsillo y garabateó unas anotaciones. No hizo caso del excitado murmullo que se alzaba a su alrededor, ni de los fragmentos de acaloradas conversaciones que llenaban el aire.

Y entonces se rascó la frente llena de arrugas con la punta del lápiz, encontrando fija en él la mirada del hombre que estaba sentado a su lado. Sonrió distraídamente y volvió a sus anotaciones.

— Usted es marciano, ¿verdad? — Su vecino habló con voz rápida y chillona — . No me gustan mucho los extranjeros, pero no tengo nada contra los marcianos. Ahora estos venusianos...

La suave entonación de Ullen le interrumpió:

— Creo que odiar no está nada bien. Esta guerra es una contrariedad..., una verdadera contrariedad. Interfiere con mi trabajo, y ustedes, los terrícolas, tendrían que acabar con ella. ¿No lo cree así?

— Puede apostar lo que quiera a que acabaremos con ella — fue la enfática respuesta — . Vamos a destrozarnos su planeta... y a los puercos venusianos con él.

— ¿Se refiere a atacar sus ciudades de este modo? — El marciano parpadeó al pensarlo — . ¿Cree que sería lo mejor?

— Maldita sea, sí. Es...

—Pero mire —Ullen colocó un dedo esquelético sobre la palma de la mano y continuó con sus amables argumentos—: ¿No sería mucho más fácil capturar las naves con el arma desintegradora? ¿No lo cree así? ¿O es que el pueblo de Venus tiene pantallas?

—¿A qué arma se refiere?

Ullen reflexionó cuidadosamente.

—Supongo que ése no es el nombre con que *ustedes* la conocen, pero es que yo no sé nada de armas. En Marte la llamamos la «skellingbeg» y eso significa «arma desintegradora» en su idioma. ¿Sabe a lo que me refiero?

No recibió una contestación directa, a menos que pudiera llamarse así a un vago murmullo casi inaudible. El terrícola se apartó de su compañero y contempló con inquietud la pared de enfrente.

Ullen encajó el desaire y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que todo esto me importe mucho. *Es* sólo que la guerra es una gran molestia. Tendría que terminarse. —Suspiró—. ¡Pero no me importa!

Sus dedos acababan de volver a mover el lápiz por el cuaderno que tenía abierto sobre las rodillas, cuando levantó otra vez la vista.

—Dígame, por favor, ¿cómo se llamaba el país donde Hitler murió? Los nombres terrestres son tan complicados a veces... Creo que empieza con una M.

Su vecino le dirigió una prolongada mirada y se alejó. Los ojos de Ullen le siguieron con una expresión de asombro.

Y entonces sonó la señal de que todo estaba claro.

—Oh, sí —dijo Ullen—. ¡Madagascar! ¡Qué nombre tan tonto!

El uniforme de Johnnie Brewster ya estaba desgastado por la guerra; un poco más arrugado en el cuello y los hombros, algo más raído en las rodillas y los codos.

Ullen pasó un dedo por la cicatriz que corría a lo largo del antebrazo derecho de Johnnie.

—¿Ya no te duele, Johnnie?

—¡Caramba! ¡La cicatriz! Cogí al venusiano que me la hizo. Ahora está durmiendo en la Luna.

—¿Estuviste mucho tiempo en el hospital, Johnnie?

—¡Una semana! —Encendió un cigarrillo, apartó algunos papeles desordenados de la mesa del marciano y se sentó—. He pasado el resto del tiempo con mi familia, aunque ya ves que me he acercado por aquí para verte.

Se inclinó y acarició cariñosamente la arrugada mejilla del marciano.

—¿No vas a decirme que te alegras de verme? Ullen se quitó los lentes y clavó los ojos en el terrícola.

—Pero, Johnnie, ¿estás tan poco seguro de que me alegro de verte, que quieres que te lo diga con palabras? —Hizo una pausa—. Lo anotaré. Los terrícolas siempre tenéis que estar diciéndoos estas cosas tan sencillas.... y después no os las creéis. En Marte...

Frotaba metódicamente los lentes mientras hablaba, y ahora volvió a ponérselos.

—Johnnie, vosotros, los terrícolas, ¿no tenéis el arma desintegradora? Una vez conocí a una persona en uno de los refugios y no sabía de lo que le hablaba.

Johnnie frunció el ceño.

—Yo tampoco. ¿Por qué lo preguntas?

— Porque parece extraño que tengáis que luchar tan violentamente contra esos hombres de Venus, cuando ai parecer no poseen pantallas con que defenderse. Johnnie, me gustaría que la guerra terminara. Continuamente me hace dejar el trabajo para ir a un refugio.

—Continúa, Ullen. No divagues. ¿Qué es esta arma desintegradora? ¿Qué sabes de ella?

—¿Yo? No sé nada de nada sobre ella. Pensaba que *vosotros* lo sabríais..., por eso te lo he preguntado. En Marte, en nuestras historias, hablan de haber empleado esta arma en nuestras viejas guerras. Pero ya no sabemos nada de armas. De cualquier modo, son inútiles, porque el enemigo siempre inventa alguna cosa para protegerse, y entonces todo vuelve a estar igual. Johnnie, ¿crees que podrías bajar a buscarme los *Comienzos de los viajes espaciales* de Higginboddam?

El terrícola cerró los puños y los agitó con impotencia.

—Ullen, maldito marciano, ¿no comprendes que esto es importante? ¡La Tierra está en guerra! ¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!

— Bueno, pues acabad con ella. —Había irritación en la voz de Ullen—. No hay paz ni tranquilidad en ningún lugar de la Tierra. Me gustaría tener esa biblioteca... Johnnie, ten cuidado. Por favor, ¿qué haces? Me lastimas.

—Lo siento, Ullen, pero tendrás que venir conmigo. Vamos a discutir todo esto. —Johnnie había aposentado al marciano, que protestaba débilmente, en una silla de ruedas y salió antes de que terminara la frase.

Un cohete-taxi se encontraba al pie de las escaleras de la Biblioteca, y entre el chófer y el astronauta subieron la silla. Con una estela de humo, despegaron.

Ullen gimió suavemente al sentir la aceleración, pero Johnnie no le hizo caso.

—Washington en veinte minutos, amigo —dijo al conductor—, y no haga caso de las luces de señales.

El delgado secretario habló con helada monotonía:

—El almirante Korsakoff les recibirá.

Johnnie dio media vuelta y tiró la colilla del cigarrillo. Lanzó una apresurada mirada a su reloj y gruñó.

Al moverse la silla de ruedas, Ullen se despertó de un agitado sueño. Se ajustó los lentes.

—¿Nos dejan entrar, por fin, Johnnie?

—¡Shhh!

La mirada impersonal de Ullen se posó sobre los ricos muebles de la habitación, los enormes mapas de la Tierra y Venus sobre la pared, el imponente escritorio del centro, se paseó "por la regordeta y barbuda figura sentada detrás-del escritorio, y, por fin, se detuvo en el hombre delgado y de cabellos claros que había junto a él.

El marciano trató de levantarse de la silla con súbita impaciencia.

—¿No es usted el doctor Thorning? Le vi el año pasado en Princeton. Se acuerda de mi, ¿verdad? En aquella ocasión me dieron el diploma honorario.

El doctor Thorning se había adelantado y le estrechaba las manos con efusión.

—Naturalmente. Habló usted sobre los métodos históricos marcianos, ¿verdad?

—Oh, se acuerda. ¡Me alegro! Pero este encuentro supone para mí una gran oportunidad. Dígame, como científico, ¿qué opina de mi teoría de que la inseguridad social de la época hitleriana fue la causa directa del...?

El doctor Thorning sonrió.

—Lo discutiremos más tarde, doctor Ullen. En este momento, el almirante Korsakoff quiere que le proporcione cierta información, con la cual esperamos terminar la guerra.

—Exactamente. —Korsakoff habló con tono cortante al encontrar la suave mirada de Ullen—. A pesar de ser marciano, presumo que está a favor de la victoria de los principios de libertad y justicia sobre las execrables prácticas de la tiranía venusiana.

Ullen le contempló con inseguridad.

—Esto me suena familiar..., pero no pienso mucho en ello. ¿Se refiere, quizá, a que la guerra debe terminar?

—Con la victoria, sí.

—Oh, la «victoria»; eso no es más que una palabra tonta. La historia demuestra que una guerra decidida sobre la superioridad militar sólo establece las bases de futuras guerras de represalia y venganza. Le recomiendo un ensayo muy bueno de un tal James Calkins. Fue publicado en el año 2050.

—¡Pero, caballero!

Ullen levantó la voz con suave indiferencia ante los apremiantes susurros de Johnnie.

—Para terminar la guerra —terminarla realmente— tendría usted que decir a la gente de Venus: «No es necesario luchar. Hablemos...»

Se oyó el ruido de un puñetazo sobre la mesa y un juramento de terrible significado.

—Por el amor de Dios, Thorning, haga lo que quiera con él. Le concedo cinco minutos.

Thorning reprimió su hilaridad.

—Doctor Ullen, queremos que nos diga lo que sabe sobre el desintegrador.

—¿El desintegrador? —Ullen se rascó la mejilla con sorpresa.

—Del que habló al teniente Brewster.

—Hummm... ¡Ah! Se refiere al arma desintegradora. No sé nada de ella. Los historiadores marcianos la mencionan de vez en cuando, pero ninguno de ellos la conoce... la parte técnica, quiero decir.

El científico de cabello claro asintió pacientemente.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿qué dicen? ¿Qué clase de arma es?

—Bueno, por lo que dicen, se ve que deshace el metal en pedazos. ¿Cómo se llama lo que mantiene unido el metal?

—¿Las fuerzas intramoleculares?

Ullen frunció el ceño y después habló pensativamente:

—Es posible. Me he olvidado de la palabra marciana... a excepción de que es larga. En resumen, esta arma hace que la fuerza que mantiene el metal unido deje de existir y lo deshace convirtiéndolo en polvo. Pero sólo actúa con tres metales, hierro, cobalto y... ¡el otro!

—Níquel —apuntó Johnnie, en voz baja,

—¡Sí, sí, el níquel!

Los ojos de Thorning brillaron.

—Aja, los elementos ferromagnéticos. Apuesto a que hay un campo magnético oscilante mezclado en todo esto. ¿Qué opina, Ullen?

El marciano suspiró.

—Estas palabras terrestres... Veamos, la mayoría de lo que sé sobre el arma está en los trabajos de Hogel Beg. Estaba —estoy completamente seguro— en su *Historia cultural y social del tercer imperio*. Era una obra de veinticuatro

volúmenes, pero siempre he opinado que era bastante mediocre. Su técnica en la presentación de...

—Por favor —dijo Thorning—, el arma...

—¡Oh, sí, eso! —Se enderezó en la silla e hizo una mueca al realizar el esfuerzo—. Habla sobre electricidad y va hacia delante y atrás con mucha velocidad, *mucha* velocidad, y su presión... —Hizo una desesperada pausa, y contempló el ceñudo semblante del almirante con ingenuidad—. *Creo* que la palabra es presión, pero no lo sé, porque es difícil traducirla. La palabra marciana es «cranstad», ¿Les sirve eso de ayuda?

—¡Creo que usted quiere decir «potencial», doctor Ullen! —Thorning suspiró audiblemente.

—Bueno, si usted lo dice... Sea como fuere, este «potencial» también cambia *muy* de prisa y los dos cambios están sincronizados de algún modo con un magnetismo que... uh... se desplaza, y esto es todo lo que sé. —Sonrió inciertamente—. Ahora me gustaría regresar. No hay inconveniente, ¿verdad?

El almirante no se dignó contestar.

—¿Ha sacado algo en claro de todo este lío, doctor?

—No mucho —admitió el físico—, pero me ha dado una o dos pistas. Tendremos que consultar ese libro de Beg, pero no tengo grandes esperanzas. Se limitará a repetir lo que acabamos de oír. Doctor Ullen, ¿hay alguna obra científica en su planeta?

El marciano se entristeció.

—No, doctor Thorning, todas fueron destruidas durante la reacción kaliniana. En Marte, no creemos en la ciencia. La historia ha demostrado que la ciencia no proporciona la felicidad. —Se volvió al joven terrícola que le acompañaba—: Johnnie, vayámonos, por favor.

Korsakoff les despidió con un signo de la mano.

Ullen se inclinó con cuidado sobre el manuscrito totalmente mecanografiado e insertó una palabra. Dirigió una brillante mirada a Johnnie Brewster, que movió la cabeza y colocó una mano sobre el brazo del marciano. Su frente se contrajo aún más.

—Ullen —dijo con voz sorda—. Vas a tener problemas.

—¿Eh? ¿Yo? ¿Problemas? Pero, Johnnie, eso no es cierto. Mi libro está saliendo muy bien. El primer volumen ya está terminado y, aparte de los últimos toques, está listo para ir a la imprenta.

—Ullen, si no puedes facilitar una información concreta del desintegrador al gobierno, no respondo de las consecuencias.

—Pero si les dije todo lo que sabía...

—No es suficiente. No lo es. Tienes que recordar algo más, Ullen, *tienes* que hacerlo.

—Pero es imposible recordar algo que nunca se ha sabido; es un axioma. —Ullen se enderezó en su asiento, apoyándose en una muleta.

—Lo sé —la boca de Johnnie se contrajo en una mueca de tristeza—, pero tienes que comprenderlo.

»Los venusianos controlan el espacio; nuestras guarniciones del asteroide han sido aniquiladas, y la semana pasada cayeron Pobos y Deimos. Se han roto las

comunicaciones entre la Tierra y la Luna y sólo Dios sabe cuánto tiempo resistirá la guarnición lunar. La misma Tierra no está segura, y los bombardeos son cada vez más graves. Oh, Ullen, ¿no lo entiendes?

El aspecto de confusión del marciano se acentuó.

—¿La Tierra está perdiendo?

—¡Dios mío, sí!

—Pues tendréis que rendiros. Es lo lógico. ¿Por qué empezasteis todo esto... estúpidos terrícolas? Johnnie apretó los dientes.

—Pero si tuviéramos el desintegrador, no perderíamos.

Ullen se encogió de hombros.

—Oh, Johnnie, empieza a resultar pesado oír siempre la misma cantinela. Los terrícolas tenéis una mente reiterativa. Mira, ¿no te sentirías mejor si te leyera mi manuscrito? Sería muy conveniente para tu intelecto.

—Muy bien, Ullen, tú lo has querido, y voy a decírtelo. Si no dices a Thorning lo que quiere saber, te arrestarán y serás juzgado por traición.

Hubo un corto silencio, y después un confuso balbuceo :

—T-traición. Quieres decir que he sido desleal a...

—El historiador se quitó los lentes y los limpió con una mano temblorosa—. No es verdad. Estás tratando de asustarme.

—Oh, no, no lo hago. Korsakoff cree que sabes más de lo que dices. Está seguro de que pretendes obtener un buen precio, o, más probablemente, que has vendido la información a los venusianos.

—Pero Thorning...

—Thorning tampoco está muy seguro. Tiene que pensar en su propio pellejo. Los gobiernos terrestres no se caracterizan por su sensatez en momentos de apuro.

—Sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas—. Ullen, debe haber algo que puedas hacer. No sólo por ti..., también por la Tierra.

Ullen respiró entrecortadamente.

—Piensan que yo *vendería* mis conocimientos científicos. ¿Con este insulto me pagan mi sentido de la ética, mi integridad científica? —Su voz estaba llena de furia, y por primera vez desde que Johnnie le conocía, prorrumpió en un torrente de palabras marcianas—. Pues bien, no diré ni una palabra —concluyó—. Que me metan en la cárcel o me maten, pero este insulto no voy a olvidarlo.

La firmeza de sus ojos era inconfundible, y los hombros de Johnnie se hundieron. El terrícola no se movió al ver centellear la luz intermitente.

—Abre, Johnnie —dijo el marciano, en voz baja—. Vienen a buscarme.

Al cabo de un momento, la habitación estuvo llena de uniformes verdes. El doctor Thorning y los dos que le acompañaban eran los únicos que iban vestidos de civiles.

Ullen luchó por levantarse.

—Caballeros, no digan nada. Me han informado que creen que estoy vendiendo lo que sé... *vendiendo por dinero* —escupió las palabras—. Es algo que nunca se ha dicho de mí..., algo que no me merezco. Si lo desean, pueden encarcelarme inmediatamente, pero no diré ni una palabra más..., ni tendré ningún otro contacto con el gobierno de la Tierra.

Un oficial vestido de verde se adelantó al instante, pero el doctor Thorning le detuvo con un gesto.

—Bueno, doctor Ullen —dijo con jovialidad—, no se precipite. Sólo he venido a preguntarle si ha recordado algún hecho adicional. Cualquier cosa, no importa su insignificancia...

Hubo un silencio pétreo. Ullen se apoyó con fuerza sobre las muletas, pero permaneció erguido.

El doctor Thorning se sentó imperturbablemente encima de la mesa del historiador, y cogió el montón de páginas mecanografiadas.

—Ah, éste es el manuscrito del que me hablaba Brewster. —Lo miró con curiosidad—. Bueno, supongo que se da cuenta de que su actitud obligará al gobierno a confiscarle todo esto.

—¿Eh? —La severa expresión de Ullen se trocó en otra de consternación. Su muleta se cayó y él se derrumbó en la silla.

El físico detuvo la débil mano del otro.

—No le ponga las manos encima, doctor Ullen, yo me ocuparé de esto. —Hojeó las páginas, que crujieron—. Verá, si usted es arrestado por traición, sus escritos se convierten en subversivos.

—¡Subversivos! —La voz de Ullen era ronca—. Doctor Thorning, no sabe lo que está diciendo. Es mi..., mi gran labor —habló secamente—. Por favor, doctor Thorning, deme mi manuscrito.

El otro lo sostuvo frente a los temblorosos dedos del marciano.

—Si... —dijo.

—¡Pero no sé nada!

El sudor corría por la pálida cara del historiador. Su voz salió confusamente:

—¡Tiempo. ¡Deme tiempo! Pero déjeme pensar... y, por favor, no le haga nada al manuscrito.

Los dedos del otro se posaron con fuerza sobre el hombro de Ullen.

—Ayúdeme, porque quemaré su manuscrito dentro de cinco minutos, si...

—Espere, se lo diré. En alguna parte —no sé dónde— se decía que en el arma se empleaba un metal especial para algunos de los cables. No sé qué metal, pero el agua lo estropeaba y tenía que estar alejado de ella... también el aire. Era...

—¡Por el sagrado *Júpiter!* —gritó uno de los compañeros de Thorning—. Jefe, ¿no recuerda el trabajo de Aspartier sobre los cables de sodio en una atmósfera de argón, hace cinco años?

Los ojos del doctor Thorning trataron de recordar.

—Espere..., espere..., espere... *¡Maldita sea!* Lo teníamos delante de las narices...

—Lo sé —gritó repentinamente Ullen—. Fue en Karisto. Estaba discutiendo la caída de Gallonie y ésta era una de las causas menores —la carencia de ese metal— y después mencionó...

Hablaba a una habitación vacía, y guardó un silencio de asombrado aturdimiento durante un rato.

Y después, «¡Mi manuscrito!»». Lo recuperó de donde yacía, diseminado por el suelo, cojeando penosamente a su alrededor, alisando con cuidado todas las hojas arrugadas.

—Los muy bárbaros..., tratar de este modo el trabajo de un gran científico!

hilera, de rígidos movimientos, el Ejército Verde desfilaba por la avenida, mientras el aire se llenaba de confeti y caía sobre sus cabezas una lluvia de cinta de teleimpresor. El bramido de la multitud era apagado, silencioso.

—Ah, los muy tontos —musitó Ullen—. Estaban igual de contentos cuando empezó la guerra y hubo un desfile igual que éste... y ahora otro. ¡Qué tontería! —Volvió a cojear hacia su silla.

Johnnie le siguió.

—El gobierno da tu nombre a un nuevo museo, ¿verdad?

—Sí —fue la seca respuesta. Escudriñó inútilmente por debajo de la mesa—. El Museo de la Guerra Ullen..., y estará lleno de armas antiguas, desde los cuchillos de piedra hasta los cohetes antiaéreos. Este es el extraño sentido de la Tierra sobre la conveniencia de las cosas. ¿Dónde diablos está esa bibliografía?

—Aquí —dijo Johnnie, sacando el documento del bolsillo del chaleco de Ullen—. Vencimos gracias a tu arma, antigua para ti, así que es conveniente en cierto modo.

—¡Vencisteis! ¡Claro! Hasta que Venus se rearme, vuelva a prepararse y empiece a luchar para vengarse. Toda la historia muestra... pero no importa. Esta conversación es inútil. —Se sentó cómodamente en su sillón—. Mira, déjame que te enseñe una verdadera victoria. Déjame que te lea parte del primer volumen de mi obra. Ya sabes que está imprimiéndose.

Johnnie se echó a reír.

—Adelante, Ullen. En este momento estoy dispuesto a que me leas tus doce volúmenes completos..., palabra por palabra.

Y Ullen sonrió amablemente.

—Le iría muy bien a tu intelecto —dijo.

Ullen abrió otro cajón y removió su contenido. Lo cerró y miró malhumoradamente a su alrededor.

—Johnnie, ¿dónde he puesto aquella bibliografía? ¿La has visto?

Miró hacia la ventana.

—¡Johnnie!

Johnnie Brewster dijo:

—Espera un momento, Ullen. Aquí llegan.

Las calles eran una explosión de color. En una larga hilera, de rígidos movimientos, el Ejército Verde desfilaba por la avenida, mientras el aire se llenaba de confeti y caía sobre sus cabezas una lluvia de cinta de teleimpresor. El bramido de la multitud era apagado, silencioso.

—Ah, los muy tontos —musitó Ullen—. Estaban igual de contentos cuando empezó la guerra y hubo un desfile igual que éste... y ahora otro. ¡Qué tontería! —Volvió a cojear hacia su silla.

Johnnie le siguió.

—El gobierno da tu nombre a un nuevo museo, ¿verdad?

—Sí —fue la seca respuesta. Escudriñó inútilmente por debajo de la mesa—. El Museo de la Guerra Ullen..., y estará lleno de armas antiguas, desde los cuchillos

de piedra hasta los cohetes antiaéreos. Este es el extraño sentido de la Tierra sobre la conveniencia de las cosas, ¿Dónde diablos está esa bibliografía?

—Aquí —dijo Johnnie, sacando el documento del bolsillo del chaleco de Ullen—. Vencimos gracias a tu arma, antigua para ti, así que es conveniente en cierto modo.

—¡Vencisteis! ¡Claro! Hasta que Venus se rearme, vuelva a prepararse y empiece a luchar para vengarse. Toda la historia muestra... pero no importa. Esta conversación es inútil. —Se sentó cómodamente en su sillón—. Mira, déjame que te enseñe una verdadera victoria. Déjame que te lea parte del primer volumen de mi obra. Ya sabes que está imprimiéndose.

Johnnie se echó a reír.

—Adelante, Ullen. En este momento estoy dispuesto a que me leas tus doce volúmenes completos..., palabra por palabra.

Y Ullen sonrió amablemente.

—Le iría muy bien a tu intelecto —dijo.

Se habrán fijado en que Historia menciona el final de Hitler. Se escribió a principios de septiembre de 1940, cuando Hitler parecía estar en la cima de su éxito. Francia había sido derrotada y ocupada, y Gran Bretaña estaba acorralada y no parecía posible que sobreviviera. Pero yo no abrigaba ninguna duda sobre su derrota final.

Sin embargo, no me imaginé que su vida terminara en suicidio. Creí que, como Napoleón y el Kaiser, acabarla su vida en el exilio. Madagascar fue el lugar que escogí.

También mencioné en el retrato «las minúsculas "gotas de la muerte", las muy divulgadas bombas radiactivas que silenciosa e inexorablemente -formaban un cráter de cinco metros de profundidad dondequiera que cayeran».

Cuando escribí el relato, se había descubierto y anunciado la -fisión del uranio. No obstante, yo aún no había oído hablar de ella y no sabía que la realidad estaba a punto de sobrepasar mi apreciada imaginación.

El 23 de octubre de 1940 visité a Campbell y le esboqué otro relato de ciencia-ficción que quería escribir y que pensaba titular Reason. Campbell se entusiasmó en extremo. Me costó muchas fatigas escribirlo y tuve que empezarlo de nuevo varias veces, pero con el tiempo quedó terminado, y el 18 de noviembre lo presenté a John. El día 22 lo aceptó, y el relato apareció en el número de abril de 1941 de la revista Astounding.

Era la tercera narración mía que aceptaba, y la primera en que no pedía una revisión. (La verdad es que me dijo que le había gustado tanto que casi había decidido darme una gratificación.)

Con Reason la serie Robot positrónico conquistó el mercado, y en ella aparecieron los dos personajes más logrados creados por mí hasta el momento: Gregory Powell y Mike Donovan, que eran unas reproducciones mejoradas de Turner y Snead de Un anillo alrededor del Sol. En su momento, Reason y otros de la serie que vendrían luego (junto con Robbie, que Campbell había rechazado), aparecerían en Yo, robot.

El éxito de Reason no significaba que en lo sucesivo Campbell ya no hubiera de rechazarme nada.

El 6 de diciembre de 1940, influido por la estación, y pensando continuamente que un cuento de Navidad no se podía vender más allá de julio, para poder salir en el número de diciembre, empecé Navidad en Ganímedes. Se lo presenté el día 23, pero la temporada de vacaciones no influyó en su criterio. Y lo rechazó.

Luego probé con Pohl y, como me sucedía tan a menudo aquel año, éste lo aceptó. Sin embargo, y por razones que explicaré más tarde, en este caso la aceptación cayó en el vacío. Posteriormente, lo vendí (el 27 de junio de 1941, o sea, en la época apropiada del año) a Startling Stories, la joven revista, hermana de Thrilling Wonder Stories.

Navidad en Ganímedes

Olaf Johnson se distraía canturreando con acento nasal y contemplaba el majestuoso abeto del ángulo de la biblioteca con una expresión soñadora en la porcelana azul de sus ojos. Aunque la biblioteca era la habitación más espaciosa de la Cúpula. Olaf no consideraba que le sobrase ni un palmo de terreno en aquella ocasión. Entusiasmado, hundió la mano en la enorme canasta que tenía al lado y sacó el primer rollo de papel rugoso encarnado y verde.

No se había detenido a indagar cuál había sido el impulso sentimental que impulsó a la Compañía Ganimediana a enviar una colección completa de adornos de Navidad a la Cúpula. Olaf era hombre de temperamento plácido; realizaba la tarea que se había impuesto él mismo de decorador navideño en jefe y estaba contento de su suerte.

De pronto, frunció el ceño y masculló una maldición. La luz indicadora de Asamblea General se encendía y apagaba con ritmo histérico. Con aire ofendido, Olaf dejó el martillo que acababa de empuñar y el rollo de papel plisado; se limpió el cabello de confeti y se dirigió hacia las dependencias de los oficiales.

Cuando Olaf entraba, el comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el mullido sillón que presidía la mesa. Sus rechonchos dedos tamborileaban, sin ritmo alguno, en el cristal que la cubría. Olaf sostuvo la mirada furiosa e inflamada del comandante sin ningún temor, puesto que en el transcurso de veinte revoluciones ganimedianas no se había producido la menor anomalía en su departamento.

La habitación se llenaba rápidamente de hombres, y los ojos de Pelham se endurecían a medida que iban contando caras en una mirada circular.

—Ya estamos todos. ¡Señores, nos encontramos ante una crisis! .

Se produjo una vaga agitación. Los ojos de Olaf buscaron el techo, y su ánimo se relajó. La Cúpula sufría el impacto de una crisis en cada revolución del astro, por término medio. Habitualmente, se resolvían en un repentino aumento del cupo de oxita que había que recoger, o versaban sobre la mala calidad de la última recolección de hojas de karen. Sin embargo, las palabras que escuchó a continuación le pusieron tenso.

—Con respecto a la crisis, tengo que hacer una pregunta. —Cuando estaba enfadado, Pelham poseía una voz de barítono profundo, dotada de una estridencia desagradable—. ¿Qué camorrista imbécil les ha contado cuentos de hadas a esos malditos estrucitos?

Olaf carraspeó nervioso, con lo cual se convirtió en el Centro de la atención general.

—Yo..., yo... —balbució; e inmediatamente quedó en silencio. Movía los largos dedos en un gesto desconcertado, como pidiendo auxilio—. Quiero decir que yo estuve ayer allá, después de los últimos..., los últimos... suministros de hojas, debido a que los estrucitos se retrasaban y...

La voz de Pelham adquirió una dulzura engañosa. Pelham sonreía.

—¿Les hablaste a esos indígenas de Papá Noel, Olaf? Su sonrisa tenía un singular parecido con una mueca de lobo; Olaf se derrumbó. Contestó afirmativamente con un gesto convulsivo.

—¿Ah, sí, les hablaste? ¡Vaya, vaya, les contaste lo de Papá Noel! Que viene en un trineo, cruzando el aire, tirado por ocho renos, ¿eh?

—Bueno..., pues... ¿y no es así? —inquirió Olaf, apabullado.

—Y les dibujaste los renos, para asegurarte bien de que no pudieran confundirse. Además, el hombre lleva una larga barba y un traje encarnado con ribetes blancos.

—Sí, es cierto —respondió Olaf con semblante desconcertado.

—Y trae un gran saco, lleno a rebosar de regalos para los niños y las niñas que han sido buenecitos, y desciende por las chimeneas y mete regalos dentro de los calcetines.

—Claro.

—Y también les contaste que está a punto de llegar. ¿verdad? Una revolución más, y nos visitará.

Olaf sonrió apagadamente.

—Sí, comandante, quería decírselo a usted. Voy a arreglar el árbol y...

—¡Cállate! —el comandante respiraba con fuerza, produciendo un sonido sibilante—. ¿Sabes qué se les ha ocurrido a esos estrucitos?

—No, comandante.

Pelham se inclinó sobre la mesa, en dirección a Olaf, y gritó:

—¡Quieren que Papá Noel vaya a verles, a ellos!

Alguien soltó una carcajada, que trocó inmediatamente en una tos asfixiante ante la furiosa mirada del jefe.

—¡Y si Papá Noel no los visita, los estrucitos abandonarán el trabajo! —Y repitió—: ¡No trabajarán... se declararán en huelga!

Después de estas palabras, se terminaron las risas, sofocadas o no, Si en el grupo surgió más de un solo pensamiento, no se manifestó en nada. Olaf tradujo en palabras este pensamiento único:

—Pero ¿y el cupo?

—Eso es, ¿y el cupo? —gruñó Pelham—. ¿Necesitan ustedes que les pinte el cuadro? Ganymedan Products ha de reunir todos los años cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita, si no quieren perder la franquicia. Supongo que no hay nadie entre nosotros que lo ignore. Y se da el caso de que el año terrestre actual termina después de dos revoluciones ganimedianas, y en estos momentos llevamos un retraso del cincuenta por ciento.

Hubo un silencio absoluto, horrorizado.

—Y ahora los estrucitos no quieren trabajar, si no los visita Papá Noel. Si no se trabaja, adiós cupo, adiós franquicia ¡adiós empleos! Empapaos de ello, semi—idiotas. Hizo una pausa, miró a Olaf de hito en hito y añadió:

—A menos que en la próxima revolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Papá Noel. ¡Y por todas las manchas de los anillos de Saturno, vamos a procurarnos eso precisamente, un Papá Noel!

Diez semblantes adquirieron una lividez espectral.

—¿Ha pensado en alguno, comandante? —preguntó alguien con una voz que en sus tres cuartas partes era un graznido.

—Si, lo cierto es que lo he pensado.

Y se repantigó en el sillón. Olaf Johnson empezó a sudar súbitamente. Tenía los ojos clavados en la punta de un índice que le señalaba.

—¡Oh, comandante! —murmuró con voz trémula. Pero el índice implacable no se movió.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última remesa de hojas de karen y proyectó una mirada esperanzada por encima de los lentes.

—¿Qué? —preguntó.

Pelham levantó los hombros.

—Les he prometido su Papá Noel. ¿Qué otra cosa podía hacer? Además, les he duplicado la ración de azúcar, de modo que han vuelto al trabajo... de momento.

—Quiere decir hasta que el Papá Noel que les prometimos no aparezca. —Pierce dio énfasis a la frase alisando una hoja de karen, muy larga, y pasándosela por delante del rostro al comandante—. Es lo más necio que he escuchado en mi vida. Es un imposible. ¡Papá Noel no existe!

—Pruebe de explicárselo a los estrucitos. —Pelham se desplomó en una silla y su expresión se volvió pétrea y desabrida—. ¿Qué está haciendo Benson?

—¿Se refiere al trineo volador que, según ha dicho, es capaz de armar? —Pierce levantaba una hoja hacia la luz y la miraba con ojo crítico—. Si me lo pregunta, le diré que está chiflado. Esta mañana el viejo cuervo ha bajado al subterráneo y todavía no ha salido de allí. Lo único que sé es que ha destrozado el electrodisociador de recambio. Si le pasa algo al normal, nos quedamos sin oxígeno, ni más ni menos.

—Bueno —Pelham se levantó pesadamente—, yo, por mi parte, deseo que nos asfixiemos de verdad. Sería una manera cómoda de salir de este lío. Voy a bajar.

Salió con paso fatigado y dando un fuerte portazo.

En el subterráneo paseó una mirada a su alrededor, desconcertado.

—¡Eh, Benson! —llamó Pelham.

De debajo del trineo emergió una cara sucia, surcada de chorrillos de sudor, mientras una bocanada de jugo de tabaco salía disparada hacia la omnipresente escupidera del aludido.

—¿Por qué grita de ese modo? —se quejó Benson—. Este es un trabajo delicado.

—¿Qué diablos representa ese estrambótico aparato? —inquirió Pelham.

—Un trineo volador. Ha sido una idea mía —En los ojos llorosos de Benson brillaba el entusiasmo; el bocado de tabaco se desplazó de una mejilla a la otra—.

El trineo lo trajeron en los primeros tiempos —siguió diciendo—, cuando creían que Ganímedes estaba cubierta de nieve, como los otros satélites de Júpiter. Todo lo que tengo que hacer es adaptarle debajo unos cuantos gravorrepulsores del disociador y, así, cuando se dé la corriente, el trineo quedará sin peso. Unos reactores de aire comprimido harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior con aire dubitativo.

—¿Resultará?

—Claro que sí. Muchísima gente ha pensado en utilizar repulsores para los viajes aéreos; pero resultan ineficaces, especialmente en campos gravitatorios considerables. Aquí, en Ganímedes, con un campo de gravedad de un tercio de g y una atmósfera tenue, basta un niño podría propulsarlo.

—De acuerdo, pues. Mira aquí. Tenemos montones de esta madera violeta indígena, llama a Charlie Finn y dile que coloque el trineo sobre una plataforma de esa madera. Cuidará de que sobresalga por la parte delantera unos seis metros o más, y en la parte saliente deberá haber una barandilla.

—¿Qué se propone, comandante?

Las carcajadas de Pelham sonaban como ladridos breves, roncós.

—Esos estrucitos esperan renos, y renos van a tener. Pero los animales tendrán que apoyarse sobre algo, ¿no te parece?

—Sin duda... Pero ¡espere, alto ahí! En Ganímedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya salía, se detuvo. Los ojos se le empequeñecieron ominosamente, como solía suceder cuando se acordaba de Olaf Johnson.

—Olaf ha salido a coger ocho lomospinosos. Tienen cuatro patas, una cabeza en una punta y una cola en la otra. El parecido es suficiente para los estrucitos.

El viejo ingeniero meditó esta información y soltó una risita malévolá.

—¡Estupendo! Deseo que el maldito imbécil se divierta de veras con esa tarea.

—Yo también —rechinó Pelham.

Y salió con paso majestuoso mientras Benson, todavía riendo, volvía a deslizarse bajo el trineo.

La descripción que el comandante había hecho de un lomoespinoso era concisa y exacta, aunque omitía varios detalles interesantes. En primer lugar, un lomoespinoso tiene el hocico largo y móvil, dos orejas grandes que se balancean suavemente hacia delante y hacia atrás, y dos ojos violeta muy vivos. Los machos poseen a lo largo de la columna vertebral unas espinas plegables de un color carmesí fuerte que parecen embelesar a la hembra de la especie. Combinen estos factores con una cola musculosa y cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre, y tendrán un lomoespinoso... o, al menos, lo tendrán si logran cazar alguno.

Una idea similar fue la que se le ocurrió a Olaf Johnson mientras descendía sigilosamente de la eminencia rocosa para acercarse a un rebaño de veinticinco lomospinosos que merodeaban por los escasos y ásperos arbustillos. Los lomospinosos más cercanos levantaron la vista para contemplar la grotesca figura de Olaf, cubierto de pieles y con la mascarilla de oxígeno, que se aproximaba. Sin embargo, como los lomospinosos no tienen enemigos naturales, se limitaban a contemplar aquella figura con lánguidos ojos de desagrado y pronto volvieron a ocuparse de su reseco pero nutritivo manjar.

Olaf tenía únicamente unas ideas muy someras de cómo cobrar piezas mayores. Así pues, hurgó en el bolsillo en busca de un terrón de azúcar, se lo puso en la palma de la mano y lo ofreció diciendo:

—¡Toma, bonito, bonito, bonito! Las orejas del animal más próximo se doblaron en expresión de enojo. Olaf se acercó más y volvió a ofrecer el terrón.

—¡Ven, bonito! ¡Ven, bonito! El lomospinoso divisó el azúcar, y los ojos le bailaron. El morro se le contrajo, mientras escupía el último bocado de vegetación y se aproximaba. Estirando mucho el cuello, olisqueó. Después, mediante un movimiento rápido y experto, golpeó la extendida mano con el hocico y se metió el azúcar en la boca. La otra mano de Olaf descendió rauda... sobre el vacío.

Con aire ofendido, el hombre ofreció otro terrón. —¡Aquí, Príncipe—! ¡Aquí, Fido—!

El animal hizo salir de la profundidad de su garganta un sonido bajo, trémulo. Era, sin duda, de placer. Evidentemente, aquel monstruo extraño que tenía delante había perdido el seso y se proponía regalarle eternamente con aquellos terrones de succulencia concentrada. Pegó el tirón y retrocedió con la misma presteza de la primera vez. Pero como Olaf agarraba firme, ahora, poco le faltó para que el lomospinoso se llevara al mismo tiempo la mitad de un dedo.

El alarido que soltó Olaf carecía de la despreocupación necesaria en tales ocasiones. De todos modos, un mordisco que se siente a través de unos guantes recios, ¡es un señor mordisco!

Olaf avanzó resueltamente hacia la bestia. Hay cosas que encienden la sangre a un Jhonson y despiertan en su ser el antiguo espíritu de los vikingos. Una de ellas es la de que a uno le muerda el dedo un animal no terrícola.

Mientras retrocedía lentamente, había en los ojos del lomospinoso una mirada indecisa. Ya no le ofrecían más terroncitos blancos, y no sabía qué iba a suceder luego. La incertidumbre se despejó mucho más pronto de lo que se figuraba, cuando dos enguantadas manos descendieron hacia sus orejas y tiraron. El animal emitió una especie de ladrido agudo y se lanzó a la carga.

Un lomospinoso tiene su dignidad. No le gusta que le tiren de las orejas, y mucho menos cuando otros de su especie, entre los cuales figuran varias hembras sin compromiso, han formado corro y están mirando.

El terrícola cayó de espaldas y permaneció un rato en esta postura. Entretanto, el lomospinoso retrocedió unos pasos con aire caballeresco, permitiendo que Johnson se pusiera en pie.

A Olaf, la antigua sangre vikinga se le encendió todavía más. Después de frotarse el punto magullado por el cilindro de oxígeno al chocar contra el suelo, dio un salto, olvidándose de tomar en consideración la gravedad ganimediana. Con lo cual voló metro y medio por encima del lomo del animalito.

En los ojos del lomospinoso brillaba una espantada admiración mientras contemplaban a Olaf; era, en efecto, un salto majestuoso. Aunque también había cierta extrañeza en su mirada. La maniobra parecía baladí, sin objetivo.

Olaf volvió a caer de espaldas, con el cilindro en el mismo sitio. Empezaba a sentirse un poco incómodo. Del círculo de espectadores se elevaban unos sonos muy parecidos a risitas burlonas.

—¡Podéis reiros! —musitó con amargura—. Todavía no he empezado a luchar.

Luego se acercó al lomospinoso pausada, cautelosamente. Describió un círculo, buscando el momento oportuno. El animal le imitó. Olaf lanzó una finta, y el lomospinoso le esquivó. A continuación el bicho se encabritó para el ataque, y entonces fue Olaf quien tuvo que esquivarle.

Al ingeniero se le ocurrían continuamente nuevas palabrotas feas. El ¡U—r—r—r—r!, ronco que salía de la garganta del lomospinoso parecía completamente despojado del espíritu fraternal que se suele asociar con la Navidad.

De pronto se percibió un sonido sibilante. Olaf sintió que algo chocaba contra su cráneo, detrás de la oreja izquierda. Esta vez dio un salto mortal de espaldas y aterrizó sobre la nuca. Los espectadores relincharon a coro, y el lomospinoso movió la cola triunfalmente.

Olaf se desprendió de la impresión de estar flotando por un espacio ilimitado y tachonado de estrellas y se puso en pie tambaleando.

—¡Oye —protestó—, eso de utilizar la cola es jugar sucio!

Y como la cola en cuestión se disparaba hacia delante una vez más, él retrocedió de un salto y enseguida se lanzó en plancha contra las piernas del animal. Al cogerlas, advirtió que el lomospinoso se caía de espaldas con un ladrido indignado.

Ahora se trataba ya de un problema de músculos terrícolas contra músculos ganimedianos, y Olaf se convirtió en un hombre con la fuerza de un bruto. Después se levantó con dificultad, y el lomospinoso se halló descansando sobre los hombros de aquel extraño.

Los otros lomospinosos dejaron paso al terrícola con semblantes tristes. Evidentemente, eran buenos amigos del cautivo y les disgustaba haberle visto perder la pelea. Así pues, retornaron a su ramoneo con filosófica resignación, claramente convencidos de que el destino lo había dispuesto de aquel modo.

Unas horas después, cuando había acorralado ya al octavo lomospinoso, estaba en posesión de una técnica adquirida mediante una larga práctica, y habría podido dar muchas indicaciones a un cow—boy terrestre sobre la manera de tumbar una ternera fugitiva. También habría podido dar lecciones a un descargador de puerto sobre el arte de soltar juramentos, sencillos o complicados.

Era Nochebuena, y por toda la Cúpula ganimediana imperaban un ruido ensordecedor y una loca excitación, como una Nova que estallara, equipada para el sonido. Alrededor del herrumbroso trineo, montado en la gran plataforma de madera roja, cinco terrestres libraban una batalla encarnizada con un lomospinoso.

El animal tenía opiniones concretas sobre la mayoría de las cosas, y una de sus convicciones más arraigadas y claras era la de que jamás iría adonde no quisiera ir. Así lo expresaba palmariamente disparando la cabeza, la cola, tres espinas y cuatro patas en todas las direcciones posibles y con toda la fuerza de que disponía.

Pero los terrestres insistían, y no con mucha ternura. A pesar de los ruidosos y angustiados chillidos, el lomo espinoso fue izado a la plataforma, situado en su puesto y sujetado con unos arneses hasta dejarle perfectamente impotente.

—¡Muy bien! —gritó Peter Benson—. Traed la botella. Sujetando el morro del animal con una mano, le metió la botella debajo con la otra. El lomospinoso se estremeció ansioso y lanzó un trémulo gemido. Benson le echó al gaznate unos chorros de líquido. Se oyó el ruido de la deglución, y luego un relinchito de gusto. El animal estiraba el cuello pidiendo más.

—Nuestro mejor brandy, precisamente — suspiró Benson, retirando la botella y poniéndola vertical. Había quedado medio vacía.

—¡Traed el siguiente! —chilló Benson. Al cabo de una hora, los ocho lomospinosos eran otras tantas estatuas catalépticas. Entretanto, los terrestres les ataban ramas bifurcadas a las cabezas. Resultaba un remedo tosco y sólo aproximado, pero serviría.

Cuando Benson iba a preguntar dónde estaba Olaf Jonson, este digno caballero apareció, traído en vilo por tres camaradas, luchando con tanto denuedo como cualquiera de los lomospinosos. Aunque sus gritos de protesta resultaban perfectamente articulados.

—¡No iré a ninguna parte con este traje! —rugía, clavando la mirada en el ojo más cercano—. ¿Me oyen?

Llevaba el traje convencional de Papá Noel. Lucía unas prendas tan encarnadas como se había podido lograr cosiendo papel—tela rojo sobre su chaqueta espacial. El armiño era blanco como algodón en rama, precisamente porque era eso. La barba, más algodón en rama pegado sobre una base de tela que

colgaba holgadamente de sus orejas. Con este adorno debajo y la máscara de oxígeno encima, hasta los más esforzados tenían que apartar la vista.

Nadie había puesto a Olaf ante un espejo. Pero entre lo que veía de su propia persona y lo que le susurraba el instinto, habría saludado a una inflamada centella como a una hermana.

A fuerza de empujones, le subieron al trineo. Muchos se prestaron a ayudar, hasta conseguir que el pobre Olaf no fuera sino un retorcimiento apresado y una voz sofocada.

—Soltadme —decía con palabra confusa—. Soltad me y venir uno por uno. ¡A ver si os atrevéis!

Y trató de esgrimir un poco los puños para hacer resaltar su osadía. Pero la multitud de manos que lo sujetaban le dejaba incapacitado para mover ni un solo dedo.

—¡Adentro! —ordenó Benson.

—¡Váyase al diablo! —jadeó Olaf—. No voy a meterme por ningún patentado atajo hacia el suicidio; de modo que ya se puede mueva su maldito trineo volador Y...

—Escucha —le interrumpió Benson—. El comandante Pelham te está esperando al final del trayecto, y si no te presentas allá antes de media hora, te despellejará vivo.

—El comandante Pelham se puede llevar el maldito trineo y...

—¡Entonces, piensa en tu empleo! Piensa en tus ciento cincuenta semanales. Piensa que de cada dos años, tienes uno de vacaciones con el sueldo íntegro. Acuérdate de Hilda, allá en la Tierra, y piensa que si no tienes empleo, no se casará contigo. ¡Piensa en todo eso!

Johnson pensó, y restañó los dientes. Pensó un poco más, subió al trineo, ató bien el saco y puso en marcha los gravorrepulsores. Después, con una maldición horrible, abrió el retropropulsor.

El trineo partió disparado y él se agarró para no caer hacia atrás y saltar fuera del vehículo, de lo que se libró por muy poco. En lo sucesivo, se cogía a los costados, viendo cómo los montes de su entorno subían y bajaban a cada movimiento del inestable trineo.

Al levantarse el viento, las ondulaciones todavía se acusaron más, y cuando Júpiter asomó en el firmamento, su luz amarilla destacó todos los cortes y grietas del suelo, hacia cada uno de los cuales, sucesivamente, parecía dirigirse el trineo. En el momento en que el planeta gigante hubo emergido por completo sobre el horizonte, los lomospinosos empezaron a librarse del calamitoso efecto de la bebida, que desaparece de los organismos ganimedianos con la misma rapidez con que se apodera de ellos.

El primero en volver en sí fue el lomospinoso de más atrás. El animalito advirtió el sabor que le quedaba en la boca, hizo una mueca de disgusto y renunció definitivamente a la bebida. Tomada esta resolución, se fijó bien, con gesto lánguido, en el entorno en que se hallaba. Al principio no se sorprendió. Pero después, poco a poco, alboreó en su conciencia el hecho de que la base sobre la que se sostenía, fuese cual fuere, no era el estable suelo habitual del sólido Ganimedes. Esta nueva base se levantaba e inclinaba, lo cual se le antojó muy inusitado.

Su angustioso chillido de horror y desesperación hizo recobrar el seso a sus demás congéneres, aunque fueran unos sesos un tanto doloridos. Durante un rato

se trabó una confusa conversación de enmarañados graznidos, mientras los pobres animales trataban de expulsar el dolor fuera de sus cabezas e introducir en ellas la realidad que estaban viviendo. Logrados ambos objetivos, se organizó una estampida. Más bien un conato de estampida, porque los lomospinosos estaban sólidamente atados, y descartando la posibilidad de llegar a ninguna parte, realizaban todos los movimientos a galope tendido, y el trineo se desbocó.

Olaf se mesó la barba un segundo, antes de que se le desprendiera de las orejas.

—¡Eh! —gritaba. Era lo mismo que decirle ¡Tate! ¡Tate! a un huracán.

El trineo se encabritaba, daba saltos de carnero y bailaba un tango histérico. Se lanzaba en arranques repentinos, como si tuviera ganas de aplastar sus sesos de madera contra la corteza de Ganimedes. Entretanto, Olaf rezaba, blasfemaba lloraba y ponía en marcha todos los chorros de aire comprimido a la vez.

Ganimedes giraba furiosamente; Júpiter era una mancha loca. Quizá fuera el espectáculo de Júpiter bailando de aquel modo lo que tranquilizó a los lomospinosos. O acaso fuese que ya nada les importaba un comino. Pero, por un motivo u otro, se quedaron quietos, se dirigieron altisonantes discursos de despedida unos a otros, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó, y Olaf recobró el aliento. Sólo para perderlo de nuevo al contemplar el curioso espectáculo de los montes y el suelo firme arriba, y un firmamento oscuro y un Júpiter dilatado allá abajo.

En este momento fue cuando, a su vez, también él se puso en paz con el Eterno, y aguardó el fin.

Estrucito es la abreviación del diminutivo de avestruz, que es lo que parecen los ganimedianos, exceptuando que tienen el cuello más corto, la cabeza más grande y las plumas se diría que están a punto de salirseles de la piel.

Cincuenta de ellos se hallaban en el edificio bajo de madera púrpura que les servía de sala de reuniones—.

En la plataforma de tierra de la parte delantera del local —oscurecido por las encendidas antorchas de madera púrpura, que, además de humo desprendían un olor fétido— estaban sentados el comandante Scott Pelham, y cinco de sus hombres. Delante de ellos se pavoneaba el estrucito más desaliñado de todos, hinchando el enorme pecho con sonido rítmico, estentóreo.

El estrucito se detuvo un momento para señalar un orificio irregular practicado en el techo.

—¡Mirad! —graznó—. Chimenea. Hicimos nosotros. Papanel entra. —(No sería preciso explicar que Papanel era su manera de pronunciar Papá Noel.)

Pelham emitió un inarticulado sonido de aprobación. El estrucito soltó una risita dichosa, señalando los saquitos de hierba tejida que colgaban de las paredes. Y siempre con su habla defectuosa que no sabríamos reproducir exactamente, continuó:

—¡Mirad! Medias. ¡Papanel pone regalos!

—Sí —exclamó Pelham sin el menor entusiasmo—. Chimenea y medias. Muy bonito —hablaba por el ángulo de la boca, dirigiéndose a Sim Pierce, sentado a su lado—. Media hora más en este sumidero me mataría. ¿Cuándo llegará ese tonto?

Pierce se revolvía inquieto.

—Mire —dijo—. Yo hice unos cálculos. Estamos a salvo en todo, excepto en hojas de karen; todavía nos faltan cuatro toneladas más. Si podemos terminar esta

neicia aventura antes de una hora, y que el próximo turno empiece y les sacamos doble rendimiento a los estrucitos, acaso llenemos el cupo.

—Poco más o menos —respondió Pelham malhumorado—. Eso si Johnson llega sin armar nuevos jaleos.

El estrucito hablaba de nuevo. Porque a los estrucitos les gusta mucho hablar. Decía con aquel lenguaje suyo tan deficiente:

—Navidad llega todos los años. Navidad bonito, todo el mundo amigo. A estrucito le gusta Navidad. ¿A vosotros os gusta Navidad?

—Sí, estupendo —Pelham enseñaba los dientes en una mueca cortés—. Paz en Ganímedes, buena voluntad para todos los hombres especialmente para Jhonson, y de paso. ¿dónde diablos estará el muy idiota?

El comandante era presa de una enojada agitación, mientras el estrucito daba saltos con aire muy sensato, evidentemente sólo por el gusto de ejercitarse. Y así continuó, alternando los brincos con unos pasitos de danza, hasta que Pelham dio muestras de querer estrangular a alguien. Sólo un graznido procedente del agujero de la pared, dignificado Con el nombre de ventana, salvó a Pelham de cometer un estruciticidio.

Los estrucitos se revolvían y apiñaban, y los terrícolas pugnaban por ver.

Sobre el gran disco amarillo de Júpiter se recortaba la silueta de un trineo volador, con sus renos correspondientes. Todavía se veía muy pequeño, pero no cabía duda: Papá Noel estaba llegando.

Una sola irregularidad se apreciaba en el cuadro: trineo, renos y todo lo demás, descendiendo a una velocidad aterradora, volaban cabeza abajo.

Los estrucitos se derretían en una cacofonía de graznidos.

—iPapanel! iPapanel! iPapanel!

Y saltaban por la ventana como una colección de plumeros quita polvos dotados de vida... y enloquecidos. Pelham y sus hombres utilizaron la baja puerta.

Pelham gritaba furioso, incoherentemente, asfixiándose en la enrarecida atmósfera cada vez que se olvidaba de respirar por la nariz. Luego se interrumpió y se quedó mirando con ojos horrorizados. El trineo, ya casi de tamaño natural ahora, caía en vertical. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell no habría apuntado más exactamente al entrecejo del comandante. Este gritó:

—iCuerpo a tierra, todos! —echándose al suelo. El viento del paso del trineo producía un silbido agudo y le azotaba el rostro. Por un instante, se escuchó la voz de Olaf, estridente e ininteligible. Los chorros de aire comprimido dejaban estelas de vapor de agua, que se condensaban.

Pelham yacía estremecido, abrazando la helada corteza de Ganímedes. Luego se levantó despacio sus rodillas temblaban como las de una muchacha hawaiana bailando el hula—hula. Los estrucitos, que se habían dispersado ante el vehículo en descenso, volvieron a reunirse. Allá a lo lejos, el trineo viraba hacia ellos.

Dentro del trineo, Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas muy separadas, cargaba su peso alternativamente sobre ellas. Sudando y maldiciendo, esforzándose en no mirar <<abajo>> a Júpiter, conseguía que el aparato se columpiara de un modo cada vez más loco. Ahora describía un ángulo de 180 grados, y Olaf notaba que su estómago protestaba enérgicamente.

Aguantando la respiración, hundió con fuerza el pie derecho y notó que el trineo se balanceaba mucho más. Cuando alcanzó el punto más alto, cerró el

gravorrepulsor y, en la débil gravedad de Ganímedes, el trineo descendió con una sacudida. Debido al gravorrepulsor de metal, el trineo tenía el peso mayor en el fondo, lo cual hizo que, al caer, se pusiera cabeza arriba.

Aunque eso no significó un gran alivio para el comandante Pelham, que se encontró de nuevo en la misma trayectoria del vehículo.

—¡A tierra! —chilló, tendiéndose otra vez.

El trineo pasó por encima con un iuuii—isssh agudo; fue a chocar con una piedra enorme, emitiendo un fuerte crack; saltó unos ocho metros por el aire; descendió luego con un Tuussh y un bang, y Olaf saltó por encima de la barandilla, fuera del vehículo.

Papá Noel había llegado.

Con una inspiración profunda y estremecida. Olaf se echó el saco al hombro, se colocó bien la barba y dio una palmadita en la cabeza a uno de los pobres lomos pinosos, que sufrían en silencio. Era posible que la muerte estuviese en puertas (lo cierto es que Olaf casi la deseaba), pero él moriría noblemente, de pie, como un Johnson.

Dentro del barracón, en el que se habían apiñado una vez más los estrucitos, un pum anunció la llegada del saco sobre el tejado, y un segundo pum la de Papá Noel en persona. En el improvisado agujero del techo apareció el fantasma de un rostro, que chilló:

—¡Feliz Navidad! —y rodó al suelo.

Olaf aterrizó sobre los cilindros de oxígeno, como de costumbre, y volvió a colocárselos en el sitio habitual.

Los estrucitos saltaban de acá para allá como pelotas de goma, por el prurito de la curiosidad.

Cojeando notablemente, Olaf se acercó a la primera media y depositó en ella la pintarrajeada esfera que había extraído del saco, una de las muchas destinadas en principio a adornar un árbol de navidad. Después, una tras otra, fue depositando las demás en las medias que encontró preparadas.

Terminado el trabajo, se dejó caer en cuclillas, agotado, y en esa posición siguió las ceremonias subsiguientes con ojo vidrioso. El alborozo y el buen humor que hace retemblar los vientres, característicos y tradicionales, faltaban por completo en la presente celebración.

Aunque los estrucitos compensaban semejante falta con sus éxtasis desenfrenados. Hasta que Olaf hubo depositado el último globito, permanecieron quietos en sus asientos. Pero cuando hubo terminado, el aire se hinchó y estremeció con las tensiones de los alaridos discordantes en que prorrumpieron. Al cabo de medio segundo, cada estrucito tenía su globo en la mano.

El estrucito más desaliñado se acercó al comandante Pelham y le tiró de la manga.

—Papanel, bueno —cacareó—. ¡Mira, deja huevos! —Fijó en su esferita una mirada reverente, y añadió siempre en su jerga semincomprensible: Más bonitos que los huevos de estrucito. Deben de ser huevos de Papanel, ¿eh?

Y clavó un dedo pellejoso en el estómago de Pelham. —¡No! —chilló el comandante—. ¡No, diablos, no!

Pero el estrucito no le escuchaba. Hundió profundamente el globo en el cálido refugio de sus plumas y dijo:

—Bonitos colores. ¿Cuánto tardan los Papanel en salir? ¿y qué comen los pollitos de Papanel? —luego levantó la vista—. Los cuidaremos bien. Enseñaremos a los pequeñitos Papanel y los haremos listos y llenos de cerebro como buenos estrucitos.

Pierce cogió al comandante Pelham por el brazo. —No discuta con ellos —le susurró con vehemencia—. ¿Qué le importa a usted si creen que eso son huevos de Papá Noel? ¡Venga! Si trabajamos como locos, todavía podemos llenar el cupo. Empecemos.

—Es cierto —reconoció Pelham. Y, volviéndose hacia el estrucito, añadió: Diles a todos que se pongan en marcha —gritando fuerte y claro, les dijo—: Ahora, trabajad. ¿Comprendéis? ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vamos!

Y hacia el ademán con ambos brazos. Pero el estrucito desaseado se había parado repentinamente, y decía con gran calma:

—Nosotros trabajamos, pero Johnson dice que Navidad llega todos los años.

—¿No te basta con una sola Navidad? —regañó Pelham.

—¡No! —graznó el estrucito—. Nosotros queremos Papanel todos los años. El año que viene, más huevos, y el otro año, y el otro año, y el otro. Más huevos. Más huevos de Papanel. Si Papanel no viene, no trabajamos.

—Falta mucho tiempo todavía —dijo Pelham—. Por entonces discutiremos la cuestión. Por aquellas fechas, o yo ya estaré loco de remate, o vosotros habréis olvidado todo esto.

Pierce abrió la boca, la cerró; la abrió de nuevo, la volvió a cerrar, la abrió una vez más, y por fin logró sacar las palabras:

—Quieren que venga todos los años, comandante. —Lo sé. Pero el año próximo ya no se acordarán.

—No lo comprende. Para ellos, un año es una vuelta de Ganímedes alrededor de Júpiter. Medida según el tiempo terrestre, son siete días y tres horas. Quieren que Papá Noel venga todas las semanas.

—¡Todas las semanas! —Pelham se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Johnson les dijo...?

Por un momento, todo se convirtió en un centelleo de saltos mortales ante sus ojos. Se le cortaba la respiración; automáticamente, su mirada buscó a Olaf.

Este sintió un frío que se le filtraba hasta la médula de los huesos. Se levantó con aprensión y se escabulló hacia la salida. Ya en la puerta, se detuvo; le había venido súbitamente a las mientes lo que ordena la tradición. Con la barba colgándole y con voz de rana, canturreo:

—¡Felices Navidades a todos; buenas noches a todo el mundo!

Y corrió hacia el trineo como si le persiguieran todos los diablos del infierno. Los diablos no le siguieron, pero el comandante Pelham, sí.

En enero de 1941 (mes en que alcancé la mayoría de edad) emprendí una cosa nueva: una colaboración.

Al fin y al cabo, Fred Pohl no era simplemente un director. Era, además, un escritor en ciernes. Más tarde ha llegado a ser un titán en esta esfera, pero en aquellos primeros tiempos luchaba por abrirse camino con tan magras victorias como las que conseguía yo. Soto y en colaboración con otros futuristas, producía relatos firmados con cierta variedad de seudónimos. El que utilizaba más a menudo era el de James MacCreigh.

*Y bajo este seudónimo había escrito una pequeña fantasía titulada *El hombrecillo del metro*, acerca de la cual abrigaba, por lo visto, ciertas esperanzas, pero a la que no lograba dar forma correcta. Entonces me pidió si se la quería refundir, y la petición me halagó. Además, yo seguía tratando de introducirme en *Unknown*, y si no podía lograrlo por mis propios méritos, acaso lo consiguiera a través de una colaboración. Yo no era un tipo orgulloso..., al menos en materia de fantasías.*

*Acepté la tarea y la realicé de un tirón. Sin embargo, esta facilidad no me sirvió de mucho. Presenté el trabajo a Campbell, con destino a *Unknown*, el 27 de enero de 1941, y lo rechazó. Tuve que devolverlo a Pohl¹.*

*No obstante, Pohl, dotado de un verdadero espíritu de agente literario, nunca renunciaba, y en 1950, cuando hacía mucho tiempo que yo había olvidado el asunto por completo, consiguió endosar el relato en cuestión a una pequeña revista titulada *Fantasy Book*.*

El hombrecillo del metro (con James MacCreigh)

Las estaciones de metro son lugares en los que la gente suele bajar de los vagones, de modo que al ver que en la de Atlantic Avenue no abandonaba el primer coche ni una sola persona, el cobrador Cullen, del I.R.T., empezó a preocuparse. La verdad era que de aquel primer coche no había bajado nadie desde el comienzo del trayecto, en Flatbush..., aunque continuamente subían a él docenas de pasajeros.

¡Raro! ¡Muy raro! Aquél era uno de esos problemas ante los cuales los conductores bien educados se quitan la gorra y se rascan la cabeza. Eso es lo que hizo el cobrador Cullen. Y aunque no le sirvió de nada, repitió el gesto en la calle Bergen, la estación siguiente, en la que el primer coche tampoco perdió ni una de las almas que lo poblaban.

En Eastern Parkway, Cullen hizo un experimento. Se abstuvo cuidadosamente de abrir para nada las puertas del primer vagón. Adelantó el cuerpo ansiosamente, movió la cabeza... y no se le obsequió con nada, salvo con un milagro. El viajero del Metro de Nueva York no es tímido, manso ni puritano, y a las puertas que no se abren inmediatamente o bastante pronto las ayuda con una variada colección de puntapiés. Sin embargo, esta vez, no hubo ni una patada, ni un chillido, ni siquiera un grito más o menos modificado. A Cullen se le salían los ojos de las órbitas.

Se estaba encolerizando. En Franklin Avenue, donde volvía a enlazar con el Express, abrió las puertas y soltó unos tacos viendo aquella multitud. Todas las puertas vomitaban pasajeros que cambiaban de línea, pasajeros de ambos sexos y todas las edades; excepto aquel horrible primer vagón. Por las puertas de éste penetra-ron tres hombres y una chica muy joven, aunque Cullen pudo observar claramente el leve abombamiento de las paredes provocado por el hacinamiento del interior.

Durante el resto del trayecto hasta Flatbush Avenue, Cullen hizo caso omiso del primer coche, concentrándose en la última parada, en la que todo el mundo *tendría* que bajar. ¡Todo el mundo!

Fueron quedando atrás las estaciones de President, Church y Beverly Road, y Cullen se sorprendió contando las que faltaban para el final de trayecto, en Flatbush.

Parecía un agradable puñado de pasajeros, además. Leían sus periódicos, miraban por las ventanillas los torbellinos de neblina del exterior, o las piernas de la chica de enfrente, o a nada en absoluto, ni más ni menos que las personas normales. Sólo que no querían bajar. Ni siquiera querían pasarse al coche contiguo, que tenía una infinidad de asientos libres. Imagínense a los neoyorquinos resistiendo el impulso de pasar de un coche a otro y perdiéndose la oportunidad de dejar las puertas abiertas para que circule el aire.

¡Pero ahí estaba Flat Avenue! Cullen se frotó las manos, abrió las puertas bravamente y gritó con su estilo más ininteligible:

—¡Final de trayecto! —Lo repitió dos o tres veces con voz ronca, y varios ocupantes de aquel maldito primer coche levantaron la vista hacia él, con ojos llenos de reproche. Parecían decirle: «¿No se ha enterado de la campaña antirruidos organizada por el alcalde?»

El último pasajero de los demás coches había abandonado ya el convoy, y el puñado disperso de los que aguardaban iba subiendo. Unos cuantos, no muchos,

dirigieron unas miradas de curiosidad al abarrotado vehículo. Para el neoyorquino, todo aquello que no entiende es una treta de la publicidad.

Cullen echó mano nuevamente del gaélico y corrió por el andén hacia la cabina del maquinista. Necesitaba apoyo moral. El maquinista hubiera debido estar fuera de la cabina, preparándose para el recorrido siguiente; pero no estaba. Cullen lo vio a través del cristal de la puerta, apoyado en los controles y fijando una mirada ausente en el tope de allá delante.

—¡Gus! —gritó Cullen—. ¡Sal! Hay un condenado...

En este punto, la lengua se le quedó varada. Aquél no era Gus! Era un viejecito que le sonreía muy cortés y movía los dedos a guisa de saludo.

El alma irlandesa de Cullen se rebeló. Soltando un grito fiero, se agarró al canto de la puerta y trató de abrirla de un tirón. Hubiera debido imaginar que no lo lograría. Por consiguiente, inspirando hasta lo más profundo y encomendando su alma a Dios, se lanzó hacia la puerta abierta y se clavó en la masa de posesos del primer coche. El impulso lo llevó casi dos metros adentro, y allí quedó prensado. A su espalda, aquellos a quienes había derribado se levantaban de los regazos de sus compañeros de viaje, se excusaban con genuina cortesía neoyorquina (consistente en un gruñido, un refunfuño y una mueca) y se absorbían nuevamente en sus periódicos.

Luego, reducido a la impotencia, oyó el timbre del regulador de itinerarios. Su propio convoy Había de ponerse en marcha ya. ¡El deber le llamaba! Con un esfuerzo sobrehumano se acercó un poco hacia la puerta; pero ésta se cerró antes de que pudiera llegar a ella, y el tren empezó a moverse.

A Cullen se le ocurrió que era la primera vez que no ocupaba su puesto debidamente, y dijo:

—¡Maldita sea!

Cuando el tren había recorrido unos quince metros, advirtió que corrían en dirección equivocada; pero esta vez no dijo ni pío. Después de todo, ¿qué se podía decir, ni siquiera en el gaélico más puro?

¿Cómo podía un tren correr en dirección contraria en Flatbush Avenue? Allí se terminaba la vía. Ya no había más túnel. Había un tope destinado a impedir que ningún maquinista excéntrico tratara de perforar uno. Era absurdo. Ni con la política del Big Deal podía hacerse.

¡Pero ahí estaban!

Además, este túnel nuevo tenía estaciones; unas estacioncitas muy monas, con las dimensiones necesarias para un solo coche. Aunque estaban bien así, porque sólo corría uno. Habían desenganchado los demás vagones, para que emprendieran el viaje habitual hacia Bronx Park.

Había una docena, quizá, de estaciones en aquella línea... con unos nombres curiosos. Cullen no se fijó sino en unas cuantas porque le costaba trabajo conseguir que los ojos no se le desorbitaran. Una era Bulevar del Arcángel; otra, Carretera del Serafín; todavía otra, Plaza del Querubín.

Después el tren se introdujo en una estación monstruo, singularmente parecida a una cueva, y se detuvo. Era una estación tremenda, de unos cien metros de profundidad, y casi esférica. Las vías corrían hacia el centro matemático sin sostén alguno debajo y, en el costado, el andén descansaba asimismo, cómodamente, en el aire.

El cobrador era la única persona que quedaba en el coche; la mayoría de los pasajeros habían bajado en plaza Hosana. Se colgaba al descuido del asa de porcelana, con la vista fija en un anuncio de lápiz de labios, La puerta del

maquinista se abrió, y el hombrecillo salió fuera. Echó una mirada a Cullen y continuó, pero después giró sobre sus talones.

—¡Eh! —dijo—. ¿Quién es usted?

Cullen se volvió lentamente, sin soltar su agarradero.

—El cobrador, simplemente. No se apure por mí. De todos modos, voy a dejar el empleo. No me gusta este trabajo.

—Oh, caramba, caramba; he ahí un imprevisto —el hombrecillo movió la cabeza y chasqueó la lengua—. Yo soy mister Crumley —explicó—. Robo. La mayor parte de las veces, personas. Otras veces, coches de metro... aunque son unos trastos tan grandes y engorrosos... ¿No lo cree así?

—Señor —refunfuñó Cullen—. He dejado de pensar desde hace un par de horas. No me llevaba a ninguna parte. Pero ¿quién es usted?

—Ya se lo he dicho: soy mister Crumley. Me estoy entrenando para ser dios.

(En inglés, dios es «god». Se explica fácilmente que Cullen entendiera «gob», expresión que se utilizaba hace unos años para designar a un marinero militar.)

—¿Ser «gob»? —inquirió Cullen—. ¿Quiere decir marinero?

—¡Oh, no, caramba! —mister Crumley frunció el ceño—. He dicho «dios», como Jehová. ¡Mire! —por la ventanilla, indicaba con el índice la pared de la cueva. Donde señalaba su dedo, la roca se ondulaba y elevaba. Movié el índice, y se formó un claro saliente de peña en forma de «h» minúscula invertida.

—Ese es mi símbolo —explicó modestamente Crumley—. Muy místico, ¿verdad? Pero esto no es nada. Aguarde a que lo tenga todo organizado. ¡Caramba, caramba, y cuántos milagros les voy a regalar!

La cabeza de Cullen iba del simbólico saliente de la peña a la sonrisa bobalicona de mister Crumley, hasta que empezó a sentir vértigo, y entonces paró.

—Oiga —pidió con voz ronca—, ¿cómo ha sacado el coche aquel de Flatbush Avenue? ¿De dónde ha salido el túnel? ¿Son extranjeros algunos de...?

—¡Oh, no! —replicó mister Crumley—. Lo hice yo, pero dispuse que nadie lo advirtiese. Fue bastante difícil. Esas cosas me suponen un gran gasto de ectoplasma. Los milagros en los que interviene gente son mucho más difíciles que los otros, porque hay que luchar contra la voluntad de los afectados. Si no se tiene montones de creyentes resulta imposible. Ahora que ya tengo más de cien mil, puedo hacerlos, pero hubo un tiempo en que —y movía la cabeza con aire reminiscente— ni siquiera habría podido levitar a un niño... o curar a un leproso. Eh, vaya, estamos perdiendo el tiempo. Deberíamos haber llegado ya a la fábrica más próxima.

Cullen se animó. Eso ya le parecía más prosaico.

—Yo tenía un hermano —dijo— que trabajaba en una fábrica de jerséis, pero...

—¡Oh, santa misericordia, mister Cullen! Me estoy refiriendo a mis fábricas de creyentes. Tengo que enseñar a la gente a creer en mí, ¿no es cierto? ¡Y predicando resulta tan lento! Yo creo en la producción en masa. Me propongo que llegue el tiempo en que me llamen el Henry Ford de la utopía. Canastos, sólo en Brooklyn tengo doce fábricas, y cuando manufacture el número suficiente de fieles, simplemente, cubriré la faz de la Tierra con ellos.

»Santa Providencia —continuó con un suspiro—, ¡si tuviera bastantes fieles! Necesito un millón para poder dejar que las cosas marchen por sí mismas; hasta entonces tendré que cuidar personalmente incluso de los menores detalles. ¡Y es

tan fastidioso! ¡Tengo que recordar continuamente a mis creyentes quién soy yo!...-¡hasta a los discípulos! Ya que estamos en eso (le diré de paso, Cullen, que le leo el pensamiento; por esto sé cómo se llama) supongo que usted también querrá ser creyente.

—Pues, mire... —respondió Cullen, nervioso.

—Oh, vamos, A *algunos* dioses les habría molestado la intrusión de usted y le habrían despachado así, sencillamente —dijo chasqueando los dedos—. Pero yo no; yo creo que matar gente es una cosa sucia y desconsiderada. De todos modos, tendrá que convertirse en creyente.

Téngase en cuenta que Patrick Cullen era un irlandés inteligente. Es decir, admitía la existencia de *banshees* (esos espíritus femeninos que viven con ciertas familias irlandesas y avisan de la muerte de algún miembro de las mismas), duendecillos y diablejos y tenía la mente bien dispuesta hacia los *poltergeists* (esos otros espíritus que hacen danzar muebles y vajilla, etc.), hombres-lobo, vampiros y otra basura extranjera de semejante calaña. Y era demasiado instruido como para hacer mofa de las cosas sobrenaturales. Sin embargo, Cullen no tenía ganas de exponer su religión. Estaba flojo en teología, pero, incluso a él, aquello de que un mortal se proclamara dios le sabía a herejía, por no decir a sacrilegio y blasfemia.

—Usted es un falsario —gritó audazmente—, y por el camino que sigue se va de cabeza al infierno. Mister Crumley chasqueó la lengua.

—¡Qué lenguaje tan terrible emplea! ¡Y tan innecesario! Por supuesto, usted cree en mí.

—¿Ah, sí?

—Bueno, pues, si es terco, le haré un milagrito pequeño. No es muy correcto, pero ahora —y hacía unos movimientos vagos con la mano izquierda— usted cree en mí.

—Ciertamente —dijo Cullen, ofendido—. He creído siempre. ¿De qué forma tengo que adorarlo? Quiero hacerlo con propiedad.

—Crea en mí, sencillamente, y basta. Ahora tiene que ir a las fábricas; después lo mandaremos a casa de nuevo (nunca sabrán que estuvo ausente) y podrá vivir su vida como creyente.

El cobrador sonrió extasiado. 146

—¡Oh, vida dichosa! *Quiero* ir a las fábricas.

—Por supuesto que quiere —replicó mister Crumley—. Valiente crumleyita sería si no quisiera, ¿verdad? ¡Venga! —señaló la puerta del coche, y se abrió al momento.

Salieron. Crumley continuaba señalando con el dedo. La roca se evaporaba ante ellos, para volver a condensarse detrás. Y Cullen andaba a través de la peña, siguiendo a aquella figurilla que era su dios.

¡Aquello *era* un dios!, pensaba Cullen. El dios que fuese capaz de hacer lo que él hacía era un recondenado buen dios en quien creer.

Al cabo de unos momentos estaba en la fábrica... en otra cueva, aunque más pequeña. Parecía que a Crumley le gustaban las cuevas.

Cullen no prestaba mucha atención a cuanto había a su alrededor. De todos modos, no distinguía gran cosa, por culpa de la leve niebla violeta que le nublabla la visión. Sin embargo, le pareció percibir una cadena sin fin moviéndose lentamente, con hombres estacionados en ella, a intervalos. Discípulos, pensó. Y las piezas que trabajaban en aquella cadena sin fin serían, probablemente, no-creyentes, o basura despreciable similar.

Un hombre le miraba sonriendo. Un discípulo, pensó Cullen, y con toda naturalidad le hizo el signo. Nunca lo había hecho todavía, pero le resultó fácil. El discípulo contestó de igual manera.

—El me ha dicho que venía usted —explicó el discípulo—. Dijo que ha hecho un milagro especial con usted. Es toda una distinción. ¿Quiere que le acompañe por la cadena sin fin?

—Por supuesto.

—Pues bien, ésta es la fábrica primera. Es el centro vital de todas las factorías del país. Las otras sólo realizan un tratamiento preliminar; sólo fabrican creyentes. *Nosotros* fabricamos discípulos. ¡Discípulos, muchacho!

—¿Voy a ser un discípulo? —preguntó afanosamente Cullen.

—Después de haber sido milagreado por *él*, inaturalmente! Usted es *alguien*, ya sabe. Sólo hay otras cinco personas, nada más, que tomara a su cargo personalmente.

He ahí una manera divina de hacer las cosas. Todo lo que hacía Crumley era divino. ¡Qué dios! ¡Qué dios!

—Usted también empezaría de este modo...

—En verdad —respondió plácidamente el discípulo—. Yo también soy un tío importante. Pero me gustaría serlo más aún.

—¿Para qué? —dijo Cullen con voz agitada por la sorpresa—. ¿Está murmurando contra los dictados de Crumley? (Quien ojalá prospere.) Eso es un sacrilegio.

El discípulo se revolvió incómodo.

—Bueno, tengo ciertas ideas, y me gustaría ponerlas en práctica.

—Tiene ideas, ¿eh? —murmuró Cullen tristemente—. ¿Y Crumley (ojalá viva eternamente) lo sabe?

—Pues... francamente, ¡no! Aunque —el discípulo miró atrás con cuidado, ora por encima del hombro derecho, ora por encima del izquierdo— no soy el único. Somos muchos los que pensamos que Crumley (bendito sea) queda un poquitín anticuado. Por ejemplo, fíjese en las luces de este aposento.

Cullen levantó la vista. Las luces pertenecían al mismo tipo que las de la cueva terminal. Habrían podido robarlas de cualquier línea del metro I.R.T. Eran reproducciones perfectas de las señales de paro y arranque y de los indicadores de «Salida».

—¿Qué tienen de malo? —preguntó. El discípulo hizo una mueca de burla.

—Les falta originalidad. Uno pensaría que un dios de primera clase debería sacar algo nuevo. Cuando trae gente, lo hace con el metro, y obedece los reglamentos del mismo. Espera que el regulador de trayectos le dé la señal de arranque; para en todas las estaciones; utiliza vulgar electricidad, etc., etc. Lo que necesitamos —el discípulo gesticulaba exageradamente y gritaba— es un carácter más emprendedor, más movimiento. Hemos de acelerar los hechos y gobernarlos con eficiencia y energía.

Cullen le miraba airado.

—Usted es un hereje —le acusó—. Está sentenciado a la pena eterna —y miró colérico a su alrededor en busca de un timbre, un silbato, un gong, o un tambor con que llamar al gran Crumley. Pero no encontró nada.

El otro entornaba los ojos, sumido en raudos pensamientos.

—Oiga —dijo con aspereza—, mire qué hora es. Me estoy retrasando. Será mejor que suba a la cadena para recibir el primer tratamiento.

A Cullen le enfurecía el mal servicio que aquel discípulo inferior prestaba a Crumley; pero un tratamiento es un tratamiento, y, haciendo el signo devotamente, subió. Lo encontró bastante cómodo, a pesar de que se moviera a sacudidas. El discípulo hizo un signo al primer preceptor de Cullen —otro discípulo— que se hallaba ante una especie de pizarra. Mientras hablaban de Crumley, Cullen se había fijado en otros y había observado el procedimiento de preguntas y respuestas que seguían. Lo había observado con particular atención.

Por consiguiente, quedó muy sorprendido cuando el segundo discípulo, en lugar de utilizar el enorme puntero que empuñaba para señalar una pregunta de la pizarra, lo cogía por el otro extremo y lo bajaba con fuerza sobre su cabeza.

¡Las luces se apagaron!

Cuando volvió en sí se hallaba debajo de la cadena, en el mismo fondo de la cueva. Lo habían atado, y el discípulo rebelde y otros tres hablaban de él.

—No se ha dejado persuadir —iba diciendo el discípulo—. Crumley le habrá administrado doble tratamiento, o algo así.

—Será la última vez que lo hace —aseguró el hombrecillo obeso.

—Esperemos que así sea. ¿Qué tal va?

—Muy bien. Muy bien, de veras. Hace un par de horas nos hemos teleportado a la Sección Cuarta. Ha sido un milagro perfecto.

El discípulo estaba contento.

—¡Magnífico! ¿Cómo marchan en la Cuatro? El hombrecillo obeso cloqueó con los labios.

—Pues, la verdad, no muy animados. No sé a qué se debe, pero están sufriendo efectos raros, por allá. En estos momentos se están produciendo milagros. Hasta los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente, se producen solos. Es muy enojoso.

—Humm, malo, malo. Si hay demasiados tropiezos, Crumley sospechará. Y si investiga primero allá, es capaz de reconvertirlos a todos en un periquete, antes de venir aquí. Entonces, sin el apoyo de aquéllos, quizá no seamos bastante fuertes para hacerle frente.

—Di —interpuso aprensivamente el obeso— que ni siquiera *ahora* lo somos bastante. Todo esto está muy mal organizado.

—Somos bastante fuertes —replicó el discípulo en tono severo— para debilitarle el tiempo que necesitamos para procurarnos un nuevo dios, y luego...

—Un nuevo dios, ¿eh? —dijo otro. Y movió la *cabeza* con aire enterado.

—Claro —respondió el discípulo—. Un dios nuevo, al que nosotros hayamos creado, y al que podamos destruir. Lo tendremos dentro del puño, por completo, y entonces, en lugar de esta tiranía de un hombre solo, podremos montar una especie de... pues... de concejo.

Sonrisas generalizadas; todo el mundo parecía satisfecho.

—Pero de esto hablaremos más tarde, en otro momento —continuó el discípulo vivamente—. Vamos a creer un poquito nada más. Crumley no es tonto, ya sabéis, y no nos conviene que observe ningún debilitamiento. Vamos, pues. Todos juntos.

Cerraron los ojos, se concentraron un poco y los abrieron de nuevo, exhalando un suspiro.

—Bien —dijo el hombrecillo—, eso ha terminado. Será mejor que me vuelva.

Cullen le miraba por debajo de la cadena y se le antojó que el hombrecillo, al flexionar las rodillas y levantar los ojos, se parecía mucho a un pollo que se dispone a volar a un árbol. El parecido se acentuó no poco cuando extendió los brazos, dio un saltito y se alejó revoloteando.

Cullen pudo seguir el vuelo con sólo fijarse en los ojos de los tres que quedaban. Unos ojos que se volvían hacia arriba, cada vez más, siguiendo al obeso hasta lo que parecía la misma cima de la cueva. Aquellos ojos se veían muy satisfechos de sí mismos. Se sentían muy dichosos con tanto milagro.

Después se marcharon todos, dejando a Cullen a solas con su santa indignación. Se estremecía hasta lo más profundo de su ser por haber asistido a aquella pecaminosa rebelión, aquella apostasía, aquella..., aquella... No había palabras para expresarlo, ni siquiera cuando echó mano del gaélico.

Imagínense, crear un dios que estuviera dentro del puño de sus creadores. Era una herejía antropomórfica (¡vaya!, ¿dónde había oído esta palabra?) y minaba las raíces de toda religión. ¿Se quedaría tendido allí, viendo cómo algo minaba las raíces de todas las religiones? ¿Consentiría que depusieran a Crumley (quien ojalá nadase por mares de éxtasis)?

¡Jamás!

Pero las cuerdas sostenían otro parecer, y tuvo que quedarse.

Y entonces se produjo una interrupción en sus pensamientos. Llegaba un sonido bajo, retumbante..., un sonido que habría sido una voz, de no haber tenido un tono tan increíblemente bajo. Y encerraba una amenaza que obligaba a una atención inmediata. La consiguió de Cullen, que temblaba dentro de las ligaduras; de los demás de la cueva, que temblaban más intensamente todavía, al no estar sujetos por sogas; de la misma cadena sin fin, que se paró con una sacudida y se estremeció tremendamente.

El discípulo rebelde cayó de rodillas y tembló más que nadie.

La voz llegó de nuevo, esta vez hablando un lenguaje inteligible:

—¿DONDE ESTA ESE GORRÓN, CRUMLEY? —rugía.

Pero no aguardó respuesta. Una nube de sombras se condensó en el centro de la estancia y escupió un relámpago negro contra la cadena sin fin. Del punto donde había caído el relámpago, se levantó una llama de fuego que se propagó lentamente. Por donde pasaba, la cadena dejaba de existir. Quedaba lejos de Cullen, pero había seres humanos más cerca, entre los cuales se armó un tremendo barullo de fugas.

Cullen tenía muchísimas ganas de escapar con los demás, pero, evidentemente, el discípulo que le había atado perteneció antaño a los *boy scouts*. Y como tirones, contorsiones, sacudidas, nada obraba el menor efecto en las tenaces sogas, volvió a recurrir al gaélico y a los buenos deseos. Deseaba estar suelto. Deseaba no estar atado. Deseaba encontrarse lejos de aquella llama devoradora. Deseaba infinidad de cosas, algunas de las cuales no se pueden poner por escrito, pero ante todo las mencionadas.

Y entonces sintió una ligera presión deslizante, y vio a sus pies una desordenada pila de fibras de cáñamo. Evidentemente, las fuerzas liberadas por la rebelión escapaban fuera de control allí lo mismo que en la Sección Cuatro. ¿Qué había dicho el hombrecillo gordo? «En estos momentos se están produciendo

milagros. Hasta los crumleyitas corrientes son capaces de hacerlos, y a veces... simplemente, se producen solos.»

Pero ¿por qué perder tiempo? Corrió hacia la pared de roca y le bramó el deseo de que se disolviera en la nada. Aulló varias veces, con modificaciones gaélicas, y la pared ni siquiera se ablandó un poco. Cullen miraba desorbitado, y entonces vio el agujero. Estaba en el costado de la cueva, diametralmente opuesto al lugar que había ocupado él en el fondo, y unas tres volutas por encima de la cadena. La espiral superior pasaba por debajo exactamente.

Reuniendo todas sus fuerzas, dio el salto que le permitió alcanzar el reborde inferior de la espiral, se retorció hasta situarse encima y echó a correr. El fuego de la desintegración quedaba a su espalda y muy lejos, pero iba ganando ventaja. Corrió cadena arriba hasta la tercera vuelta, sin tomarse tiempo para sentir vértigo a causa de la carrera circular. Pero cuando llegó allá, el agujero, grande, negro y atractivo, quedaba un poquitín, un poquitín tan sólo, más alto de lo que él era capaz de saltar.

Cullen se recostó contra la pared, jadeando. La mancha de fuego se había convertido ahora en dos, que reptaban en ambas direcciones desde una brecha de unos seis metros en la cadena. Todos los que se hallaban en la cueva, unas doscientas personas, estaban en movimiento, y todo el mundo hacía alguna clase de ruido.

Fuere por lo que fuese, la visión le estimuló. Le dio nervio para realizar nuevos esfuerzos por alcanzar el agujero. Alocadamente, intentó trepar por la pared lisa; pero no lo consiguió.

En aquel instante, Crumley asomó la *cabeza* por el agujero y dijo:

—¡Oh, mi bondad divina, qué desbarajuste tan terrible! ¡Suba aquí, Cullen! ¿Por qué se queda ahí abajo? Una gran paz descendió sobre Cullen.

—Salve, Crumley —gritó—. Ojalá huela usted la esencia de rosas eternamente.

Crumley parecía complacido.

—Gracias, Cullen.

Agitó la mano, y el cobrador se encontró a su lado. Un simple problema de levitación. Una vez más, en lo íntimo de su alma, Cullen decidió que ahí había un *dios*.

—Y ahora —decía Crumley—, hemos de correr, correr, correr. Con la rebelión de los discípulos, he perdido la mayor parte de mi poder, y mi coche de metro ha quedado atascado a mitad de camino. Necesitaré la ayuda de usted. ¡Corra!

Cullen no tuvo tiempo de admirar el metro chiquitito del final del túnel. Saltó fuera del andén, pisándole los talones a Crumley, y voló unos treinta metros tubo abajo, adonde se hallaba el coche, parado. Y flotó hacia la puerta abierta, con la gracia de un bailarín. Crumley se había encargado de que así fuera.

—Cullen —le dijo—, ponga eso en marcha y llévelo otra vez hacia la línea normal. Ah, tenga cuidado; él me está esperando.

—¿Quién?

—El nuevo dios. Imagínese aquellos tontos (no, idiotas) pensando que podrían crear un dios gobernable, cuando la esencia de la divinidad está en ser ingobernable. Naturalmente, al crear un dios para destruirme a mí, crearon un Destructor, y éste irá destruyendo todo lo que tenga a la vista creado por mí, incluso a ellos, mis discípulos.

Cullen se puso a trabajar prestamente. Sabía poner en marcha un coche número 30.990; cualquier cobrador sabía. Corrió hacia el otro extremo del coche, donde estaba la palanca de control; la levantó y regresó a toda velocidad. No necesitaba nada más. Había corriente en el raíl; las luces estaban encendidas; y no se veía ninguna señal de paro entre aquel punto y el País de Dios.

Crumley se tendió en un asiento.

—Guarde un silencio total. Es posible que a usted le deje pasar. Yo voy a desaparecer, y quizá él no advierta mi presencia. En todo caso, a usted no le hará ningún daño... *confío*. Vaya, vaya, desde que empezó todo eso en la Sección Cuarta, ilas cosas se han enredado *de una manera!*

Pasaron ocho estaciones antes de que sucediera nada, y luego llegaron a la del Círculo de la Utopía, y... pues, no *sucedio* nada realmente. Fue sólo una impresión..., la impresión de que por unos segundos había estado rodeado de gente que le miraba con virulenta hostilidad. No, no era gente exactamente, sino una sola persona. No, tampoco era una persona, sino un ojo enorme, que vigilaba, vigilaba, vigilaba.

Pero la impresión pasó, y casi inmediatamente Cullen vio un rótulo blanco y negro en el costado del túnel: «Flatbush Avenue.» Puso los frenos precipitadamente, porque allí había un convoy aguardando. Pero los controles no funcionaron como debían, y el coche siguió adelante hasta ponerse en contacto con los otros. Con un suave chasquido, quedó enganchado, y, simplemente, el 30.990 quedó constituido en el último vagón del tren.

Había sido obra de Crumley, naturalmente. Este estaba de pie, detrás, observando.

—No le ha alcanzado, ¿verdad que no? No, ya veo que no.

—¿Corremos más peligros? —preguntó Cullen, ansioso.

—No lo creo —respondió tristemente Crumley—. Cuando el nuevo dios haya destruido toda mi creación, no le quedará nada que destruir y, privado de función, dejará de existir, sencillamente. He ahí el resultado de este trabajo malo, insípido. Estoy disgustado con los seres humanos.

—No diga eso —exclamó Cullen.

—Lo diré —replicó Crumley con furia—. Los seres humanos no están en condiciones de tener un dios. Causan demasiados problemas. Le harían salir canas a cualquier dios con amor propio, y hasta me figuro que usted opina que un dios canoso todavía gana en majestad. ¡Al diablo todos los humanos! Pueden pasarse sin mí. Desde hoy, me iré a África, y probaré con los chimpancés. Apuesto a que serán un material mucho mejor,

—Pero espere —gimió Cullen—. ¿Y yo? Yo *creo* e: usted.

—Oh, de nada serviría. ¡Vamos! Retorne a la normalidad.

La mano de Crumley acarició el aire, y Cullen, cor vertido de nuevo en un buen irlandés temeroso de Dios soltó un bramido en el gaélico más puro y arremetió contra él.

—¡Granuja, blasfemo...!

Pero no había ningún Crumley. Había sólo un regulador de trayectos, preguntándole con muy poca cortesía, en inglés, qué requetediablos le estaba ocurriendo.

Lamento decir que por estas -fechas ya no recuerdo bien qué partes de este cuento son -.nías y cuáles de Pohl. Al repasarlo, puedo decir: «Este trozo responde a mi estilo y ese otro no», pero no juraría si acierto o me equivoco.

Fantasy Book era una revista muy marginal, que sólo publicó ocho números. El *hombrecillo del metro* apareció en el sexto.

Un hecho chocante de este número de una revistita que tenía que arreglárselas con lo que podía encontrar entre los desperdicios del género es que publicaba *Scan-' ners Live in Vain*, de Cordwainer Smith. Era el primer cuento que Smith publicaba, y no publicaría ninguno más hasta unos ocho años más tarde. En el decenio del 1960, Smith (seudónimo de un hombre cuya verdadera identidad no se supo hasta después de su muerte) se convirtió en un escritor bastante importante, y aquel primer cuento suyo pasó a figurar entre los clásicos.

Mientras trabajaba en *El hombrecillo del metro*, escribía además, otro cuento «robot positrónico» titulado *iEmbustero!* En él aparecía por primera vez mi personaje Susan Calvin, que ha figurado hasta la fecha en diez cuentos míos; y no renuncio a la posibilidad de que aparezca todavía en otros.

Digamos de paso que mientras Campbell y yo discutíamos el cuento en cuestión, el 16 de diciembre de 1940, quedaron perfectamente elaboradas las «Tres leyes de la rebotica». (Yo digo que las elaboró Campbell, y él dice que fui yo; pero sé que yo tengo razón. Fue él.)

Campbell aceptó *iEmbustero!* en seguida, a finales de enero, y sin revisarlo, y el cuento apareció en el número de mayo de 1941 de *Astounding*. Era la cuarta vez que mi nombre aparecía en la revista. El hecho de que apareciera un mes después de *Reason* ayudó a grabar en las mentes de los lectores la idea de que los cuentos «robot positrónico» formaban una serie. Con el tiempo, *iEmbustero!* apareció en *Yo, Robot*.

155 La venta de dos cuentos «robot positrónico» (*Reason* y *iEmbustero!*), uno después de otro, me inflamó en ansias de escribir otros. Cuando le sugerí a Campbell, el 3 de febrero de 1941, que todavía podía escribir otro cuento de este género, él lo aprobó, pero dijo que, tan en los comienzos, no quería que me sujetase demasiado a una -fórmula rígida. Sugirió que primero escribiera otra clase de cuentos. Fui buen chico, y obedecí.

Pero lo cierto es que aquel mismo día decidí probar el género ficción de nuevo. Escribí un cuento corto (mil quinientas palabras) titulado *Masks*, y sólo Dios sabrá de qué trataba, porque yo no lo sé. Lo presenté a Campbell para *Unknown* el 10 de febrero, y lo rechazó. Ha desaparecido, ya no existe.

En fecha más avanzada de aquel mismo mes, escribí también un cuento corto titulado *La novatada*, pensando en Pohl. Se lo ofrecí el 24 de febrero, y lo rechazó inmediatamente. Más tarde lo presenté a *Thrilling Wonder Stories*. Me pidieron que lo revisara, yo lo hice, y lo aceptaron el 29 de julio de 1941.

La novatada

El campus de la Universidad de Arturo, en el segundo planeta de Arturo, Eron, resulta un lugar aburrido y demasiado caluroso durante las vacaciones de mediados de año, de modo que Myron Tubal, estudiante de segundo año, encontraba la vida aburrida e incómoda. Por quinta vez en aquel día, entró a mirar en la Sala de Estudiantes en un desesperado intento de localizar a algún conocido, y al final se vio recompensado al encontrar a Bill Sefan, un jovencito de piel verde, procedente del quinto planeta de Vega.

A Sefan, lo mismo que a Tubal, le habían suspendido la biosociología y se quedaba durante las vacaciones preparándose para un examen de recuperación. Casos así tejen fortísimos lazos entre dos estudiantes.

Tubal refunfuñó un saludo, dejó caer su corpachón sin pelo —era nativo del propio Sistema Arturiano— en el sillón mayor y dijo:

—¿No has visto todavía a los de primer año?

—¿Ya? ¡Faltan seis semanas para el comienzo del semestre de otoño! Tubal bostezó.

—Esos pertenecen a una raza especial. Son la primera remesa del Sistema Solar..., en número de diez.

—¿El Sistema Solar? ¿Te refieres a ese sistema nuevo que se unió a la Federación Galáctica hace tres o cuatro años?

—Al mismo. A su capital mundial la llaman Tierra, creo.

—Bueno, ¿y qué pasa con ellos?

—No mucho. Están aquí ya, y nada más. Algunos tienen cabello en el labio superior, y a fe que les da un aire bastante tonto. Por lo demás, tienen el mismo aspecto que cualquier tipo humanoide.

En este preciso instante se abrió la puerta y el pequeño Wri Forase entró corriendo. Pertenecía al segundo planeta de Deneb, y la pelusa corta y gris que le cubría la cabeza y la cara se erizaba de agitación, al tiempo que sus grandes ojos violeta centelleaban excitados.

—Oye —trinó excitado—, ¿habéis visto a los terrícolas?

Sefan exhaló un suspiro.

—¿Es que nadie cambiará nunca de tema? Tubal me estaba hablando de ellos en este momento.

—¿De veras? —Forase parecía desilusionado—. Pero..., pero ¿te ha dicho que éstos pertenecen a esa raza anormal que armó tanto alboroto cuando el Sistema Solar entró en la Federación?

—A mí me han parecido muy normales —dijo Tubal.

—No hablo de ellos desde el punto de vista físico —explicó el denebiano en tono disgustado—. Me refiero al aspecto mental del caso. ¡A la psicología! ¡Ahí está la cuestión! —Forase s« haría psicólogo, con el tiempo.

—¡Ah, eso! Bueno, ¿qué les pasa?

—Su psicología de grupo, como raza, está completamente desviada —parloteó Forase—. En vez de ser menos emocionales cuando se hallan agrupados, como ocurre con todas las demás especies de humanoides conocidas, a ellos les sucede lo contrario. En grupos, esos terrícolas se amotinan, son presa del pánico,

enloquecen. Cuantos más sean, peor. ¡Que Dios me ayude, si hasta hemos inventado una notación matemática nueva para resolver el problema! ¡Mirad!

Y sacó el cuaderno de bolsillo y el lápiz con rápido movimiento; pero la mano de Tubal se cerró sobre ellos antes de que hubiera podido marcar ni la más leve huella.

Tubal exclamó:

—¡Búa! Se me ha ocurrido una idea despampanante.

—¡Imagínate! —murmuró Sefan. Tubal no le hizo caso. Sonrió nuevamente y se frotó la calva *cabeza* con mano pensativa.

—Escuchad --dijo, con repentina animación. Y al momento bajó la voz hasta convertirla en un murmullo conspiratorio.

Albert Williams, recién llegado de la Tierra, se revolvió en sueños y advirtió la presencia de un dedo que le tentaba entre las costillas segunda y tercera. Abrió los ojos, volvió la cabeza, miró con aire estúpido... y luego se incorporó como un rayo y estiró el brazo hacia el interruptor de la luz.

—No te muevas —ordenó la figura sombría junto a su cama. Se oyó un chasquidito sofocado, y el terrícola se encontró en el centro del perlino chorro de una lámpara de bolsillo.

Parpadeando, preguntó:

—¿Qué recondenado demonio eres tú?

—Vas a levantarte de la cama —contestó estólidamente la aparición—. Vístete y ven conmigo. Williams hizo una mueca salvaje.

—Intenta obligarme.

No hubo respuesta, pero el chorro de luz se movió levemente y descendió sobre la otra mano de la sombra. Esta otra mano empuñaba un «látigo neurónico», esa arma pequeña y bonita que paraliza las cuerdas vocales y retuerce los nervios en nudos de agonía. Williams deglutió con dificultad y se levantó. Se vistió en silencio, y luego dijo:

—Muy bien, ¿qué quieres?

El deslumbrante «látigo» hizo un gesto, y el terrícola se encaminó hacia la puerta.

—Sigue andando adelante —ordenó el desconocido.

Williams salió del cuarto, anduvo por el silencioso pasillo y bajó ocho pisos sin atreverse a mirar atrás. Fuera, en el campus, se detuvo, y sintió un objeto metálico que le presionaba en los riñones.

—¿Sabes dónde está Obel Hall?

Williams movió la cabeza afirmativamente y echó a caminar. Dejó atrás Obel Hall, dobló a la derecha en la avenida de la Universidad y al cabo de un kilómetro salió de todo camino, más allá de los árboles. En la oscuridad se recortaba vagamente la mole de una nave espacial, con las escotillas bien cerradas. Tan sólo una débil luz aparecía por la rendija del cierre hermético entreabierto.

—¡Entra!

Le empujaron escaleras arriba y le hicieron entrar en una habitacioncita. Williams parpadeó, miró a su alrededor y contó en voz alta:

—...Siete, ocho, nueve y, conmigo, diez. Nos han cogido a todos, me figuro.

—No es una suposición —refunfuñó agriamente Eric Chamberlain—. Es una certidumbre —y se frotaba una; mano—. Hace una hora que estoy aquí.

—¿Qué te pasa en la muñeca? —preguntó Williams.

—Me la he dislocado en la mandíbula de la rata que me ha traído aquí. La tiene dura como el casco de una nave espacial.

Williams se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada contra la pared.

—¿Alguien tiene idea de a qué viene todo esto?

—¡Un secuestro! —dijo el pequeño Joey Sweeney. Los dientes le castañeteaban.

—¿Por qué diablos? —bufó Chamberlain—. Si entre nosotros hay algún millonario, yo no me había enterado. ¡Por mi parte, no lo soy!

—Oídmeme, no queramos hurgar más abajo del fondo —dijo Williams—. Esos tipos no pueden ser criminales. Parece razonable pensar que una civilización que ha perfeccionado la psicología hasta las alturas conseguidas por esta Federación Galáctica, habría de ser capaz de desarraigar el crimen sin ningún esfuerzo.

—Serán piratas —gruñó Lawrence Marsh—. Yo no lo creo; es una sugerencia, nada más.

—¡Tonterías! —exclamó Williams—. La piratería es un fenómeno de frontera. Esta región del espacio vive en plena civilización desde hace decenas de miles de años.

—A pesar de todo, tenían armas —insistió Joe—, y eso no me gusta. —Se había dejado los lentes en el cuarto y miraba a su alrededor con ansiedad de miope.

—Eso no significa mucho —respondió Williams—. Ea, yo me decía: Aquí estamos nosotros, diez estudiantes de primer curso recién llegados a la Universidad de Arturo. Y la primera noche que pasamos aquí nos sacan misteriosamente de nuestras habitaciones y nos amontonan en una nave espacial. Esto a mí me sugiere algo. ¿Qué os parece?

Sidney Morton levantó la cabeza de los brazos el tiempo suficiente para decir, adormilado:

—También a mí se me había ocurrido. Parece como si hubiéramos de aguantar una novatada. Amigos, creo que los de segundo año se están divirtiendo soberanamente con nosotros.

—Exacto —convino Williams—. ¿Alguien tiene otras ideas? Silencio.

—Está bien, pues; entonces no podemos hacer nada sino esperar. Personalmente, voy a recuperar el sueño perdido. Si me necesitan, ya me despertarán.

En aquel momento se produjo una sacudida, y perdió el equilibrio.

—Bien, ya estamos en marcha, dondequiera que vayamos.

Momentos después, Bill Sefan titubeó un instante antes de entrar en el cuarto de control. Cuando entró por fin fue para enfrentarse con un Wri Forase terriblemente excitado.

—¿Cómo va? —preguntó el denebiano.

—Mal —respondió con acritud Sefan—. Que me cuelguen si tienen miedo. Se disponen a dormir.

—¿A dormir? ¿Todos? Pero ¿qué decían?

—¿Cómo voy a saberlo? No hablaban galáctico, y yo no saco nada en claro de su jergonza infernal. Forase levantó las manos con disgusto. Tubal habló por fin:

—Oye, Forase, yo me estoy perdiendo una clase de biosociología, y no puedo permitírmelo. Tú has garantizado la psicología de esta treta. Si resulta un fracaso, no quedaré demasiado contento.

—¡Vaya, por el amor de Deneb! —jadeó Forase desesperadamente—. ¡Sois un par de gallinas! ¿Acaso esperabais que se pusieran a chillar y a patalear desde el primer momento? ¡Chamusqueante Arturo! Esperad hasta que lleguemos al Sistema Espicano, ¿queréis? Cuando aterricemos, llegada la mañana... —soltó una risita repentina—. Va a ser la treta más ingeniosa desde que ataron aquellos murciélagos hediondos al órgano orón tico la Noche del Concierto.

Tubal compuso una sonrisa, pero Sefan se arrellanó en su asiento y comentó pensativamente:

—¿Qué pasa si alguien (digamos, el presidente Wynn) se entera de esto?

El arturiano que estaba en los mandos levantó los hombros.

—No es más que una novatada. Le darán poca importancia.

—No te hagas el tonto, M. T. Esto no es cosa de niños. El Planeta Cuatro, Espiga..., todo el Sistema Es-i picaño en realidad, les está prohibido a las naves galácticas, y vosotros lo sabéis. Allá existe una raza sub-] humanoide, y se ha decretado que han de desarrollarse j completamente libres de interferencias hasta que descubran los viajes interestelares por sí mismos. Tal es la ley, y son muy rigurosos en su cumplimiento. ¡Espacio! Si se enteran de esto, tenemos baile por una buena temporada.

Tubal giró en el asiento.

—¿Cómo, por Arturo, esperas que Prexy Wynn (imaldito sea su recio pellejo!) se entere de esto? Ahora bien, fíjate, yo no digo que la aventura no circule por el campus, porque si la hemos de mantener en secreto entre nosotros pierde la mitad de la gracia. Pero ¿cómo van a enterarse de los nombres? Nadie nos delatará. Y lo sabéis.

—De acuerdo —admitió Sefan, encogiéndose de hombros. Entonces Tubal exclamó:

—¡Preparados para el hiperespacio! —Oprimió los mandos y se notó aquel raro desquiciamiento interno que señalaba la salida del vehículo del espacio normal.

Los diez terrícolas estaban bastante angustiados y se les notaba en la cara. Lawrence Marsh volvió a dirigir una mirada oblicua a su reloj.

—Las dos treinta —dijo—. Hace ya treinta y seis horas. Ojalá dieran la aventura por terminada.

—Esto no es una novatada —se lamentó Sweeney—. Dura demasiado.

Williams se puso encarnado.

—¿Por qué diablos parecéis todos medio muertos? Nos han dado de comer regularmente, ¿verdad? No nos han atado, ¿verdad que no? Yo diría que se ve clarísimo que nos cuidan con toda atención.

—O —replicó Sidney Morton con tartajeo descontentadizo— nos engordan para el sacrificio.

Aquí se interrumpió, y todos se pusieron tensos. Habían experimentado una sacudida interna inconfundible.

—¡Tomad *nota!* —dijo Eric Chamberlain con frenesí repentino—. Volvemos a encontrarnos en espacio normal, lo cual significa que sólo estamos a un par de horas, máximo, del lugar adonde nos dirigamos. ¡Tenemos que

hacer algo!

—Eso, eso —bufó Williams—. Pero ¿qué?

—Somos diez, ¿verdad? —gritó Chamberlain, hinchando el pecho—. Pues bien, hasta el momento yo sólo he visto a uno de ellos. La próxima vez que entre (y se acerca la hora de que nos den otra comida) nos echaremos encima de él todos a la vez.

Sweeney puso cara de mareo.

—¿Y el látigo neurónico que lleva siempre?

—No nos matará. Por lo demás, no puede alcanzarnos a todos antes de que le hayamos amarrado al suelo.

—Eric, eres un tonto —dijo llanamente Williams. Chamberlain se sonrojó, y aquellas manos suyas de recios dedos se cerraron lentamente en sendos puños.

—Me siento con ganas de practicar un poco el arte de la persuasión. Vuelve a llamarme eso, ¿quieres?

—¡Siéntate! —Williams casi ni se molestó en levantar la vista—. Y no te esfuerces tanto en justificar mi calificativo. Todos estamos nerviosos, tensos, pero esto no significa que tengamos que volvernos locos por completo. Todavía no, al menos. En primer lugar, aun pasando por alto el látigo, echarnos sobre nuestro carcelero no daría frutos demasiado buenos.

«Hasta el momento sólo hemos visto a uno; pero ese uno es del Sistema Arturiano. Mide más de dos metros y pasa de los ciento treinta kilogramos. Nos barrería a todos, a los diez, con los puños nada más. Pensaba que ya habías disputado un asalto con él, Eric. Hubo un silencio denso. Williams añadió: —Y aun suponiendo que pudiéramos ponerlo fuera de combate y acabar igualmente con todos los otros que haya en la nave, resulta que no tenemos la menor idea de dónde estamos, ni sobre cómo regresar, ni siquiera de cómo gobernar la nave — hizo una pausa. Luego añadió—: ¿Qué?

—¡Tonterías! —Chamberlain se volvió y alimentó su furor en silencio.

La puerta se abrió de un puntapié y el arturiano gigante entró. Con una mano, vació el saco que traía, mientras la otra los apuntaba cuidadosamente con el látigo neurónico.

—La última comida —gruñó.

Hubo una agitación general en pos de los botes que rodaban, todavía tibios del reciente calentamiento. Mor-ton miró él suyo con enojo.

—Oiga —dijo tartamudeando en galáctico—, ¿no nos podrían cambiar el menú? Ya estoy cansado de esta corrompida conserva de ustedes. ¡Este es el cuarto bote!

—¿Y qué? También es vuestra última comida —le espetó el arturiano. Y salió.

Una parálisis horrorizada los dominó a todos.

—¿Qué ha querido decir con eso? —arguyó uno con voz quebrada.

—¡Van a matarnos! —Sweeney abría unos ojos muy redondos; su voz era cortante.

Williams tenía la boca seca, y sentía una cólera irracional contra el espanto contagioso de Sweeney. Hizo una pausa —el muchacho sólo contaba diecisiete años — y luego dijo con aspereza:

—Dejemos eso, ¿queréis? Y comamos.

Dos horas después notó la estremecida sacudida indicadora de que habían aterrizado y el viaje había llegado a su fin. En todo aquel rato, nadie había dicho nada; pero Williams advertía que el sudario del miedo los asfixiaba más y más a medida que pasaban los minutos.

Espiga se había hundido en un aura carmesí bajo el horizonte, y soplaba un viento glacial. Los diez terrícolas, apiñados miserablemente en la cima de la montaña, sembrada de pedruscos, observaban a sus raptos con semblante huraño. El fornido arturiano, Myron Tubal, tomó la palabra, mientras el vegano de cutis verde, Bill Sefan, y el pequeño denebiano veloso, Wri Forase, se mantenían plácidamente en segundo término.

—Ahí tenéis fuego —decía el arturiano malhumorado—. hay leña' abundante por los contornos para alimentarlo. Así las fieras se mantendrán apartadas. Antes de irnos, os dejaremos un par de látigos, que os servirán de protección, si os molesta algún aborigen del planeta. En lo tocante a comida, agua y albergue, será preciso que pongáis en juego vuestro ingenio.

Y se volvió. Chamberlain soltó un rugido repentino y saltó hacia el arturiano que se alejaba. Un simple movimiento, sin esfuerzo, del brazo del otro, le mandó para atrás, tambaleándose.

La portezuela se cerró detrás de los tres hombres espaciales. Casi inmediatamente, la nave se levantó del suelo y ascendió disparada. Por fin, Williams rompió el silencio glacial.

—Han dejado los látigos. Yo cogeré uno, y tú, Eric, puedes coger el otro.

Uno tras otro, los terrestres se sentaron, de espaldas al fuego, llenos de miedo, casi de pánico. Williams se esforzaba en sonreír.

—Por aquí hay caza abundante; esta región está bien poblada de bosques. Ea, chicos, somos diez, y los que se han ido volverán, más pronto o más tarde. Demostrémosles que los de la Tierra sabemos resistir. ¿Qué decís, muchachos?

Y prosiguió hablando, sin decir nada en concreto. Mor-ton replicó, desanimado:

—¿Por qué no te callas? Con tu charla no remedias nada.

Williams abandonó. Iba sintiendo un frío intenso en la boca del estómago.

El crepúsculo se oscureció, volviéndose noche, y el círculo de luz alrededor de la lumbre se redujo a un pequeño espacio parpadeante, que terminó en sombras. Marsh exclamó súbitamente, abriendo los ojos de par en par:

—Viene alguien..., ¡alguien viene hacia aquí!

El revuelo que se armó luego se petrificó en actitudes de atención tan profunda que se les veía conteniendo el aliento.

—Estás loco —empezó Williams en tono áspero..., Pero se calló en seco ante el ruidito escurridizo e inconfundible que llegaba a sus oídos.

—¡Empuña el látigo! —le gritó entonces a Chamberlain.

Joey Sweeney fue presa de una lisa súbita, una carcajada aguda, violenta. Y después desgarró el aire un súbito chillido, y las sombras cargaron contra ellos.

No sólo allí ocurrían novedades.

La nave de Tubal se apartaba perezosamente del cuarto planeta de Espiga, con Bill Sefan en los controles. Tubal, por su parte, se hallaba en su abarrotado compartimiento, limpiando una gran botella de licor denebiano de un par de tragos.

Wri Forase contemplaba la operación con semblante triste.

—Cuesta veinte vales cada botella —comentó—, y me quedan ya muy pocas.

—Pues no me dejes ser un aprovechado —respondió, magnánimo, Tubal—. Sigue a mi compás, botella por botella. No tengo inconveniente.

—Con un trago de los tuyos —refunfuñó el denebiano—, me quedaría sin sentido hasta los exámenes de otoño.

Tubal le prestaba muy poca atención.

—Esto —empezó—, pasará a la historia del campus como la gran novatada...

En ese momento se oyó un *ping-g-g-g, ping-g-g-g*, vivo, penetrante, apenas amortiguado por los tabiques de separación, y las luces se apagaron.

Wri Forase se sintió fuertemente apretado contra la pared. Esforzándose por recobrar el aliento, tartamudeó con dificultad:

—¡Vo-voto al Espacio! ¡Va-vamos a pie-plena aceleración! ¿Qué..., qué le pasa al regulador?

—¡Maldito sea el regulador! —rugió Tubal, poniéndose en pie—. ¿Qué le pasa a la nave?

Tubal cruzó la puerta dando traspiés y se internó por el pasillo, igualmente oscuro, seguido de Forase, que se arrastraba detrás de él. Cuando irrumpieron en el cuarto de mandos, encontraron a Sefan en medio de las mortecinas luces de emergencia, con la verde piel brillando de sudor.

—Un meteoro —graznó—. Nos ha desquiciado los distribuidores de energía, y ahora se convierte toda en aceleración. Luces, unidades de calefacción y radio, todo está fuera de uso, y los ventiladores apenas se mueven

—luego añadió—: Además, la Sección Cuatro está perforada.

Tubal miró enfurecido a su entorno.

—¡Idiota! ¿Cómo no has tenido el ojo atento al indicador de masas?

—¡Si lo he tenido, so hipertrofiado montón de materia!

—aulló Sefan—. ¡Pero no ha indicado nada! ¿No es eso lo que te esperarías precisamente de un cacharro de segunda mano, alquilado por doscientos vales? El meteorito ha pasado por delante de la pantalla como si fuese éter vacío.

—¡Cállate! —Tubal abrió de un tirón los guardatrajes y gruñó—: Todos son modelos arturianos. Debería haberlo revisado. ¿Puedes manejar uno de éstos, Sefan?

—Acaso —el vegano se rascaba la oreja con expresión dudosa.

En cinco minutos Tubal se metió dentro del recinto, y Sefan, tropezando torpemente, le siguió. Tardaron media hora en regresar.

Tubal se quitó la escafandra.

—¡Telón!

Wri Forase abrió la boca en un grito sofocado.

—¿Quieres decir que... esto es el fin? El arturiano movió la cabeza.

—Podemos repararlo, pero requerirá tiempo. La radio está definitivamente destrozada, o sea, que no podemos pedir socorro.

—¡Pedir socorro! —Forase parecía atónito—. Es lo que nos hace falta, ni más ni menos. ¿Cómo explicaríamos que nos encontremos en el Sistema de la Espiga? Antes que enviar llamadas radiofónicas, tanto daría que nos suicidáramos. Siempre que podamos regresar sin ayuda de nadie, estamos a salvo. Perder unas cuantas clases más no nos perjudicará demasiado.

La voz de Sefan se puso opaca y se quebró.

—Pero ¿y aquellos asustados terrícolas de Espiga Cuatro?

Forase abrió la boca, pero no salió de ella palabra alguna. Volvió a cerrarla, y si hubo alguna vez un humanoide con aspecto mareado, ése era Forase.

Y estaban sólo en el comienzo.

Necesitaron día y medio para desenredar las líneas de energía de aquel cachivache espacial. Tardaron otros dos en desacelerar hasta un punto de regreso que no ofreciese riesgo. Y tardaron cuatro días en regresar a Espiga Cuatro. Total: ocho días.

Cuando la nave sobrevoló nuevamente el lugar donde habían abandonado a los terrícolas, era media mañana, y la faz de Tubal, mientras inspeccionaba el área mediante el televisor, parecía un estudio de cara larga. Poco después rompía un silencio que hacía mucho rato se había hecho viscoso.

—Se me antoja que hemos metido la pata en todo lo que podíamos meterla. Los desembarcamos en las mismas inmediaciones de un poblado de indígenas. Y no se ve rastro de los terrícolas.

—Mal asunto —dijo Sefan, moviendo la cabeza apesadumbrado.

Tubal hundió la suya entre los largos brazos hasta los mismos codos.

—Esto es demasiado. Si no han perecido de miedo, han caído en manos de los indígenas. Violar sistemas solares prohibidos es delito suficiente..., pero lo de ahora se trata ya, pura y simplemente, de asesinato, creo yo.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Sefan— es aterrizar ahí y ver si queda alguno con vida; Se lo debemos. Después... —Y se le hizo un nudo en la garganta.

Forase terminó, en un murmullo:

—Después viene el expulsarnos de la Universidad, la psico-revisión... y el trabajo manual para toda la vida.

—¡Olvídalo! —ladró Tubal—. Afrontaremos esos problemas cuando se planteen.

Lenta, muy lentamente, la nave descendió en círculo y acabó descansando en el calvero pedregoso donde, ocho días antes, habían dejado abandonados a los diez terrícolas.

—¿Cómo hemos de tratar con los indígenas? —Tubal se volvía hacia Forase con los bordes de las órbitas enarcados (naturalmente, no tenía cejas)—. Vamos, hijito, proporcióname algo de psicología subhumanoide. Nosotros somos tres, solamente, y no quiero problemas.

Forase levantó los hombros y el velloso rostro se le cubrió de arrugas de perplejidad.

—Estaba pensando en eso, precisamente, Tubal. No sé ninguna.

—¿Qué? —estallaron a la vez Sefan y Tubal.

—Nadie sabe —añadió presurosamente el denebiano—. Al fin y al cabo, no se admite a los humanoides en la Federación hasta que están completamente civilizados, y entretanto los tenemos en cuarentena. ¿Suponéis que se nos ofrecen muchas ocasiones de estudiar su psicología?

El arturiano se sentó pesadamente.

—Esto se pone mejor y mejor por momentos. *Piensa* caravellosa, ¿quieres? ¡Indícanos algo! Forase se rascó la cabeza.

—Pues... hummm..., lo mejor que podemos hacer es tratarlos como a humanoides normales. Si nos acercamos a ellos despacio, con las palmas de las manos extendidas, no hacemos movimientos repentinos y conservamos la calma, deberíamos salir adelante. Pero, recordadlo, digo que *deberíamos*. No estoy seguro de que resulte, así.

—Vayamos y busquemos la seguridad en el desastre —instó en tono impaciente Sefan—. Al fin y al cabo, no importa mucho. Si me matan aquí, no tendré que volver a casa. —Su faz adquirió una expresión atormentada—. ¡Cuando pienso en lo que va a decir mi familia...!

Salieron de la nave y olisquearon la atmósfera del . cuarto planeta de Espiga. El sol estaba en el cénit, plantado allá arriba como una gran pelota de color naranja. En el bosque, un ave emitió un graznido cascado. Luego descendió un silencio total.

—¡Hummm! —exclamó Tubal, con los brazos en jarras.

—Basta para darle sueño a uno. Ni el menor signo de vida. ¿En qué dirección se encuentra el poblado?

Hubo una disputa sobre el tema, con tres opiniones distintas; aunque no duró mucho. El arturiano primero, los otros dos pisándole los talones, bajaron por la pendiente en dirección al desparramado bosque.

Unos treinta y cinco metros adentro de la espesura, los árboles adquirieron vida con el movimiento de una oleada de indígenas que se descolgaban de las ramas.

Wri Forase quedó fuera de combate en el mismo comienzo de la avalancha. Bill Sefan se tambaleó, defendió su posición momentáneamente, y luego cayó de espaldas con un gemido.

Sólo quedaba en pie el fornido Myron Tubal. Con las piernas muy separadas y emitiendo unos roncós *ijuiipis!*, repartía golpes a diestro y siniestro. Los indígenas le golpeaban a él y salían disparados como gotas de agua de urj volante en rotación. Dirigiendo su propia defensa según el principio del molino de viento, fue retrocediendo hasta situarse de espaldas a un árbol.

Con lo cual se equivocó. En la rama más baja de aquel árbol se escondía un indígena más cauteloso y sesudo que sus compañeros. Tubal había advertido ya que los nativos estaban dotados de recias colas musculosas, y había anotado el hecho en su mente. De todas las razas de la Galaxia, sólo otra, la Homo Gamma Cepheus, poseía cola. Lo que no había advertido, sin embargo, era que dichas colas eran prensiles.

Cosa que descubrió casi inmediatamente, porque el indígena de la rama del árbol hizo descender la suya, rodeó con ella el cuello de Tubal y apretó.

El arturiano se revolvió furiosamente, sufriendo lo indecible, pero logró arrancar del árbol a su atacante. No obstante, aunque colgando cabeza abajo y girando de un lado para otro en anchos arcos, continuaba rodeando el cuello del otro y oprimiéndolo con más fuerza cada vez.

El mundo se oscureció. Antes de dar contra el suelo, Tubal había perdido ya el conocimiento.

Tubal volvió en sí poco a poco, advirtiendo con disgusto la dolorida rigidez del cuello. En vano quiso remediarla con un masaje, pero tardó unos segundos en darse cuenta de que lo habían atado sólidamente. El hecho le indujo a despabilarse por completo. Lo primero que advirtió fue que estaba tendido boca abajo; lo segundo, el horrible estrépito que reinaba a su alrededor; lo tercero, que Sefan y Forase estaban atados junto a él... y, por último, que no podía romper las ligaduras.

—¡En, Sefan, Forase! ¿Me oís?

Fue Sefan el que contestó alegremente:

—¡Oh, cabra dragoniana! Creíamos que habías perdido los sentidos para siempre.

—Yo no muero tan pronto —refunfuñó el arturiano—.

¿Dónde estamos?

Hubo una corta pausa.

—En el poblado de los indígenas, me figuro —respondió Wri Forase en tono apagado—. ¿Habías oído jamás un ruido como éste? El tambor no ha parado ni un minuto desde que nos han echado aquí.

—¿No habéis visto, por azar...?

Unas manos se posaron en él y notó que le hacían rodar. Ahora se encontraba en posición de sentado, y el cuello le dolía más que nunca. Bajo el sol de primeras horas de la tarde brillaban unas ruinosas chozas de bardas y troncos verdes. Los tres expedicionarios estaban rodeados de un corro de indígenas de oscura piel y larga cola. Serían en número de centenares, todos tocados con plumas y armados de unas lanzas cortas equipadas con amenazadoras púas.

Todos tenían los ojos fijos en la hilera de figuras misteriosas sentadas en el suelo, en primera fila y sobre las cuales fijó Tubal una mirada colérica. Se veía claramente que eran los jefes de la tribu. Vistiendo prendas chillonas adornadas con orlas y confeccionadas con pieles mal curtidas, multiplicaban su aire bárbaro mediante unas altas máscaras de madera que caricaturizaban el rostro humano.

El enmascarado monstruo que se hallaba más próximo a los humanoides se acercó a éstos con paso medido.

—Hola —les dijo—. ¿Tan pronto y ya de regreso?

Tubal y Sefan permanecieron largo rato sin decir nada en absoluto, mientras Wri Forase era víctima de un interminable acceso de tos.

—Eres uno de aquellos terrícolas, ¿verdad que sí? —inquirió por fin Tubal, después de una profunda inhalación.

—Muy cierto. Soy Al Williams. Puedes llamarme Al, simplemente.

—¿Todavía no te han matado?

—No nos han matado a ninguno —respondió Williams con gozosa sonrisa—. Muy al contrario. Caballeros —añadió con una extraña reverencia—, les presento a los nuevos... hmmm..., los nuevos dioses de la tribu.

—Los nuevos *¿qué?* —Forase, que seguía tosiendo, se quedó boquiabierto.

—...Pues..., pues, dioses. Lo siento, pero no sé la palabra que expresa «dios» en galáctico.

—¿Qué representáis, vosotros los «dioses»?

—Somos una especie de entidades sobrenaturales, objetos que han de ser adorados. ¿Lo entiendes? Los humanoides les miraban abatidos.

—Sí, ciertamente —sonrió Williams—, somos personas muy poderosas.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Tubal, indignado—. ¿Por qué han de pensar que poseéis un gran poder? Físicamente, vosotros los terrestres estáis por debajo del término medio; imuy por debajo!

—Lo que importa es el efecto psicológico —explicó Williams—. Si nos ven aterrizar en un vehículo grande, rutilante, que cruza el aire misteriosamente, y luego despegar entre un chorro de llamas de cohete, han de considerarnos sobrenaturales, es forzoso. Es psicología bárbara elemental.

Mientras Williams continuaba, a Forase se le salían los ojos de las órbitas.

—Oye —intervino Sefan—, me parece que nos estás tomando el pelo. Si se figuraron que vosotros erais dioses, ¿cómo no pensaron lo mismo de nosotros? También íbamos en la nave, y... .

—Ahí —le interrumpió Williams—, es donde empezamos a intervenir *nosotros*. Con dibujos y por signos, les explicamos que vosotros erais demonios. Cuando por fin regresasteis (¡y podéis figuraros la alegría que tuvimos al ver regresar esa nave!) ellos ya sabían qué tenían que hacer.

—¿Y qué son «demonios»? —preguntó Forase con generosa ostentación de susto en la cara. Williams exhaló un suspiro.

—¿Es que vosotros, la gente de la Galaxia, no entendéis nada?

Tubal movió lentamente el dolorido cuello.

—¿Y si nos dejaseis marchar ya? —murmuró—. Tengo calambres en el cuello.

—¿Para qué tanta prisa? Al fin y al cabo os han traído aquí para sacrificaros en nuestro honor.

—*¡Sacrificarnos!*

—Claro. Van a descarnaros con cuchillos. Hubo un silencio cargado de horror.

—¡No nos vengas con semejantes gases de cometa!

—Tubal consiguió sonreír por fin—. ¡No somos terrícolas que se asustan y se dejan llevar por el pánico, ya sabéis!

—¡Oh, claro, *lo sabemos!* Por nada del mundo quisiera engañaros. Pero la sencilla psicología salvaje corriente siempre se inclina por un poquito de sacrificio humano, y...

Sefan se revolvía dentro de las ligaduras y trataba de

lanzarse, furioso, contra Forase.

—¡Pensaba que dijiste que nadie sabía nada de psicología subhumanoide! Tratabas de disimular tu ignorancia, ¿verdad, so arrugado, velloso ojos de rana, hijo mestizo de un lagarto vegano? ¡En bonito lío nos encontramos ahora!

Forase se encogió para apartarse.

—¡Eh, espera! Sólo...

Williams decidió que la broma ya había durado bastante.

—Tranquilizaos —gritó—. La novatada, tan bien estudiada, que querías hacernos os ha estallado en las narices. Ha sido un hermoso estallido; pero no vamos a llevar las cosas demasiado lejos. Creo que ya nos habéis divertido bastante, amigos. En estos momentos Sweeney está con el jefe indígena, explicándole que vamos a marcharnos y que os llevaremos con nosotros. Francamente, yo despegaría ya, de buena gana... Esperad un minuto; Sweeney me está llamando.

Cuando regresó, unos momentos después, Williams tenía una expresión peculiar; su semblante aparecía un poco verdoso. Lo cierto es que se ponía más verde por segundos.

—Parece —explicó, como queriendo tragarse el bocado de Adán—, que ahora nos ha estallado en *nuestras propias barbas* una contranovatada. El jefe indígena *ise empeña* en que tenga lugar el sacrificio!

Hubo un silencio meditativo, mientras los tres humanoides estudiaban la situación. Por unos momentos, ninguno de ellos pudo pronunciar ni una sola palabra.

—Le he dicho a Sweeney —añadió Williams, sombrío— que vuelva allá y le explique al jefe indígena que si no hace lo que le indiquemos, algo terrible le sucederá a su tribu. Pero es pura fanfarronada, y acaso no se deje engañar. Hummm... lo siento, muchachos. Creo que nos hemos pasado de la raya. Si la cosa se pone verdaderamente fea, os cortaremos las ligaduras y huiremos todos juntos.

—Córtalas ahora —gruñó Tubal, sintiendo que se le helaba la sangre—. ¡Terminemos con esto de una vez!

—¡Espera! —gritó Forase en tono vehemente—. Deja que el terrestre emplee un poco su psicología. Adelante, terrestre. ¡Concentra la mente!

Williams pensó hasta que ya empezaba a dolerle el cerebro.

—Mirad —dijo con voz débil—, desde que fuimos incapaces de curar a la esposa del jefe, hemos perdido bastante prestigio como divinidades. La pobre murió ayer —y movió la cabeza como aprobando una idea que se le había ocurrido—. Lo que necesitamos es un milagro impresionante. Eh, amigos, ¿tenéis algo en los bolsillos?

Se arrodilló junto a ellos y se puso a cachearlos. Wry Forase tenía un lápiz, un cuaderno de bolsillo, un peine con púas de estaño, polvos contra el prurito, un fajo de vales y unas cuantas cosas más. Sefan poseía una colección de material vario similar.

En cambio, del bolsillo trasero de Tubal sacó un objeto pequeño, negro, parecido a un arma, con una empuñadura enorme y un cañón corto.

—¿Qué es esto? Tubal frunció el ceño.

—¿Y para eso llevamos tanto rato ahí sentados? Eso es un soplete de mano que yo utilicé para reparar una perforación de la nave. No vale nada; ya casi no le queda corriente.

A Williams se le iluminaron los ojos. Todo su cuerpo se galvanizó de excitación.

—¡Eso crees tú! Vosotros, la gente de la Galaxia, nunca veis más allá de vuestras narices. ¿Por qué no vais a pasar una temporada a la Tierra, y volveréis con nuevos puntos de vista?

Williams se alejó, corriendo hacia sus compañeros de conspiración.

—Sweeney —gritaba—, dile a ese condenado jefe con cola de mono que dentro de un segundo, nada más, voy a enfadarme y derrumbaré el firmamento entero sobre su cabeza. ¡Ponte duro!

Pero el jefe no aguardaba el mensaje. Hizo un gesto de desafío, y los indígenas iniciaron un asalto masivo. Tubal rugió; sus músculos golpeaban las ligaduras. El soldador de Williams entró en acción, el débil rayo eléctrico saltó adelante.

La choza indígena más próxima se encendió en llamas. Luego se incendió otra... y otra... y otra más... Y entonces la pistola de soldar se apagó.

Pero ya había cumplido su misión. Era bastante. No quedaba en pie ni un solo indígena. Todos se arrastraban con el rostro pegado al suelo, gimiendo y pidiendo perdón a grandes gritos. El que gemía más y daba mayores voces era el jefe.

—Dile —le ordenó Williams a Sweeney— que esto ino es más que una insignificante muestra de lo que pensamos hacer con él!

Dirigiéndose a los humanoides, mientras les cortaba las ligaduras de cuero, añadió en tono complacido:

—Sencillamente, un poco de psicología salvaje corriente.

Sólo cuando ya volvían a estar en la nave y otra vez en el espacio, Forase pudo tragarse el orgullo.

—¡Pero si yo pensaba que los terrestres no habían cultivado aún la psicología matemática! ¿Cómo sabías todo eso sobre los subhumanoides? ¡En la Galaxia, nadie ha llegado a un punto tan elevado todavía!

Williams sonrió.

—Mira, nosotros poseemos algunos conocimientos prácticos, empíricos, sobre el funcionamiento de la mente no civilizada. Ya ves, venimos de un mundo en el que la mayoría de la gente está todavía, por así decirlo, sin civilizar. Por lo tanto *ihemos de poseerlos!*

Forase movió la cabeza pausadamente, en señal afirmativa.

—¡Vaya terrícolas locos! Al menos, este pequeño episodio nos ha enseñado una cosa.

—¿Cuál?

Forase volvió a echar mano del argot terrestre, y dijo.

—Nunca te pongas pesado con un puñado de dementes. ¡Podrían estar mucho más lejos de lo que imaginabas!

Al repasar mis relatos para preparar este libro, me encontré con que La novatada era la única narración publicada de la cual no recordaba nada, excepto el título. Ni siquiera al releerlo lo reconocí. Si me lo hubieran dado a leer sin que llevase el nombre del autor y me hubieran invitado a adivinar quién lo escribió, me habría quedado atascado. Quizá esto signifique algo.

De todos modos, el relato discurre sobre el telón de fondo de «Homo Sol».

Abordando a Fred Pohl, tuve más suerte con otra narración: Super-Neutrón, que escribí a finales del mismo febrero en que hice Masks y La novatada. Se lo presenté el día 3 de marzo de 1941, y el día 5 lo aceptó.

Por aquellos días, a menos de tres años de haber presentado mi primer trabajo, me iba volviendo bastante irritable si rechazaban mis narraciones. Al menos, en mi diario saludo la noticia de la aceptación con estas palabras: «Ya era hora de que colocara algo; cinco semanas y media desde que vendí mi último relato».

Super-neutron

En la séptima reunión de la honorable Sociedad de Ananías tuvimos el mayor susto de nuestras vidas, y después elegimos presidente vitalicio a Gilbert Hayes.

La Sociedad no tiene muchos afiliados. Antes de la elección de Hayes éramos cuatro, solamente: John Sebastian, Simón Murfree, Morris Levin y yo. El primer domingo de cada mes comíamos juntos, y en tales ocasiones justificábamos el nombre de nuestra sociedad jugándonos el pago de la cuenta al juego de quién mentía mejor.

Resultaba un proceso bastante complicado, con reglas parlamentarias estrictas. Un miembro soltaba un relato, en cada reunión, cuando le tocaba el turno; aunque-ateniéndose a dos condiciones: tal relato había de ser un embuste descarado, complicado y fantástico; *pero* había de parecer real. Los demás socios tenían derecho —y lo ejercían— a atacar todos y cada uno de los puntos del relato haciendo preguntas o pidiendo explicaciones. ¡Ay del narrador que no respondiera a todas las preguntas inmediatamente, o que, al contestar, incurriese en una contradicción! ¡Cargaba con la cuenta! La pérdida financiera no era grande; el deshonor, sí.

Y entonces tuvo lugar aquella séptima reunión... y llegó Gilbert Hayes. Hayes era uno de los diversos no-socios que asistían de vez en cuando para escuchar la tanda de mentiras de sobremesa, pagándose cada cual su comida, y, naturalmente, sin voz ni voto en lo que sucediera. Pero en esta ocasión era el único de dicho grupo que asistía.

La comida había terminado. Fui elegido presidente de la asamblea (me tocaba por turno regular) y se había leído el acta, cuando he aquí que Hayes se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja:

—Caballeros, hoy desearía que me diesen una oportunidad.

—A los ojos de la Sociedad —repliqué yo, arrugando el ceño—, usted no existe, señor Hayes. Es imposible que tome parte.

—Entonces, permítame solamente que haga una declaración —repuso él—. El Sistema Solar llegará a su fin a las dos y siete minutos y medio de esta tarde, exactamente.

Todo el grupo sufrió una sacudida infernal. Yo levan té los ojos hacia el reloj eléctrico que había sobre el televisor. Era la una y catorce minutos.

—Si tiene algo en qué sustanciar tan extraordinaria declaración —dije, titubeando—, será sin duda muy interesante. Hoy le toca el turno a Levin; pero si está dispuesto a renunciar, y el resto de la Sociedad lo acepta...

Levin sonrió, asintiendo, y los demás se le sumaron.

Yo di el golpe de ritual con el mazo.

—El señor Hayes tiene la palabra.

Hayes encendió un cigarro puro y se quedó mirándolo pensativamente.

—Dispongo de poco más de una hora, caballeros, a pesar de lo cual empezaré por el principio, que se remonta a unos quince años atrás. Aunque luego dimití, por aquellas fechas era yo un astrofísico del Observatorio de Yerkes; era joven pero ya una promesa. Y me afanaba persiguiendo la solución de uno de los

enigmas perennes de la astrofísica: la fuente de los rayos cósmicos. Además, estaba lleno de ambición.

Hizo una pausa, y continuó en tono distinto:

—Ya saben, es raro que, con todo nuestro bagaje científico, en estos dos siglos últimos no hayamos encontrado dicha misteriosa fuente ni tampoco la igualmente misteriosa razón de que una estrella explote. Son los dos enigmas eternos, y sabemos tan poca cosa de ellos en la actualidad como sabíamos en tiempos de Einstein, Eddington y Millikan.

»Sin embargo, como decía, yo pensaba llegar a dominar el rayo cósmico, y en consecuencia, me puse a verificar mis ideas mediante la observación, para lo cual tenía que salir al espacio exterior. De todos modos, la operación no resultaba tan sencilla. Vean ustedes, estábamos en el año 2129, recién terminada la última guerra, y el Observatorio estaba casi destrozado... ¿Acaso no lo estábamos todos?

«Saqué el mejor partido posible de la situación. Alquilé un modelo 07 .viejo y de segunda mano, amontoné dentro mis aparatos y emprendí el vuelo solo. Es más, tuve que salir a hurtadillas del aeropuerto, sin los documentos de rigor, pues no tenía ganas de someterme al papeleo que el ejército de ocupación me habría impuesto. Era ilegal, pero yo quería recoger los datos que necesitaba, por lo que me dirigí en ángulo recto hacia la eclíptica, en dirección al Polo Sur Celeste, aproximadamente, y dejé al Sol a ciento sesenta mil millones de kilómetros detrás de mí.

»El viaje y los datos que recogí carecen de importancia. Jamás informé a nadie de uno ni de los otros. El meollo del relato está en el planeta que encontré.

En este punto, Murfree enarcó aquellas pobladas cejas que tenía y refunfuñó:

—Quisiera advertir al caballero, señor presidente, que hasta la fecha ningún socio de esta Sociedad ha salido sin despellejar, si quiso inventarse un planeta de mentirijillas.

Hayes sonrió tristemente.

—Correré el riesgo —dijo—. Y seguiré explicando que el decimoctavo día de mi viaje descubrí por primera vez el mencionado planeta, en forma de un disquito color naranja del tamaño de un guisante. Naturalmente, un planeta en aquella parte del espacio causa verdadera sensación. Me dirigí hacia allá, y al momento descubrí que no había arañado siquiera la corteza de la singularidad de aquel planeta. El simple hecho de que se encontrara allí resultaba fenomenal..., pero es que, además, no poseía campo gravitatorio alguno, en absoluto.

El vaso de vino de Levin se estrelló contra el suelo.

—Señor presidente —exclamó en un aliento de voz—, Pido que se descalifique acto seguido *a* caballero. No Puede existir masa alguna que no deforme el espacio en sus proximidades, creando así un campo gravitatorio. El caballero ha hecho una afirmación imposible; por lo tanto, debe ser descalificado — Levin tenía el rostro encarnado de cólera.

Pero Hayes levanto la mano.

—Pido tiempo, señor presidente. La explicación vendrá a su debido momento. Darla ahora sería complicar las cosas. Por favor, ¿puedo continuar?

Yo consideré el caso.

—En vista del carácter de su relato, me siento dispuesto a ser benigno. Se le concede un plazo, pero tensa la bondad de recordar que, a su debido tiempo, deberá dar una explicación. Si no la diera, perdería.

—De acuerdo —dijo Hayes—. Por el momento, ustedes tendrán que aceptar mi declaración de que el planeta *no poseía* gravedad alguna. Es un hecho incuestionable, porque yo llevaba en mi nave un equipo astronómico completo, y aunque mis instrumentos eran de una sensibilidad extraordinaria, registraron siempre un cero absoluto.

«También la recíproca era cierta, porque el planeta era completamente indiferente a la gravedad de otras masas. De nuevo, hago hincapié en que no le afectaba nada, *en absoluto*. Lo que voy a decir no pude determinarlo en aquellos momentos, pero el caso es que la observación subsiguiente, a lo largo de un período de años, me demostró que el planeta se desplazaba en línea recta y a velocidad constante. Hallándose como se hallaba dentro del campo de influencia del Sol, el hecho de que su órbita no fuese elíptica ni hiperbólica y de que, si bien acercándose al Sol, no se acelerase, demostraba que era independiente de la gravedad solar.

—Espere un poco, Hayes —Sebastian hizo un mueca tan pronunciada que se vio el destello de su premolar de oro—. ¿Qué era lo que mantenía unido al tal planeta? Sin gravedad, ¿cómo no se partía y dispersaba?

—En primer lugar, ¡pura inercia! —fue la réplica inmediata—. No había nada que pudiera *partirlo*. Una colisión con otro cuerpo de tamaño similar habría podido obrar tal efecto..., esto sin tomar en cuenta la posibilidad de que el planeta estuviera dotado de una fuerza de cohesión peculiar suya.

Y continuó, con un suspiro:

—Con eso no hemos agotado las propiedades de aquel cuerpo. Su color rojo anaranjado y su bajo poder de reflexión, o albedo, me pusieron sobre otra pista, y descubrí que el planeta era absolutamente transparente para todo el espectro electro-magnético, desde las ondas de radio hasta los rayos cósmicos. Sólo en la región del rojo y el amarillo de la gama de la luz visible era moderadamente opaco. De ahí procedía su color,

—¿Cómo se explica eso? —pidió Murfree. Hayes me miró.

—La pregunta no es razonable, señor presidente. Sostengo que lo mismo podrían preguntarme por qué el vidrio es enteramente transparente para todo lo que esté por encima o por debajo de la región ultravioleta, de modo que el calor, la luz y los rayos lo atraviesan, al tiempo que resulta opaco para la luz ultravioleta. Esto es propiedad de la sustancia misma, y debe aceptarse sin explicación de ninguna clase.

Yo di un golpe con el mazo.

—¡Declaro inadecuada la pregunta!

—Me opongo —objetó Murfree—. Hayes no ha dado una explicación satisfactoria. No hay nada perfectamente transparente. El vidrio, si tiene el grosor suficiente, detendrá hasta los rayos cósmicos. ¿Osará decirnos, pues, que la luz azul, o el calor, por ejemplo, podrían atravesar un planeta entero?

—¿Por qué no? —respondió Hayes—. El hecho de que la transparencia perfecta no exista en las sustancias que usted conoce no significa que no pueda existir en ninguna parte. En verdad, ninguna ley científica sostiene tal principio. El planeta que digo era perfectamente transparente, salvo por una pequeña región del espectro. Ese es un hecho concreto, sacado de la observación.

Mi mazo golpeó de nuevo.

—Declaro satisfactoria la explicación. Continúe, Hayes. El cigarro se le había apagado; Hayes hizo una pausa para encenderlo de nuevo. Después prosiguió:

—En otros aspectos, el planeta era normal. No era tan grande como Saturno..., su diámetro estaría, quizá, entre el de éste y el de Neptuno. Experimentos posteriores demostraron que poseía masa, aunque resultaba difícil averiguar cuánta..., si bien pasaba del doble de la de la Tierra. Poseyendo masa, tenía las propiedades habituales de la inercia y el movimiento mecánico..., pero carecía de gravedad.

Eran en ese instante la una y treinta y cinco.

Hayes siguió el movimiento de mis ojos y dijo:

—Sí, sólo nos quedan tres cuartos de hora. ¡Me daré prisa...! Naturalmente, un planeta tan raro me dio que pensar, lo cual, sumado al hecho de que yo había elaborado ya ciertas teorías relativas a los rayos cósmicos y las novas, me condujo a una interesante solución.

Hizo otra pausa para inspirar profundamente:

—Imagínense (si pueden) nuestro cosmos como una nube de... de, pues, unos superátomos que...

—Perdone —exclamó Sebastian, poniéndose en pie—, ¿se propone fundar toda o parte de su explicación en el trazado de analogías entre estrellas y átomos, o entre sistemas solares y órbitas electrónicas?

—¿Por qué lo pregunta? —interrogó a su vez Hayes, sin levantar la voz.

—Porque, si lo intenta, pido que le descalifiquen inmediatamente. La creencia de que los átomos son sistemas solares en miniatura se puede equiparar a la idea ptolemeica del universo. Tal supuesto no ha sido nunca aceptado por los científicos, ni siquiera en los mismos albores de la teoría atómica.

—El caballero tiene *razón* —asentí—. No se permitirá ninguna analogía de esta especie como parte de la explicación.

—Ahora protesto yo —exclamó Hayes—. Ustedes recordarán que en el curso de física elemental que les dieron en la escuela, se simulaba muy a menudo (para ilustrar algún punto determinado) que las moléculas de gas eran diminutas bolitas de billar. ¿Significa ello que las moléculas de los gases *sean* realmente bolas de billar?

—No —admitió Sebastian.

—Significa únicamente —fue diciendo Hayes— que las moléculas de los gases se comportan en ciertos aspectos de modo parecido a las bolas de billar. De este modo se visualiza mejor el comportamiento de unas, estudiando el de las otras... Pues bien, yo sólo trato de señalar un fenómeno en nuestro universo de estrellas, y con la única finalidad de dar una imagen fácil, lo comparo a un fenómeno similar, y mejor conocido, del mundo de los átomos. Lo cual no significa que las estrellas sean átomos gigantes.

Me había convencido.

—El punto está bien enfocado —dije—. Puede continuar su explicación, pero si la presidencia considera que la analogía deriva por mal camino, quedará usted descalificado.

—De acuerdo —aceptó Hayes—, pero, de momento, pasemos a otro punto. ¿Se acuerda alguno de ustedes de las primeras centrales atómicas, de hace ciento setenta años, y de cómo funcionaban?

—Creo —murmuró Levin— que cómo energía utilizaban el método clásico de fisión del uranio. Bombardeaban uranio con neutrones lentos y lo descomponían en masurio bario, rayos gamma y más neutrones, estableciendo así un proceso cíclico.

—¡En efecto! Bien, imaginen que el universo estelar actuase en ciertas cosas (fíjense bien, esto es una metáfora; no hay que tomarlo al pie de la letra) como un conjunto compuesto de átomos de uranio, e imagínense ese universo estelar bombardeado desde el exterior con objetos que pudieran actuar en algunos sentidos de manera similar a como actúan los neutrones a escala atómica.

»Uno de tales super-neutrones, al chocar contra un sol, provocaría la explosión de éste, convirtiéndolo en radiaciones y nuevos super-neutrones. En otras palabras, tendrían ustedes una nova. —Hayes paseó la mirada por el concurso, en espera de objeciones.

—¿Cómo justifica tal idea? —preguntó Levin.

—De dos maneras: una, lógica; otra, por la observación. Primero, la lógica. Las estrellas se encuentran esencialmente en un equilibrio materia-energía, y sin embargo, repentinamente, sin que se haya podido observar ningún cambio, ni espectral ni de otra clase, alguna que otra vez, explotan. Una explosión indica inestabilidad; pero ¿dónde? No será en el interior de la estrella, porque ha estado en equilibrio durante millones de años. No será desde un determinado punto del interior del universo, porque las novas se reparten, más o menos por igual, por todo el universo. Así pues, por eliminación, hemos de concluir que desde un punto de *fuera* del universo.

«Segundo, por la observación. ¡Yo me topé con uní de esos super-neutrones!

Murfree protestó, indignado:

—Supongo que se refiere al planeta sin gravedad que se encontró.

—En efecto.

—Entonces, ¿qué le hace pensar que se trata de un super-neutrón? No puede utilizar su teoría como prueba porque precisamente está aprovechando el propio super-neutrón para sostener su teoría. Aquí no nos permitimos] argumentar en círculos.

—Lo sé —declaró Hayes, mosqueado—. Emplearé nuevamente la lógica. El mundo de los átomos posee una fuerza cohesiva en la carga electromagnética de electrones y protones. El mundo de las estrellas posee una fuerza cohesiva en la gravedad. Las dos fuerzas sólo se parecen de una manera muy general. Por ejemplo, hay dos clases de cargas eléctricas, y en cambio sólo existe una clase de gravedad... y queda todavía un sinfín de otras diferencias menores. Sin embargo, hasta este punto me parece permisible una analogía. Un neutrón, a escala atómica, es una masa privada de la fuerza cohesiva atómica: la carga eléctrica. Un super-neutrón, a escala estelar, *habría de ser* una masa sin la fuerza cohesiva estelar: la gravedad. Por consiguiente, si encuentro un cuerpo sin gravedad, parece razonable suponerlo un super-neutrón.

—¿Considera lo dicho una prueba rigurosamente científica? —preguntó con sarcasmo Sebastian.

—No —admitió Hayes—, pero es lógico, no contradice los hechos científicos que yo conozco, y nos proporciona una explicación consistente de las novas. Lo cual debería bastar para nuestro objetivo inmediato.

Murfree tenía la vista clavada en las uñas.

—¿Y adonde se dirige precisamente ese super-neutrón?

—Veo que se adelanta a los acontecimientos —dijo Hayes con acento sombrío—. Fue lo que me pregunté yo] entonces. Hoy, a las dos y nueve minutos y medio, chocara de frente con el Sol, y ocho minutos después, la radiación resultante del estallido borraré a la Tierra] del número de los planetas.

—¿Cómo no informo de todo eso? —ladró Sebastian.

—¿Para qué? No se podía cambiar nada. No podemos manejar masas astronómicas. Ni siquiera toda la energía que pudiera reunirse en la Tierra habría bastado para desviar de su trayectoria ese enorme cuerpo. Además, no se puede escapar a otro punto del Sistema Solar porque Neptuno y Plutón se convertirán en gas lo mismo que los otros planetas, y los viajes interestelares todavía son absolutamente imposibles. Por consiguiente, como el hombre no puede existir independientemente en el espacio, está sentenciado.

»¿Para qué ir a explicar estas cosas? ¿Qué habría conseguido convenciendo a los que me escucharan de que la condena a muerte ya estaba firmada? Suicidios, oleadas de crímenes, orgías, mesías, evangelistas y todo lo malo y baladí que puedan ustedes imaginarse. Además, ¿es tan terrible la muerte a consecuencia de una nova? Es una muerte instantánea y limpia. A las dos diecisiete minutos estás aquí, y a las dos dieciocho minutos eres una tenue masa de gas. Es una muerte tan rápida y fácil que casi no significa morir.

Estas palabras fueron seguidas de un prolongado silencio. Yo me sentía inquieto. Hay mentiras y mentiras, pero ésta sonaba muy verídica. En Hayes no se observaba aquel leve doblar el labio ni el destellito en los ojos que constituyen la señal del triunfo cuando uno ha logrado colar una de las gordas. Estaba serio, terriblemente serio. Comprendí que los demás pensaban lo mismo. Levin bebía sorbitos de vino, y la mano le temblaba.

Por fin Sebastian tosió ruidosamente.

—¿Cuándo descubrió ese super-neutrón, y dónde?

—Hace quince años, a más de ciento cincuenta mil millones de kilómetros del Sol.

—¿Y durante todo este tiempo esa masa ha venido acercándose al Sol?

—Sí, a la velocidad constante de tres kilómetros y tres décimas por segundo.

—¡Magnífico, ya le he cogido! —Sebastian casi reía de alivio—. ¿Y cómo no lo han localizado los astrónomos en todo este tiempo?

—¡Dios mío! —respondió impaciente Hayes—. Se ve claramente que usted no es astrónomo. Veamos, ¿qué tonto intentaría mirar hacia el Polo Sur Celeste en busca de un planeta, si sólo se los encuentra en la eclíptica?

—No obstante —indicó Sebastian—, aquella región estudian igualmente. La fotografían.

—¡Sin duda! Por lo que me consta al super-neutrón « han fotografiado un centenar de veces (un millar de veces, si lo prefiere) aunque el Polo Sur es la región menos observada del cielo. Pero ¿qué hay que lo diferencie de una estrella? Con su bajo albedo, nunca pasó de la onceava magnitud en luminosidad. Al fin y al cabo, bastante cuesta ya, en todos los casos, detectar un planeta, ¡a Urano lo localizaron muchísimas veces antes de que Herschel se diera cuenta de que era un planeta. A Plutón costó años enteros encontrarlo, a pesar de que iban *buscándolo*. Recuerden además que, no poseyendo gravedad, no causa perturbaciones planetarias, y que esta carencia de perturbaciones elimina la indicación más palmaria de su presencia,

—Pero —insistió Sebastian, desesperadamente— al acercarse al Sol, su tamaño aparente aumentaría y empezaría a notarse un disco bien perceptible en un telescopio. Aunque poseyera una luz reflejada muy débil, oscurecería, sin duda alguna, las estrellas que se encontraran detrás.

—Cierto —reconoció Hayes—. No diré que un cartografiado completo y riguroso de la Región Polar no lo hubiera descubierto, pero tal cartografiado lo llevaron a cabo mucho tiempo atrás, y las someras investigaciones actuales en busca de novas, tipos espectrales especiales, etc., etc., no son exhaustivas, ni mucho menos. Luego, cuando el super-neutrón se acerca al Sol, empieza a aparecer solamente al alba y al anochecer —a la manera de la estrella matutina y vespertina— con lo cual se hace más difícil observarlo. Y por ello no lo ha observado nadie... que es lo que se podía esperar.

Nuevo silencio. Yo me di cuenta de que el corazón me martilleaba. Eran las dos, y no habíamos podido contradecir el relato de Hayes. Debíamos demostrar sin tardanza que era un embuste, o yo iba a morir de puro intrigado. Todos estábamos mirando el reloj.

Levin emprendió la pelea.

—Es una coincidencia extremadamente rara que el super-neutrón se dirija hacia el Sol, en línea recta. ¿Qué probabilidades hay en contra? Piénselo, enumerarlas sería lo mismo que recitar las que hay en contra de la verdad de su relato.

—La objeción es improcedente, Levin —interpuse yo—. No basta con alegar la improbabilidad, por grande que sea. Sólo la imposibilidad total o demostrar la inconsistencia de los argumentos pueden servir para descalificar.

Pero Hayes había levantado la mano.

—No importa. Permítame que conteste. Si consideramos un solo super-neutrón y una sola y determinada estrella, las probabilidades de un choque directo, frontal, son poquísimas. Sin embargo, estadísticamente, si usted dispara bastantes super-neutrones hacia el interior del universo, entonces, tomando el lapso de tiempo suficiente, todas y cada una de las estrellas habrían de sufrir un impacto, más pronto o más tarde. El espacio ha de estar poblado de un enjambre de super-neutrones (digamos uno por cada mil parsecs cúbicos), de manera que a pesar de las grandes distancias entre las estrellas y la relativa pequeñez de los blancos, en nuestra Galaxia se producen veinte novas por año..., es decir, cada año ocurren veinte colisiones entre super-neutrones y estrellas.

»La situación no es distinta, en realidad, a lo que ocurre con el uranio cuando lo bombardean con neutrones corrientes. De cada cien millones de éstos, sólo uno puede dar en el blanco, pero, con el tiempo, todos los núcleos estallan. Si existen fuera del universo inteligencias que dirigen este bombardeo (esto es pura hipótesis y no forma parte de mi argumentación, por favor) un año nuestro podría ser para ellas una infinitésima de segundo. Los blancos, para ellas, deben producirse a un promedio de miles de millones por cada segundo de los suyos. Acaso se vaya produciendo energía hasta el punto de que el material que compone este universo se haya calentado hasta pasar al estado gaseoso..., o como le llamen allá. Ustedes ya lo saben, el universo se expande... como un gas.

—No obstante, eso de que el primer super-neutrón que entra en nuestro sistema se lance de cabeza contra el Sol parece... —Levin terminó con un tartamudeo débil.

—¡Santo Dios! —atajó Hayes—. ¿Quién le ha dicho que éste ha sido el primero? Durante los tiempos geológicos pueden haber atravesado el sistema centenares de ellos. En los últimos mil años pueden haber cruzado uno o dos. ¿Cómo podríamos saberlo? Además, cuando uno se dirige hacia el Sol, los astrónomos tampoco lo descubren. Acaso éste sea el único que haya pasado desde cuando se inventó el telescopio, y antes aun, por supuesto... Y no olviden que, como no poseen gravedad, pueden atravesar por en medio del sistema sin afectar a

los planetas. Lo único que lo haría notar sería un impacto contra el Sol, y entonces ya no quedaría quien lo contase —dirigió una mirada a su reloj—. ¡Las dos y cinco! Ahora deberíamos verlo sobre el Sol. —Hayes se puso en pie y levantó la persiana. La amarilla luz solar penetró en la estancia, y yo me aparté de su polvoriento rectángulo. Tenía la boca seca como arena del desierto. Murfree se secaba la frente, pero en las mejillas y el cuello continuaba ostentando gotas de sudor.

Hayes sacó varios trozos de celuloide fotográfico impresionados y nos los entregó.

—Como ven, he venido preparado —a continuación levantó uno hacia el Sol—. Ahí está —comentó plácidamente—. Mis cálculos manifestaron que a la hora de la colisión se hallaría en tránsito con respecto a la Tierra. ¡Muy conveniente!

Yo también miraba al Sol, y noté que el corazón me fallaba un latido. Allí, perfectamente clara sobre el fondo luminoso del Sol, se veía una manchita negra, perfectamente circular.

—¿Cómo no se vaporiza? —balbuceó Murfree—. H de encontrarse ya casi en la atmósfera del Sol.

No creo que quisiera impugnar la versión de Hayes. Esto había quedado muy atrás. Murfree pedía datos, sinceramente.

—Les he dicho —explicó Hayes— que es transparente para casi todas las radiaciones solares. Sólo se puede convertir en calor la radiación que absorba, y sólo absorbe un porcentaje muy pequeño de la que recibe. Además, no está formado de una materia corriente. Es, probablemente, más refractario que la Tierra, y la superficie solar no pasa de los seis mil grados centígrados.

Con el pulgar, Hayes señaló por encima del hombro.

—Son las dos y nueve minutos y medio, caballeros El super-neutrón ha chocado ya; la muerte está en camino. Disponemos de ocho minutos.

Todos estábamos mudos a causa de, pura y simplemente, un terror insoportable. Recuerdo la voz de Hayes, cuando decía, con toda tranquilidad:

—¡Mercurio acaba de evaporarse! —unos minutos después—: ¡Venus ha desaparecido! —y finalmente—: ¡Nos quedan treinta segundos, caballeros!

Los segundos se hacían siglos; pero transcurrieron por fin. Y pasaron otros treinta segundos, y otros más...

Por la faz de Hayes se fue extendiendo e intensificando una expresión de asombro. Levantó el reloj y lo miró fijamente; después volvió a observar el Sol a través de la película.

—¡Se ha ido! —se volvió y nos miró—. Es increíble. Se me había ocurrido la idea, pero no osaba llevar demasiado lejos la analogía atómica. Ya saben que no todos los núcleos estallan al ser golpeados por un neutrón. Algunos, los de cadmio, por ejemplo, los absorben uno tras otro, como las esponjas absorben el agua.

Yo...

Hizo otra pausa, inspiró profundamente y continuó, meditabundo:

—Hasta el bloque de uranio más puro contiene vestigios de todos los demás elementos. Y en un universo de trillones de estrellas que se comportan como uranio, ¿qué representa un escaso millón de estrellas que se comporten como el cadmio?... ¡Nada! ¡Pero el Sol es una de ellas! ¡El género humano no merecía eso!

Hayes continuaba hablando; pero, por fin, nos había invadido gran alivio, y ya no le escuchábamos. Con frenesí casi histérico elegimos a Gilbert Hayes, por

aclamación entusiasta, presidente vitalicio, y decidimos por votación que aquel relato era la mentira más retumbante que se hubiera contado jamás.

Aunque, hay una cosa que me desazona. Hayes desempeña bien el cargo, y la sociedad florece más que nunca..., pero yo creo que deberíamos haberle descalificado, después de todo. Su relato cumplía bien la segunda condición, sonaba como si fuese verdad. Pero no creo que satisficiera la primera.

¡Yo creo que era *realmente* verdad!

Ahora tenía en la mente toda una serie. El Super-Neutrón había de ser el principio de una larga cadena de relatos muy documentados e ingeniosos que narraría en las reuniones de la «Honorable Sociedad de Ananías». Pero no resultó así. No hubo un segundo cuento, ni los comienzos de él, ni siquiera la idea para crearlo., Por la época en que escribía Super-Neutrón, en febrero de 1941, estaba enterado de la fisión del uranio y hasta había hablado de ella bastante detalladamente' con Campbell. Logré referirme a ella en el curso del relato como «el método clásico de la fisión del uranio para la obtención de energía». Hablé incluso del metal cadmio como capaz de absorber neutrones. No estaba mal para un relato que se publicó en 1941, hecho que a veces cito en público para causar sensación.

Adviertan, sin embargo, que en el mismo párrafo en que menciono la -fisión, hablo también del «masurio». En realidad, «masurio» era el nombre dado al elemento número 43 en 1926, pero ese descubrimiento había resultado una falsa alarma. No lo descubrieron de veras hasta 1937, y entonces le dieron el nombre de «tecnecio», actualmente aceptado. Parece, pues, que yo era capaz de penetrar en el futuro y ver la fisión del uranio como una fuente práctica de energía; pero no podía mirar unos pocos años atrás en el pasado y ver el nombre preciso para el elemento número 43.

Esto nos lleva al 17 de marzo de 1941, uno de los momentos cruciales de mi carrera literaria.

Por la mencionada fecha, yo había escrito ya treinta y un relatos, de los cuales había vendido diecisiete, e iba a vender cuatro más. De todos aquellos cuentos, quizá tres, y no más, demostrarían poseer un valor algo más que efímero. Dichos cuentos eran los «robot positrónicos» que había escrito hasta entonces: Robbie, Reason y ¡Embustero!

Volviendo la vista hacia mis tres primeros años de escritor, no puedo juzgarme, pues, sino como un firme y (acaso) esperanzado autor de tercera categoría. Es más, ésta era exactamente la idea que tenía entonces de mí mismo. Tampoco nadie más, a la sazón, me miraba en serio como a una posible estrella de primera magnitud en los firmamentos de la ciencia-ficción... excepto, quizá, Campbell.

¿Qué probabilidades había, pues, de que el 17 de marzo de 1941 me sentara a escribir lo que desde hace treinta años un considerable número de personas tiene por el más sobresaliente relato breve clásico de una revista de ciencia-ficción? Era una de esas cosas que no pueden suceder en modo alguno... y sin embargo sucedió.

La cosa empezó cuando entré aquel día en la oficina de Campbell y, como de costumbre, sugerí una. idea. No recuerdo de qué se trataba; pero él la rechazó inmediatamente; no porque fuese tan mala en realidad, sino porque quería demostrarme que tenía en la mente algo que excluía todo lo demás. Había topado con una cita de Ralph Emerson en la que se decía que si las estrellas aparecieran

una sola noche cada mil años, icómo crearían los hombres y cómo adorarían y conservarían durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios!.

Campbell me preguntó qué pensaba yo que sucedería si las estrellas sólo apareciesen a muy largos intervalos. Y no se me ocurrió ninguna idea inteligente que ofrecer.

—Creo que los hombres enloquecerían —dije pensativo.

Hablamos sobre esta cuestión largo rato, y luego me volví a casa a escribir sobre el tema un relato que desde el principio Campbell y yo decidimos que se llamaría *Nightfall* (Cae la noche).

Lo empecé aquella misma noche. Recuerdo perfectamente los detalles: el apartamento de mis padres en la Windsor Place de Brooklyn, enfrente de la pastelería; mi propia habitación, contigua a la sala de estar, la tengo bien grabada en la memoria, con la posición de la cama, la mesa, la máquina de escribir... y a mí mismo al poner manos a la obra.

Años después, mis adictos votarían sobre cuál ha sido el mejor cuento de ciencia-ficción de todos los tiempos. *Cae la noche* ha salido muy a menudo en primer lugar. Hace sólo un par de años, los Escritores de Ciencia-Ficción de América hicieron una encuesta entre sus miembros con respecto a cuál era el mejor relato del género que se había publicado, a fin de incluirlo en la antología del Hall of Fame. *Cae la noche* salió vencedor por un margen considerable. Y, por supuesto, desde entonces, ha entrado en una docena de antologías,

Por todo ello, se podría alegar que *Cae la noche* el mejor (o al menos el más popular) cuento corto ciencia-ficción que apareciera jamás en las revistas. Pues bien, a menudo me pregunto, con un estremecimiento, qué hubiera podido suceder la noche del 17 marzo de 1941 si un espíritu angélico me hubiera susurrado al oído: «Isaac, vas a escribir el mejor cuento corto de ciencia-ficción de nuestro tiempo.»

Yo habría quedado petrificado, sin duda alguna. No hubiera podido escribir ni una palabra.

Pero no conocemos el futuro, y yo tecleaba como un bendito, y escribí la narración y la completé el 9 de abril de 1941. Aquel día la presenté a Campbell, que me pidió una pequeña revisión. Procedí a verificarla y el 24 de abril de 1941 él me compró el relato.

Un cuento que supuso varias marcas. Era el más largo que había vendido hasta entonces; pasaba algo de las trece mil palabras. Como Campbell me dio una bonificación (la primera que yo recibía), el promedio por palabra me salió a un centavo y cuarto, siendo el importe total de 166 dólares, o sea, más del doble de cualquier otra cantidad cobrada por mí hasta entonces por un solo relato.

Por otra parte, *Cae la noche* apareció en el número de septiembre de 1941 de *Astounding* en el lugar correspondiente a la novelita principal. Por vez primera me dedicaban la cubierta de la revista, poniendo *Cae la noche*, de Isaac Asimov, en letras grandes, destacadas.

Pero lo más importante de todo fue que la publicación de este relato inscribió mi nombre, por consenso general (tres años después de iniciar mi carrera de escritor), en la lista de los escritores de ciencia-ficción de primera categoría.

Pero, ¡ay!, dicho relato no va incluido aquí. Está (naturalmente) en *Nightfall and Other Stories*.

Podría pensarse que el entusiasmo de haber escrito *Cae la noche* y los calurosos y francos elogios que Campbell le dedicó habían de lanzarme a darle furiosamente al teclado de la máquina; pero no sucedió así. Para mí, la primavera de 1941 fue una época mata.

En cualquier momento de aquel año habría podido abandonar Columbia con el diploma de licenciado, pero ello no me habría servido de nada. No tenía empleo alguno en que ocuparme, con lo cual no podía hacer otra cosa que dejar pasar el tiempo e intentar aumentar mis méritos ante un posible patrono yendo a la conquista del diploma gordo: el doctorado.

Lo cual significa que tuve que someterme a una complicada e interminable serie de «exámenes de aptitud» que tenía que aprobar antes de que se me permitiera iniciar las investigaciones sin las cuales no podía obtener el título de Doctor en Filosofía de la Ciencia. Aprobar era difícil; yo no me sentía preparado, ni mucho menos; pero tenía que intentarlo alguna vez, y además, si no sacaba muy malas notas, me permitirían que siguiese otros cursos y repitiese los exámenes más tarde.

Por consiguiente, en mayo me aparté de la máquina de escribir, estudié en serio para presentarme a examen, me presenté... y no aprobé. Sin embargo, lo hice suficientemente bien como para que me dieran opción a repetir en el futuro y, además, como premio de consolación, recibí mi título de M. A. (Magister Artium), a pesar de lo cual quedé terriblemente descorazonado.

(Por lo demás, en el ancho mundo exterior, aunque la Gran Bretaña había sobrevivido al bombardeo aéreo, Hitler seguía pareciendo incontenible. Invadió los Balcanes y nuevamente cosechaba victorias espectaculares, cosa que también resultaba muy desazonadora.)

Hasta el 24 de mayo de 1941 no logré sobreponerme y volver a escribir. Entonces hice ¡No definitivo!, que presenté a Campbell el 2 de junio. Lo aceptó el día 6, aunque sin bonificación.

¡No definitivo!

Nicholas Orloff se insertó el monóculo en el ojo izquierdo con todo el espíritu británico incorruptible de un ruso educado en Oxford y dijo en tono de reproche:

—¡Pero, mi querido señor secretario! ¡Cincuenta mil millones de dólares!

Leo Birnam levantó los hombros con aire cansado y dejó que el flaco cuerpo se envarase todavía más contra el respaldo del asiento.

—La incautación ha de llevarse a cabo, comisario. El Gobierno del Dominio, aquí en Ganímedes, empieza a perder la cabeza. Hasta el momento, los he retenido, pero como secretario de asuntos científicos tengo escaso poder.

—Lo sé, pero... —y Orloff abrió las manos en gesto de desamparo.

—Eso me figuro —convino Birnam—. El Gobierno del Imperio encuentra más cómodo mirar en sentido opuesto. Hasta el presente han mantenido en todo momento esta actitud. Hace un año que intento hacerles comprender la clase de peligro que se cierne sobre el Sistema entero; pero parece una tarea imposible. Apelo a usted, señor comisario. Usted es nuevo en el cargo y puede enfocar este asunto de Júpiter con mirada libre de prejuicios.

Orloff tosió y se miró la punta de las botas. En los tres meses que habían transcurrido desde que sucedió a Gridley como comisario colonial había catalogado como no leído todo lo relativo a «esos condenados *delirium tremens* jupiterinos». Actuó así de acuerdo con la política habitual del gabinete, que había clavado la etiqueta de «material inútil» al mencionado asunto mucho antes de que él entrara a ocupar su cargo.

Pero ahora que Ganímedes se alborotaba, se encontraba con que le habían enviado a Jovopolis (la capital de Júpiter) con instrucciones para que mantuviera sujetos a los «malditos provincianos». Era una misión comprometida.

Birnam había tomado la palabra:

—El Gobierno del Dominio ha llegado a un punto en el que necesita el dinero con tanto apremio, en realidad, que si no lo consigue pondrá todo el asunto a la luz pública.

La flema de Orloff se evaporó de súbito. Con mano rápida cogió el monóculo, que se le caía.

—¡Mi querido compañero!

—Ya sé qué significaría eso. Les he aconsejado que no lo hagan; pero el paso está justificado. Cuando el asunto se haga público, cuando la gente lo conozca bien, el Gobierno del Imperio no continuará en el poder ni una semana más. Y cuando entren los tecnócratas nos darán todo lo que les pidamos. La opinión pública se encargará de ello.

—Pero además provocarán ustedes el pánico y la histeria...

—¡Sin duda! Por eso titubeamos. Sin embargo, puede dar a esta entrevista el nombre de ultimátum. Queremos el secreto, lo *necesitamos*, pero, mucho más aún, *necesitamos* dinero.

—Comprendo. —Los pensamientos de Orloff corrían velozmente y no llegaban a ninguna conclusión agradable—. En tal caso, sería aconsejable investigar el caso con más atención. Si usted tiene los papeles relativos a las comunicaciones con el planeta Júpiter...

—Los tengo —respondió secamente Birnam—, como también los tiene el Gobierno del Imperio, en Washington. Eso no servirá de nada, comisario. Es el mismo bocado que han mascado los funcionarios de la Tierra este último año, y que no nos ha llevado a ninguna parte. Quiero que venga usted conmigo a la Estación del Éter.

El ganimediano se había levantado de la silla y miraba con ojos inflamados a Orloff desde sus dos metros de estatura.

Orloff se puso colorado.

—¿Me está dando órdenes?

—En cierto modo, sí. Le digo que no hay tiempo. Si se propone actuar, debe hacerlo en seguida; o, de lo contrario, abstenerse por completo —Birnam hizo una pausa; luego añadió—: No le importará andar, espero. De ordinario no se permite que los vehículos de motor se acerquen a la Estación del Éter; además, aprovecharé el paseo para explicarle unos cuantos datos del problema. Sólo está a unos tres kilómetros de aquí.

—Andaré —fue la brusca respuesta.

El recorrido cuesta arriba hasta llegar a poca distancia de la superficie lo hicieron en silencio. Un silencio que rompió Orloff cuando penetraron en la mortecina luz de la antesala.

—Hace frío aquí. .

—Lo sé. Cuesta mucho mantener la temperatura al nivel conveniente en este lugar, tan cerca de la superficie. Pero hará más frío fuera. ¡Tome!

Birnam había dado un puntapié a una puerta cerrada y estaba señalando las prendas colgadas del techo.

—Póngaselas. Las necesitará.

Orloff las manoseaba con aire dubitativo.

—¿Serán bastante gruesas?

Birnam se embutía dentro de su propio traje mientras contestaba:

—Están calentadas eléctricamente. Las encontrará bastante cálidas. ¡Eso es! Meta los bajos de las perneras dentro de las botas y átelas bien.

Después se volvió y, soltando un gruñido, bajó un cilindro de gas a doble compresión de un estante lateral del armario. Echó una mirada a la esfera indicadora; luego abrió la espita y se oyó un leve siseo de gas que salía. Lo olisqueó con satisfacción.

—¿Sabe manejar un aparatito de éstos? —preguntó, atornillando al caño de salida un tubo flexible de malla metálica, en cuyo extremo había un extraño objeto de cristal transparente, curiosamente curvado.

—¿Qué es eso?

—¡Una mascarilla de oxígeno! La atmósfera de Ganímedes está compuesta de argón y nitrógeno, casi al cincuenta por ciento. No es muy respirable, que digamos. —Levantó el doble cilindro hasta el lugar preciso de la espalda de Orloff y se lo sujetó en el aparejo.

Orloff se tambaleó.

—¡Cuánto pesa! No podré andar más allá de tres kilómetros con eso.

—Ahí fuera ya no pesará tanto. —Birnam señaló hacia arriba con un despreocupado movimiento de la cabeza e hizo descender la mascarilla de cristal sobre la cabeza de Orloff.

—Basta con que se acuerde de inspirar por la nariz y espirar por la boca, y no tendrá problemas. Por cierto, ¿ha comido algo hace poco?

—He almorzado antes de venir a visitarle.

—¡Vaya!, es un poco inconveniente —a continuación sacó un pequeño recipiente metálico del bolsillo y lo entregó al comisario—. Póngase una de estas píldoras en la boca y no deje de chuparla.

Orloff manoseaba torpemente con los guantes puestos, aunque por fin logró sacar un esferoide marrón del bote y ponérselo en la boca, mientras subía detrás de Birnam por una rampa de poca pendiente. El tabique que cerraba el extremo del pasillo se deslizó suavemente a un lado cuando llegaron cerca de él, y un leve suspiro de aire se escapó hacia la tenue atmósfera de Ganímedes.

Birnam cogió al otro por el brazo y lo sacó al exterior.

—He llenado su tanque de aire hasta reventar —le gritó—. Inspire profundamente y no deje de chupar la píldora.

Cuando cruzaron el umbral, la gravedad retornó y Orloff, después de un horrible momento de aparente levitación, sintió que el estómago le daba un salto mortal y le estallaba.

Dio una boqueada y palpó la píldora con la lengua en un desesperado intento por dominarse. La mezcla de los cilindros de aire, muy rica en oxígeno, le quemaba 1ª garganta; pero poco a poco Ganímedes se afianzó. El estómago retornó a su puesto habitual con un estremecimiento. Orloff intentó andar.

—Tómelo con calma, ahora —escuchó la voz apaciguadora de Birnam—. Ésto le sucede a uno las primeras veces que cambia de campo de gravedad bruscamente. Ande despacio y acomódese al ritmo, si no quiere dar un traspies. Así va bien, ya empieza a tomarle el pulso.

El suelo parecía elástico. Orloff sentía la presión del brazo de su acompañante, que le sujetaba a cada paso para impedir que saltara demasiado alto. A medida que iba cogiendo el ritmo, daba unos pasos más largos... y más a ras del suelo. Birnam seguía hablando, con la voz un poco apagada por la suelta faja de cuero que llevaba delante de la boca y Ja barbilla.

—Cada cual a su propio mundo —dijo con una sonrisa—. Hace unos años visité la Tierra, con mi esposa, y lo pasé terriblemente mal. No podía aprender a caminar por la superficie de un planeta sin una mascarilla pegada a la nariz. Me asfixiaba a cada momento, se lo aseguro. La luz del sol era demasiado viva; el cielo, excesivamente azul; la hierba, de un verde muy intenso. Y los edificios se levantaban en la propia superficie. Nunca olvidaré la ocasión en que quisieron hacerme dormir en una habitación veinte pisos más arriba del suelo, con la ventana abierta de par en par y la luna brillando sobre aquel cuadro.

«Regresé en la primera nave espacial que hacía el trayecto, y no pienso volver allá jamás. ¿Cómo se siente ahora?

—¡Muy bien! ¡Estupendamente!

Pasado el primer malestar, a Orloff le divertía mucho encontrar tan poca gravedad. Paseó una mirada por su alrededor. Cubrían el montuoso y quebrado suelo unos arbustos de anchas hojas y ramas bajas, ordenados en filas de un modo que revelaba un esmeradísimo cultivo.

Birnam respondió a la tácita pregunta: —El aire contiene suficiente anhídrico carbónico como para dar vida a las plantas, y éstas poseen la facultad de fijar

nitrógeno atmosférico. He ahí la causa de que la mayor fuente de riqueza de Ganímedes sea la agricultura. Estas plantas valdrían su peso en oro como fertilizantes allá en la Tierra, y lo duplicarían y triplicarían aún como fuente de un centenar de alcaloides que no se encuentran en ninguna otra parte del Sistema. Además, por supuesto, todo el mundo sabe que el «hoja-verde» ganimediano ha dejado al tabaco terrestre fuera de combate.

El runruneo de un cohete estratosférico adquiriría un timbre agudo en la enrarecida atmósfera. Orloff levantó la vista.

Se detuvo en seco, iy se olvidó de respirar! Era la primera vez que veía Júpiter en el firmamento.

Una cosa es ver a Júpiter, frío y arisco, sobre el telón de fondo color ébano del espacio... A novecientos mil kilómetros tiene ya un aire bastante majestuoso. Pero en Ganímedes, al aparecer apenas sobre las montañas, con la silueta dulcificada y hasta levemente difuminada por la leve atmósfera, brillando mansamente en un cielo violeta en el que sólo unas pocas estrellas fugaces osan competir con el gigante jupiterino... allá no hay combinación alguna de palabras capaz de describir su magnificencia.

Al principio, Orloff se empapó del giboso disco en silencio. Era gigantesco, su diámetro aparente multiplicaba por treinta y dos el del Sol, visto desde la Tierra. Las rayas destacaban como débiles capas de color sobre un fondo amarillo, y la Gran Mancha Roja era una laguna anaranjada de forma oval cerca del borde oeste.

Finalmente, Orloff murmuró con voz débil:

—¡Qué hermoso!

También Leo Birnam miraba; pero en sus ojos no había ni rastro de admiración. Sólo sentía el cansancio mecánico de quien contempla un espectáculo conocido. Su semblante mostraba una expresión de enfermiza antipatía. La faja de la barbilla escondía la torcida sonrisa de sus labios, pero el apretón que dio al brazo de Orloff marcó cardenales a^é través de la dura tela del traje de superficie.

—Es el panorama más horrible de todo el Sistema —dijo pausadamente.

Orloff dedicó una renuente atención a su compañero.

—¿Eh? —después, en tono desabrido—: ¡Ah, sí, esos misteriosos jupiterinos!

Con lo cual el ganimediano se volvió enojado y empezó a dar unas elásticas zancadas de casi cinco metros de longitud. Orloff le seguía trabajosamente, guardando el equilibrio con dificultad.

—Cuidado —imploraba jadeando. Pero Birnam no le escuchaba. Hablaba en tono frío, cáustico:

—Ustedes, los de la Tierra, pueden permitirse él lujo de ignorar a los de Júpiter. No saben nada de ese monstruo. En el firmamento de ustedes es una simple cabeza de alfiler, una caquita de mosca. Ustedes no viven aquí en Ganímedes, viendo ese coloso malévolosobre sus cabezas. Plantado en el cielo quince horas seguidas, ocultando Dios sabrá qué en su superficie. Escondiendo algo que espera y espera, y *trata de salir al ataque*. ¡Como una bomba gigante que sólo desea estallar!

—¡Tonterías! —consiguió articular Orloff—. *¿Quiere acortar el paso? No puedo seguirle.*

Birnam redujo las zancadas a la mitad, y dijo en tono seco:

—Todo el mundo sabe que Júpiter está habitado, pero prácticamente nadie se para nunca a pensar qué significa eso. Yo le digo que esos jupiterinos, sean lo

que fueren, han nacido para la púrpura. *Son los gobernantes naturales del Sistema Solar.*

—Histerismo puro —musitó Orloff—. Hace un año que al Gobierno del Imperio no le llega otra música de este Dominio.

—Y ustedes la escuchan encogiéndose de -hombros. Pues, ¡oiga! Júpiter, descontando el espesor de su atmósfera colosal, tiene más de ciento cuarenta mil kilómetros de diámetro. Esto significa que posee una superficie más de cien veces mayor que la Tierra, y más de cincuenta veces mayor que todo el Imperio Terrestre. Y en población, recursos, potencial de guerra, rige la misma proporción.

—Simples números...

—Sé lo que quiere decir —continuó Birnam, apasionadamente—. Las guerras no se hacen con números, sino con ciencia y organización. Los jupiterinos tienen ambas cosas. En el cuarto de siglo que hace que nos comunicamos con ellos, nos hemos enterado de muchas cosas. Conocen la energía atómica y la radiactividad. Y en un mundo de amoníaco a gran presión (un mundo, dicho de otro modo, en que casi ningún metal puede existir como *tal* durante mucho tiempo por la tendencia que tienen a formar compuestos de amonio solubles), han logrado edificar una civilización muy compleja. Esto significa que han tenido que servirse de plásticos, vidrios, silicatos y materiales de construcción sintéticos de una u otra especie. De *lo cual* se deriva que existe ahí una química tan adelantada como la nuestra, al menos, y yo me inclinaría en favor de la posibilidad de que lo esté más aún.

Orloff tardó un buen rato en contestar. Luego dijo:

—Pero ¿qué certeza poseen con respecto al último mensaje de los de Júpiter? Allá en la Tierra nos inclinamos a dudar que los jupiterinos puedan ser tan irrazonablemente beligerantes como se los ha descrito.

El ganimediano soltó una carcajada breve.

—Después del último mensaje han roto toda comunicación, ¿no es cierto? Es un gesto que no parece demasiado amistoso, ¿verdad? Le aseguro que por nuestra parte, salvo ponernos cabeza abajo y pies en alto, lo hemos intentado todo por establecer contacto con ellos. «Espere, no hable. Permita que le explique unas cosas. Aquí en Ganímedes, un grupito de hombres ha trabajado durante veinticinco años, partiéndose el pecho y el alma, por hallar el significado de una serie de chasquidos variables de nuestros aparatos de radio, cargados de ruidos parásitos y deformados por la gravedad; porque los tales chasquidos eran nuestra única conexión con los seres inteligentes que pudiera haber en Júpiter. Era tarea para todo un mundo de científicos, pero nunca tuvimos más de un par de docenas a la vez en la Estación. Yo me conté entre ellos desde el mismo comienzo y, como filólogo, contribuí a formar e interpretar el código que se desarrolló entre nosotros y los jupiterinos; de modo que, como puede ver, hablo con bastante conocimiento del asunto.

»Fue una tarea infernal, que le descorazonaba a uno. Hubieron de transcurrir cinco años antes de que pasáramos de los chasquidos elementales de la aritmética: tres y cuatro dan siete; la raíz cuadrada de veinticinco es cinco; el factorial de seis es setecientos veinte. Después de esto, a veces transcurrieron meses enteros sin que pudiéramos elaborar y comprobar, mediante nuevas comunicaciones, ni un fragmento de pensamiento siquiera.

»Pero (y ahí está el quid de la cuestión) por la fecha en que los jupiterinos rompieron las relaciones, los entendíamos *del todo*. No había más probabilidades de incurrir en un error de interpretación que de que Ganímedes pudiera salirse repentinamente de su órbita alrededor de Júpiter. Y su último mensaje fue una amenaza, y una promesa de destrucción. ¡Ah, no cabe duda! ¡No cabe duda!

Estaban cruzando por un desfiladero poco profundo en el que la amarilla luz de Júpiter cedía el puesto a ; una viscosa oscuridad.

Orloff se conturbó. Nunca le habían presentado el caso de esta manera.

—Pero el motivo, amigo mío —contestó—. ¿Qué motivo les dimos...?

—¡Ninguno! He aquí lo que sucedió, sencillamente: los jupiterinos habían descubierto, por nuestros mensajes (dónde y cómo precisamente no lo sé) que *nosotros* no éramos jupiterinos.

—Naturalmente.

—Para ellos no fue «naturalmente». En toda su historia, nunca se habían topado con inteligencias que no fuesen jupiterinas. ¿Por qué habían de hacer una excepción en favor de las del espacio exterior?

—Usted ha dicho que son científicos —el tono de Orloff había adquirido una recelosa frialdad—. ¿No habían de comprender que entornos distintos originarían forzosamente una vida distinta a la suya? *Nosotros* lo sabíamos y nunca pensamos que los jupiterinos fuesen como los terrícolas, aunque jamás habíamos encontrado otras inteligencias sino las de la Tierra.

Volvían a encontrarse bajo la empapadora inundación de luz de Júpiter; a la derecha relumbraba con fulgor ambarino una extensa depresión helada.

Birnam respondió:

—He dicho que son químicos y físicos..., pero no he dicho que fuesen astrónomos. Júpiter, mi querido comisario, está envuelto en una atmósfera de cinco mil kilómetros, o más, de espesor, y esa capa de gas esconde todos los astros, excepto el Sol y los cuatro satélites mayores de Júpiter. Los jupiterinos no saben nada de entornos extraños al suyo.

—Por consiguiente, supusieron que nosotros éramos seres extraños —reflexionó Orloff—. ¿Y luego?

—A su modo de ver, no siendo nosotros habitantes de Júpiter, no somos personas. Vino a resultar que todo no-jupiterino era, por definición, un «gusano» —Birnam se adelantó a la protesta automática de Orloff—. A sus ojos, digo, gusanos éramos, y gusanos somos. Más aún, éramos unos gusanos que habían tenido la singular y descarada osadía de intentar entablar tratos con ellos, los jupiterinos... con *seres humanos*. He ahí el último mensaje que nos enviaron, palabra por palabra: «Los jupiterinos somos los dueños. No hay sitio para gusanos. Os destruiremos inmediatamente.» Dudo que en este mensaje hubiera ninguna animosidad... era, tan sólo, la fría enunciación de un hecho. Pero lo decían en serio.

—¿Por qué, de todos modos?

—¿Por qué extermina el hombre a la mosca doméstica?

—Ea, señor mío. ¡No presentará en serio una analogía de tal naturaleza!

—¿Por qué no, dado que es cierto que los jupiterinos nos consideran una especie de mosca doméstica, una variedad insoportable de mosca doméstica que aspira a poseer inteligencia?

Orloff hizo un último intento.

—Sinceramente, señor secretario, parece imposible que un ser inteligente adopte semejante actitud. La réplica fue inmediata, preñada de sarcasmo:

—¿Conoce usted muy a fondo algún otro tipo de inteligencia que no sea la nuestra? ¿Se considera documentado para aprobar un examen sobre psicología jupiterina? ¿Sabe acaso *cuan* extraños puedan ser físicamente los jupiterinos? Piense nada más en la fuerza de gravedad de su mundo, dos veces y media

superior a la terrestre; en sus océanos de amoníaco... a los que se podría arrojar la Tierra entera sin levantar una rociada digna de mención; en su atmósfera de cinco mil kilómetros, aplastada hacia el suelo por la tremenda gravedad y alcanzando densidades y presiones en sus capas inferiores comparadas con las cuales los fondos oceánicos de la Tierra han de parecer casi un semivacío. Yo le digo a usted que hemos intentado imaginarnos qué clase de vida puede existir bajo esas condiciones, y hemos abandonado el empeño. Resulta totalmente incomprensible. ¿Espera, pues, que sea algo más fácil comprender la mentalidad de esos seres? ¡Nunca! Acepte el hecho tal como es. Intentan destruirnos. Es todo lo que sabemos y todo lo que necesitamos saber. —Terminado este discurso, levantó la enguantada mano y señaló con el índice—: Ahí delante está la Estación del Éter.

Orloff movió la cabeza a ambos lados.

—¿Bajo el suelo?

—¡Ciertamente! Todo menos el Observatorio. Que es aquella cúpula de acero y cuarzo de la derecha; la pequeña.

Se habían detenido delante de dos grandes piedras que flanqueaban un talud de tierra, y de detrás de cada una de ellas emergió un soldado con el uniforme naranja ganimediano y mascarilla de oxígeno, avanzando hacia ellos con los desintegradores preparados. Birnam levantó la cara de modo que le diera la luz de Júpiter, y los soldados saludaron y se hicieron a un lado. Uno de ellos gritó una palabra corta ante el micrófono que llevaba en la muñeca: la entrada disimulada que había entre las dos grandes piedras se abrió, y Orloff penetró, detrás del secretario, en la boca de la cámara de aire.

Antes de que la puerta se cerrara, aislándolos por completo de la superficie, el terrícola pudo dirigir una última ojeada al dilatado Júpiter.

¡Ya no le parecía hermoso!

Orloff no se volvió a sentir normal hasta haberse sentado en el recargado sillón del despacho particular del doctor Edward Prosser. Dando un suspiro de completa relajación, se colocó el monóculo bajo la ceja.

—¿Le molestaría al doctor Prosser que fumase aquí, mientras esperamos? —preguntó.

—Adelante —contestó Birnam, despreocupado—. Lo que a mí me gustaría sería ir a sacarle de la tarea en que esté perdiendo el tiempo ahora, sea la que fuere; pero es un tipo raro. Con él, conseguiremos más si aguardamos hasta que esté de humor para recibirnos. —Y sacó del estuche un nudoso palito de tabaco verdusco, cuya punta mordió con rabia.

Detrás del humo de su propio cigarrillo, Orloff sonreía.

—No me importa esperar. Todavía tengo que decirle algo. Mire, de momento, usted, señor secretario, casi me ha hecho perder los estribos; pero después de todo, y aun dando por seguro que los jupiterinos tengan malas intenciones para cuando puedan echarnos mano, continúa en pie un hecho incontrovertible —y en este punto espació enfáticamente las palabras—, el de que no pueden.

—Se trata de una bomba sin mecha, ¿eh?

—¡Exacto! Es la mismísima simplicidad, y no vale la pena discutirlo. Reconocerá usted, supongo, que los jupiterinos no pueden salir fuera de Júpiter en ninguna circunstancia.

—¿En *ninguna* circunstancia? —había un retintín burlón en la calmada respuesta de Birnam—. Analicemos este punto —clavó la mirada en la brasa

púrpura de su cigarro, y continuó—: Es una vieja cantinela la de que los jupiterinos no pueden salir fuera de Júpiter. Así lo han pregonado los sensacionalistas de la Tierra y de Ganímedes y se ha derramado una buena ración de sentimentalismo sobre esas infortunadas inteligencias que están atadas de modo irrevocable a la superficie y han de levantar eternamente la vista al universo exterior, mirando, observando, interrogándose, sin poder alcanzarlo jamás.

»Pero, veamos, al fin y al cabo, ¿qué es lo que sujeta a los jupiterinos a su planeta? ¡Dos factores! ¡Nada más! Primero: el intenso campo de gravedad del planeta, dos veces y media superior a la normal de la Tierra. Orloff hizo un signo afirmativo.

—¡Es tremendo! —convino.

—Además, el potencial gravitacional de Júpiter es peor todavía, porque, debido a su gran diámetro, la intensidad del campo decrece, con la distancia, diez veces menos de prisa que en la Tierra. Es un problema terrible... *pero ya lo han solucionado.*

—¿Eh? —exclamó Orloff, palideciendo.

—Tienen la energía atómica. La gravedad (ni aun la de Júpiter) no es nada si has logrado que los núcleos atómicos inestables trabajen para ti.

Orloff apagó el cigarrillo aplastándolo con gesto nervioso.

—Pero su atmósfera...

—Sí, eso es lo que los detiene. Viven en el fondo de un océano de atmósfera de cinco mil kilómetros de profundidad, y la tremenda presión comprime el hidrógeno que la compone hasta una densidad que se aproxima a la del hidrógeno *sólido*. Continúa en estado *gaseoso* porque la temperatura de Júpiter se mantiene por encima del punto crítico; pero trate de imaginarse la presión que origina el *gas* hidrógeno a una densidad que sea la mitad de la del agua. Le sorprenderá el número de ceros que tendrá que escribir.

»No hay nave espacial, ni metálica, ni de ninguna otra sustancia, *capaz* de resistir semejante presión. Ninguna nave espacial terrestre podría aterrizar en Júpiter sin aplastarse como una cáscara de huevo, y tampoco ninguna nave espacial jupiterina podría abandonar su planeta sin estallar como una pompa de jabón. Este problema no lo han resuelto todavía; pero, con el tiempo, lo resolverán. Quizá mañana, quizá tarden cien años, o mil. No lo sabemos; pero cuando lo hayan solucionado, los jupiterinos se nos habrán echado encima. Y esto se puede solucionar de una manera específica.

—No veo cómo...

—¡Mediante campos de fuerza! Nosotros los tenemos ya; usted lo sabe.

—¡Campos de fuerza! —Orloff parecía profundamente asombrado, y mascó y remascó la palabra varias veces para sí mismo—. Los utilizan como escudos contra los meteoros para las naves en la zona de los asteroides..., pero no veo cómo aplicarlos al problema jupiterino.

—El campo de fuerza ordinario —explicó Birnam— es una débil zona rarificada de energía que se extiende por unos ciento cincuenta kilómetros o más fuera de la nave. Detendrá meteoros, aunque no es ni más ni menos que vacío éter para un objeto como una molécula de gas. *Pero* ¿qué pasa si se coge esa misma zona de energía y se comprime hasta el espesor de dos milímetros? Las moléculas rebotarían en ella; así: *iping-g-g-g!* Y si se utilizaran generadores más potentes y se comprimiera el campo hasta dos décimas de milímetro, las moléculas rebotarían incluso arrastradas por la increíble presión de la atmósfera de Júpiter... y entonces,

si se construyera una nave en el interior... —dejó la frase colgando en el espacio. Orloff se había puesto pálido.

—¡No estará insinuando que es posible lograrlo!

—Le apuesto lo que usted quiera a que los jupiterinos lo están *intentando*. Y *nosotros* estamos tratando de hacerlo aquí precisamente, en la Estación del Éter. El comisario colonial acercó la silla a la de Birnam y cogió al ganimediano por la muñeca.

—¿Por qué no bombardeamos nosotros Júpiter con bombas atómicas? ¿Por qué no le damos un repaso de cabo a rabo, quiero decir? Con su gravedad y su extensión superficial, no se puede errar el tiro.

—Habíamos pensado en ello —objetó Birnam, con una débil sonrisa—. Pero las bombas atómicas no harían más que practicar orificios en la atmósfera. E incluso, suponiendo que pudiéramos penetrar más, divida usted la superficie del gran planeta por el área que destruye una sola bomba y hallará el número de años que deberíamos pasar bombardeándolo para empezar a causarle un daño apreciable. ¡Júpiter es *enorme!* ¡No lo olvide!

El cigarro se le había apagado, pero no se acordó de volver a encenderlo. Con voz baja y tensa, continuó:

—No, no podemos atacar a los jupiterinos mientras estén en Júpiter. Hemos de aguardar a que salgan... y cuando salgan nos superarán en número. La diferencia numérica será terrible, aterradora... De modo que nosotros tenemos que superarlos en ciencia.

—Pero —interpuso Orloff, y se percibía un fascinado espanto en su voz—, ¿cómo podemos saber de antemano qué tienen?

—No podemos saberlo. Nos vemos obligados a reunir todo cuanto podamos y esperar que ocurra lo mejor. Pero una cosa *sí* que sabemos que habrán de tenerla, y esa cosa es campos de fuerza. Sin ellos, no pueden salir. Y si ellos los tienen, nosotros debemos tenerlos también, y ése es el problema que hemos de resolver aquí. Los campos de fuerza no nos asegurarán la victoria; pero sin ellos, no cabe duda de que sufriremos una derrota inevitable. Ahora, pues, ya sabe por qué necesitamos dinero... Y más que dinero. Necesitamos que la misma Tierra se ponga manos a la obra. Es preciso empezar una carrera de armamentos científicos y subordinarlo todo a ella. ¿Comprende?

Orloff se había puesto en pie.

—Birnam, estoy con usted... total, absolutamente con usted. Puede contar conmigo, allá en Washington.

No se podía dudar de su sinceridad. Birnam estrechó y sacudió la mano que se le ofrecía... y en aquel momento entró furiosamente en la estancia un hombre que más bien parecía un duendecillo.

El recién llegado hablaba a sacudidas rápidas, dirigiéndose exclusivamente a Birnam:

—¿De dónde viene? Hemos tratado de establecer contacto con usted. El secretario nos ha dicho que no estaba allí. Diez minutos después, se presenta personalmente. No lo entiendo —al mismo tiempo revolvió desmelenadamente por su escritorio.

Birnam sonrió.

—Si puede tomarse el tiempo necesario, doctor, podrá saludar al comisario colonial Orloff.

El doctor Edward Prosser giró sobre la punta del pie, como un bailarín de ballet, y miró de pies a cabeza al terrícola un par de veces.

—El nuevo, ¿eh? ¿Nos concede dinero? Debería concedérselo. Hace mucho tiempo que estamos pasando la maroma. El caso es que quizá no necesitemos nada. Depende. —Había vuelto a su mesa.

Orloff parecía un poquitín desconcertado; pero Birnam le guiñó el ojo en señal de inteligencia, mientras él se contentaba con una mirada vidriosa a través del monóculo.

Prosser saltó hacia un librito de cuero negro escondido en los recovecos de un casillero, se derrumbó en seguida en el sillón giratorio y se puso a dar vueltas.

—Me alegra que haya venido, Birnam —dijo, hojeando el librito—. Tengo que enseñarle una cosa. Y también al comisario Orloff.

—¿Por qué nos ha hecho esperar? —preguntó Birnam—. ¿Dónde estaba?

—¡Trabajando! ¡Trabajando como un condenado! Me he pasado tres noches sin dormir. —Levantó los ojos y su carita menuda, arrugada, se sonrojó de contento—. De pronto, todo se ha colocado en su sitio. Lo mismo que en un rompecabezas. Nunca había visto cosa parecida. Nos mantiene la esperanza. Se lo digo.

—¿Ha conseguido los campos de fuerza comprimidos que busca? —preguntó Orloff con repentino entusiasmo. Prosser pareció molesto.

—No, eso no. Otra cosa. Vengan. —Dirigió una mirada encendida a su reloj y saltó fuera del sillón—. Disponemos de media hora. Vámonos.

Fuera les esperaba un coche anticuado, con motor eléctrico. Prosser hablaba excitado mientras lanzaba el ronroneante vehículo rampas abajo, hacia las profundidades de la Estación.

—¡La teoría! —exclamó—. ¡La teoría! Tiene una importancia enorme la teoría. Presentas un problema a un técnico, y anda hurgando y revolviendo a diestro y siniestro. Perderá el tiempo de varias vidas. Y no llegará a ninguna parte. No hará sino andar a tuestas. Un -verdadero científico trabaja con teorías. Dejemos que las matemáticas resuelvan sus problemas —rebosaba de autocomplacencia.

El coche se detuvo a un palmo de una gran puerta de dos hojas, y Prosser bajó atropelladamente, seguido con más calma por los otros dos.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —iba indicando. Abrió la puerta y los guió pasillo abajo para subir después un estrecho tramo de escaleras hacia un pasillo angosto que rodeaba una espaciosísima habitación de tres niveles. Orloff reconoció el brillante elipsoide de acero y cuarzo erizado de tubos de dos niveles más abajo. Era un generador atómico.

Se caló el monóculo y se puso a observar el incesante ir y venir por aquella planta inferior. Un hombre equipado con unos grandes auriculares y sentado en un alto taburete delante de un cuadro de control tachonado de esferas, levantó la vista y saludó con la mano. Prosser le devolvió el saludo del mismo modo y sonrió.

—¿Aquí crean los campos de fuerza? —preguntó Orloff.

—¡En efecto! ¿No ha visto nunca ninguno?

—No. —El comisario sonrió con cara triste—. Ni siquiera sé *qué* es un campo de fuerza; sólo sé que se puede utilizar como coraza protectora contra meteoritos. . . —Es muy sencillo —explicó Prosser—. Toda la materia está compuesta de átomos. A los átomos los mantienen unidos las fuerzas interatómicas. Quite los átomos, y deje las fuerzas interatómicas. *Eso* es un campo de fuerza.

Orloff parecía estar *in ábis*. Birnam soltó una risa gutural y se rascó detrás de la oreja.

—Esta explicación me recuerda el sistema que empleamos en Gánímedes para suspender un huevo en el aire a más de kilómetro y medio de altura. Se hace así: Buscas una montaña de la altura deseada, exactamente, y pones el huevo en la cumbre. Luego, manteniendo el huevo donde está, quitas la montaña de debajo. Eso es todo.

El comisario colonial echó la cabeza atrás para reír más a gusto. El irascible doctor Prosser adelantó los labios en un gesto de profundo desagrado.

—Vamos, vamos. No es una broma, ya lo saben. Los campos de fuerza tienen gran importancia. Hemos de estar preparados para recibir a los jupiterinos, cuando vengan.

Un repentino zumbido áspero, procedente de abajo, hizo apartar a Prosser de la barandilla.

—Vengan acá, detrás de esta pantalla —balbuceó—. El campo de veinte milímetros está ascendiendo. Da una radiación perjudicial.

El zumbido se redujo hasta casi un silencio absoluto, y los tres hombres salieron otra vez al pasillo. No se había producido ningún cambio, en apariencia; pero Prosser sacó la mano por encima de la barandilla y dijo:

—¡Toquen!

Orloff extendió un dedo cauteloso, abrió la boca pasmado y golpeó con la palma de la mano. Era como si uno empujase una esponja de goma muy blanda o unos muelles de acero superelásticos.

También Birnam hizo la prueba.

—Es mejor que todo lo que habíamos hecho hasta ahora, ¿verdad? —a Orloff le explicó—: Una pantalla de veinte milímetros es aquella capaz de resistir una atmósfera con una presión de veinte milímetros contra el vacío, sin que se produzca ninguna filtración apreciable.

El comisario movió la cabeza, asintiendo.

—¡Ah, ya! De modo que para cerrar el paso a la atmósfera de la Tierra necesitarían una pantalla de setecientos sesenta milímetros.

—¡Exacto! Esa sería una pantalla de una unidad de atmósfera. Bueno, Prosser, ¿por esto estaba tan excitado?

—¿Por esta pantalla de veinte milímetros? Claro que no. Puedo llegar hasta los doscientos cincuenta milímetros, utilizando el pentasulfito de vanadio activado en la escisión del praseodimio. Pero no es necesario. Los técnicos lo harían, y en cualquier momento todo esto estallaría. El científico comprueba la teoría y anda despacio —guiñaba el ojo—. Ahora estamos endureciendo el campo. ¡Miren!

—¿Nos metemos detrás de la pantalla protectora?

—Ya no es necesario. La radiación sólo es peligrosa al comienzo.

El zumbido se oyó nuevamente, aunque no tan fuerte como antes. Prosser le gritó algo al encargado del cuadro de mandos, quien contestó con un amplio ademán.

Luego el hombre de los controles agitó el cerrado puño, y Prosser exclamó:

—¡Hemos pasado de los cincuenta milímetros! ¡Toquen el campo!

Orloff extendió la mano y empujó con curiosidad. ¡La goma esponjosa se había endurecido! Intentó pellizcarla con el índice y el pulgar (tan perfecta era la

ilusión), pero en este caso la «goma» se desvanecía en aire y no ofrecía ninguna resistencia.

Prosser chasqueó la lengua, irritado.

—En ángulo recto con la fuerza no se encuentra resistencia alguna. Eso es de mecánica elemental.

El hombre de los controles estaba haciendo señas otra vez.

—Hemos pasado de los setenta —explicó Prosser—. Ahora vamos más despacio. El punto crítico está en los 83'42 —de pronto se inclinó por encima de la barandilla y dio sendos puntapiés a sus dos acompañantes—. ¡Apártense! ¡Peligro! —Y luego chilló—: ¡Cuidado! ¡El generador va a dar un salto!

El zumbido había llegado a un ronco máximo y el hombre de los mandos manipulaba frenético de una a otra palanca. En el interior del corazón de cuarzo del generador atómico central el fulgor rojo oscuro de los átomos que se escindían había adquirido un brillo claro Peligroso.

El zumbido se interrumpió, se produjo un rugido reverberante y una onda de aire mandó a Orloff contra la pared.

Prosser se levantó como una flecha. Tenía un corte sobre el ojo.

—¿Herido'? ¿No? ¡Bien, bien! Esperaba algo así. Debía habérselo advertido. Bajemos. ¿Dónde está Birnam?

El ganimediano se levantó del suelo y se sacudió la ropa.

—Aquí estoy. ¿Qué ha explotado?

—No ha explotado nada. Se habrá desarreglado algo. Vamos, bajemos. —Se secaba la frente con el pañuelo, mientras emprendía el descenso, delante de los otros dos.

Al acercarse el profesor, el hombre de los mandos se quitó los auriculares y bajó del taburete. Parecía cansado; tenía la cara, llena de manchas de suciedad, empapada en sudor.

—El maldito aparato ha empezado a moverse a 82'8, jefe. Por poco me coge.

—Por poco, ¿no es cierto? —refunfuñó Prosser—. Dentro de los límites de error, ¿verdad? ¿Cómo está el generador? ¡Eh, Stoddard!

El técnico aludido respondió desde su puesto en el generador:

—El tubo 5 ha quedado inutilizado. Tardaremos dos días en cambiarlo.

Prosser se volvió, satisfecho, y dijo:

—Ha salido bien. Ha ocurrido como me figuraba., exactamente. Problema resuelto, caballeros. Se acabaron las preocupaciones. Volvamos a mi despacho. Tengo que comer. Y luego necesito dormir.

No hizo nuevas alusiones al tema hasta que volvió a encontrarse detrás de la mesa del despacho. Y entonces lo hizo entre bocado y bocado —unos bocados enormes— de emparedado de hígado con cebolla.

—Recuerde el trabajo sobre tensión espacial que hicimos en junio pasado —dijo, dirigiéndose a Birnam—. Fracasó. Pero continuamos dándole al yunque. Finch logró unas indicaciones la semana pasada, y yo las desarrollé. Y todo encajó en su puesto. Suave como grasa de pato. Jamás había visto cosa parecida.

—Siga —invitó Birnam tranquilamente. Conocía bastante bien a Prosser y se abstuvo de manifestar impaciencia.

—Ustedes han visto lo que ha ocurrido. Cuando un campo llega a los 83'42 milímetros se vuelve inestable. El espacio no soporta la tensión. Se dobla, y el campo estalla. *iBum!*

Birnam puso una cara muy larga, y los brazos del sillón de Orloff crujieron bajo una presión repentina. Un rato de silencio, y luego Birnam dijo en tono inseguro:

—¿Quiere decir que no son posibles campos de fuerza más intensos?

—Claro que son posibles. Se pueden crear. Pero cuanto más densos, más inestables. Si hubiese puesto "en marcha el campo de doscientos cincuenta milímetros, habría durado una décima de segundo. Luego, *iblummm!* ¡Habría volado la Estación! ¡Y a *mí mismo!* Los técnicos lo habrían hecho. Al científico le advierte la teoría. Si el científico trabaja con cuidado, como lo he hecho yo, no pasa nada malo.

Orloff se metió el monóculo en el bolsillo del chaleco y dijo con voz trémula:

—Pero si un campo de fuerza es lo mismo que las fuerzas interatómicas, ¿cómo es que el acero posee una fuerza de cohesión interatómica tan potente sin deformar el espacio? Ahí hay una laguna.

Prosser le miró irritado.

—No hay laguna. La fuerza crítica depende del número de generadores. En el acero, cada átomo es el generador de un campo de fuerza. Eso significa unos diez mil millones de trillones de generadores por cada gramo de materia. Si nosotros pudiéramos utilizar tantos... Tal corno están las cosas, un centenar de generadores sería el límite práctico. Esto sólo eleva el punto crítico a noventa y siete, más o menos —el profesor se puso en Pie y continuó con repentina vehemencia—: No. El problema está resuelto, se lo digo. Es absolutamente imposible crear un campo de fuerza capaz de soportar la atmósfera de la Tierra por más de una centésima de segundo. Por tanto, la atmósfera de Júpiter queda fuera de discusión. Los fríos números lo dicen así; respaldaos por los experimentos. *iEl espacio no lo permite!*

Y los jupiterinos que se esfuercen cuanto quieran. ¡No podrán salir! ¡Es definitivo! ¡Es definitivo! *iEs definitivo!*

Orloff dijo:

—Señor secretario, ¿puedo enviar un espaciograma desde algún punto de la Estación? Quiero explicar a la Tierra que regreso en la primera nave y que el problema jupiterino queda liquidado... completamente y por mucho tiempo.

Birnam no dijo nada, pero el alivio que se veía en su rostro mientras estrechaba la mano del comisario, transfiguraba la flaca vulgaridad de sus facciones de una manera increíble.

Y el doctor Prosser repetía, moviendo la cabeza a sacudidas, como un pajarillo:

—¡Eso es *definitivo!*

Hal Tuttle levantó la vista cuando el capitán Everett de la nave espacial *Transparent*, la más nueva de las Comet Space Lines, entraba en su cámara particular de observación, sita en el morro de la nave. El capitán decía:

—Acabo de recibir un espaciograma de nuestras oficinas de Tucson. Hemos de recoger al comisario colonial Orloff en Jovopolis (Ganímedes) y devolverlo a la Tierra.

—Bien. ¿No hemos divisado ninguna nave?

—¡No, no! Estamos muy lejos de los caminos espaciales de las líneas regulares. La primera noticia que tendrá de nosotros el Sistema será el aterrizaje del *Transparent* en Ganímedes. Será la mayor hazaña en viajes espaciales desde la primera visita a la Luna —de pronto, moderó el tono de voz—, ¿Qué pasa, Hal? Quien triunfa ahora eres *tú* al fin y al cabo.

Hal Tuttle levantó los ojos y los fijó en la negrura del espacio.

—Supongo que sí. Diez años de trabajo, Sam. Perdí un brazo y un ojo en aquella primera explosión, pero no me lamentó. Es la reacción que ha venido después lo que me intranquiliza. Solucionado el problema, el trabajo de mi vida ha terminado.

—Como han terminado todas las naves con casco de acero del Sistema. Tuttle sonrió.

—Sí. Es difícil comprenderlo, ¿verdad? —con un ademán, señaló al exterior—. ¿Ves las estrellas? Buena parte del tiempo no hay nada entre ellas y nosotros. Me da una especie de náusea —ahora su voz sonaba cavilosa—. Durante nueve años, trabajé en balde. Yo no era un teórico, y jamás supe hacia dónde me encaminaba en realidad... Simplemente, probaba y volvía a probar; todo. Hice una prueba demasiado fuerte, y el espacio no lo resistió. Pagué con un ojo y un brazo, y empecé de nuevo.

El capitán Everett cerró el puño y golpeó el casco... la coraza a través de la cual brillaban las estrellas sin el menor obstáculo. Se oyó el sordo impacto de la carne al chocar contra una superficie que no cedía; aunque no hubo reacción alguna de la invisible pared.

Tuttle hizo un movimiento afirmativo:

—Es suficientemente sólida, ahora..., aunque se forma y se deshace ochocientas mil veces por segundo. Me dio la idea la lámpara estroboscópica. Ya las conoces, se encienden y apagan continuamente con tal rapidez que dan la impresión de una luz fija.

»Y lo mismo ocurre con este casco. No está presente el tiempo necesario para deformar el espacio, ni está ausente el tiempo que se precisaría para permitir un escape apreciable de atmósfera. Y el efecto concreto es el de una dureza mayor que la del acero.

Entonces hizo una pausa y añadió muy despacio:

—Y no puede decirse a qué extremo podemos llegar. Acelerar el efecto de intermisión. Lograr que el campo aparezca y desaparezca millones de veces por segundo..., centenares de millones. Se pueden lograr campos bastante intensos como para resistir una explosión atómica. ¡La labor de mi vida!

El capitán Everett dio una palmada en el hombro a su compañero.

—Deja eso, amigo. Piensa en el aterrizaje en Ganímedes. ¡Diablos! Será una publicidad tremenda. Piensa en la cara que pondrá Orloff, por ejemplo, cuando vea que ha de ser el primer pasajero de la historia que viaje en una nave espacial con un campo de fuerza Por casco. ¿Qué impresión te parece que le causará?

Hal Tuttle se encogió de hombros.

—Me imagino que se sentirá muy satisfecho.

Con ¡No definitivo! completé mi tercer año de escritor.,. Tres años desde mi primera visita a la oficina de Campbell. En ese tiempo había ganado cerca de tres mil dólares (cantidad menos exigua de lo que parece, pues eran tiempos en que un año de instrucción en un colegio sólo costaba cuatrocientos dólares) y tenía una cuarta parte de dicha cantidad en mi libreta de ahorros.

Con todo, pueden ustedes imaginar que tal hazaña financiera no era como para inducirme a pensar que uno pudiera ganarse la vida escribiendo, y menos si se considera que yo no me proponía escribir nunca nada que no fuera ciencia-ficción para revistas.

El 10 de junio de 1941, en el curso de una conversación con Fred Pohl, mencioné el desencanto que mi había causado no poder vender nada a Unknown. Fret dijo que tenía una excelente idea para una fantasía., y de aquí a ponernos de acuerdo para ir a medias ni hubo sino un corto paso. Discutiríamos la idea, yo la escribiría, y, si vendíamos el cuento, nos repartiríamos el importe, al cincuenta por ciento.

Fred debía estar bien dispuesto porque (como supe tres días después) sus revistas andaban mal y le iban a echar del puesto de director.

Era lamentable, por supuesto, aunque no una catástrofe irremediable. Pohl había tenido casi dos años áe valiosa experiencia, y llegaría el día en que ello le supondría una gran ventaja para obtener el empleo, más importante y duradero, de director de Galaxy, la cual, durante los años cincuenta y los sesenta, disputaría a Astounding el liderato del género.

En cuanto a mí, no podía quejarme. Pohl había aceptado ocho cuentos míos (más de la cuarta parte de los que había escrito y casi la mitad de los que había vendido hasta entonces). De ellos, seis habían sido publicados ya, y uno (Super-Neutrón) lo habían reservado para el próximo número de Astonishing. Quedaba el noveno, pues, Navidad en Ganímedes. No me lo habían pagado todavía, ni lo habían compuesto aún, de modo que, sintiéndolo mucho, Pohl tuvo que devolvérmelo. No obstante, antes de quince días yo lo vendí a Thrilling Wonder Síories por un poco más de lo que Pohl habría podido darme; de modo que tampoco por esta parte se había perdido nada. Y aunque yo lamentaba la pérdida de un mercado, Pohl me había llevado de la mano en el período durante el cuál alcancé la categoría suficiente para que Campbell y Astounding SF convirtieran en mi mercado más importante.

Al principio cuando me devolvieron Navidad en Ganímedes, pensé que sería porque las revistas de Pohl quedarían suspendidas definitivamente. Si los editores habían tenido tal idea, cambiaron de parecer. Astonishing continuó un par de años, hasta que la carestía de papel provocada por la Segunda Guerra Mundial terminó con ella. Super Science Stories sobrevivió a dicha guerra y perduró hasta algo más allá de los años cuarenta, e incluso publicaría otro cuento mío.

Pero volvamos al 10 de junio. Con la fantasía de Fred como base, escribí la narración entera yo sólito y la titulé Derechos legales. Sin embargo, tampoco esta vez dio resultado la colaboración. El 8 de julio, Campbell rechazó el trabajo. Era la primera vez en medio año que me rechazaba uno.

Sin embargo, por aquellas fechas, Fred actuaba otra vez de agente. Yo le entregué el cuento, más bien tímidamente, y me olvidé de aquello. Fred cambió el título por el de Ritos legales, que era mucho mejor, y reformó bastante la narración. Siete años después, consiguió venderlo.

Ritos legales

Con James MacCreigh

I

Las estrellas se habían apagado ya, aunque el sol; apenas se había hundido en el horizonte, y el oeste del cielo, detrás de la Sierra Nevada, era una plancha de oro manchada de sangre.

—¡Eh! —cloqueó Russell Harley—. ¡Regresa!

Pero el motor de aquel viejo «Ford» hacía demasiado ruido, y el chófer no le oyó. Harley soltaba palabrotas viendo al viejo automóvil inclinarse sobre las roderas arenosas con las ruedas semideshinchadas. La luz trasera le contestaba con un rojo «no». *No*, no puedes ; marcharte esta noche; *no*, tendrás que quedarte aquí y arreglártelas solo.

Harley refunfuñó y volvió a subir las escaleras del porche de la antigua casa de madera. Estaba bien construida. Las escaleras, aunque databan de casi medio siglo atrás, no crujían bajo sus pisadas ni tenían grietas.

Harley recogió los bolsos que había dejado caer cuando sufrió aquel repentino cambio de idea —eran de imitación de cuero, y muy desgastados— y los metió en la casa. Una vez dentro, los abandonó sobre un sofá cubierto de polvo y miró a su alrededor.

Hacía un calor sofocante; el olor del desierto se había filtrado en la habitación. Harley estornudó.

—Agua —dijo en voz alta—. He ahí lo que necesito. Merodeó por todas las habitaciones de la planta baja hasta que, de pronto, se dio una palmada en la cabeza. ¡Instalación de agua...! ¡Naturalmente, no habría tal cosa en aquel agujero perdido a trece kilómetros al interior del desierto! Un pozo era lo mejor que podía prometerse...

Tal vez, ni siquiera eso.

Oscurecía. Tampoco había luz eléctrica, por supuesto. Harley anduvo a tientas, irritado, por las oscuras habitaciones hasta la parte trasera de la casa. La puerta vidriera emitió un gemido al abrirse. Junto a la puerta, había un cubo colgado. Lo cogió, lo volvió boca abajo y sacudió la arena suelta que contenía. Escudriñó con la mirada el «patio trasero»... unas doce mil hectáreas ante la vista de arena ondulada, rocas y trechos de salvia y ocotillo coronado de llamas. Ningún pozo.

El viejo idiota se proveería de agua en alguna parte, pensó enfurecido. Obstinadamente, bajó los escalones traseros y se internó por el desierto. Arriba, las estrellas lucían cegadoras, a millones y millones de kilómetros, pero el crepúsculo había terminado y la visibilidad era muy escasa. Reinaba un silencio ominoso. Únicamente un leve susurro de brisa en la arena y el roce de los zapatos.

Divisó un reflejo de luz de las estrellas en la espesura de salvia más cercana y anduvo hacia allá. Había un charco de agua en el ángulo de dos grandes piedras. Lo miró dubitativo, e hizo un gesto indiferente. Era agua. Y eso era mejor que nada. Hundió el cubo en el charquito. Inexperto en aquellas lides, arrastró el cubo por el fondo y recogió una cuarta parte de arena. Cuando se lo acercó, rebosante, a los labios, hubo de escupir el primer sorbo y se puso a maldecir violentamente.

Luego utilizó la cabeza. Dejó el cubo en el suelo, esperó unos segundos para que los granos de arena se Posaran, cogió agua con las manos y se la llevó a los labios...

Pat. JISS. Pat. JISS. Pat. JISS... —¡Qué demonios! —Harley se puso en pie y miró a su alrededor con brusco desconcierto. Sonaba como agua que cayera de alguna parte sobre una estufa al rojo vivo, silbando al convertirse en vapor. No veía nada, sólo la arena y el charco de agua tibia, nauseabundo.

Pat. JISS...

Entonces lo vio, y los ojos se le salieron de las órbitas. Caía de la nada, una gota por segundo, una gota pegajosa, negra, que descendía al suelo perezosamente, en lento desafío a la gravedad. Y al dar en tierra, cada gota producía un sonido siseante, se desparramaba y desaparecía. Se hallaba a cosa de dos metros y medio de él, apenas visible a la luz de las estrellas.

Luego una voz, salida de la nada, ordenó:

—¡Fuera de mis tierras!

Harley salió fuera. Cuando llegó a Rebel Butte, tres horas después, apenas podía andar y deseaba con desesperado afán haberse demorado lo suficiente para beber otro trago de agua, a pesar de todos los demonios del infierno. Pero los primeros cinco kilómetros los había hecho a la carrera. Le habían proporcionado sobrados estímulos. Ahora recordaba con un estremecimiento cómo el limpio aire del desierto había tomado una forma lechosa alrededor de aquel increíble rezumar y había avanzado hacia él amenazadoramente.

Y cuando llegó al primer *saloon*, iluminado con petróleo, de Rebel Butte, y entró tambaleándose, la fascinación con que el dueño se puso a mirar la pechera de su desastrada chaqueta le hizo descubrir una poderosa prueba de que no había sufrido un repentino ataque de demencia, ni le había embriagado el desacostumbrado contacto con el aire puro del desierto. Aquello le había manchado toda la parte delantera del traje, y cuanto más la frotaba, más se pegaba a la tela y más viscosa se volvía. ¡Sangre!

—¡Whisky! —pidió con voz ahogada, dando traspiés hacia la barra. Y sacando del bolsillo un ajado billete de un dólar, lo puso de un manotazo sobre la madera.

La partida de juego del fondo del local se había interrumpido. Harley sentía clavados en su persona losaños de todos los jugadores, los del camarero y los de aquel hombre alto y delgado recostado en la barra. Todos le observaban.

El camarero rompió el hechizo. Cogió, sin mirarla, una botella que había a su espalda y la dejó sobre el mostrador, delante de Harley. Luego llenó un vaso de agua de un jarro, lo dejó sobre el mostrador también y puso otro vasito pequeño junto a la botella.

—Yo habría podido decirle que le pasaría eso. Pero usted no me habría creído. Tenía que encontrar a Hank por sí mismo, o no habría creído que estuviera allí.

Harley se acordó de la sed y vació el vaso de agua; después se echó un trago de whisky y lo apuró sin esperar a que le volvieran a llenar el vaso de agua. El whisky descendía hacia el estómago dejando una sensación agradable, casi bastante agradable como para poner fin a los temblores de sus entrañas.

—¿De qué está hablando? —preguntó por fin, doblando el cuerpo e inclinándose sobre el mostrador para esconder algo las manchas de la chaqueta. El dueño del *saloon* se puso a reír.

—El viejo Hank —dijo—. Le he reconocido a usted inmediatamente, antes de que Tom volviese y me dijera adonde lo había llevado. Sabía que usted era el sobrino de Zeb Harley, que venía a tomar posesión de Harley Hall para venderlo aun antes de que el cadáver del tío estuviera frío en la tumba.

Russell Harley vio que los jugadores seguían mirándole. Sólo el hombre delgado recostado en la barra parecía haberle olvidado. En aquel momento volvía a llenarse el vaso y estaba completamente absorto en esta tarea. Harley se sonrojó.

—Escuche —dijo—, yo no he venido en busca de consejos. Quería beber un trago. Y pago con mi dinero. Cierre el pico y no se meta en mis asuntos.

El dueño del *saloon* levantó los hombros, le dio la espalda y se volvió a la mesa de juego. Un par de segundos después, un jugador se volvía también y arrojaba un naípe. Los demás siguieron su ejemplo.

Harley empezaba a sentirse dispuesto a tragarse el orgullo y hablar nuevamente con el dueño del *saloon* que parecía saber algo sobre lo que le había ocurrido y quizá pudiera serle útil—, cuando el hombre delgado le dio una palmadita en el hombro. Harley se volvió tan rápido que por poco no tumbó el vaso. Absorto y nervioso, no le había visto acercarse.

—Joven —le dijo el desconocido—, me llamo Nicholls. Venga conmigo y discutiremos este asunto. Creo que Podemos sernos útiles mutuamente.

Hasta el automóvil de doce cilindros que conducía Nicholls saltaba como un carro de heno por las areniscas roderas que llevaban a la vivienda que el viejo Zeb había bautizado —riendo— con el nombre de «Harle Hall».

Russell Harley torcía el cuello y fijaba la mirada en el montón de cosas diversas que había en el asiento trasero.

—Eso no me gusta —se lamentó—. Yo nunca he tenido tratos con espíritus. ¿Cómo puedo saber si esta miscelánea servirá para nada?

Nicholls sonrió.

—Debe fiarse de mi palabra. Yo he tenido tratos con espíritus en otras ocasiones. Está usted seguro de que yo podría ostentar el título de exterminador de espíritus, si quisiera.

—A pesar de todo, no me gusta —refunfuñó Harle Nicholls clavó en él una mirada penetrante.

—Pero la perspectiva de ser dueño de Harley Hall sí le gusta, ¿verdad? ¿Y no quiere buscar la respetable cantidad de dinero que se cree que su tío escondió por allá? —Harley se encogió de hombros—. Claro que sí —afirmó Nicholls, volviendo a fijar la mirada en el camino—. Y con sobrado motivo. Las noticias que circulan por ahí mencionan una cifra muy elevada, joven.

—Y en este punto interviene usted —dijo Harley, malhumorado—. Yo encuentro el dinero (que debo ya, de todos modos) y le doy una parte a usted. ¿Cuánto?

—Lo discutiremos más tarde —respondió Nicholls. Sonreía distraído, mirando al frente.

—¡Lo discutiremos ahora, en seguida!

La sonrisa desapareció del rostro de Nicholls.

—No —dijo—. No lo discutiremos. Le estoy haciendo un favor, joven Harley. Recuérdelo. A cambio, usted hará lo que yo diga, en todo momento!

Harley paladeó la frase cuidadosamente. No era *ur*-manjar apetitoso. Aguardó un par de segundos antes de cambiar de tema.

—Yo estuve aquí una vez, en vida del viejo —explicó—. Y no me habló para nada de ningún espíritu.

—Quizá pensara que le consideraría... digamos, un tipo raro —respondió Nicholls—. Y acaso usted lo hubiera mirado así. ¿Cuándo estuvo aquí?

—Oh, hace mucho tiempo —contestó evasivamente Harley. Pero estuve un día entero y parte de la noche. El viejo estaba loco de atar; pero no guardaba fantasmas en el ático.

—Ese fantasma era un amigo suyo —replicó Nicholls—. El caballero encargado del bar se lo ha dicho a usted, sin duda. Su difunto tío era como un recluso. Vivía en esta casa, a veinte kilómetros del lugar habitado más cercano, apenas iba nunca a la población y no permitía que nadie buscara su amistad. Pero no era un ermitaño, exactamente. Tenía la compañía de Hank.

—¡Valiente compañía!

Nicholls inclinó la cabeza con aire grave.

—Ah, no sé —dijo—. Según todas las versiones, se llevaban muy bien los dos. Jugaban al «pinacle» y al ajedrez... Se dice que Hank había sido un gran jugador de «pinacle». Según dicen en el pueblo, por eso le mataron. Cogió a uno haciendo trampas y dirimieron el caso a tiros. Perdió él. Una bala le atravesó el cuello y murió vomitando mucha sangre.

Torció el volante, cargando el peso del cuerpo en el esfuerzo, y consiguió sacar el coche de las roderas del «camino» para dirigirlo, saltando a través de la arena inalterada, hacia la antigua casa de madera que constituía su meta.

—Eso —terminó al detener el coche delante del porche— explica la sangre que acompaña a su aparición.

Harley abrió, poco a poco, la portezuela y descendió, mirando inquieto la vieja casa destartada.. Nicholls paró el motor, bajó y se dirigió en seguida hacia la Parte trasera del automóvil.

—Vamos —dijo, sacando cosas del compartimiento—. Écheme una mano. No voy a llevar yo solo toda esta impedimenta.

Harley fue de mala gana, y miró el curioso revoltijo de manojos de leña seca, trozos de cuerdas de colores, tizas, feos manojitos de hierbas marchitas, resecos huesos de animales pequeños y un par de cosas más, menos agradables todavía, con ojos que no expresaban ningún placer.

Pat. *JISS*. Pat. *JISS*...

—¡Aquí está! —chilló Harley—. ¡Escuche! Está por aquí, en algún sitio, vigilándonos.

—¡Ja! ¡Ja!

Era una carcajada profunda, repulsiva... y sin cuerpo. Harley escudriñó los alrededores con la mirada, desesperadamente, en busca de las gotas de sangre delatoras. Y las encontró; salían del aire, al lado mismo del coche, bajando lentamente hacia el suelo, siseando un momento, para desaparecer en seguida.

—Os estoy vigilando, en efecto —dijo la voz en tono huraño—. Russell, tú, indigno pedazo de corrupción, yo necesito tan poco de ti como tú de mí. Vivo o muerto, iesta tierra es mía! La compartí con tu tío, bribonzuelo, pero no quiero compartirla contigo. ¡Fuera!

Harley sintió que las rodillas le flaqueaban y se fue, tropezando desorientado, hasta el parachoques trasero, y se sentó en él.

—Nicholls... —dijo con voz torpe.

—Eh, anímese —le recomendó el otro, sin irritarse. Y le arrojó un ovillo de bramante chillón, rojo y verde, que de trecho en trecho formaba unos extraños nudos. Luego se enfrentó con las gotas de sangre e hizo unos cuantos pases enérgicos en el aire, delante de ellas. Harley veía que los labios de Nicholls se movían, pero en silencio, sin que saliera ninguna palabra de ellos.

De la fuente de las gotas de sangre se escapó un sonido inarticulado de sorpresa y un grito entrecortado. Nicholls dio unas fuertes palmadas; luego se volvió hacia el joven Harley.

—Coja la cuerda que tiene en las manos y rodee la casa con ella —le dijo—. Toda la casa, y asegúrese que pase por el centro de puertas y ventanas. No es gran cosa, pero le tendrá sujeto mientras montamos lo importante.

Harley hizo un gesto de asentimiento; luego señaló con rígido dedo las gotas de sangre, que ahora siseaban y humeaban con más encono que antes.

—¿Y eso, qué? —consiguió articular. Nicholls sonrió complacido.

—Lo retendré aquí hasta que las vacas vuelvan al establo —contestó—. ¡En marcha!

Inadvertidamente, Harley inspiró y se llenó los pulmones de humo blanco, nocivo, y hubo de toser hasta que las lágrimas le rodaron por las mejillas. Cuando se recobró, miró a Nicholls, que leía silenciosamente un libro encuadernado en cuero verde y con las esquinas de las páginas dobladas.

—¿Puedo dejar de agitar esto? —le preguntó.

Nicholls hizo una mueca furiosa y movió la cabeza, sin mirarle. Y continuó leyendo; sus labios se curvaban formando sílabas que no figuraban en ningún idioma que Harley hubiera escuchado en toda su vida. Luego cerró el libro de golpe y se secó la frente.

—Muy bien —dijo—. Hasta aquí, todo va bien. —Luego dio unos pasos hasta situarse, por la parte donde soplaba el aire, junto al recipiente suspendido en el hogar y que Harley estaba removiendo. Miró con precaución al interior.

—Ya casi está listo —dijo—. Sáquelo del fuego y déjelo enfriar un poco.

Harley levantó el caldero, y después se apretó con la mano izquierda el dolorido bíceps. La masa poseía la consistencia de un chocolate espeso y un color verde repugnante.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Nicholls no respondió. Levantó los ojos sorprendido al oír el repentino grito de triunfo del exterior, seguido del aullido de un viento glacial.

—Hank debe andar suelto —dijo en tono indiferente— No puede hacernos ningún daño, pero será mejor que nos pongamos en movimiento. —Revolvió el montón de chatarra que había traído del coche y sacó un pincel—. Embadurne todo el contorno de puertas y ventanas con esto. Menos la puerta principal. Para aquella tengo otra cosa —señaló un objeto que parecía el eje delantero de un modelo T anticuado—. Déjelo en el umbral de la puerta. Es hierro frío. Usted puede pasar por encima, y en cambio Hank no. Ha sido tratado previamente con la mejor taumaturgia.

—Pasar por encima —repitió Harley—. ¿Por qué he de querer pasar por encima? *El* está ahí fuera.

—No le hará ningún daño —dijo Nicholls—. Usted llevará encima un amuleto (aquel de allí) que mantendrá apartado al fantasma. Es probable que no pudiera hacerle ningún daño en ningún caso, pues se trata de un espíritu que no puede

materializarse hasta poseer una densidad apreciable. Sin embargo, no corra riesgos; lleve el amuleto y no esté fuera demasiado tiempo. El amuleto no mantendrá al fantasma alejado por mucho rato, no por más de media hora. Siempre que tenga que salir y permanecer algún tiempo fuera, átese ese manojito de hierbas al cuello —Nicholls sonrió—. De todos modos, esto es para casos de emergencia. Actúa según el principio del asafétida. Los espíritus no se le pueden acercar..., pero tampoco a usted le gustará tenerlo cerca. Despide un olor bastante..., bastante definido.

Volvió a inclinarse vivamente sobre el calderito, olisqueando. Estornudó.

—Bueno, ya se ha enfriado bastante —dijo—. Empiece a trabajar, antes de que se endurezca. Comience extender el preparado por el piso de arriba... y asegúrese de no dejar ni una ventana sin él.

—Y usted, ¿qué hará?

—Yo —dijo secamente Nicholls— me quedará aquí Empiece.

Pero no se quedó. Cuando Harley hubo terminado la desagradable tarea y volvió a bajar, llamó a Nicholls por su nombre; pero Nicholls no estaba. Harley fue hasta la puerta y miró al exterior; el coche también había desaparecido.

—Ah, bueno —dijo, levantando los hombros, y se puso a quitar la capa de polvo de los muebles.

//

En algún punto del interior de su mente legalista, el abogado Turnbull estaba sopesando la relativa similitud entre la pesadilla y la demencia.

Con la vista clavada en el sillón de terciopelo que tenía delante, notaba, desazonado, cómo las gotas rojas, singularmente ingravidas, extrañamente salidas de ninguna parte, desaparecían apenas tocaban el suelo, aunque dejaban en el tapizado unas largas rayas color ocre fangoso. Además, aquel ruidito resultaba desagradable: *Pat. JISS. Pat. JISS...*

La voz continuó impaciente:

—¡Maldita sea su estupidez humana! Por más que yo sea un espíritu, Dios sabe que no trato de atormentarle. Amigo, no tiene tanta importancia para mí. Entérese bien, estoy aquí por negocios.

Turnbull aprendió en ese momento que uno no se puede humedecer los labios con una lengua seca.

—¿Asuntos de justicia?

—Naturalmente. El hecho de haber muerto de muerte violenta y tener que continuar mi existencia en el plano astral, no significa que haya perdido mis derechos ante la ley. ¿Verdad que no?

El abogado movió la cabeza desorientado.

—La entrevista me resultaría más fácil si usted no fuese invisible. ¿No puede resolver este punto? Hubo un corto silencio.

—Bueno, podría materializarme por un minuto —respondió la voz—. Significa un trabajo muy duro..., terriblemente duro para mí. Entre nosotros, los seres astrales, hay muchos que pueden materializarse con la misma facilidad que uno salta de la cama; pero... bueno, si debo hacerlo, lo intentaré una sola vez.

Se advirtió un leve resplandor en el aire, encima de la silla, y un vapor tenue, lechoso, se condensó en una figura sentada, impalpable. A Turnbull no le

entusiasmó nada ver que, a través de la figura, seguían divisándose, aunque algo desdibujadas, las líneas de la silla. La figura se hizo más densa. En el preciso instante en que los rasgos fisonómicos tomaban forma (en el momento en que los salientes ojos de Turnbull distinguían una nariz grande y aguileña y una hirsuta barba) la figura volvió a debilitarse y explotó con un «pop» débil.

La voz se quejó, descompuesta.

—No creía que me hiciera sufrir tanto. Ya no tengo práctica. Creo que es la primera materialización a la luz del día que he realizado en setenta y cinco años.

El abogado se colocó bien los impertinentes y tosió. «*iJuergas del infierno* —pensaba—, lo peor de todo esto ^{es} que lo creo!»

—Ah, bueno —dijo en voz alta. Pero añadió apresuradamente, antes de que el cliente pudiera darse por ofendido—; ¿Qué quería, pues? Yo no soy más que un abogado de población pequeña, ya sabe. Me ocupo casi por completo de trámites rutinarios...

—Sé muy bien de qué se ocupa —replicó la voz—. Puede llevar mi caso... es un asunto de tierras. Quiero querellarme con Russell Harley.

—¿Harley? —Turnbull se acariciaba la mejilla—. ¿Pariente de Zeb Harley, quizá?

—Sobrino... y su heredero, además.

—Sí, ahora lo recuerdo —comentó Turnbull con un movimiento de cabeza—. La familia de mi esposa vive en Rebel Butte, y yo he estado allí. Es toda una coincidencia que usted haya venido a mi despacho...

La voz soltó una carcajada.

—No ha sido tal coincidencia —dijo dulcemente.

—Ah —Turnbull permaneció unos segundos en silencio. Luego añadió—: Comprendo—y dirigió una mirada oblicua a la silla—. Los procesos judiciales cuestan dinero, señor... no creo que me haya dicho su nombre.

—Hank Jenkins —completó la voz—. Ya lo sé. ¿Sería...? Veamos... ¿Bastaría con seiscientos cincuenta dólares?

Turnbull estiró el cuello.

—Creo que sí —dijo en un tono bastante sosegado... Relativamente, comparado con lo que estaba pensando.

—Entonces supongamos que damos a esta cantidad el nombre de anticipo. Resulta que escondí una considerable suma de dinero, en oro, cuando era... es decir, antes de convertirme en una entidad astral. Estoy bien seguro de que no la ha tocado nadie. Usted tendrá que llamarlo un tesoro hallado, me figuro, y deberá entregar la mitad al Estado; pero en total hay allí mil trescientos dólares.

Turnbull movió la cabeza afirmativamente con aire sensato.

—Suponiendo que podamos localizar ese tesoro —dijo—, creo que sería un trato bastante satisfactorio —Se recostó en la silla y puso semblante de hombre de leyes. Había recobrado el aplomo.

Media hora después, prometía pausadamente:

—Me encargo de su caso.

Hasta entonces, el juez Lawrence Cimbel había sido un hombre enamorado de su profesión. Pero los trece honorables años de magistratura que llevaba

perdieron su encanto mientras hacía una mueca de fatiga y llevaba la mano hacia el mazo. El pleito que iba a verse resultaba demasiado confuso para él.

El secretario pronunció el discurso, y la multitud se sentó toda a la vez. Cimbel se llevó la mano a los ojos por unos breves momentos antes de tomar la palabra.

—¿Está preparado el abogado del demandante?

—Lo estoy, Señoría —Turnbull, solo en su mesa, se levantó y saludó con una reverencia.

—¿Y el abogado del demandado?

—¡Dispuesto, Señoría! —espetó Fred Wilson, mirando con gran interés hacia Turnbull, solitario en su mesa, para luego inclinarse y murmurarle algo al oído a Russell Harley. El joven hizo un malhumorado gesto afirmativo y se encogió de hombros.

Cimbel decía:

—Tengo entendido que los abogados de las dos partes han renunciado al juicio por jurados en este caso de Henry Jenkins contra Russell Joseph Harley.

Ambos abogados hicieron gestos afirmativos. Y Cimbel continuó:

—En vista del carácter inusitado de este caso, imagino que será necesario llevarlo sin excesivo apego a los formalismos. Este tribunal se propone una sola cosa, Y es conocer la verdad de los hechos en litigio y dictar sentencia de acuerdo con las leyes pertinentes a tales hechos. No daré importancia al ceremonial. Con todo, no toleraré desórdenes ni irregularidades innecesarias. Los espectadores tendrán la bondad de recordar que están aquí por privilegio especial. Cualquier manifestación implicará que se despeje la sala —dirigió una mirada severa a las pálidas caras que relumbraban estúpidamente, vueltas hacia él. Cimbel contuvo un suspiro al decir—; El abogado del demandante tiene la palabra.

Turnbull se levantó prestamente y se volvió hacia el juez.

—Señoría —dijo—, nosotros nos proponemos demostrar que mi cliente, Henry Jenkins, ha sido privado de sus justos derechos por el demandado. En virtud de una continuada residencia de más de veinte años en la casa sita en Route, 22, a unos trece kilómetros al norte de Rebel Butte, con pleno conocimiento de su legítimo dueño, mi cliente, el señor Jenkins, ha adquirido ciertos derechos. En la terminología legalista solemos definirlos como derechos de adversa posesión. El lego los llamaría derechos de justicia común, derechos de ocupante.

Gimbel se cogió las manos e intentó relajarse. Derechos de ocupante... ¡para un fantasma! Exhaló un suspiro; pero escuchó atentamente mientras Turnbull continuaba:

—A la muerte de Zebulon Harley, dueño de la casa en litigio (más conocida acaso por Harley Hall), el demandado heredó el título de propiedad. Nosotros no ponemos en duda su derecho a este título. Pero mi cliente tiene también un derecho sobre Harley Hall: el de vivir plena y libremente en la casa. El demandado ha arrojado de allí a mi cliente por la fuerza, empleando medios que le han causado un gran sufrimiento mental e incluso han puesto en peligro su misma existencia.

Cimbel dio un cabezazo. Si al menos el caso hubiera tenido un precedente en alguna parte... Pero no lo tenía. Cimbel se acordaba tristemente de las horas que se había pasado hojeando toda clase de libros de leyes poco conocidos, buscando algo que tuviera cierta relación con el pleito actual. Su buen criterio le había aconsejado resolver el asunto por la vía rápida; un juez no podía permitir que se rieran de él, y menos si era un hombre ambicioso. Y en este caso, lo único seguro eran las carcajadas del público. Pero Wilson se obstinó de tal modo que el

juez se dejó llevar de su mal genio. De todos modos, jamás había sentido simpatía alguna por Wilson.

—Puede interrogar al testigo —anunció. Turnbull movió la cabeza afirmativamente, y, dirigiéndose al escribano dijo:

—Llaman a Henry Jenkins al estrado. Wilson estaba en pie antes de que el funcionario hubiera podido abrir la boca.

—¡Protesto! —bramó—. ¡El supuesto Henry Jenkins no sirve como testigo!

—¿Por qué no? —preguntó Turnbull.

—¡Porque está difunto!

Con una mano, el juez se cogió la frente; con la otra empuñó el mazo. Y dio un golpe a la mesa para imponer silencio en la sala.

Turnbull permanecía en pie, sonriendo.

—Naturalmente —dijo—, usted tendrá pruebas de lo que ha dicho.

—Claro que sí —Wilson enseñaba los dientes, y consultó su informe—. El llamado Henry Jenkins es el fantasma, espíritu o espectro de un tal Henry Jenkins, un buscador de oro que anduvo por este territorio hace un siglo. Lo mató, atravesándole el cuello, una bala salida del arma de un tal Long Tom Cooper, y fue declarado legalmente muerto el día 14 de septiembre de 1850. A Cooper lo ahorcaron por este asesinato. No importa lo que esgrima usted como pruebas en contra, la situación de muerte legal sigue siendo completamente válida.

—¿Qué pruebas tiene usted de que mi cliente sea ese mismo Hank Jenkins? —preguntó, ceñudo, Turnbull.

—¿Acaso usted lo niega?

El otro se encogió de hombros.

—Yo no niego nada. No es a mí a quien están interrogando. Además, el único prerrequisito de un testigo es que comprenda el valor de un juramento. Henry Jenkins fue examinado por John Quincy Fitzjames, profesor de psicología de la Universidad de California del Sur. El resultado (tengo la declaración jurada del doctor Fitzjames sobre dicho resultado, y la presentaré como documento probatorio) muestra con toda claridad que mi cliente posee un coeficiente intelectual bastante superior al normal y que el examen psiquiátrico no revela ninguna aberración importante que limite el valor de su testimonio. Insisto en que se permita a mi cliente atestiguar en propio beneficio.

—¡Si ya murió! —graznó Wilson—. ¡Si en estos mismos instantes es invisible!

—Mi cliente —dijo Turnbull, seco y severo —no está presente en estos momentos. Indudablemente, esto es lo que le induce a usted a declarar su invisibilidad —el abogado hizo una pausa para dar tiempo al murmullo de aprobación que se extendió por la sala. «La cosa empieza bien», pensó, muy risueño—. Aquí tengo otra declaración —continuó—. La firman Elihu James y Terence MacRae, jefes, respectivamente, de los departamentos de física y biología de la citada Universidad. El documento certifica que mi cliente exhibe todos los fenómenos vitales de la vida. Estoy dispuesto a llamar a los tres expertos mencionados como testigos, si es necesario.

Wilson puso mala cara, pero no dijo nada. El juez Cimbel se inclinó sobre la mesa.

—No veo la posibilidad de negar al demandante el derecho a prestar declaración —dijo—. Si los tres expertos que han redactado estos informes ratifican

en el estrado los hechos contenidos en los mismos, Henry Jenkins podrá presentarse como testigo.

Wilson se sentó ponderadamente. Los tres expertos pronunciaron unas breves y secas palabras. Wilson no los sometió sino al interrogatorio más convencional.

El juez ordenó un breve descanso. Fuera, en el pasillo, Wilson y su cliente encendían cigarrillos y se miraban mutuamente con poca simpatía.

—Tengo la sensación de estar lelo —decía Russell Harley—. ¡Armar pleito contra un fantasma!

—Ha sido el fantasma el que ha suscitado el pleito —le recordó Wilson—. Si al menos hubiéramos podido aplazar la escaramuza por un par de semanas, hasta la toma de posesión de otro juez, habría podido conseguir que esta causa se resolviera con un «no ha lugar».

—¿Por qué no hemos podido esperar?

—¡Porque usted tenía tantísima prisa! —replicó Wilson—. Usted y ese idiota de Nicholls; tan confiado en que no llegaría a celebrarse un juicio.

Harley se encogió de hombros y recordó tristemente cómo habían fracasado, cómo no habían logrado exorcizar por completo el espíritu de Hank Jenkins. Se habían armado un lío. Fuese como fuere, Jenkins había huido del círculo encantado que habían levantado a su alrededor y dentro del cual pensaban retenerle hasta que el juez hubiera fallado la causa en contra suya por falta de comparecencia.

—Y ése es otro punto —continuó el abogado—. ¿Dónde de está Nicholls?

Harley volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. La última vez que le vi fue en el despacho de usted. Vino a verme después de haber estado en casa el alguacil trayéndome la orden de comparecencia. El me llevó a su despacho; me dijo que le habían recomendado que acudiera a usted. Entonces hablamos del caso un rato, los tres. Y él se marchó, después de prestarme algún dinero para ayudarme a pagarle a usted el anticipo. Desde entonces no he vuelto a verle.

—Quisiera saber quién le habló de mí —dijo Wilson con aire torvo—. Creo que no recomendaría nunca más a nadie. No me gusta este caso, ni tampoco usted.

Harley produjo un sonido gutural, pero no dijo nada. Tiró el cigarrillo. Sabía a la basura que colgaba de su cuello..., todo tenía el mismo olor. Nicholls no mintió cuando dijo que a Harley no le gustaría mucho el puñado de hierbas que mantendrían alejado el espíritu del viejo Jenkins. De verdad que olían mal.

El escribano estaba en el pasillo, gritando algo; la gente empezaba a entrar nuevamente en la sala. Harley y su abogado se sumaron a los demás.

Reanudado el juicio, el escribano llamó:

—¡Henry Jenkins!

Turnbull se levantó al instante; abrió la puerta de la cámara del juez y dijo algo en voz baja. Luego se hizo a un lado, como para dejar paso a otra persona.

Pat. *JISS*. Pat. *JISS*...

Del público se elevó una exclamación ahogada, al uní sonó, cuando el fantasmagórico chorrito de sangre cruzó el espacio libre en dirección a la silla de los testigos. Era el fantasma... el demandante, en el pleito más absurdo de toda la historia de la jurisprudencia.

—Muy bien, Hank —murmuró Turnbull—. Tendrá que materializarse el tiempo suficiente para que el escribano 'e tome el juramento.

El escribano retrocedió nervioso ante la columna de neblina lechosa que se le apareció, con una forma vagamente humanoide. Una mano de fantasma, semitransparente, se extendió para tocar la Biblia. La voz del escribano temblaba al proponer el juramento. Se oyó la respuesta como si saliera del corazón de la columna de humo.

La neblina se arrastró hacia la silla de los testigos, se dobló de forma rara a la altura de las caderas y, con una Pequeña explosión, se disipó en la nada. El juez golpeaba furiosamente con el mazo. El rumor de alarma que se había levantado de los espectador se acalló.

—Les advierto de nuevo que no toleraré ninguna falta a las normas —declaró—. El abogado del demandante puede continuar.

Turnbull fue a situarse delante de la mesa del testigo y dirigió la palabra al vacío.

—¿Su nombre?

—Me llamo Henry Jenkins.

—¿Su ocupación? Hubo una ligera pausa.

—No tengo ninguna. Supongo que ustedes dirían qu estoy jubilado.

—Mister Jenkins, ¿qué relación tiene usted con edificio denominado Harley Hall?

—Lo vengo ocupando desde hace noventa años.

—Durante ese tiempo, ¿conoció usted al difunto Zebulon Harley, propietario del Hall?

—Conocí bastante bien a Zeb.

—¿Cuándo le conoció? —preguntó Turnbull después de un cabezazo de asentimiento.

—En la primavera de 1907, Zeb acababa de perder a su esposa. Después de lo cual, hizo de Harley Hall su domicilio permanente. Se convirtió... más o menos, un ermitaño. Anteriormente no nos habíamos conocido porque venía muy raras veces al Hall. Pero entonces nos hicimos amigos,

—¿Cuánto tiempo duró esa amistad?

—Hasta el otoño pasado, cuando murió. En el momento de fallecer, yo estaba con él. Todavía conservo unos cuantos recuerdos que me dio entonces.

Un suspiro nostálgico, claramente audible, se elevó de la silla del testigo, la cual estaba copiosamente salpicada de líquido encarnado. Las gotas que caían parecieron titubear unos segundos, y el ruido siseante que producían quedó sofocado como por una fuerte emoción.

Turnbull continuó:

—Entonces, ¿mantenía buenas relaciones con él?

—Yo diría que excelentes —replicó en tono firme el vacío—. Todas las noches pasábamos largo rato juntos. Cuando no jugábamos al «pinacle», o al ajedrez, o al «cribbage», charlábamos, sencillamente; comentábamos los sucesos del día. Todavía conservo el libro que utilizábamos para guardar recuerdo de las partidas de ajedrez y «pinacle». Zeb escribía las anotaciones de su puño y letra.

Turnbull se alejó del testigo por unos momentos y se dirigió al juez, con una sonrisa.

—Presento como prueba el libro mencionado —dijo—. Y también una sortija que regaló al demandante el difunto señor Harley, y un ejemplar de las obras dramáticas de Gilbert y Sullivan. En la anteportada del libro figura la dedicatoria: «Al viejo Hank», de puño y letra de

Harley.

Turnbull se volvió nuevamente hacia la vacía silla, rezumante de sangre, del testigo y dijo:

—En todos los años de convivencia con Zebulon Harley, ¿le pidió alguna vez éste que se fuera o pagase alquiler?

—Por supuesto que no.]Zeb no habría hecho tal cosa!

Turnbull hizo un nuevo gesto afirmativo.

—Muy bien —dijo—. Ahora, sólo un par de preguntas más. ¿Quiere decir, con sus propias palabras, qué ocurrió después de la defunción de Zebulon Harley que le obligara a usted a presentar querrela?

—Pues, en enero, el joven Harley...

—¿Se refiere a Russell Joseph Harley, el demandado?

—Sí, llegó a Harley Hall el cinco de enero. Yo le pedí que se marchara, cosa que él hizo. Al día siguiente regresó con otro hombre. Entre los dos, colocaron un talismán sobre el umbral de la puerta principal, y a continuación cerraron todas las puertas y ventanas del Hall con una sustancia que me es nociva. Además, recurrieron, a varios encantamientos de los más mortíferos de la *Ars Magicorum*. Luego añadieron un Círculo de Exclusión de un radio de algo más de kilómetro y medio, rodeando por completo el Hall.

—Comprendo —dijo el abogado—. ¿Quiere explicar al tribunal los efectos de todos estos manejos?

—Bueno —respondió la voz pensativamente—, es difícil expresarlo con palabras. Yo no puedo atravesar el círculo sin gran derroche de energía. Y aunque lo atravesara no podría entrar en la casa por culpa del talismán y los sellos.

—¿Podría entrar por el aire? ¿Por una chimenea, quizá?

—No. El Círculo de Exclusión es en realidad una esfera. Estoy completamente seguro de que el esfuerzo me destruiría.

—Entonces, ¿es verdad que se halla completamente expulsado de la casa que ha ocupado durante noventa años, debido a las caprichosas acciones de Russell Joseph Harley, el demandado, y un cómplice suyo cuyo nombre ignoramos?

—En efecto.

—Gracias —dijo Turnbull con ancha sonrisa—. Nada más.

Y se volvió hacia Wilson, cuyo semblante había sido un estudio de malhumorada obstinación durante todo el interrogatorio.

—Se lo dejo a su disposición —le dijo.

Wilson se levantó con gesto enérgico y se dirigió a grandes zancadas hacia la silla del testigo, a quien preguntó en tono beligerante:

—¿Dice usted llamarse Henry Jenkins?

—Sí.

—Quiere decir que así es como se llama ahora. ¿Cómo se llamaba antes?

—¿Antes? —la voz que emanaba de aquel gotear de sangre tenía el acento de la sorpresa—. ¿Antes de qué? Wilson frunció el ceño.

—No se haga el ignorante —dijo vivamente—. Antes de *haber fallecido*, por supuesto.

—¡Protesto! —Turnbull estaba de pie, mirando furioso a Wilson—. ¡El abogado defensor no tiene ningún derecho a hablar de un hipotético fallecimiento de mi cliente!

Gimbel levantó la mano con aire fatigado, cortando las palabras que se formaban en los labios de Wilson.

—Se acepta la protesta —dijo—. No se ha presentado ninguna prueba que identifique al demandante con el buscador de oro a quien mataron en 1850... ni con persona alguna.

Los labios de Wilson se torcieron en una mueca agria. El abogado continuó en tono más bajo:

—Dice usted, señor Jenkins, que ha ocupado Harley Hall por espacio de noventa años.

—Se cumplirán el mes que viene. El Hall no lo construyeron (en su forma actual al menos) hasta 1876, pero yo ya ocupaba la casa que se levantaba anteriormente en aquel lugar.

—¿Qué hacía antes?

—¿Antes? —La voz hizo una pausa; luego dijo en tono dubitativo—: No lo recuerdo.

—¡Está bajo juramento! —estalló Wilson. La voz cobró firmeza.

—Noventa años son mucho tiempo —afirmó—. No me acuerdo.

—Veamos si le refresco la memoria. ¿Es cierto que hace noventa años, el mismo año en que, según sostiene, usted empezó a ocupar Harley Hall, Hank Jenkins murió en un duelo con armas de fuego?

—Si usted lo dice, puede ser cierto. No lo recuerdo.

—¿Recuerda que el tiroteo tuvo lugar a unos quince metros del emplazamiento actual de Harley Hall?

—Es posible.

—Pues bien —tronó Wilson—, ¿no es una realidad que cuando Hank Jenkins murió de muerte violenta cobró existencia su fantasma? ¿No es cierto que entonces quedó sentenciado a frecuentar, por toda la eternidad el lugar donde lo habían matado?

La voz respondió sin alterarse:

—No tengo ninguna prueba de lo que dice.

—¿Niega, pues, que es muy sabido por toda aquella comarca que el espíritu de Hank Jenkins frecuenta Harley Hall?

—¡Protesto! —gritó Turnbull—. La opinión popular no constituye prueba.

—Aceptada la protesta. Borre la pregunta del sumario. Wilson estaba asqueado; perdía el control.

—El perjurio es un delito criminal. Señor Jenkins, ¿niega usted ser el espíritu de Hank Jenkins?

—Pues sí, ciertamente.

—Usted es un espíritu, ¿verdad? Se oyó una voz seca y severa:

—Soy una entidad del plano astral.

—Eso, creo, es lo que llaman un espíritu, o fantasma, ¿no?

—Yo no puedo impedir que lo llamen así o asá. He oído que a usted le llamaban muchas cosas. ¿Es eso una prueba?

El público estalló en carcajadas. Gimbel golpeó la mesa con el mazo, diciendo:

—El testigo se limitará a responder a las preguntas.

—A pesar de lo que dice —bramó Wilson—, es cierto, ¿verdad?, que usted no es sino el espíritu de un hombre que pereció de muerte violenta.

La voz que salía del chorro de sangre replicó:

—Repito que soy una entidad del plano astral. No me doy cuenta de si he sido nunca un ser humano.

El abogado se volvió hacia el tribunal con semblante desesperado.

—Su Señoría —dijo—, le pido que ordene al testigo que deje esta especie de juego del escondite verbal. Es perfectamente evidente que el testigo es un espíritu; por lo cual, *ipso facto*, es la reliquia de un ser humano. Las pruebas circunstanciales indican claramente que es el espectro del tal Hank Jenkins, asesinado en 1850. Aunque el detalle en sí no importa. Lo seguro y concreto es que es el espectro de alguien que falleció, y, por ende, ino puede prestar declaración! ¡Pido que borren su declaración del sumario!

Turnbull replicó inmediatamente.

—¿Querrá explicar en qué se funda el abogado del demandado para calificar a mi cliente de fantasma... a pesar de la repetida declaración de éste de que es una entidad del plano astral? ¿Cuál es la definición legal de un fantasma?

El juez Cimbel sonrió y dijo:

—El abogado del demandado continuará el interrogatorio.

El semblante de Wilson adquirió un color morado oscuro. Después de secarse la frente con un pañuelo de hierbas, miró el incesante, siseante gotear de sangre.

—Sea lo que fuere usted —dijo—, responda a esta pregunta: ¿Puede pasar a través de una pared?

—Sí, ciertamente —había un acento claro de sorpresa en la voz que emergía de la nada—. Pero no es tan fácil como algunos se figuran. Exige muchísimo esfuerzo.

—No importa. ¿Puede atravesar?

—Sí.

—¿Se le podría impedir que lo hiciera, por algún medio físico? ¿Se le podría sujetar con unas esposas? ¿O con cadenas, paredes de cárcel, o con un cofre de acero cerrado herméticamente?

Jenkins no tuvo ocasión de contestar. Oliendo peligro, Turnbull atajó inmediatamente:

—Protesto contra este curso del interrogatorio. No hace al caso.

—Al contrario —gritó Wilson con voz sonora—, ¡tiene muchísimo que ver con la capacidad del llamado Henry Jenkins para actuar como testigo! Pido que conteste la pregunta.

El juez Cimbel dijo:

—Rechazada la protesta. El testigo responderá a la pregunta.

La voz de la silla replicó en tono altivo:

—No tengo inconveniente en contestar. Los obstáculos físicos no representan nada para mí, en ningún sentido.

El abogado del demandado se irguió con aire de triunfo.

—Muy bien —dijo, profundamente satisfecho—. *Muy bien* —luego, dirigiéndose al juez, con palabra viva y rápida continuó—: Sostengo, Señoría, que el llamado Henry Jenkins no tiene capacidad legal para prestar testimonio en un juzgado. Evidentemente, comprender el valor del juramento sirve de poco si violar ese juramento no puede acarrear ningún castigo. Las declaraciones de un hombre que puede cometer perjurio sin que le pase nada no tienen ningún valor. ¡Pido que sean borradas del sumario!

Turnbull se plantó ante la mesa del juez en dos zancadas.

—Había previsto el argumento, Señoría —se apresuró a interponer—. Por la misma naturaleza del caso, no obstante, se ve muy bien que existen medios para entorpecer los movimientos de mi cliente: hechizos, estrellas de cinco puntas, talismanes, amuletos, Círculos de Exclusión..., ¡y qué sé yo! Tengo aquí (y estoy dispuesto a entregarla al alguacil del tribunal) una lista de los diversos métodos para confinar a una entidad astral dentro de un espacio muy reducido por períodos que pueden variar desde unos momentos hasta toda la eternidad. Además, deme también una fianza de cinco mil dólares, antes de que comenzara el juicio, que estoy dispuesto a perder si mi cliente fuese encerrado y se fugara, en caso de ser aliado culpable de un mal comportamiento como testigo.

La faz de Cimbel, que había mostrado por un segundo una expresión de alarma, se despejó poco a poco. Con un movimiento afirmativo, dijo:

—El tribunal acepta la explicación del abogado del demandante. Parece no haber duda de que al demandante se le puede castigar por toda declaración falsa que haga; por lo cual, la moción de la defensa no ha lugar.

Wilson estaba encolerizado, pero levantó los hombros.

—Muy bien —dijo—. He terminado.

—Puede bajar del estrado, señor Jenkins —indicó Cimbel, y siguió, fascinado, con la mirada la columna chorreante que se levantó y flotó por el aire, cruzando la sala, recorriendo el pasillo y saliendo al exterior.

Turnbull se acercó de nuevo a la mesa del tribunal, y dijo:

—Desearía presentar como pruebas estas notas, el diario del difunto Zebulon Harley. Se lo regaló a mi cliente el mismo Harley el otoño pasado. Llamo particularmente la atención sobre la nota" del seis de abril de mil novecientos diecisiete, en la que menciona la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, y anota los resultados de once partidas de «pinacle» jugadas con un personaje al que denomina el «Viejo Hank». Con la venia de la sala, leeré lo escrito en dicho día, y también algunas otras anotaciones a lo largo de los cuatro años siguientes. Tengan la bondad de fijarse en las alusiones a un ser al que da indistintamente los apelativos de «Jenkins», «Hank Jenkins» y (en un párrafo extremadamente significativo) «Viejo Invisible».

Wilson se recocía en silencio durante la pausada lectura del diario de Harley. Tenía el rostro colérico, a pesar de lo cual prestaba gran atención; y apenas terminada la lectura, se puso en pie de un salto.

—Me gustaría saber —adujo—, si el abogado del querellante está en posesión de algún diario posterior a novecientos veinte.

Turnbull movió la cabeza, en un gesto negativo.

—Por lo visto, Harley nunca llevó un diario, salvo durante los cuatro años que éste abarca.

—Entonces pido que el tribunal se niegue a admitirlo. Y por dos razones — Wilson levantó dos dedos para señalar mejor los puntos en cuestión—. En primer lugar, la prueba que se presenta es baladí. Las escasas, vagas e insatisfactorias alusiones a Jenkins no le describen nunca, en ninguna parte, como lo que es: un fantasma, una entidad astral, o como ustedes quieran llamarlo. En segundo lugar, las pruebas (aun pasando por alto el primer punto) sólo se refieren a los años anteriores al mil novecientos veintiuno. El caso gira exclusivamente sobre la supuesta ocupación de Harley Hall por el supuesto Jenkins durante los veinte años últimos... *a partir* del mil novecientos veintiuno. Por lo tanto, no cabe duda, la prueba no hace al caso.

Cimbel miró a Turnbull, quien sonrió sosegadamente.

—La referencia al «Viejo Invisible» dista mucho de ser vaga —dijo—. Es una indicación concreta del carácter astral de mi cliente. Además, las pruebas de que existía una amistad entre mi cliente y el difunto Zebulon Harley antes de mil novecientos veintiuno son muy pertinentes, porque es lógico suponer que, una vez establecida tal amistad, continuaría indefinidamente. A menos que, por supuesto, la defensa pueda presentar pruebas en contra.

—Se admite el diario como prueba —decidió el juez

Cimbel.

—No añadido nada más —dijo Turnbull.

Hubo un murmullo de conversación en la sala mientras el juez echaba una ojeada al diario y luego lo entregaba al escribano para que lo marcara y lo diera por admitido.

—La defensa puede tomar la palabra —dijo Cimbel. Wilson se levantó. Dirigiéndose al escribano, dijo:

—Russell Joseph Harley.

Pero el joven Harley estaba recalcitrante.

—¡Quiá! —decía, en pie, señalando la silla del testigo—. ¡Eso está todo lleno de sangre! No van a creer que voy a sentarme en ese gran charco de sangre, ¿verdad?

El juez Cimbel se inclinó para ver la silla. El goteo continuo de sangre de la aparición que estuvo prestando testimonio había dejado su huella. Toda la parte delantera de la silla tenía un color pardo fangoso. Cimbel se sorprendió preguntándose cómo se las componía el fantasma para reabastecerse de líquido; pero abandonó el intento.

—Comprendo su actitud —dijo—. Bueno, además, se está haciendo ya un poco tarde. El escribano retirará esta silla del testigo y pondrá otra en su lugar. Declaro el juicio aplazado hasta mañana a las diez de la mañana.

III

Russell Harley notó que la espalda del ascensorista del hotel manifestaba repulsión y disgusto, y frunció el ceño. No era un huésped muy bien mirado, lo sabía bien. Pero, sin embargo, se equivocaba al pensar que la causa radicaba en el pestilente hacecillo de hierbas que llevaba colgado del cuello. Su odiosa personalidad tenía mucho que ver con la actitud glacial del personal del hotel y de los demás huéspedes.

Harley se encaminó hacia el bar, ignorando las cabezas que se volvían sorprendidas para seguir la maloliente cola de cometa que se extendía a su paso, y entró en la sala de bebidas —cuero rojo y cromo— buscando con la mirada al abogado Wilson.

Pero al descubrirlo parpadeó atónito. Wilson no estaba solo. Con él, en el tabladillo, había una figura alta, oscura, de espaldas a Harley. Aunque bastaba con la espalda para reconocerla. ¡Nicholls!

Wilson le había visto ya.

—Hola, Harley —saludó, todo sonrisas y afabilidad en presencia del hombre que había de pagarle—. Venga y siéntese. El señor Nicholls ha pasado a verme hace un rato y le he traído acá.

—Hola —dijo Harley malhumorado, y Nicholls le saludó con la cabeza. Los músculos de las mejillas se le movían en una pulsación, y parecía muy nervioso, extrañamente incómodo en presencia de Harley. A pesar de todo, acompañó de un guiño la mirada que le dirigió y su voz tuvo un tono bastante amistoso, aunque altivo, al decir:

—Hola, Harley. ¿Cómo va el juicio?

—Pregúnteselo a él —respondió Harley, señalando con el pulgar a Wilson mientras deslizaba las rodillas bajo la mesa y se sentaba—. El abogado es él. Es quien debe saber estas cosas.

Harley se encogió de hombros y estiró el cuello buscando a la camarera.

—Ah, eso me figuro... ¡Whisky y agua! —Miró a la muchacha con ojo estimativo mientras ella asentía con un gesto y se iba hacia el mostrador. Luego volvió a fijar la atención en Nicholls—. Lo malo es —dijo— que Wilson acaso piense que lo sabe; pero yo pienso que está en Babia.

Wilson arrugó el ceño.

—¿Quiere decir...? —empezó. Pero Nicholls levantó la mano.

—No nos peleemos —dijo—. ¿Y si respondiera a mi pregunta? Yo tengo parte en esto y me interesa saberlo.

¿Cómo va el juicio?

Wilson puso la mejor cara de sinceridad que pudo.

—Francamente, no demasiado bien —contestó—. Me temo que el juez está a favor de la otra parte. Si me hubieran escuchado y hubiesen esperado hasta el nombramiento de otro juez...

—Yo no tenía tiempo para demoras —replicó Nicholls—. Dentro de pocos días debo hallarme en otra parte. En este instante, ya debería estar en camino. ¿Cree que podemos perder el caso?

Harley emitió una carcajada seca. Mientras Wilson le miraba furioso, cogió el vaso de la bandeja de la camarera y lo apuró de un trago. La sonrisa no desapareció de sus labios mientras escuchaba cómo Wilson decía

llanamente:

—Corremos muchísimo peligro, sí.

—¡Hummm! —Nicholls se examinó las uñas con gran interés—. Quizá me equivoqué al elegir abogado.

—Sin duda —Harley hizo seña a la camarera y pidió otro vaso—. ¿Quiere saber qué otra cosa pienso? Pienso que también se equivocó al escoger al cliente, o, dicho letra por letra, al t-í-t-e-r-e. Ya estoy harto de este asunto. Esa porquería que llevo al cuello huele mal. A fin de cuentas, ¿cómo sé si sirve de algo? Por todo lo que veo, simplemente, huele mal, y nada más.

—Sirve —aseguró con laconismo Nicholls—. No le aconsejaría que se lo quitara. El difunto Hank Jenkins no es un espíritu muy fuerte (de lo contrario le despedazaría a usted y se comería esas hierbas para postre), Pero sin la protección de lo que lleva atado al cuello, desde el preciso instante en que Jenkins se enterase de que ya se lo había quitado, sufriría usted sobrados tormentos. —Dejó el vaso de vino tinto que había estado olfateando, sin beberlo, y miró fijamente a Wilson—. Yo he puesto el dinero en este asunto —dijo—. Confiaba que usted sabría encargarse del aspecto judicial del mismo. Ahora veo que tendré que hacer algo más. Escúcheme atentamente, porque no tengo intención de repetir mis palabras. El caso puede enfocarse desde un ángulo que se le ha pasado por alto a su perspicacia legal. Jenkins dice ser una entidad astral, e indudablemente lo es. Veamos pues, en lugar de querer demostrar que es un fantasma y, legalmente, un difunto, por lo cual no posee las condiciones necesarias para prestar testimonio, que es lo que ha hecho usted en todo momento, supongamos que lo enfocara así...

Y siguió hablando aprisa y muy atinado.

Cuando se separó de ellos un rato después, Wilson acompañó a Harley hasta su cuarto y lo echó sobre la cama, sintiéndose dichoso por primera vez desde hacía varios días.

Russell Joseph Harley, nervioso y un poco fastidiado por la resaca del licor, fue llamado al estrado como primer testigo en su propio favor. Wilson le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Russell Joseph Harley.

—¿Es sobrino del difunto Zebulon Harley, que le legó la vivienda conocida por Harley Hall?

—Sí.

Wilson se volvió hacia el juez.

—Presento como prueba esta copia del testamento del difunto Zebulon Harley. Todos sus bienes los deja al que es sobrino suyo y único pariente vivo.

Turnbull puntualizó desde su mesa.

—El demandante no discute en modo alguno los derechos del demandado sobre Harley Hall.

Wilson continuó:

—¿No es cierto que usted pasó parte de su infancia! en Harley Hall y lo visitó alguna vez siendo ya hombre adulto?

—Si.

—¿Se le apareció alguna vez algo que tuviera el aspecto de espíritu, espectro o entidad astral, en Harley Hall?

—No. Lo recordaría.

—¿Le habló alguna vez su difunto tío de apariciones de esta índole?

—¿Mi tío? No.

—Nada más.

Turnbull se puso en pie para preguntar a su vez:

—Señor Harley, ¿cuál fue la última vez que vio a su tío, antes de que falleciera?

—El año mil novecientos treinta y ocho. En septiembre..., no recuerdo bien la fecha..., sería el diez o el once del mes.

—¿Cuánto tiempo pasó con él?

Harley se sonrojó hasta un punto inexplicable.

—Ah, sólo un día —dijo.

—Y anteriormente, ¿cuándo le vio?

—Pues, no le había visto desde que era muy joven. Mis padres se trasladaron a Pensilvania en mil novecientos veinte.

—Y desde entonces (exceptuando esa visita de un solo día en mil novecientos treinta y ocho), ¿tuvo algún contacto con su tío?

—No, creo que no. Era un hombre un poco raro., un solitario. Un poco alcohólico, me figuro,

—Bueno, es usted un sobrino cariñoso. Pero en vista de lo que acaba de explicar, ¿le sorprende que su tío no le hablase nunca de Jenkins? No tuvo muchas ocasiones, ¿verdad que no?

—Tuvo una en mil novecientos treinta y ocho —replicó Harley en tono retador.

Turnbull levantó los hombros y dijo:

—He terminado.

Cimbel empezaba a poner cara de aburrimiento. Se prometía algo más parecido a unos fuegos artificiales.

—¿Tiene otros testigos la defensa? —preguntó. Wilson sonrió torvamente.

—Sí, Señoría —contestó. Era su gran momento, y volvió a sonreír mientras decía amablemente—: Me gusta ría llamar al estrado al señor Henry Jenkins.

En el pesado silencio que se produjo, el juez Cimbel Preguntó, echándose hacia delante:

—¿Quiere decir que desea llamar al querellante como testigo de la defensa?

—Sí, Señoría —respondió con voz muy serena. Cimbel hizo una mueca.

—Llame a Henry Jenkins —le dijo al escribano, con acento fatigado, desplomándose de nuevo en el sillón.

Turnbull parecía alarmado. Se mordía el labio, tratando de decidir si debía oponerse a tan asombroso proceder, pero acabó levantando los hombros, mientras el escribano voceaba el nombre del fantasma.

Luego echó a correr por el pasillo y cruzó la puerta. Se oyó su voz en la antesala, y en seguida regresó, más pausadamente, seguido del goteo de sangre: *Pat. JISS. Pat. JISS...*

—Un momento —dijo Cimbél, despertando de la modorra—. No me opongo a que preste declaración, señor Jenkins, pero el Estado no habría de verse sometido al gasto innecesario de tener que tapizar la silla del testigo cada vez que usted la ocupa. Alguacil, busque una alfombra o algo que se pueda colocar sobre la silla antes de tomar juramento al señor Jenkins.

Trajeron, pues, a toda prisa un lienzo alquitranado y lo colocaron sobre la silla. Jenkins se materializó e] tiempo suficiente para prestar juramento, y luego se sentó.

—Explíqueme, señor Jenkins —pidió Wilson—, ¿cuántas «entidades astrales» (que creo es la denominación que se da a sí mismo) existen?

—No tengo manera de saberlo. Millones y millones.

—En otras palabras, ¿tantas como seres humanos que murieron de muerte violenta?

Turnbull se puso en pie con repentina agitación; pero el fantasma sorteó limpiamente el cepo.

—No lo sé. Sólo sé que son miles de millones. La sonrisa perduraba sin empañarse.

—Y todos esos millones y millones nos rodean continuamente, por todas partes, sólo que permanecen invisibles. ¿No es así?

—Oh, no. Muy pocos permanecen en la Tierra. Y de estos pocos, poquísimos tienen algo que ver con los hombres. Para nosotros, la mayoría de seres humanos resultan muy molestos.

—Bien, ¿cuántos diría usted que hay en la Tierra? ¿Cien mil?

—Quizá más. Pero la cifra es bastante acertada. Turnbull interrumpió súbitamente.

—Me gustaría saber el significado de estas preguntas. Protesto contra este curso del interrogatorio nada pertinente al caso.

Wilson era un portento en dignidad legalista. Y replicó:

—Estoy tratando de elucidar unos factores de gran valor, Señoría. Esto puede cambiar el carácter entero del caso. Le pido que tenga unos momentos de paciencia.

—El abogado defensor puede continuar —dijo secamente Cimbél.

Wilson enseñó los caninos en una sonrisa. Y volvió a dirigirse al goteo sanguinolento que tenía delante.

—Bien, pues, lo que sostiene su abogado es que el difunto señor Harley permitió que una «entidad astral» ocupara su hogar durante veinte años o más, con su conocimiento y consentimiento plenos. A mí el hecho se me antoja completamente improbable, pero supongamos por un momento que ocurrió así...

—¡Ciertamente! Es la verdad.

—Entonces, dígame, señor Jenkins, ¿tiene usted dedos?

—¿Si tengo qué...?

—Me ha oído muy bien —espetó Wilson—. ¿Tiene dedos, dedos de carne y hueso, capaces de dejar huella?

—No. Yo...

Wilson se lanzó más resueltamente:

—¿O tiene una fotografía de usted, o muestras de su caligrafía... o alguna forma de identificación material? ¿Tiene alguna de esas cosas?

La voz sonó claramente querelosa:

—¿Qué quiere decir?

La voz de Wilson, en cambio, se tornó áspera, amenazadora.

—Quiero decir si puede demostrar que la entidad astral que se supone ha habitado la casa de Zebulon Harley es *usted* precisamente. ¿Era usted... o era otro de esos centenares de miles de cosas intangibles, desconocidas, sin fisonomía, sin rostro que, según usted ha declarado, vagan por toda la faz de la Tierra, errando por donde les viene en gana, sin que ni rejas ni cerraduras puedan detenerlas? ¿Puede demostrar que es un ser determinado, particular?

—¡Señoría! —la voz -de Turnbull fue más bien un alarido, cuando el abogado logró ponerse en pie por fin—. ¡La identidad de mi cliente no ha sido puesta en duda en ningún momento!

—¡Pues ahora la ponemos! —rugió Wilson—. El abogado de la parte contraria ha presentado a un personaje al que llama «Henry Jenkins». ¿Quién es ese Jenkins? ¿Qué es? ¿Es siquiera un solo individuo... o una asociación organizada de estas misteriosas «entidades astrales» que hemos de creer que están por todas partes, pero a las que nunca vemos? Y si es un individuo, ¿es el que se pretende? ¿Y cómo podemos saberlo, aunque él lo afirme? Que presente pruebas: fotografías, partida de nacimiento, huellas digitales. Que traiga un testigo identificador que haya conocido a ambos espectros y esté dispuesto a jurar que los dos son uno y el mismo. Sin este requisito, no hay caso! ¡Señoría, pido que el tribunal pronuncie sentencia inmediatamente en favor del demandado!

El juez Cimbel miró fijamente a Turnbull.

—¿Tiene algo que decir? —le preguntó—. El argumento de la defensa parece muy razonable. Si no puede presentar pruebas de alguna clase sobre la identidad de su cliente, no tengo otra alternativa que fallar por la defensa.

Por un momento, la sala quedó en el más completo silencio. Wilson triunfante, Turnbull furioso y fracasado.

¿Cómo se podía identificar a un fantasma?

Pero entonces llegó una tranquila y regocijada voz desde la silla del testigo.

—Esto ya dura demasiado —dijo, dominando el siseo y chapoteo de su propia sangre—. Creo que podré presentar una prueba que dejará satisfecho al tribunal.

El rostro de Wilson cayó con la velocidad de un as- a censor rápido. Turnbull contenía el aliento, temiendo dar | paso a la esperanza.

El juez Cimbel le recordó:

—Está bajo juramento. Continúe. No se oyó ningún otro sonido en la sala mientras la voz proseguía:

—El señor Harley, aquí presente, se ha referido a una visita que hizo a su tío en mil novecientos treinta y ocho. Yo puedo dar fe de ello. Pasaron una noche y un día juntos. No estaban solos. Yo estaba allí.

Nadie miraba a Russell Harley; si lo hubieran hecho j habrían visto la repentina palidez de enfermo que cubría su rostro.

La voz continuó, implacable:

—Quizá no debí escuchar a escondidas como lo hice, aunque, de todos modos, el viejo Zeb nunca tuvo secretos para mí. Escuché, pues, lo que decían. A la

sazón, el joven Harley trabajaba en un Banco de Filadelfia. Era su primer empleo importante. Necesitaba dinero, y lo necesitaba urgentemente. Había un desfalco en su departamento. Una mujer llamada Sally...

—¡Cállese! —chilló Wilson—. Esto no tiene nada que ver con las pruebas de su identificación. ¡No se aparte de la cuestión!

Pero Turnbull había empezado a comprender, y también gritaba, casi demasiado excitado para expresarse de un modo coherente:

—Señoría, debe permitir que mi cliente hable. Si demuestra estar enterado de una conversación privada entre el difunto señor Harley y el demandado, habrá de considerarse prueba definitiva de que gozaba de la confianza del difunto señor Harley, icon lo cual queda demostrado que no es otro que la entidad astral que ha ocupado Harley Hall durante tanto tiempo!

Cimbel dio unos enérgicos cabezazos.

—Permítaseme recordar al abogado del demandado que se trata del testigo solicitado por él mismo. Siga, señor Jenkins.

La voz empezó de nuevo:

—Como iba diciendo, la mujer se llamaba...

—¡Cállese, maldito sea! —chilló Harley. Poniéndose en pie de un salto, se volvió hacia el juez con expresión implorante—. ¡Está deformando lo sucedido! ¡Mándeles que se calle! Sí, claro, yo sabía que mi tío tenía un fantasma. Y es éste, de acuerdo, ¡maldita sea su alma negra! Puede quedarse con la casa, si quiere; yo me marcharé. ¡Me marcharé de este maldito Estado!

Entonces se puso a balbucear incoherencias y se volvió rápidamente. Sólo la intervención de un agente de la autoridad impidió que huyera de la sala. Cuando el público hubo retornado, o casi, a la normalidad, el Juez Cimbel, sudoroso y molesto, dijo:

—Por lo que a mí respecta, la identificación del testigo es completa. ¿Tiene alguna otra prueba que presentar !a defensa?

Wilson levantó los hombros malhumorado.

—No, Señoría..

—¿Y el abogado del demandante?

—Nada, Señoría. Lo doy por terminado. Cimbel se rastrilló el escaso cabello con la mano y parpadeó.

—En tal caso —dijo—, fallo en favor del demandante. Ordeno, pues, que el demandado, Russell Joseph Harley, deberá evacuar del lugar de autos todo hechizo, estrella de cinco puntas, talismán u otro medio de exorcismo empleado; que deberá desistir de realizar intento alguno, sea de la naturaleza que fuere, para expulsar en el futuro al ocupante; y que a Henry Jenkins, el demandante, se le permitirá el pleno uso y la ilimitada ocupación del lugar conocido por Harley Hall por todo el tiempo que dure su... humm... existencia natural —a continuación dio un mazazo—. El juicio ha terminado.

—No lo tome tan a pecho —dijo una voz benigna detrás de Russell Harley. Este giró, arisco, sobre sus talones. Nicholls subía por la calle tras él, y Wilson iba a la zaga de Nicholls.

—Han perdido el caso —dijo Nicholls—, pero siguen con vida. Permitan que les invite a beber. Ahí, quizá.

Y les empujó hacia un bar coquetón y les hizo sentar sin darles tiempo para expresar una protesta.

—Dispongo de unos minutos —dijo—. Luego me tendré que marchar definitivamente. Es un asunto urgente.

Llamó a un camarero y pidió para todos. Luego miró al joven Harley y sonrió gozosamente al mismo tiempo que dejaba caer un billete sobre la mesa para pagar la cuenta.

—Harley —dijo—, yo tengo un lema que usted debería recordar en ocasiones como la presente. Se lo ofrezco, si lo acepta.

—¿Cuál es?

—«Lo peor todavía ha de llegar.» Harley enseñó los dientes en una mueca de rabia y no dijo nada. Wilson replicó:

—Lo que me choca es que no vinieran a vernos antes del juicio con esos informes sobre este encantador e ilícito cliente que usted me suministró. Habríamos tenido que resolver la cuestión fuera del juzgado.

Nicholls respondió, encogiéndose de hombros:

—Tenían sus razones. Al fin y al cabo, un caso más o un caso menos de exorcismo no importa. En cambio, los juicios sientan precedentes. Usted es abogado, Wilson, ¿no comprende qué quiero decir?

—¿Precedentes? —Wilson le miró boquiabierto por un momento; luego abrió exageradamente los ojos.

—Ya veo que me comprende. —Nicholls hizo un gesto afirmativo—. A partir de ahora, en este Estado (y en todos los de la nación, por obra y gracia de la cláusula de «total es buena fe y asenso» de la Constitución) ¡un fantasma tiene derecho, legal, a frecuentar una casa!

—¡Santo Dios! —exclamó Wilson. Y se puso a reír, no a grandes carcajadas, pero sí desde el fondo de su pecho. Harley miraba fijamente a Nicholls.

—Dígame de una vez y sin rodeos —susurró—, ¿qué papel representa usted en todo esto? Nicholls volvió a sonreír.

—Medítelo un rato —respondió en tono ligero— y empezará a entenderlo. —Olisqueó el vino una vez más, dejó el vaso sobre la mesa, cuidadosamente...

Y se esfumó.

*Como he dicho antes, nunca fui lector de *Weird Tales*; cultivaban un tipo de ficción que no me cautivaba. No obstante, en 1950, cuando se publicó por fin *Ritos Legales*, *Weird Tales* estaba a punto de completar sus treinta años de existencia, y me satisface bastante haber figurado en sus páginas al menos una vez antes de que dejara de publicarse, aunque no fuera sino a medias, o sea, en una colaboración. Era el cuento más largo de aquel número, y le dedicaron la cubierta.*

*Ritos legales y *El hombrecillo del metro* son los dos únicos relatos de ficción que he escrito en colaboración con otra persona, y lo cierto es que este modo de trabajar no me satisfizo demasiado. Más adelante tuve ocasión de colaborar en cuatro o cinco libros que no eran de ficción, y tampoco me gustó el sistema, y ninguna de toles obras tuvo éxito. Soy, fundamentalmente, un solitario, y me gusta tener la responsabilidad plena de lo que escribo.*

*En el caso de *Ritos legales* me parece que el comienzo aparece, en su mayor parte, tal como lo refundió la escena del juicio es principalmente mía; y el final... Ya no lo recuerdo.*

ÍNDICE

Asimov y los años cuarenta.....	3
Homo sol.....	6
Mestizos en Venus.....	21
El numero imaginario.....	40
Herencia.....	54
Historia.....	74
Navidad en Ganimedes	86
El hombrecillo del metro.....	98
La novatada.....	108
Super-neutron.....	122
¡No definitivo!.....	133
Ritos legales	148
ÍNDICE.....	171

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>